

RENACER II

EL CORAZÓN DE ANGELA

¿Puede un corazón herido volver a latir?

Zeneida Miranda

Multiverso 

RENACER II

EL
CORAZÓN DE
ANGELA

Zeneida Miranda

Multiverso 
EDITORIAL

Renacer II: El corazón de Ángela
©Zeneida Miranda
© Multiverso Editorial, 2017
© Grupo Editorial Omniverso. 2017
Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz
ISBN: 978-1977903952
Depósito legal: CA-290
Printed in Spain
Primera edición: octubre, 2017

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

PRÓLOGO

Cuando conocí a Zeny, como me gusta llamarla, era apenas una jovencita que deseaba estudiar periodismo. Por lo que se desprendía de sus palabras, le encantaba escribir, contar esas historias que bullían en su cabeza. Un buen día, se lanzó a compartir una de ellas en un foro de fan-fics que frecuentábamos y fue toda una revelación. Zeny escribía muy bien, conseguía reflejar las emociones de los personajes a la perfección. Todo lo que ponía tenía mucha aceptación y los comentarios no podían ser mejores.

Pasó el tiempo y logró uno de sus sueños: ser periodista. Poco después, alcanzó el segundo: publicar su primera novela *Grado de culpabilidad*.

Ahora publica otra de sus historias: *El corazón de Ángela*, una historia tierna, emotiva y de superación. En ella sigue reflejando los pensamientos y sentimientos de los protagonistas y, por supuesto, con la experiencia que da la práctica, ha conseguido perfeccionar el estilo y esa manera tan personal que tiene de contarnos los acontecimientos.

Si algo puede definir la escritura de Zeneida Miranda es la capacidad de transmitir emociones y sentimientos.

Os invito a que saboreéis esta nueva novela y descubráis por qué la ha titulado *El corazón de Ángela*.

Menchu Garcerán

Capítulo 1

Sarah se estremeció ante lo que veían sus ojos. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y un frío extraño le recorrió todo el cuerpo. Henry la abrazó con fuerza, sentía que su mujer iba a perder el control sobre sus emociones de un momento a otro y tenía que evitarlo. La morena se apretó con fuerza contra el cuerpo de su marido y aspiró su fragancia, solo él conseguía calmarla un poco. Entrecerró los ojos y aquellas horribles imágenes volvieron a su mente.

—Ahora te vas a quedar ahí tranquilita con tus primos mientras mamá le prepara algo de comer a la tía Ángela, ¿vale, Stephi? —la voz dulce que Sarah siempre empleaba para hablar a su hija podía ablandar el corazón al más duro.

—Yo la cuido, tía —Jon siempre estaba dispuesto a echar una mano con el bebé.

—Gracias, cielo, ¿qué haría sin tu ayuda? —cuestionó— ¿Dónde está tu hermano?

—¡¡Tía Sarah!! —la voz en grito de Nathan le dio la respuesta— ¡Corre, mamá está sangrando!

Sarah corrió todo lo rápido que le permitieron sus piernas hasta la habitación de su amiga. Ella y Henry habían convenido quedarse una temporada con ellos en San Francisco hasta que Ángela se repusiera un poco de la muerte de Thomas y pudiera retomar las riendas de su vida. El marido de su amiga estaba muerto, no podía creerlo, no sabría cómo estaría ella si alguna vez Henry no estuviera a su lado. Le tenía un gran aprecio, lo consideraba un buen amigo y era un marido y padre estupendo. Le extrañarían mucho, pero ahora su prioridad eran Ángela y los niños. Llegó a la habitación y no pudo evitar el grito que escapó de su garganta.

—¡Dios mío! —chilló llevándose las manos a la boca— ¡Nathan, cariño, vete al salón con tu hermano y el bebé! —ordenó.

—¡No! —el niño se rebeló contra ella— Quiero ayudar a mamá, ¿qué le pasa, tía Sarah? No habla, no me contesta.

—Hazme caso, obedece, Nathan, y vete —su voz era muy dura, pero no podía consentir que su sobrino viera durante más tiempo esa dantesca escena. El

niño le hizo caso y ella corrió hasta la cama, rompió dos trozos de su camiseta y envolvió las muñecas de su amiga— ¿Qué diablos has hecho Ángela por Dios? —murmuró mientras llevaba sus dedos temblorosos hasta el cuello de la pelirroja para comprobar si tenía pulso— ¡Aguanta, Angie, por favor, no me hagas esto! —le imploraba al notar el débil latido de su corazón— ¿Emergencias? Necesito una ambulancia rápido, mi amiga se ha cortado las venas.

Y así fue como acabaron en este momento, con Sarah y Henry mirando a través de una ventana en el ala de psiquiatría del hospital como una enfermera cambiaba las vendas de las muñecas de su amiga e intentaba después que Ángela comiera algo sin éxito.

—No podemos dejarla sola, Henry —musitó.

—Nos la llevaremos con nosotros a Nueva York, cambiar de aires le vendrá bien a ella y a los niños, mi madre puede echarnos una mano.

—Gracias —le dijo con los ojos mojados de lágrimas.

—No tienes que darme las gracias, Sarah, ella también es mi amiga.

Cuando, dos semanas después, Ángela recibió el alta, los Butler ni siquiera le preguntaron su opinión, la subieron a un avión y la llevaron con ellos a Nueva York, esperando que, en una nueva ciudad y con su ayuda, su amiga pronto pudiera volver a ser la mujer que era antes de que el destino se llevara de su lado al amor de su vida.

Tres años después

La vida de Ángela Sims había cambiado mucho en los últimos tres años, y eso se había reflejado en su físico, en su carácter y en su hogar. Ahora vivía sola con sus dos hijos pequeños, en un piso situado en la tercera planta de un edificio de Queens.

Desde que se había mudado de San Francisco a Nueva York buscando el cobijo y la ayuda que solo su amiga Sarah, y Henry, el marido de ésta, podían darle, se instaló en un piso cómodo que nada tenía que ver con la casa que durante sus años de feliz matrimonio había compartido con Thomas.

La estancia estaba dominada por un gran salón diáfano. En él, había un sofá de color beige colocado en forma de L frente al cual se situaba una mesa de madera sobre la que reposaban diferentes fotografías de la familia. En la pared del fondo Henry se había encargado de colocar un mueble bajo de

madera de roble marrón donde habían puesto la televisión y un reproductor de DVD, en la cajonera de al lado se podían encontrar diferentes colecciones, en su mayoría infantiles, de libros y películas.

El piso tenía dos habitaciones. Una, en la que se encontraban ahora mismo los tres ocupantes de la casa, la de Ángela, en la que no había más que una cama de matrimonio, que compartía con sus hijos siempre, una mesa de noche en la que no faltaba la foto de su difunto marido, un armario empotrado y el gran ventanal por el que Angie miraba cada nueva mañana.

En la habitación de los niños, esa que solamente usaban los pequeños para jugar y hacer los deberes, habían colocado dos camas separadas por una mesa de noche y un armario doble para la ropa de ambos. Juguetes y dos escritorios completaban la estancia.

La cocina, con muebles de madera y cristal, era bastante amplia, lo suficiente para tres personas, y tenía una decoración austera. En la nevera se podía ver todo un catálogo de dibujos infantiles y alguna que otra foto. La casa solo tenía un baño.

Ángela se levantó de la cama como cada mañana y abrió el enorme ventanal de su habitación, entrecerrando los ojos ante la cegadora luz del sol.

—Una mañana más —se dijo así misma y miró a la cama donde sus dos hijos dormían plácidamente—. Chicos, hora de levantarse, vamos, remolones, que no llegamos al cole.

—¡No, mamá! —dijo Nathan escondiendo la cabeza bajo la almohada—. Por favor... un rato más anda...

—Eso, mamá... cinco minutos —repuso Jon siguiendo a su hermano.

—De eso nada, ¡arriba los dos ya! O este fin de semana no habrá pesca con el tío Henry.

—No, mami, por favor —gritaron al unísono poniéndose de pie de un salto.

—Ha dicho que su padre nos va a prestar el barco, que pescaremos en alta mar —anunció Nathan, el mayor de los dos hijos de Ángela que, a sus siete años, era el vivo retrato de su padre, con sus chispeantes ojos azules.

—Y ha dicho también que la tía Sarah, tú y la prima Stephanie os quedáis aquí... que es un fin de semana de chicos —sentenció muy serio Jon. Su pequeño tenía ya cinco años, había heredado el color cobrizo de su pelo, aunque no llegaba a ser pelirrojo y sus ojos azules.

—¡Qué bonito! —exclamó haciéndose la ofendida— Así que el tío Henry, el primo Samuel y vosotros dos os vais de pesca en alta mar y las chicas nos

quedamos aquí pasando calor en Nueva York. ¿Y qué se supone que haremos?

—¿Ir de compras? —preguntó con algo de miedo a la reacción de su madre.

—Te estás convirtiendo en un pequeño machista, Nathan Sims —le espetó con cariño mientras se lanzaba a hacer cosquillas a los dos y las risas se escuchaban por toda la casa.

Ángela y sus hijos se habían mudado de San Francisco a Nueva York después de la muerte de Thomas como algo provisional para estar más cerca de Sarah y Henry, y de eso habían pasado ya tres años.

Ella se había visto tan desbordada por la prematura muerte de su marido, que no se sentía capaz de afrontar su día a día sola en San Francisco. La relación con sus padres siempre había sido rara y sus mejores amigos se habían mudado a la gran manzana, por lo que no dudó en cambiar de ciudad y empezar, literalmente, desde cero.

Dejó que los niños remolonearan en la cama un poco más mientras ella caminaba hacia el baño para darse una ducha y arreglarse para el trabajo. Al pasar junto a la mesa de noche, y cumpliendo con su ritual de siempre, miró la fotografía de Thomas, donde los rasgos del joven seguían inalterables. Su pelo negro como la noche, los vivarachos ojos azules y aquella sonrisa que la enamoró siendo muy joven continuaban allí como el recuerdo perenne de lo que había tenido y el destino le arrebató.

—¡Buenos días, cariño! ¡Me temo que ninguno de estos dos diablillos ha sacado tu carácter, ni tu disciplina! —y en cierto modo se alegraba. No quería que sus hijos escogieran la vida militar. Si ella podía evitarlo, ninguno de los dos se metería en ese mundo que arrancaba hijos de los brazos de sus madres y maridos de los de sus esposas.

Se miró en el espejo del baño. Llevaba su larga melena pelirroja recogida en el típico moño alto que se hacía para dormir. Cuando Thomas vivía, siempre insistía en que durmiera con el pelo suelto, a él le encantaba enredar sus dedos entre su sedoso cabello, por eso desde que él se había ido, ella había dejado de hacerlo.

Sus ojos azules habían dejado de brillar el mismo día que recibió la noticia del accidente de su marido y así seguían, completamente apagados. Era una chica joven, de tan solo treinta y tres años, que había vivido muy deprisa. Todo había sido rápido en su relación con el padre de sus hijos.

Ángela y Thomas se conocieron cuando ella era ayudante de fotografía en

una importante empresa que la había contratado para hacer la publicidad del nuevo anuncio de reclutamiento de la marina. Tenía tan solo veinticinco años y esta era su gran oportunidad.

Llamó a la puerta de la oficina y el espécimen de hombre más guapo que jamás había visto la recibió con una enorme sonrisa que iluminó toda la habitación.

—Soy Ángela Spencer, vengo para hacer las fotografías para el anuncio de reclutamiento —intentó sin éxito averiguar su graduación por los galones, y a pesar de haber visto en repetidas ocasiones aquella serie sobre abogados de la marina, no fue capaz de hacerlo.

—Teniente —informó él tendiéndole la mano—. Teniente de la marina Thomas Sims, encantado de conocerla señorita Spencer —se presentó y otra vez esa sonrisa maravillosa que debía ser el arma secreta de la marina.

A partir de ahí todo fue muy rápido. Se enamoraron en ese preciso instante, salieron juntos un par de meses y se casaron en la clásica ceremonia militar que parecía sacada del cuento de Cenicienta. A la vuelta de la luna de miel, Ángela ya estaba embarazada de su primer hijo y tan solo dos años después, llegó el segundo. E igual de rápido que habían vivido su vida juntos, él se había marchado de su lado.

—Ya está bien —dijo a su reflejo en el espejo—. Es hora de activarse —se metió en la ducha y dejó que el agua fría borrara el rastro de las lágrimas que, todavía hoy, tres años después, anegaban sus ojos cada vez que pensaba en Thomas.

Patrick se removió inquieto en la cama una vez más. Hoy era el día en el que se incorporaba de nuevo a su puesto como detective de narcóticos en la policía de Nueva York después de una larga baja por enfermedad y parecía un niño el primer día de colegio. Nervioso, asustado. ¿Cómo le recibirían sus compañeros? ¿Y sus jefes? ¿Le permitirían volver a estar en activo en la calle o le confinarían tras el escritorio? Sus médicos habían dicho que era perfectamente apto para el servicio activo y había superado todas las pruebas que le habían realizado, las físicas y las psicológicas. Estaba el cien por cien. Se levantó de un salto, dejando a la vista su cuerpo bien formado. El calor empezaba a apretar ya en la ciudad y él prefería dormir tan solo con los

boxers, y aun así, una fina capa de sudor cubría sus pectorales.

Patrick vivía en lo que podía describirse como el típico apartamento de un soltero. Una estancia de una sola habitación donde había una gran cama de matrimonio que rara vez hacía. En el salón, un sofá que había comprado de segunda mano de cuero marrón y dos butacones negros miraban hacia la enorme tele de plasma donde el detective y sus amigos veían los partidos de los New York Yankees y jugaban a la Play Station 3. El salón estaba separado de la cocina por una barra americana de madera y no tenía mueble más allá de un par de taburetes altos, la vitrocerámica y el microondas.

—Odio Nueva York en verano —dijo a nadie en particular mientras salía de la cama de un salto.

Había vuelto a su antiguo apartamento en Manhattan después de pasar toda su recuperación en casa de sus padres en Washington. Miró hacia la mesilla de noche y vio que una luz roja parpadeaba en el contestador. Apretó el botón y escuchó la voz de su madre: *«Hijo, espero que hayas tenido una buena noche, suerte en tu vuelta al trabajo, te queremos»*.

—Sí, sí, y yo a vosotros —respondió como si ellos pudieran oírlo. Después de tantos meses viviendo junto a sus progenitores sentía que necesitaba recuperar su vida de antes, volver a ser un hombre soltero e independiente, sin que nadie le preguntara «¿cómo estás?» a cada paso que daba. Pero era complicado teniendo en cuenta que su madre le llamaba una media de setecientas veces al día—. Vas a tener que acostumbrarte a que no soy un niño y que ya estoy curado mamá —volvió a decir al aparato—. Se acabó.

Patrick Cooper había sido un chico alegre y divertido hasta que un día, una enfermedad había puesto su mundo del revés. Tenía un físico que le ayudaba, alto, moreno, con unos bonitos ojos marrones rasgados y el pelo algo rizado le daban un toque exótico que le hacía tener un gran éxito entre las féminas, sin embargo, él no era de esa clase de hombres.

Los aquí te pillo, aquí te mato no eran muy de su agrado, a pesar de que alguna vez había tenido alguno, claro, no era un santo. Patrick pensaba más bien en encontrar el amor verdadero. Una mujer con la que casarse y formar una familia, aunque esta idea chocaba en muchas ocasiones con su carácter independiente y su facilidad para conseguir que sus jefes le asignaran siempre los casos más peligrosos.

Su madre le decía que ninguna mujer en su sano juicio podría soportar algo así. Él trabajaba muchas veces encubierto en las mafias más peligrosas de la

ciudad. Todos los narcotraficantes de Nueva York temían al detective Cooper, porque no descansaba hasta llegar siempre al final en cada historia. Tenía el número de casos resueltos más alto del departamento de policía y no por esto era orgulloso ni altanero. A pesar de su físico imponente y el éxito en su trabajo, Patrick seguía siendo el mismo chico tranquilo, sencillo y soñador que había sido siempre.

Era, además, leal y fiel a lo que hacía. Decía que su trabajo era su único amor. En definitiva, Patrick Cooper era un patriota. Y así se sintió cuando, tras una ducha de agua helada, se enfundó de nuevo, después de tantísimo tiempo, su uniforme de policía.

Normalmente no lo usaba, pero hoy era un día especial, hoy iban a tomarle unas fotos para un reportaje importante sobre un nuevo cartel de drogas que había desmantelado su unidad y, a pesar de que él no había participado esta vez, sus compañeros y jefes habían insistido en que debía estar.

El edificio donde se encontraba la agencia de fotografías Glamour era uno de los más altos de aquella zona de Manhattan. De granito gris oscuro, era una construcción imponente que albergaba en su interior diferentes empresas: bufetes de abogados, consultoras, un periódico digital.

Todos los empleados coincidían a la entrada frente a los ascensores panorámicos. Se sonreían, saludaban y cada uno iba a su puesto de trabajo.

Eso era lo que, como cada mañana había hecho Ángela para después cruzar la puerta del despacho de su jefe, y descubrir que, su labor de hoy, no era de su agrado.

—¿La policía de Nueva York? —chilló Ángela a su jefe caminando como un león enjaulado de un lado a otro de la inmensa oficina con vistas a Central Park— ¿No puedes mandar a otro? —preguntó.

—Esos chicos acaban de jugarse la vida para sacar de las calles a unos importantes capos de la mafia italiana que estaban captando a jóvenes para sus filas, Ángela, ¡son héroes! El alcalde y toda la corporación municipal estarán hoy allí, periodistas de todo el país cubrirán la noticia, nos han contratado para tomar las fotos y quiero a la mejor para ello y esa, cariño, eres tú —explicó Roberts llevándose las manos a su calva cabeza con frustración. Él era un jefe comprensivo, que entendía que ella no quisiera tener contacto ni con militares, ni policías, pero en esta ocasión no podía ceder, la necesitaba.

—¿Por qué no va Susan? ¡Le encantan los hombres de uniforme! Se esmerará

y te hará unas fotos maravillosas.

—Le encantan tanto como tú los repudias... Susan está ocupada aún con el reportaje de los Preston. Tú, Ángela, coge tu cámara y ve a hacer esas malditas fotos a los policías —ordenó, no le gustaba ser ese tipo de jefes pero a veces no le quedaba otra opción.

—Está bien... ¿Qué tengo que hacer exactamente?

—Quieren fotos individuales de cada miembro de la unidad y después unas cuantas de grupo así como alguna de las instalaciones de la comisaría. No será difícil Angie —le dijo volviendo al tono paternalista que solía usar—. En unas horas estarás libre.

—Lo dudo, sé lo pesados que pueden llegar a ser esos tipos: que si el uniforme está bien puesto, los botones, los músculos bien marcados... mejor llamaré a Sarah para que esté pendiente por si tiene que recoger a los niños.

—No seas negativa o solo atraerás cosas negativas —le gritó mientras la veía llegar a la puerta malhumorada.

—¿Más? —inquirió mirándole por encima del hombro.

Capítulo 2

Ángela cruzó las puertas de la comisaría nueve de la Policía de Nueva York y sintió que le temblaban las piernas. Su jefe tenía a todos los becarios y ayudantes ocupados en otros reportajes y había tenido que ir sola, cargando con todo el material al hombro, y sus nervios a flor de piel no ayudaban nada. —Maldita sea —maldijo cuando el bolso de la cámara se deslizó de su hombro por enésima vez—. Agente, por favor, ¿podría ayudarme? —dijo tratando de llamar la atención del policía que acababa de pasar a su lado como una exhalación.

—Lo siento, tengo mucha prisa —le gritó desde la puerta.

—Este no saldrá en la foto —pensó y siguió avanzando.

—Señorita, ¿va a alguna parte? —preguntó tras ella la voz más varonil y sexy que había escuchado en muchísimo tiempo. Se giró y se encontró frente a frente con los ojos marrones más increíbles que había visto nunca— Soy el detective Patrick Cooper, ¿es usted la fotógrafa? —ella asintió.

—Ángela Sims —se presentó, a pesar de las recomendaciones del psicólogo se negaba a dejar de usar su apellido de casada, todavía no—. Intento llegar hasta el departamento de narcóticos pero me está costando un poco —reconoció tratando de ignorar la descarga que había sentido cuando el detective le había dado la mano.

—Sígame —dijo sin más, parecía un hombre realmente muy serio.

Ángela miró a su alrededor y decidió que si tenía que pasar varias horas ahí metida era mejor que se relajara un poco. Pero, ¿cómo? Para empezar estaba subiendo en el ascensor con un hombre increíblemente guapo que estaba despertando sensaciones en su cuerpo que tenía completamente olvidadas.

Tenía calor, mucho, el maldito verano en Nueva York estaba siendo uno de los más calurosos de los últimos años, aunque sí era completamente sincera con ella misma, quizás sus sofocos tenían más que ver con el detective Cooper que con la temperatura ambiental.

Patrick por su parte, parecía ajeno a todo lo que pasaba por la mente de aquella extraña fotógrafa que se había encontrado a la entrada de la comisaría.

Al verla de espaldas parecía una chica joven, con una larga melena pelirroja

recogida en una coleta alta y un cuerpo bonito pero que no llamaba en exceso su atención, sin embargo cuando la vio de frente, la tristeza que cubría sus preciosos ojos azules le dejó casi sin respiración. Debía ser bastante joven aunque por su semblante aparentaba más edad. Parecía que había sufrido mucho en la vida.

Mientras subían en el ascensor ella no paraba de moverse, estaba nerviosa, él era un detective curtido en mil batallas y sabía reconocer cuando una persona no estaba bien. Intentó relajar un poco el ambiente pero, ¿de qué podían hablar? Además, este era su primer día en la comisaría después de muchísimo tiempo y también estaba hecho un flan.

El silencio en el ascensor comenzó a ser demasiado incómodo, por lo que Ángela decidió romperlo. Henry siempre decía que el sentido del humor era una buena manera de romper el hielo en las peores situaciones.

—Detective, ¿puedo hacerle una pregunta? —dijo algo pensativa.

—Por supuesto que sí, señorita Sims —respondió solícito y muy educado.

—¿Tenéis asesores civiles en esta comisaría? —eso fue lo único que le pasó por la mente, ni tan siquiera intentó corregirle respecto a su estado civil, pensando en una famosa serie de televisión a la que ella y Sarah estaban enganchadas.

—Esto es la vida real, señorita —contestó en un tono bastante hosco, no era la primera vez que alguien le preguntaba eso—. No se crea usted todo lo que ve en la tele.

—Disculpe, pero no parece una pregunta tan descabellada, y no tiene nada que ver con lo que vea o no en la tele —mintió sintiéndose vulnerable.

—Pues la respuesta es no, no tenemos —repuso sin más mirándose fijamente a los pies, no quería ser borde pero los nervios le habían jugado una mala pasada.

Ángela miró al frente muy digna y no hablaron más. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, por un momento, sí que le pareció estar atrapada en su serie favorita.

Pensó que Sarah alucinaría si estuviera allí, pero no tardó mucho en darse cuenta de que su amiga era detective privada y que había trabajado con la policía muchas veces. Seguramente ella ya habría estado allí, o en otro lugar parecido.

Una estancia diáfana en la que había colocadas diferentes mesas con ordenadores, teléfonos y placas de madera con los nombres de sus dueños. Sí, tal y como si fueran de atrezzo para una película de policías.

Los aplausos que se escucharon la sacaron rápidamente de sus pensamientos. ¿Acaso le aplaudían a ella? Pronto se dio cuenta que no. Un par de agentes de paisano se acercaron hasta el detective Cooper y le abrazaron.

—Bienvenido, amigo, ya te echábamos de menos —dijo el primero de ellos, un hombre enorme que debía medir más de dos metros pero que tenía una cara muy tierna, rubio de ojos claros.

—Lo mismo digo, esto no es lo mismo sin ti, sin Cooper el invencible los casos resueltos han decaído y el capitán no para de sermonearnos —añadió el otro joven, en este caso un moreno de ojos marrones con un extraño acento—. ¿Y quién es la belleza que te acompaña? —preguntó y tendió su mano hacia ella— Detective Carlos García, sí, latino, español para ser exactos —explicó con una gran sonrisa.

—Ella es Ángela Sims y es la fotógrafa que han mandado de la agencia para el reportaje —explicó Patrick. De repente la actitud, siempre al acecho de una nueva conquista, de García no le hacía mucha gracia—. Gracias por el recibimiento, chicos —contestó.

—Encantada de conocerle, Detective García, me gustaría ver al Capitán y que podamos empezar lo antes posible, no tengo todo el día —mintió, sí que lo tenía, las dichas fotos de los pomposos policías eran su único encargo de hoy.

—Yo la acompañaré, señorita —se ofreció solícito el rubio enorme—. Detective Hunter, Richard Hunter.

—Encantada —dijo sin más. ¿Y este de qué iba? ¿De aspirante a Bond, James Bond?

—No le haga caso, estuvo en la CIA un tiempo y parece que a todos los espías les enseñan a presentarse así —añadió García con una gran sonrisa en la cara—. Mejor yo la llevo con el capitán, Hunter se ha comido hoy el último bollo de canela y el jefe está furioso con él —Ángela no pudo reprimir una sonrisa.

—Yo la acompañaré —contestó Patrick en un tono que no dejaba opción a réplica—, también tengo que hablar con él. Por aquí, señorita Sims.

Ángela pensó en su mala suerte. Los otros dos agentes eran muy divertidos, y no parecían tan arrogantes y patrióticos como Cooper. Al menos ellos no llevaban puesto el uniforme, iban de calle y eso la relajaba un poco. Además eran graciosos y simpáticos, cordiales como no lo había sido él. ¡Qué mala suerte la suya!

La entrevista con el capitán resultó un mero formalismo. Gregorie Petterson

era un hombre austero, serio y sin chispa que se limitó a darle las órdenes de cómo quería las fotografías, igual que cuando daba órdenes a sus hombres, luego la echó de la oficina para hablar a solas con Patrick.

—Detective García —dijo llamando la atención de la única cara conocida que vio en ese momento—, el comisario ha dicho que quiere que todos os pongáis el uniforme para las fotos.

—Es capitán, señorita, él no es el comisario...

—Bueno, lo que sea, me da igual, pero los quiere con el uniforme completo, gorra, guantes y todas las medallas que tengáis cada uno, haremos una primera sesión aquí en la comisaría y después ha dicho que podemos usar el gimnasio para la de grupo a ser posible antes de que llegue el alcalde con la prensa y esto sea un caos.

—¡A sus órdenes! —respondió cuadrándose ante ella y Ángela sintió un pinchazo en el corazón al recordar a Thomas.

Thomas corría como un loco por toda la casa huyendo de Ángela. Los gritos de ella se oían en todo el edificio.

—Te pillaré, Sims, y te arrepentirás de todo lo que me has hecho —le amenazó alzando un bote de nata. Acababan de mudarse juntos y todo era como un cuento de hadas entre ellos.

—No te acerques a mí con eso, Angie... —le espetó intentando parecer serio — o te arrepentirás. ¡Soy un oficial de la marina condecorado! No tienes nada que hacer contra mí.

—¡Oh! Tú y tu ego, ¡el gran teniente Thomas Sims de la marina de los Estados Unidos! —se burló y él corrió hasta ella y la agarró con fuerza— ¡Suéltame, bruto! —le riñó en broma.

—No, señorita, no te soltaré nunca... eres mía —añadió y la besó con pasión.

—Eres un posesivo y cuando te pones el uniforme blanco que me pone como una moto eres también un arrogante insoportable —le encaró—. No os soporto.

—Y tú eres una rebelde que dice no soportar a los patriotas pero que reconoces que mi uniforme te pone como una moto —le reprochó con sorna.

—¡Sí, pero ahora estoy armada! —y sin más presionó el bote y llenó de nata el pecho desnudo de su novio para acto seguido comenzar a chupar el dulce

— *mmmmm me encanta, llévame a la habitación en brazos y olvidemos esta disputa tonta...*

—*¡A sus órdenes, señora!* —contestó volviendo a besarla.

—¿Señorita Sims? —la voz del detective García la trajo de vuelta a la realidad.

—Disculpe, me distraje.

—En media hora estaremos todos listos para la sesión, si quiere puede esperarnos en la salita del café, es horrible, pero es lo único que hay —ella sonrió tristemente, eso les pasaba por no tener un asesor civil que les regalara una máquina de capuchino.

Ángela estaba acabando de colocar todo el material para la sesión fotográfica cuando escuchó la voz de Patrick a su espalda. Se giró y en ese momento notó como si las piernas no la sostuvieran. ¡Dios santo era deslumbrante! El estómago le dio un vuelco.

La altura, el porte y la estructura ósea hacían de ese detective un hombre con el que cualquier mujer querría irse a la cama. Y aunque Ángela sentía que su corazón murió el mismo día que su marido, su cuerpo, su maldito y traicionero cuerpo, parecía seguir estando muy vivo.

—Estamos listos —le dijo mirándola fijamente, había algo en esos ojos azules que perturbaban profundamente a Patrick Cooper.

—Muy bien, empezaremos por las fotos de grupo —Ángela dio un rápido vistazo a todos los policías perfectamente uniformados y se sintió transportada a otra época de su vida en la que había visto decenas de ceremonias militares. Tenía que ser sincera: los chicos se lo estaban poniendo muy fácil. Eran todos muy divertidos y no paraban de gastar bromas. Patrick se mantenía siempre en un discreto segundo plano. Más comedido, más serio.

—Oye, Ángela —después de más de cinco horas de trabajo el agente García ya la tuteaba—, había pensado que podrías hacernos unas fotos un poco más sexys, ¡venga! ¿Habéis visto los calendarios de los bomberos? ¡Podríamos hacer eso! —propuso con diversión.

—¿Sin camisa? —inquirió Patrick y el latino asintió— ¡Olvídalo! Somos los mejores miembros de la policía de Nueva York, tenemos el nivel de casos resueltos más alto de la ciudad y el segundo más alto del país, no vamos a mostrarnos a los ciudadanos como si fuéramos trozos de carne —le

reprendió.

—¡Eres un soso!, escuchemos mejor qué opina la profesional.

—Creo que el detective Cooper tiene razón, se me ha contratado para hacer un reportaje serio porque os van a condecorar, en unos minutos tendremos aquí al alcalde y la prensa, no me parece adecuado pero, si algún día quieres una sesión privada, yo encantada, todo lo que sean ingresos me parece bien, tengo dos hijos que mantener —explicó con una gran sonrisa, le caía bien García.

—Me parece que te voy a tomar la palabra.

—Céntrense, por favor —dijo Patrick casi gritando.

¿Por qué Ángela estaba coqueteando con García? ¿A qué se refería con una sesión privada? ¿Ella tenía hijos? ¿Estaba casada? Sin poder controlar su mirada se fue directamente al dedo anular de la mano derecha de la fotógrafa. Ahí estaba. Una alianza de oro brillaba junto a un discreto anillo de compromiso.

Cuando llegó la comitiva de guarda espaldas y periodistas que acompañaban a Paul Smith, el recientemente elegido alcalde de la ciudad de Nueva York, Ángela pasó a un segundo plano. Se colocó en un lugar desde el que pudiera tomar buenas fotos pero que no llamara mucho la atención y observó, a través del objetivo de su cámara, como Smith colocaba una a una las medallas en los hinchados pechos de los agentes de la comisaría del distrito nueve.

García y Hunter recibieron las suyas bajo la mirada orgullosa de Patrick. Aunque los tres eran detectives y por lo tanto ostentaban el mismo rango y tenían las mismas responsabilidades, Cooper siempre había sobresalido sobre sus compañeros, y en cierto modo se había convertido en el líder del grupo.

Entre los tres formaban uno de los mejores equipos de la policía y él no podía evitar ahora mirar con orgullo como sus amigos recibían esa distinción, aunque fuera por un caso en el que a Patrick, su maldita enfermedad había impedido participar.

La jornada en la comisaría tocaba a su fin y Ángela se sentía mucho más tranquila que esta mañana. No había ido tan mal. La rueda de prensa con el alcalde había sido muy amena. García no había parado de hacerle bromas sobre cuándo podría llevar a cabo su sesión privada. Y ella se había relajado y reído mucho. El detective Cooper era quizás el que más difícil le había puesto las cosas. Siempre tan serio. Siempre tan distante. Parecía inseguro y temeroso de algo. ¿Ese era el gran detective de la comisaría? Pues no lo

parecía.

Llegó a casa de su amiga Sarah para recoger a sus hijos. Los niños corrieron como locos a recibirla.

—¡Mamá! Hoy has llegado muy tarde —le reprochó Jon agarrado a su cintura fuertemente.

—Lo siento, cariño, he estado trabajando mucho —explicó con cariño— ¿Qué tal habéis estado? ¿Os habéis portado bien? —preguntó y ellos asintieron— ¿Se han portado bien? —inquirió en esta ocasión a su amiga.

—Se puede decir que sí... muy bien, Henry los tiene engatusados con lo de la pesca en alta mar, saben que si se portan mal, no hay excursión —explicó. Ángela estaría siempre agradecida al marido de su mejor amiga por haberse convertido en la figura masculina y de autoridad que sus hijos necesitaban.

—Mami, ¿has estado con los polis? —preguntó Nathan, siempre curioso.

—Sí... he conocido a unos cuantos polis, algunos muy simpáticos y otros no tanto —se quejó sin poder evitarlo.

—Chicos, ¿por qué no vais a buscar vuestras cosas mientras yo hablo un rato con mamá? —les pidió Sarah y los dos obedecieron— ¿Qué ha pasado? —atacó una vez que estuvieron solas.

—Nada, ha estado bien.

—¡Vamos, Angie! ¿A quién pretendes engañar? A mi desde luego no. Te conozco muy bien, no querías ir allí.

—Sabes que no soporto a los hombres de uniforme, son todos unos arrogantes, pero he de reconocer que los chicos de la novena son bastante encantadores.

—¿Estabas en la novena? —dijo casi chillando y Angie asintió— ¿Has conocido a Patrick? Patrick Cooper, trabajamos con él en un caso... es impresionante.

—¡Sarah! —se oyó de la nada la voz de Henry.

—¿Tú de dónde sales? —preguntó dándole un beso en los labios.

—Acabo de entrar y lo primero que escucho es a mi mujer decir que otro hombre es impresionante.

—¡Es que lo es! Henry, cariño, tú eres el amor de mi vida, pero eso no significa que me haya quedado ciega y Patrick es...

—¡Un gran profesional! —concluyó Henry en su lugar— Yo también le conozco.

—Será un gran profesional y te parecerá a ti que es impresionante — interrumpió Ángela, sabía que cuando sus amigos entraban en un bucle de

discusiones era complicado, por no decir imposible, sacarles de él—, pero a mí me ha parecido un hombre tosco y seco.

—¿Patrick? No podemos estar hablando de la misma persona —dijo Henry.

—¿Alto, moreno, de ojos marrones y unos rasgos como muy exóticos? —cotilleó Sarah.

—Sí, Patrick Cooper, no creo que haya dos con el mismo nombre en la comisaría.

—Pues no lo entiendo, trabajamos juntos en un caso y era un hombre muy agradable y divertido.

—Algo ha debido de pasarle —dijo Sarah tomando la palabra otra vez—. Oí que lleva mucho tiempo fuera de la comisaría.

—No lo sé y tampoco me importa mucho, hemos hecho hoy todas las fotos y ya no tendré que volver a ese lugar nunca más.

Dictaminó Ángela sin saber lo que se fraguaba en la oficina de su jefe, que había recibido la visita del capitán de la comisaría nueve.

Conrad Roberts siempre había sido un hombre afable. Apasionado de la fotografía desde niño había hecho de su hobby un modo de vida y, después de viajar por el mundo como freelance, trabajando con periodistas y otros profesionales, se había establecido en Nueva York fundando la agencia de fotografía Glamour.

Siempre había sido un jefe tolerante con sus empleados, pero ahora sentía que debía ayudar a Ángela a volver a la vida de verdad. Y por eso, tenía sentado frente a él al Capitán del distrito nueve de la Policía de Nueva York. Gregorie Petterson rezumaba mal carácter y era autoritario.

—He pensado que su fotógrafa es la persona indicada para esto.

—Se lo propondré —contestó.

—¿Solo proponerlo? —cuestionó arrugando el entrecejo.

—No suelo imponer ni obligar a mis empleados a nada, capitán Petterson, esto no es una comisaría ni un cuartel —respondió.

—En fin, cada uno gestiona su negocio como le da la gana, pero necesitamos a la fotógrafa.

—¿Y no puede ser otra? Tengo varias muy buenas en nómina.

—No, ella —sentenció serio—, tiene que ser Ángela Sims. Mis hombres ya la conocen, les ha caído en gracia y les ha mantenido a raya como si fueran soldaditos de plomo. Una mujer inteligente y con carácter es justo lo que necesito, además —prosiguió sacando de su bolsillo unas fotos— su trabajo

es puro arte.

—Como le he dicho, hablaré con ella —y sin más sellaron el trato con un apretón de manos

Al irse el policía Roberts lo- tuvo claro: Ángela haría ese trabajo.

Capítulo 3

Era viernes y comenzaba otro resplandeciente día en Nueva York. El sol brillaba en lo alto de un cielo increíblemente azul en el que no había ni una nube. Era el día perfecto para la sesión fotográfica preboda en el parque que Ángela tenía previsto hacer con la hija de un multimillonario empresario y su prometido.

Llevó, como cada mañana, a Nathan y Jon a la escuela de verano, hoy más ilusionados que nunca porque al salir, su tío Henry les recogería para su emocionante fin de semana de hombres fuera de la ciudad. Angie dejó todas las cosas de los chicos en casa de su amiga y se marchó directamente a la zona del Central Park donde había quedado con Mindy Halliwell y Joseph Brennan para tomar sus fotos.

Mientras conducía dándole vueltas en la cabeza al día anterior y su experiencia con la policía, el teléfono comenzó a sonar e instantes después saltó el manos libres.

—Ángela Sims, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó pensando que se trataría de algún posible cliente, a veces hacía trabajos externos a la agencia para ganar un dinero extra.

—Angie, soy Roberts, tenemos que hablar urgentemente.

—Voy camino del parque, tengo la sesión con la hija de Halliwell, si quieres nos vemos esta tarde.

—No, tiene que ser ahora, ya he mandado a Sally a cubrirte, ven directamente a la oficina.

—¿Ha pasado algo malo? ¿Se han quejado los polis? Porque te juro que fui muy cordial y profesional con todos ellos ayer.

—No, no se ha quejado nadie, vente y te cuento. Te espero y, Angie —dijo antes de colgar— súbeme un capuchino sin azúcar.

—¿Qué soy tu secreta...? ¡Ha colgado! Maldita sea —dijo a la nada, siempre le había fastidiado que le cambiaran los planes de ahora para después.

Durante el camino hacia la oficina, Sarah la había llamado para decirle que se había olvidado de meter en la mochila el medicamento para la alergia de Jon, y tuvo que volver a casa de su amiga a dárselo, haciendo que se retrasase.

Llegó a la oficina hecha un basilisco y encima, se le había olvidado el capuchino del jefe.

—Ángela, el jefe la espera desde hace diez minutos —informó recogiendo el maletín y el abrigo de su compañera.

—¿Está muy enfadado, Rose? —preguntó a la siempre sonriente secretaria de Roberts.

—Bastante.

—Tuve que dar la vuelta desde el parque y después volver a casa de mi amiga a llevarle un medicamento para Jon, se van hoy con su marido de fin de semana de chicos y mi pequeño hombrecito es alérgico a la humedad como lo era su padre —comentó con una sonrisa, ya no le dolía hablar de él.

—Si es por eso seguro que el jefe la perdona, señora, ya sabe que esos niños son su debilidad, y la de todos —aún podía recordar la pasada navidad, cuando acabaron rodando por una ladera nevada solo porque Nathan quería aprender a esquiar y Roberts se había empeñado en enseñarle; en la agencia eran todos como una gran familia.

—Tienes razón, dile que ya estoy aquí.

—Señor, la señora Ángela está aquí —por más que le habían dicho una y mil veces a Rose que podía llamarles por sus nombres a todos, ella seguía refiriéndose a sus compañeros como «señor o señora».

Ángela entró con paso firme y se colocó ante su superior sin poder apartar la vista de la imponente espalda del hombre que lo acompañaba.

—Siento mucho el retraso, tuve un problema con uno de mis hijos.

—¿Nathan y Jon están bien? —preguntó sonando más como un abuelo preocupado que como un jefe.

—Sí, se van con Henry a navegar y me olvidé el medicamento de Jon.

—Bueno, en ese caso, comencemos. Ángela, ya conoces al detective Patrick Cooper, de la división de narcóticos de la comisaría nueve, será tu nuevo compañero —cuando aquel hombre se giró hacia ella y le tendió su mano Ángela sintió sus rodillas flaquear y dudó un instante.

—Encantado de volver a verla, señora Sims —dijo mostrándole una sonrisa preciosa que ella no supo de dónde había sacado.

—Lo mismo digo, pero... ¿compañero? —inquirió— ¿Va usted a dejar la policía para ser modelo? —cuestionó intentando que las bromas calmaran lo que sentía su cuerpo.

—Nada más lejos de la realidad, señora, jamás abandonaría mi puesto de trabajo, es solo que me han encomendado una misión y el cuerpo de policía

ha solicitado a su jefe la ayuda de un fotógrafo; él dice que usted es la mejor.

—Gracias por el cumplido y la confianza, Roberts, pero... ¿me explicas qué se supone que debo hacer yo con un policía?

—Verás, Angie —dijo usando su tono más paternalista para calmarla—, el capitán Petterson quedó muy impresionado por tu profesionalidad y la forma en la que mantuviste a raya a todos sus chicos para la sesión fotográfica con el alcalde, le he dicho que espere a ver el resultado cuando el reportaje salga en la prensa y querrá ponerte un monumento —bromeó.

—Deja de hacerme la pelota y dime para qué me quieren, por favor —Patrick la miró de reojo y puso mala cara, ¿realmente era tan indisciplinada? ¿Cómo podía hablarle así a su jefe?

—El detective Cooper va a introducirse en una de las familias más influyentes del narcotráfico en la ciudad, va a trabajar encubierto y necesitan a una fotógrafa que sea capaz de captar imágenes buenas en los momentos en los que él lo precise.

—¿Fotos de vigilancia? ¿No puede hacerlas él mismo? —protestó malhumorada.

—Sigo aquí —protestó Patrick—. Y sí, podría, pero esta misión va más allá de tomar unas simples fotos de vigilancia, es mucho más complejo, necesito estar dentro y en esa familia son muy tradicionales a la hora de aceptar a nuevos miembros que no lleven su sangre.

—Sigo sin entender qué tiene que ver esto conmigo.

—Necesito una esposa —le soltó y se quedó petrificado, era realmente hermosa, sus ojos oscuros se anclaron rápidamente en los azules de ella que le dedicaban una mirada algo temerosa pero profunda y sincera.

—¿Y no hay mujeres en la policía de Nueva York que puedan hacer eso? —preguntó completamente descolocada.

—Por supuesto que las hay, y muy buenas, pero el capitán quiere fotos con calidad y quiere que las tome una profesional y usted le dejó impresionado, pocas podrían haber mantenido a García a raya como lo hizo —apostilló y ella enarcó las cejas. ¿Una broma? ¿Míster serio le había hecho una broma?

—Roberts, no puedo, ¿qué pasa con mis hijos? —preguntó empezando a sentir ansiedad.

—Ángela, las cosas están así: con la crisis económica y el hecho de que todo el mundo tiene móviles que hacen fotos fantásticas, nuestro sector está de capa caída, apenas nos contratan más que para bodas, bautizos y poco más —le contó—. Hace unos meses promovimos la campaña de fotografías por el

mundo en la que tus compañeros están haciendo un trabajo de campo maravilloso consiguiendo instantáneas de todas partes, pero te negaste.

—¡Tengo dos hijos y estoy sola! —le gritó y Patrick pensó en qué pasaría con su marido.

—Angie, tienes que renovarte o...

—¿O qué? ¿Vas a despedirme si no acepto esta locura? —preguntó algo preocupada.

—Por supuesto que no, pero esto es bueno para la agencia y para ti, como profesional y como persona, necesitas volver a vivir, Ángela, y además la remuneración económica es muy buena, para ti y para el negocio.

Patrick presenciaba la conversación confundido. ¿Volver a vivir? ¿Qué le pasaría? Ella suspiró hondo y soltó el aire para relajarse, su jefe no dejaba de tener razón.

—¿Cuándo sería? —cuestionó.

—Queremos empezar cuanto antes, pero entendemos que no se esperaba algo así y que tiene que arreglar sus asuntos, ¿estaría lista para el lunes? No para empezar la misión en sí, sino para comenzar su adiestramiento —ante la cara de no entender nada de Ángela, aclaró—. No pretendemos que se convierta en una policía de la noche a la mañana, pero sí tenemos que darle unas nociones básicas.

—Por la tarde —apostilló—. Tengo que hablar con mis hijos y están fuera de la ciudad hasta el domingo, además tengo que buscar a alguien de confianza que se encargue de ellos.

—Pues bien, el lunes por la tarde nos vemos en la comisaría para tratar algunos temas.

—Nos vemos el lunes entonces —dictaminó y se dieron la mano.

—Muchas gracias —dijo Patrick mirando a Roberts.

—A vosotros, por confiar en mi gente.

Y así fue como, desde el punto de vista del resto de mujeres de la agencia de fotografía, Ángela tuvo la gran suerte de que el jefe le asignara como compañero al guapísimo y sexy detective Cooper.

Capítulo 4

El fin de semana se presentaba largo. A pesar de tener mil cosas en la cabeza y de haber hecho planes con Sarah, cuando no estaban los niños el tiempo para Ángela se ralentizaba. Llegó a casa de su amiga pasadas las siete de la tarde y con solo mirarla un instante supo que le esperaba una de sus charlas sobre rehacer su vida, aprender a aceptar las cosas, seguir adelante.

—¡Cuéntamelo todo! ya estás tardando —le dijo Sarah nada más sentarse en el cómodo sofá de su casa.

—¿El qué? —preguntó.

—Lo de Patrick y el interesantísimo trabajo que vas a hacer con él —estaba realmente apasionada por el giro que la vida de su amiga podría dar por fin.

—Querrás decir el enorme marrón que me ha caído.

—Así no, Angie, con esa actitud no vas a ninguna parte.

—¡Sarah! Por favor, a ti te parece muy atrayente porque eres detective privado, pero ¿a mí? ¡Soy fotógrafa por el amor de Dios!

—Antes de la muerte de Thomas hacías unos reportajes buenísimos sobre cosas interesantes, eres una apasionada de tu trabajo, ahora solo fotografías eventos sociales y lo más interesante que te he visto captar con tu cámara es cuando se cayó la tarta en aquella boda —comentó riéndose al recordar ese momento—. Ahora solo haces fotos para ganar dinero, ya no disfrutas.

—Resulta que soy viuda y tengo que mantener a dos niños, perdona que quiera ganar de dinero.

—No seas demagoga conmigo, nos conocemos desde hace mucho tiempo, con la indemnización y la paga que la Marina te da para Nathan y Jon por ser huérfanos de guerra te alcanza para vivir muy bien, se trata de que tienes miedo a vivir —Ángela movió la cabeza en señal de negación y resopló indignada aunque sabía que su amiga tenía razón.

—Perdí al amor de mi vida —comenzó a decir y Sarah la interrumpió.

—O no, eso no lo sabes.

—¡Sarah! —le gritó— Thomas era el amor de mi vida, no cuestiones eso.

—Y tú no lo afirmes tan tajantemente. Thomas era un hombre fantástico, un marido maravilloso y el mejor padre con sus hijos, pero quizás no era el amor de tu vida, todo pasa por algo Angie —por un momento calló pensando que quizás estaba siendo demasiado dura— Me violaron, Ángela —sentenció

— y fue la peor experiencia de mi vida, todavía hoy siento que no estoy al cien por cien, aun ando desconfiada por la calle, si se hace de noche tengo que llamar a mi marido para que vaya dándome conversación mientras llego a casa, a veces todavía tengo pesadillas pero, ¿sabes qué?

—Esa horrible situación te llevó a acabar con Henry —respondió sabiendo de sobra lo que iba a decir y su interlocutora asintió.

—No te estoy diciendo que te tires a la cama del primero que aparezca en tu vida, sea Patrick Cooper o cualquier otro, pero solo no te cierres a la posibilidad.

—¡Pero si Patrick no me soporta! —sentenció más relajada.

—No sé qué le habrá pasado pero está claro que él no es así, ¿quién sabe? Quizás en este tiempo que vais a pasar juntos lo averigües —añadió con una sonrisa— ¿Me cuentas ahora de qué va todo?

Durante un rato Ángela le contó a Sarah que tenía que hacerse pasar por la esposa de Patrick para que le aceptaran como miembro en una de las familias de mafiosos más peligrosa de la ciudad.

—¡Me encantan los casos encubiertos! —exclamó.

—Lo sé, detective, lo sé —contestó dando un trago más a su copa de vino.

Entre charla de chicas y copas de vino transcurrió el sábado y durante el domingo, Ángela se dedicó a informarse sobre la mafia, el narcotráfico y llamó a su madre para que se hiciera cargo de los niños en su ausencia.

El domingo por la tarde, Henry dejó a unos emocionados Nathan y Jon en su casa y ella tuvo que explicarles que debía irse unos días por trabajo.

—¿Volverás? —preguntó Nathan con una mueca de terror en su cara mientras estaban los tres tumbados en la cama de matrimonio.

—¡Claro que volveré, mi amor! —le dijo acariciándole el pelo.

—Papá no volvió —le soltó de pronto el mayor de sus dos hijos.

—Nathan, mi vida, esto no se parece en nada a lo que papá hacía, ¿vale? Solo voy a hacer unas fotos, no es peligroso —mintió por el bien de la salud mental de sus hijos.

—¿Y por qué no podemos quedarnos con la tía Sarah y el tío Henry? — cuestionó Jon medio adormilado— La abuela es aburrida.

—Porque ellos tienen mucho trabajo y sus propios hijos y va a ser durante algunos días —no quería usar las palabras «mucho tiempo».

—No quiero que vayas —expuso Nathan una vez más al borde de las lágrimas.

—Ni yo —se quejó Jon.

—No me lo pongáis tan complicado, ¿vale, niños? Tengo que hacerlo es mi deb... —estuvo a punto de decir que era su deber cuando recordó súbitamente que odiaba esa palabra— es mi trabajo, solo serán unos días y al volver os traeré un regalo —ofreció buscando el consentimiento que sus hijos parecían no querer darle.

—Está bien, mami —dispuso Jon, pero no fue respaldado por su hermano mayor.

—¿Nos llamarás?

—Todos los días, mi amor, te lo prometo —Nathan se abrazó a su cuello y ella lo apretó con fuerza contra su cuerpo—. Ya está, hombrecito, todo va a salir bien —susurró consolando a su pequeño—. ¿Vais a ser buenos con la abuela, verdad? —los dos asintieron— Entonces a dormir, mañana es un día muy complicado para todos.

Patrick no paraba de dar vueltas por su apartamento de un lado para otro. No entendía porque demonios su jefe había tenido que escoger a la fotógrafa triste para ese trabajo.

Como ella misma había dicho ¿acaso no había mujeres en el cuerpo de policía? Tenía compañeras muy buenas, entrenadas, que matarían por participar en una operación así con él. «¿O quizás ya no?», resonó de nuevo esa maldita voz en su cabeza.

En un tiempo no muy lejano él había atraído las miradas de todas las féminas, no solo de la comisaría nueve, sino de todo el cuerpo de policía de Nueva York. Tenía un físico imponente y, alguna que otra vez, cuando se ponía el uniforme, le parecía escuchar incluso algún suspiro enamorado a su paso.

Pero todo había cambiado para Patrick el día que sintió aquel pinchazo en el pecho que le hizo doblarse por la mitad en medio de una importante operación de detención. Entonces su vida dio un drástico giro de ciento ochenta grados.

Se puso delante del espejo que había en la puerta de su armario. Tan solo con los pantalones de lino que se ponía para dormir y el pelo revuelto. Posó su mirada oscura en su pecho y la vio.

La enorme cicatriz que adornaba su cuerpo. La odiaba. Muchos decían que era una prueba de que seguía vivo. Pero Patrick la veía más como una marca de debilidad, como algo que le había hecho perder un tiempo muy valioso de su vida.

El sonido del teléfono lo sacó de sus pensamientos bruscamente.

—Cooper —respondió sabiendo que si le llamaban al móvil era porque se trataba de algo relacionado con el trabajo, su madre solo le llamaba a casa.

—Soy Ángela, perdone que le moleste, detective Cooper —la voz de la mujer al otro lado le activó rápidamente, ella sonaba extraña.

—Teniendo en cuenta que en poco más de una semana vamos a tener que parecer una pareja felizmente casada, será mejor que nos tuteemos, ¿te parece bien, Ángela? —preguntó.

—Sí, será lo mejor, Patrick —respondió.

—¿Hay algún problema? ¿Tienes algún impedimento en que nos veamos mañana?

—No, no, todo está bien, es solo que los niños por fin se han dormido y no me lo han puesto nada fácil. Para relajarme me he estado documentando y me he encontrado tu nombre en todos los artículos sobre el narcotráfico en Nueva York que he leído —expuso con una sonrisa, decidida a hacer caso a Sarah; si iba a trabajar con ese hombre, al menos tenía que ser cordial, no podía estar todo el tiempo con la guardia alta.

—No te creas todo lo que lees en la prensa.

—Eres un héroe —dijo con cierto deje de pena en la voz—. Eres un patriota y... —se contuvo para no decirle que odiaba a los patriotas.

—Yo no diría tanto como un héroe, pero sí que juré proteger a mi país, a mi ciudad y eso es lo que hago e intento hacerlo bien —sentenció sonando más serio de lo que pretendía. ¿Qué demonios le pasaba con esa mujer que lo aturdiría?

—Está bien, no quise molestarte solo que... nada, nos vemos mañana —y sin más, colgó. Patrick nunca supo los miedos y los recuerdos que su frase había removido en su nueva compañera.

—No lo hagas, Thomas, estamos de vacaciones, no cojas el teléfono — protestó una melosa Ángela sentada sobre las rodillas de su marido y mordisqueando el cuello de este.

—Sabes que tengo que hacerlo, nena, es mi trabajo.

—Pero si lo haces te mandarán de nuevo a algún lugar perdido de la mano de Dios y nos fastidiarán el viaje. Nos vamos mañana y llevo meses esperando a poder tenerte solo para mí, me lo debes —dijo con un puchero y

Thomas no pudo evitar besarla.

—Cielo, tienes que entender una cosa —ella seguía intentando volver a besarle para hacerle callar— No, Angie, escúchame porque es importante.

—No me gusta lo que vas a decir —su novio sonrió, por momentos parecía una chiquilla malcriada.

—Eso no lo sabes, quizás te sorprendo.

—Seguro que vas a darme una charla de esas tuyas sobre el deber y el patriotismo y tu amada Marina...

—Y también te quiero decir que quiero casarme contigo —le soltó sin más y eso la descuadró.

—¿Qué quieres qué?

—Habría querido proponértelo de otra forma, en una cena romántica, con mi uniforme de gala y un anillo, pero no me has dejado opción —le riñó dulcemente acariciando sus rizos pelirrojos que tanto amaba.

—¿Qué era eso que querías decirme? —preguntó nerviosa.

—Quiero que entiendas una cosa, te amo, pero sabes cuál es mi profesión, soy un oficial de la marina y como tal, tengo que cumplir con mi deber, juré proteger a mi país, a mi ciudad y eso es lo que hago e intento hacerlo bien, si vas a aceptar mi propuesta de matrimonio tienes que saber que no siempre voy a estar aquí cuando lo necesites, que habrá momentos en los que me odies y en los que preferirás que sea fontanero... pero esto es lo que soy, nena, te has enamorado de un marinero... —ella le miraba atentamente con lágrimas en los ojos y él le hizo un gesto para que se bajara de sus rodillas y se sentara en el sofá— Ya vuelvo, no te muevas.

Ángela temblaba como un cachorrillo asustado cuando le vio desaparecer por la puerta de su dormitorio y volver con una cajita de terciopelo negro en las manos e instantes después se arrodilló ante ella.

—No tengo el ambiente, ni la cena romántica ni el uniforme, pero hace meses que tengo esto —explicó mostrándole un sencillo pero precioso anillo de compromiso—. Ángela Alexandra Spencer, ¿quieres casarte conmigo? —preguntó serio clavando sus preciosos ojos azules en los lacrimosos de su novia.

Sí, Thomas, sí quiero casarme contigo aunque para eso tenga que casarme también con la Marina de los Estados Unidos. Te quiero —él deslizó el anillo en su dedo y se besaron.

Maldito Patrick, por su culpa, esta noche, volvería a irse a la cama desecha en

lágrimas.

Capítulo 5

El excomandante de la Marina Clark Robinson salió del ala de psiquiatría del hospital naval de Bethesda cuando el sol brillaba con fuerza sobre Washington. Habían pasado tres años desde que llegó allí para que le trataran, en primer lugar, las heridas físicas que le había ocasionado un grave accidente cuando estaba desplegado, junto con su compañero, en Afganistán, y más tarde, por encontrarse sumido en una profunda depresión tras la muerte de este, le habían vuelto a ingresar para ayudarle psicológicamente. Tres largos años había perdido en aquel horrible lugar. Tres años en los que el hecho de no haber podido cumplir una promesa que hizo le estaba volviendo loco.

Pero ahora ya estaba fuera. Era el momento de llevar a cabo su nuevo deber. Retirado de la Marina por enfermedad, a Clark solo le quedaba el consuelo de que podía dedicarse en cuerpo y alma a cuidar de la viuda y los hijos de Thomas Sims.

Recordó las enseñanzas de su familia, el legado de sus antepasados Cheyenne estaba muy presente en su vida. Durante todo este tiempo se había estado acordando de las miles de historias que le contaba su abuelo sobre como el honor de los antiguos indios americanos y la lealtad a su familia era tan fuerte que cuando un hombre moría, su hermano se casaba con la viuda para que esta no quedara sola y no fuera apartada del núcleo familiar.

Thomas había sido su compañero desde la academia, fueron juntos a todas las misiones peligrosas, no solo era su amigo, era su hermano, y un día le había prometido que si algo le pasaba, él cuidaría a su hermosa esposa y sus preciosos hijos.

Por fin había llegado el momento. Clark estaba solo en la vida, a sus treinta y cinco años había consagrado toda su existencia a la Marina y nunca se había casado. Sus padres habían muerto y no mantenía contacto con sus hermanos de sangre. Cuando estaban en la guerra solo tenía a Thomas y ahora, tenía que cumplir la promesa que le había hecho.

Decidido a encontrar a la viuda de su amigo, Clark se pasó las manos por su larga cabellera de color negro como la noche, entrecerró sus ojos oscuros algo molestos por el sol y miró la foto que acababa de sacar de su bolsillo en la que una hermosa pelirroja de ojos azules y dos niños muy pequeños

sonreían. Leyó el reverso: «Te queremos, papá. Angie, Nathan y Jon».

Patrick llegó a casa de Ángela a las cinco de la tarde en punto. Por la mañana habían acordado por teléfono que se verían allí para empezar su entrenamiento como, según palabras del propio detective, trabajadora de campo de la policía de Nueva York. No le gustaba nada como sonaba eso. Ella iba a ir allí a hacer fotos y ya está. Bueno, y a ser su esposa.

Esa era sin duda una parte del acuerdo que tenían que pulir. Debía sentar unas bases, poner unos requisitos y determinar unos límites. Casi estuvo a punto de llamar a un abogado que redactara un acuerdo, ella era una mujer casada y no estaba dispuesta a hacer según qué cosas con un hombre.

—No —dijo a su reflejo en el espejo cuando se acercó a abrir la puerta—. No eres una mujer casada Ángela, eres viuda —y respiró para abrir la puerta—. Bienvenido a mi humilde morada detect... Patrick —se corrigió, habían acordado que se tutearían.

—Gracias, Ángela —ella se hizo a un lado y lo dejó pasar—. Vaya, no sabía que tendríamos compañía —señaló al ver a dos niños de pie en el salón con cara de pocos amigos.

—Lo siento, les dije que se quedaran en su habitación —se disculpó—. Chicos, los deberes, mamá tiene que trabajar.

—No importa, no me molestan, ¿quiénes son estos hombrecitos?

—Patrick, te presento a Nathan y Jon, los hombres de mi vida, mis hijos. Niños, él es el detective Patrick Cooper, va a ser mi compañero.

—¿Eres detective como mis tíos? —preguntó Nathan con curiosidad preocupado por el bienestar de su madre.

—No, cariño, Patrick es policía —explicó su madre adelantándose.

—¿Eres un poli? —gritó Jon emocionado.

—Sí —contestó sin más, no sabía muy bien cómo interactuar con niños.

—¿Y tienes pistola? ¿Me la enseñas? —Jon se había colocado junto a Patrick en un abrir y cerrar de ojos y comenzó a revolotear a su alrededor.

—No la tengo aquí —le explicó y ante la cara de desencanto del pequeño se agachó a su altura y le susurró—. Voy a venir más días, si a tu madre no le importa, un día te la enseño.

—¿Sí, mamá? ¿Puedo ver la pistola de Patrick? —quiso saber ilusionado.

—En primer lugar, jovencito, más respeto, detective o señor Cooper, nadie te

ha dicho que puedas llamarle Patrick; y en segundo lugar, no, no puedes ver la pistola, ahora volved a la habitación hasta que llegue la abuela —ordenó en su mejor voz de madre.

—¿Cuidarás de mamá, verdad? —preguntó Nathan antes de irse.

—Lo haré, la cuidaré muy bien, te lo prometo —contestó viendo el miedo patente en los ojos del niño, tenía la misma mirada velada de tristeza que Ángela.

—Lo siento, son muy curiosos y están algo asustados con todo esto, no deberían estar aquí; mi madre se está retrasando, de verdad que lo lamento muchísimo.

—No hay nada que lamentar, no me han molestado y no me importa que me llamen por mi nombre, solo que no me pareció adecuado decirlo delante de ellos para no quitarte la autoridad —explicó y Ángela frunció el ceño, odiaba la palabra autoridad—. Si quieres podemos empezar.

Se sentaron en la mesa del comedor y durante un buen rato Patrick le contó en profundidad los detalles de la operación.

Se trataba de infiltrarse durante al menos dos semanas, como mínimo, en el ambiente en el que se movía la familia irlandesa O'Railly, que controlaba el narcotráfico en la zona de Washington Hide. Tenían dos puntos de encuentro. El centro neurálgico era el pub irlandés de Brendan O'Railly, pero también se reunían y se movían mucho en el majestuoso complejo de dúplex donde, como una perfecta familia, vivían todos en armonía, o eso era lo que parecía.

—Uno de los hermanos más influyentes se ha casado hace poco con una joven americana después de tan solo un par de meses de noviazgo —le explicó diligentemente—. Ella es el punto débil del núcleo. Todavía la miran con recelo y ella misma desconfía —dijo buscando una foto en su iPad— Hannah Miller, treinta años, camarera en el pub de su marido, tú tendrás que...

—Hacerme su amiga —concluyó su frase y ancló su mirada en la de Patrick sin poder evitarlo, sus ojos tan oscuros la atraían de una manera irracional—. Yo también soy la chica nueva que acaba de casarse con un aspirante a mafioso y su familia desconfía de mí.

—Exactamente, según tu expediente tienes treinta y tres años y eres fotógrafa, tenemos que pulir tu personaje, me gustaría que fuera uno con el que te sintieras cómoda.

—Entonces, ¿por qué no dejas el expediente y me preguntas a mí lo que quieras saber? —le cuestionó con una pequeña sonrisa que hizo que la piel de

Patrick se erizara.

—Está bien... ¿cuáles son tus hobbies?

—Me gusta la fotografía, aunque eso es obvio, me gusta estar con mis hijos, pasear por la playa, ver alguna que otra serie de investigación y luego comentar con mi amiga Sarah, que es detective privado, los errores que cometen —explicó sonriendo tanto que Patrick se sentía cada vez más nervioso mientras tomaba notas—. De adolescente me gustaba escribir, y siempre me ha atraído el mundo de la investigación —se calló un momento pensando si quería revelar tanto de sí misma, pero no sabía por qué se sentía cómoda—. Hubo un tiempo muy lejano en el que me habría gustado ser periodista de investigación, como Lois Lane, pero al final no.

—¿Por qué no? —quiso saber y dejó el boli para mirarla bien, estaba seguro de que ese punto era importante.

—Mi relación con mis padres era un poco inestable, así que me fui de casa muy joven, ellos me obligaron a hacer algo que no quise y decidí que no iba a dejar que influyeran más en mi vida —¿por qué le estaba contando todo eso a un desconocido?—, así que empecé a hacer fotos para ganarme un dinero y, cuando ahorré lo suficiente, estudié para ser profesional y empecé a trabajar en una revista, luego me enamoré, me casé y tuve a los niños pronto, así que lo de ser periodista quedó en un sueño de adolescente.

—Has vivido deprisa —expresó sin poder contenerse—. No es que te esté juzgando ni nada, Ángela, no me malinterpretes.

—No, tranquilo, tienes razón, mi vida ha sido rápida.

—¿Puedo preguntar por tu marido? —no quería, no quería hacerlo pero tenía que saber.

—No, no puedes —respondió sin más cortando de golpe la camaradería que se había creado entre ellos en esas horas y se levantó a responder al teléfono que sonaba—. ¿Mamá, dónde estás? Deberías haber llegado hace horas —ladró sin saludo previo— ¿Cómo que no vas a venir? ¿Y me avisas ahora? —durante unos segundos a Patrick le llegaba de lejos el parloteo incesante de una voz chillona al otro lado de la línea— Pero, ¿papá está bien? —más parloteo— Entonces, ¿no puede quedarse Donovan con él? Ya, ya sé que es tu responsabilidad y todo eso, pero, mamá, tengo que hacer este trabajo y no tengo con quién dejar a los niños, te comprometiste —la señora volvió a hablar, parecía tan nerviosa como su hija—. Sarah tiene una agencia de detectives y sus propios hijos, puede hacerse cargo de Nathan y Jon un rato por las tardes, pero no todo el tiempo —las respuestas de su madre no hacían

más que incendiar aún más a Ángela— ¡Está bien! —chilló—, déjame tirada como haces siempre... sí, sí, mi culpa por mudarme tan lejos, da igual, adiós, ya llamaré a papá para saber cómo está —y tras colgar tiró el teléfono al suelo— ¡Mierda! —gritó frustrada.

—¿Le ha pasado algo grave a tu padre? —fue lo único que se le ocurrió preguntar visto el enfado de su compañera.

—No, se ha caído pescando y se ha roto una pierna, no preguntes cómo porque no lo sé, ¿cómo te rompes una pierna pescando en la Bahía de San Francisco?

—Nunca me ha gustado la pesca —dijo a modo de respuesta tonta pero que hizo reír a Ángela.

—El punto es que mi madre por su sentido de la responsabilidad conyugal no quiere dejarle con mi primo, que es como otro hijo para ellos, y ahora no tengo con quién dejar a los niños —explicó pasándose las manos por el pelo que siempre llevaba atado.

—Antes nombraste a tu mejor amiga, pero supongo que será la Sarah que has dicho que no puede. Lo siento, no es que sea un cotilla pero estabas aquí a mi lado —se disculpó con una sonrisa sincera y Ángela pensó que era todo un descubrimiento que el chaval supiera sonreír.

—Sí, es ella... además, seguro que la conoces, Sarah Butler de la división en Nueva York de Investigaciones Peter Campbell, ella y su marido Henry poseen la franquicia de la empresa aquí.

—¿Sarah Boyle es tu amiga?

—Butler, se casó y cambió su apellido, llegaron a un acuerdo de usarlos los dos, pero con los años acabó por dejar el suyo por ahí.

—Sí, eso, es verdad, la última vez que trabajé con ella ya me corrigió pero me cuesta superar las viejas costumbres.

—Pues sí, ella es mi mejor amiga desde hace años y Henry se ha convertido en un gran amigo también.

—Son muy buenos en su trabajo, muy profesionales.

—Son los mejores —contestó sintiéndose orgullosa—. Pero están muy ocupados y no puedo darles más trabajo, seguro que lo harían pero no se los voy a pedir, así que tenemos un problema.

—No te creas, podemos llevar a tus hijos con mi madre —le soltó sin pensar ni de dónde había salido esa idea.

—¿Tu madre? —cuestionó.

—Sé que no la conoces, pero creo que no tenemos más opciones. El

departamento podría pagarte una niñera pero sería una desconocida.

—Tu madre también lo es —apostilló.

—No para mí, puedo darte buenas referencias, además, ¡es una madre! No puede ser mala.

—Eso es que no conoces a la mía —dijo y se arrepintió en el instante—. No es que sea mala, es que es especialmente rara.

—Todas lo son, ¿no? La mía me llama veinte veces cada día y soy un hombre adulto capaz de hacer mi vida, y no te ofendas, tú eres madre, ¿no eres un poco rara?

—¡Vaya! Pero si resulta que tienes sentido del humor y todo, ¿eh? —bromeó relajando un poco el ambiente—. Tienes razón, todas somos un poco raras. En fin, si a ella no le importa, aceptaremos tu oferta, prométele que son niños buenos y se portarán bien... —le dijo mientras le veía coger el móvil—
Mientras hablas voy a explicarles el cambio de situación, Nathan va a matarme —exclamó con un suspiro.

Capítulo 6

Mientras esperaba, Patrick no pudo evitar dar un repaso visual al salón. Todo parecía impregnado del carácter de su compañera, con algún que otro toque infantil. La decoración era sobria y elegante, rematada por algunos dibujos pintados a mano y fotos de Nathan y Jon por todas partes. Había desde su nacimiento hasta la actualidad, solos, o con otro niño y una niña que dedujo serían los hijos de Sarah y Henry, con su madre, lo que no encontró fue ninguna imagen del marido de Ángela.

—¿Cómo se lo han tomado? —preguntó cuando la vio aparecer con el rostro preocupado.

—No sabría decirte, creo que se han alegrado de no quedarse con su abuela, pero no entienden muy bien qué pasa, no he querido darles muchas explicaciones para que no se preocupen demasiado. ¿Qué ha dicho tu madre?

—Está encantada, he tenido que prometerle que no son míos, no entiende de dónde he sacado dos niños de la noche a la mañana, pero está encantada de cuidarlos.

—¡Siento haberte metido en esto! —le dijo sentándose en el sofá derrotada—. Aún no ha empezado esta locura y ya están saliendo mal las cosas.

—No seas pesimista —le recriminó—. Todo va a ir bien, ¿te importaría que hablase con los niños?, quizás pueda tranquilizarles un poco y hacer que se ilusionen por lo de irse con mi madre.

—Claro, no hay problema —contestó sin muchas ganas tapándose los ojos—. ¡Chicos, venid al salón! —gritó.

—¿Pasa algo, mamá? —preguntó Nathan siempre serio.

—Patrick quiere hablar con vosotros.

—¿Ya podemos llamarle Patrick? —cuestionó Jon.

—Sí, podéis —dijo él tomando el turno de palabra—. Mi madre está encantada de poder quedarse con vosotros.

—Gracias —respondieron educados.

—Y tiene grandes planes para esos días. ¿Os gusta la playa?

—¡Sí! —se apresuró a contestar Jon antes de que el aguafiestas de su hermano dijera lo contrario.

—Pues resulta que mis padres tienen un amigo que tiene una casa en los Hampton, y va a prestársela para que podáis ir con ellos estos días que

vuestra mamá estará trabajando conmigo.

—¿En serio? —inquirió Ángela que por un momento se había quedado muda al ver interactuar a Patrick con sus pequeños.

—Completamente. He pensado que sería mejor que estuvieran relativamente cerca de ti, así ellos estarán contentos en la playa y tú tranquila porque no estarán lejos.

Ángela no pudo contener el suspiro que salió de su garganta. ¿De verdad era tan encantador? ¿Sería cierto lo que había dicho su amiga y debajo de toda esa imagen de hombre serio y patriótico había un ser maravilloso? De repente sintió unas ganas locas de conocerle más en profundidad.

Los niños empezaron a saltar delante de Patrick completamente emocionados y él no paraba de sonreír. Ángela pensó que nunca le había visto hacerlo de esa forma.

—Niños, den las gracias a Patrick e id a preparar las cosas para el viaje.

—Gracias, Patrick —gritaron al unísono y salieron corriendo.

—No sabes cómo te agradezco todo esto, si hay algo que pueda hacer por ti...

—Ser mi esposa —soltó sin poder controlarse y ella se sintió estremecer.

—¿Te gustan los niños, detective? —cuestionó con simpatía.

—Sí —dijo con una sonrisa—. Supongo que es consecuencia de ser hijo único.

—Ya, te entiendo, yo también lo soy. ¿Tienes hijos, Patrick?

—Sí, bueno, no, en realidad no.

—¿Sí o no? Decídetelo.

—Creí tener uno pero, al final resultó no serlo —ante la mirada incrédula de Ángela decidió contárselo, tal vez así conseguía que ella se abriera a él un poco—. Salí durante años con una chica, Mery, nos conocimos en la academia de policía, nos fuimos a vivir juntos y ella se quedó embarazada —sonrió al recordarlo—. Todo iba bien, yo estaba como loco con el bebé hasta que un día ella se marchó, me abandonó llevándose al niño.

—¿Y no los buscaste? Era tu hijo, tenías derechos.

—No, Ángela, no lo era.

—¿No era tuyo? —inquirió con la voz chillona por la sorpresa.

—Unos meses después de irse, Mary me llamó, me dijo que dejara de buscarlos y que yo no era el padre de su hijo —explicó con un deje de tristeza en la voz.

—¿La creíste? —no podía imaginar que una mujer pudiera mentir sobre algo

tan importante como el padre de su hijo, pero el mundo parecía haberse vuelto loco.

—Me mandó unas pruebas de ADN, al parecer tenía un amante desde hacía tiempo, él era el padre, lo demostró y no pude hacer más.

—Lo siento muchísimo... —le dijo poniendo una mano sobre su hombro, el contacto físico hizo estremecer a ambos.

Patrick se acercó a ella lentamente y justo cuando parecía que iba a dejarse llevar por los extraños sentimientos que ella le despertaba e iba a besarla, una vocecita rompió el momento.

—Mamá... ¿nos ayudas con la maleta, por favor? —preguntó Nathan.

—Sí, ya voy cariño. Lo siento —se excusó y huyó rápidamente aterrorizada de lo que había estado a punto de pasar.

Patrick soltó el aire que había estado conteniendo en sus pulmones. ¿Qué demonios había estado a punto de hacer? ¿Se había vuelto loco? Ángela iba a ser su compañera. Bajo ningún concepto podía cruzar la línea con ella.

Un rato después volvió a salir acompañada de sus dos hijos.

—Estamos listos —exclamó Jon eufórico.

—¿Vamos a llevarlos y seguimos trabajando? —preguntó ella.

—Mis padres los recogerán aquí mañana temprano. Si no te importa preferiría que lo dejáramos por hoy, ha sido un día muy intenso, es tarde, será mejor que descanses, voy a llevarte al gimnasio de la comisaría para darte unas nociones de defensa personal —informó.

—Si ya habéis acabado de trabajar, ¿podemos ver una película? —cuestionó Jon—. Puedes quedarte si quieres —invitó a su nuevo amigo sin pedir permiso, se sentía muy bien con él.

—Cariño, nosotros la veremos, pero Patrick quizás quiera marcharse a su casa ya.

—Pero si mañana nos vamos con la madre de Patrick y no vamos al cole, podemos trasnochar —protestó haciendo pucheros.

—No seas caprichoso, Jon, te he dicho que nosotros sí, pero él tiene que irse.

—No te preocupes, Ángela, estoy bien, si no te importa veré la película con vosotros —ella solo asintió.

—¿Una de polis? —cuestionó Jon esperanzado.

—De eso nada, jovencito, sabes que no podéis ver ese tipo de pelis —le reprendió su madre.

—Mejor Toy Story —sentenció Nathan cogiendo el DVD de la estantería del

salón.

—¿Te gusta, Patrick? —Ángela miró a su hijo pequeño, ¿qué le pasaba con el detective? Jon no solía ser tan extrovertido con los desconocidos.

—Nunca la he visto.

—¿Qué? —preguntaron tres voces a la vez—. Tenemos que arreglar este problema ¡ya! Haré palomitas —dijo Ángela desapareciendo por la cocina.

La velada transcurrió tranquila, acabaron con esa película y pusieron la segunda parte. Finalmente los niños se quedaron dormidos usando a Patrick de colchón y Ángela tuvo que asomarse a la ventana del salón para que le diera un poco el aire y recuperarse de la sensación tan extraña que atenazaba su pecho.

—Voy a llevarles a la cama —sentenció una vez recuperada.

—Ya lo hago yo —tomó en brazos primero a Nathan, que se removió cuando él se levantó— shh, tranquilo campeón, sigue durmiendo —le dijo con una ternura en la voz que hizo que a Ángela se le llenaron los ojos de lágrimas. Después repitió la operación con Jon—. Buenas noches, amiguito —susurró besando su frente tapándole.

—Gracias —murmuró acongojada.

—A vosotros, lo he pasado genial. Ángela, sobre antes... —dijo queriendo girar la conversación hacia ellos.

—No te preocupes, no le des más importancia, fue el calor del momento.

—Yo creo que...

—Será mejor que te vayas, Patrick, es tarde.

—Como quieras, nos vemos mañana.

Ángela miró la puerta cerrarse y no pudo evitar el largo suspiro que escapó de su garganta.

Sarah pensó que se estaba volviendo loca. Desde el tema de su violación se había vuelto más cauta, pero después de los años de terapia había conseguido que esa cautela no se convirtiera en paranoia. Miró a todas partes. Estaba segura de que alguien la seguía.

El pulso se le aceleró. Comenzó a notar como el corazón le latía muy rápido contra el pecho y la sudaban las manos. Conocía los síntomas. Hacía tiempo que no le pasaba pero eran claros signos de un ataque de ansiedad por pánico. Miró tras de sí y no vio nada. Repasó mentalmente los casos que habían tenido en los últimos meses pero ninguno había quedado abierto, todos los malos estaban en la cárcel por una larga temporada. Nadie tenía porque querer hacerle daño.

Aceleró los pasos. Sacó las llaves del coche del bolso y las agarró entre las manos como si fueran un arma mortal. Eso se lo había visto hacer a la protagonista de una serie que le gustaba y a la que todo el mundo decía que se parecía mucho. Caminó todo lo deprisa que le permitieron las piernas.

Se maldijo a sí misma por esa manía que tenía de ir andando desde el despacho hasta casa. No era mucho camino y le servía para hacer un poco de ejercicio y despejar la mente. Pero se había hecho de noche. Henry se había ido más pronto porque era su día de recoger a los niños en casa de la canguro y ella tenía que acabar unos informes.

—No pasa nada, Sarah, es algo que hacéis todos los martes y jueves —se repetía como un mantra—. No es la primera vez que se te hace de noche. Este es un barrio seguro —sonrió como una loca al recordar que antes de mudarse, Henry había hecho un estudio sobre los índices de criminalidad en todos los barrios cercanos al edificio donde tenían la oficina—. Respira hondo, no va a pasar nada, no dejes que el miedo se apodere de ti.

—Señora —un hombre tocó su hombro para llamar su atención y el hecho le hizo dar un salto y gritar como una loca—. Siento haberla asustado.

—¿Qué quiere? —preguntó temerosa.

—Nada, se la ha caído esto —dijo el joven educado dándole la tarjeta que se había salido del bolso al coger las llaves—. Llevo un rato llamándola.

—Gra... gracias —tartamudeó y en el trozo de papel vio el número de la nueva consulta de Catherine Sherwood, su terapeuta—. Muy amable —el chico siguió su camino y ella se dio una patada mental—. Idiota —se dijo, pero seguía asustada.

Detrás de un coche, escondido, un hombre la miraba. Debía acercarse a ella y preguntarle por Ángela, pero esa mujer parecía tener miedo de algo y él no quería asustarla más.

No quería que la mejor amiga de su futura esposa pensara que él era un loco, o un acosador. Se había documentado mucho sobre todos los que rodeaban a la viuda de Thomas y había leído en la hemeroteca sobre la violación de la que fue víctima Sarah Boyle tres años atrás. Desde luego, acercarse a ella así como si fuera un lunático en medio de la calle era desde luego una mala idea.

Cuando Sarah llegó a casa estaba hecha un manojo de nervios. Henry estaba terminando de dar la cena a Stephanie y Samuel ya estaba dormido.

—Cariño, ¿ha pasado algo? —preguntó al verla tan pálida.
—Creo que me han seguido —informó.
—¿Quién te ha seguido? ¿Hasta casa? —inquirió paranoico.
—No lo sé, Henry —contestó abrazando a su hija.
—Espera, la acuesto y ahora hablamos —ella asintió dando un beso a la niña.
Diez minutos después los dos estaban sentados en el sofá blanco del salón.
Henry la mantenía abrazada y ella no dejaba de temblar.
—He vuelto a sentir todo el pánico, casi me da un ataque de ansiedad.
—Pero, después no has visto a nadie —dijo.
—Solo el chico que me dio la tarjeta.
—Puede ser que te traicionara la mente, cariño.
—¿Estás diciendo que estoy loca? —preguntó levantándose de golpe.
—No, estoy diciendo que han sido unos días muy estresantes, en el trabajo y con Ángela a punto de infiltrarse en una misión policial, , has estado preocupada... es normal que tu subconsciente esté rememorando cosas que no debe...
—¡No me psicoanalices, Henry! —chilló—. Para eso ya le pagamos a Catherine.
—¡Pues habla con ella entonces! —le espetó—. Porque está claro que a mí no quieres escucharme.
—Solo necesito que me apoyes y me creas. No estoy paranoica, todo eso quedó atrás hace mucho, sé lo que sentí. Me seguían.
—Está bien, cielo —aceptó sabiendo que si no lo hacía acabarían teniendo una fuerte discusión y era lo que menos le apetecía. Con los años había aprendido cuando debía sosegar su carácter para que el de Sarah no estallara como una bomba nuclear—. De ahora en adelante te esperaré siempre al salir del trabajo. Pagaremos un poco más a la canguro los martes y jueves para que no te quedes haciendo el papeleo sola.
—¡Tampoco quiero eso! —gritó y se echó a andar a su habitación—. No quiero que te conviertes en mi perrito faldero, sé cuidarme sola —y subió la escalera enfadada. A veces, aunque Henry lo intentaba, el carácter de Sarah estallaba por sí solo.
—En fin —dijo resignado a la nada—, ya se le pasará.

Capítulo 7

Mildred y Harry Cooper llegaron temprano al apartamento de Ángela. Patrick les abrió la puerta mientras su compañera terminaba de ayudar a los niños a vestirse.

—¡Júrame que no son tuyos, Patrick Simon Cooper! —dijo su madre a modo de saludo mientras le abrazaba tiernamente.

—Lo juro —sentenció—. Tienen siete y cinco años, mamá.

—¿Estás seguro, hijo? —preguntó su padre estrechando su mano.

—Tan seguro como puedo estar teniendo en cuenta que conocí a la madre hace unos días, papá —contestó.

—Mejor para ti, porque si me has estado escondiendo a mis nietos todos estos años, sería capaz de matarte.

Mildred Cooper era una mujer encantadora y dulce. Bajita, de aspecto bonachón pero con mucho carácter, llevaba el pelo rubio, lo que hacía resaltar aún más su piel blanca y sus increíbles ojos azules. Era el contrapunto perfecto de su marido. Un hombre alto y recio. Serio, mientras que ella era todo desparpajo, y de tez bronceada a pesar de que vivían en Washington.

—Estos días en la playa me van a venir de maravilla, hijo —apostilló el señor Cooper—. El asma me ha estado molestando y estar lejos de la ciudad una temporada va a limpiar mis pulmones.

—Y yo podré ponerme morena.

—Me alegro mucho de que veáis esta situación tan positivamente, necesito a Ángela en esta misión y no podía dejar a sus hijos con cualquiera.

—¿Te gusta esa chica? —preguntó avispada.

—¡Mamá! —chilló Patrick—. Ahórrate todos tus comentarios y preguntas de ese tipo, por favor.

—¿Y qué pasa con el padre de los chavales, Patrick?

—No lo sé, papá, no lo sé —dijo sincero—. Será mejor que os los presente —afirmó—. ¡Ángela! —gritó—, mis padres ya han llegado.

Al momento dos torbellinos llegaron corriendo desde la cocina y se plantaron ante los Cooper mirándoles interro-gativamente.

—¡Hala! —exclamó Jon—. Ella sí que parece una abuela.

—Jon Alexander Sims —se escuchó la voz de Ángela resonar con autoridad—, más respeto.

—Oh, no te preocupes, cielo, me encantaría ser una abuela —repuso mirando a su hijo con recelo y este apartó la vista—. Mildred Cooper, encantada —se presentó dando la mano en primer lugar a la joven pelirroja.

—Ángela Sims, y estos son Nathan y Jon, encantada de conocerla, señora Cooper —respondió estrechando su mano—. Antes que nada quiero agradecerle infinitamente que vaya a hacerse usted cargo de ellos.

—Nah —respondió haciendo un gesto con la mano para quitar importancia al asunto—. Este pasmarote que te mira como si hiciera mil años que no ve una mujer hermosa es mi marido Harry.

—Es un placer, señor Cooper —dijo Ángela saludándole y no tardó en ver a quién se parecía físicamente su nuevo compañero.

—El placer es mío, jovencita, tal como dice mi mujer: hacía años que no veía a una belleza como usted.

—¿Usted nos va a llevar a pescar? —cuestionó Nathan que había permanecido hasta ese momento en silencio analizando todo.

—¿Os gusta pescar? —preguntó con una gran sonrisa y los niños asintieron emocionados— ¡Perfecto! —gritó— ¡Por fin alguien a quien le gusta! —apostilló mirando a Patrick—. Estaré encantado de llevaros, lo pasaremos genial. ¿Cómo preferís hacerlo? —y con esta pregunta Harry se ganó por completo a los niños que le dieron la mano y se lo llevaron a un rincón del salón a hablar de pesca.

—Patrick, mi vida, ¿por qué no vas bajando el equipaje de los pequeños al coche de alquiler? Cuanto antes emprendamos el viaje, antes llegaremos a nuestro destino —sentenció y Ángela pensó que parecía una frase sacada de las galletas de la suerte de los chinos.

—Claro, mamá —obedeció.

—De verdad, muchas gracias —le dijo a Mildred una vez que se quedaron a solas.

—No hace falta que me las des, pero a cambio de cuidar a tus hijos, voy a pedirte algo.

—Lo que quiera —se apresuró.

—Cuida tú al mío —el tono de su voz estremeció a Ángela—. Mi chico lo ha pasado muy mal, y ahora que vuelve a hacer lo que le gusta, tengo mucho miedo de lo que pueda pasarle.

—Descuide, me encargaré de que no se meta en líos —prometió. Por unos segundos estuvo tentada de preguntarle qué le había pasado a Patrick pero prefirió esperar a que él se lo contara.

Después de miles de recomendaciones, besos y algún que otro puchero por parte de los niños, y de Ángela también, los padres de Patrick se llevaron a Nathan y Jon a los Hamptons.

—¿Estás bien? —quiso saber.

—No, pero lo estaré en cuanto nos pongamos a trabajar —respondió secándose las lágrimas—. ¿Nociones básicas de defensa personal? —él asintió sin poder dejar de mirarla, sus ojos acababan de volverse más tristes.

—¡Vamos!, he pedido el gimnasio de la comisaría.

—Allá vamos —respondió de mala gana, odiaba la idea de volver a la comisaría.

—No está lejos de aquí, ¿qué te parece si vamos andando? Así calientas un poco.

—¿En serio? —inquirió mirándole con cara de pocos amigos—. Bueno, si no queda más remedio, caminemos.

—Tranquila, que después si estás muy cansada, te traigo en un coche policial.

—¡No, gracias!, prefiero volver en taxi —Patrick no dijo nada, no entendía la animadversión que tenía esta mujer por los policías.

Anduvieron todo el camino sin hablar. Con todo el lío de los niños y la despedida él no se había fijado en lo especialmente guapa que estaba ella esa mañana.

Enfundada en unos ajustados leggins de licra negros, con una camiseta rosa fucsia que resaltaba un busto increíble en el que no había reparado nunca.

Patrick comenzó a aumentar el paso, de repente tenía la enorme necesidad de escapar de ella y Ángela tuvo que esforzarse para seguir su ritmo. En ese momento se arrepentía de no haber hecho caso a Sarah y haberse apuntado con ella al gimnasio.

Llegaron sudando y agotados.

—¡Vaya! La parejita feliz —exclamó el simpático agente García apoyado en la fachada de comisaría—. Pero, Cooper, ¿qué le has hecho a tu mujer? ¡Qué la traes agotada!

—Ni una palabra, García —le espetó de mal humor, sin duda la carrera no había aplacado las extrañas ansias que el atuendo deportivo de su compañera estaban despertando en él.

—Que quede claro una cosa, García —se acercó a él para decirle algo. Demasiado para el gusto de Patrick—: no soy su mujer —le dijo susurrante—. Menos bromitas con el tema o me encargaré de dejarte muy mal cuando retoque las fotos de esa sesión privada que te debo —concluyó guiñándole un

ojo y el detective Cooper se puso de los nervios.

—Como tú digas, Angie, no seré yo quien me meta con una mujer que va armada con una cámara y un programa de retoques fotográficos —respondió con simpatía. Ángela le caía bien y no era tonto, se había dado cuenta de los sentimientos que la chica despertaba en su amigo.

—¿Podemos empezar el entrenamiento? —inquirió deseando quitar a Ángela del perímetro de visión de su compañero.

—¿Empezar? Querrás decir que vamos a seguir con la tortura —respondió y se echó a caminar tras él.

Una vez en el gimnasio Ángela dio un rápido vistazo. Era el sitio en el que habían hecho las fotos hace unos días pero ahora lo encontraba distinto, parecía más pequeño, la agobiaba.

¿La primera razón? Los shorts deportivos que su compañero se había puesto y que dejan ver unas más que bien torneadas piernas.

Y la segunda, esa camiseta de mangas cortas que se ceñía a sus bíceps como si fuera una segunda piel, y que el sudor estaba haciendo que se pegara a su abdomen resaltando lo que parecían unos abdominales perfectamente definidos.

De repente escuchó la voz de Sarah en su cabeza: «está buenísimo» había dicho la alcahueta de su mejor amiga y en este mismo instante, Ángela no tuvo más remedio que reconocer que tenía razón.

—Sí que está buenísimo —pensó, y sin querer dijo.

—¿Decías algo? —preguntó mientras terminaba de colocar las colchonetas en el suelo para la sesión de defensa personal, no quería que ella se hiciera daño.

—¡Qué empecemos ya que me enfrió! —como si eso fuera posible, ahora mismo ni un cubo de agua helada podría enfriarla. ¿Qué diantres le pasaba?

Es verdad que no había estado con nadie desde que Thomas murió hacía tres años. Desde hace más incluso, él llevaba seis meses desplegado cuando sufrió el accidente. Pero nunca antes ningún hombre la había atraído de esa forma. Nunca en todo este tiempo había sentido la necesidad animal de tirarse sobre otra persona y arrancarle la ropa a mordiscos. Hacía tiempo que no sentía ese cosquilleo en la boca del estómago y en otras partes menos castas de su anatomía.

—Cuando quieras, podemos empezar.

—Sí, será mejor, cuanto antes empecemos antes acabamos —él la miró con una cierta pena, ella no parecía estar a gusto con su compañía y eso era algo

que, no entendía porque, le entristecía mucho —. ¿Qué hago?

—¿Sabes algo de defensa personal?

—Absolutamente nada.

—Vale, pues empezaremos de cero.

Y así fue como comenzaron aquella extraña clase. Patrick le explicó toda la teoría sin poder apartar un segundo los ojos de ella. Le maravillaba la forma en la que Ángela parecía querer absorber cada palabra que le decía. En ese momento su mirada ya no le parecía la de una mujer triste, sino la de una niña ávida de conocimiento.

La teoría acabó y llegó el momento de pasar a la práctica. Una práctica que requería de algo que los dos llevaban toda la mañana tratando de evitar: el contacto físico.

—Bien, Ángela, ahora voy a tener que enseñarte los movimientos básicos, tendré que tocarte —explicó titubeante.

—Lo sé, tranquilo, no muerdo —respondió sonando demasiado coqueta para su gusto—. Adelante, detective Cooper —le incitó, no se entendía ella misma.

—Imagina que ando hacía a ti con intención de acuchillarte, ¿qué haces?

—¿Grito? —él negó con la cabeza mostrándose algo enfadado—. Vale, solo era una broma, estás muy tenso —explicó—. Si te veo, me colocó en posición de alerta, con las piernas ligeramente separadas —¿eso había sonado realmente tan porno o eran sus hormonas descontroladas?— y te agarro la mano en la que llevas el arma y... —y entonces le sujetó la mano y los dos lo notaron. Una descarga eléctrica sacudió sus cuerpos haciendo que se soltasen rápidamente como si ambos quemaran.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó extrañado.

—No lo sé, me has dado calambre —respondió ella.

—Eso no puede ser, las personas no damos calambre.

—Pues eso es lo que he sentido, eso y calor —soltó sin más.

—Habría sido la energía electrostática del ambiente del gimnasio, por las máquinas y eso —soltó lo primero que se le vino a la mente, estaba aturdido.

—Si tú lo dices —repuso sin más—. Entonces, te agarro de la mano en la que llevas el cuchillo, la navaja o lo que sea y tiró de ti para intentar lanzarte al suelo —llevando a cabo lo que decía, y demostrando tener una fuerza que no aparentaba, lanzó a Patrick sobre la colchoneta en un movimiento que él no se vio venir, era una buena alumna—. Y una vez que estás en el suelo te inmovilizo —y se sentó sobre él.

Mala idea. Los ojos de Patrick se volvieron aún más oscuros y sintió un impulso demoledor que no pudo controlar. La agarró por detrás de la cabeza y la atrajo hacía sus labios poco a poco. Ella llevaba el pelo recogido en una coleta alta, desde la muerte de Thomas no había vuelto a llevar la melena suelta.

Ángela tragó saliva y él hizo lo mismo. Ella se humedeció los labios sin querer y él sintió que algo que había estado dormido durante mucho tiempo despertaba en su interior dejando paso a un calor abrasador.

Se miraron a los ojos tan intensamente que casi podían leerse el alma. Él deslizó su mano lentamente desde la parte trasera de la cabeza de ella por su cuello.

Tenía el tacto suave, las manos le ardían y Ángela sentía que su piel se abrasaba. Fue acercándose a él lentamente mientras Patrick continuaba acariciando ahora su hombro hasta llegar a detenerse en su cintura.

Ella no pudo reprimir el suspiro que salió de su garganta, de la misma forma que no podía parar de mirar simultáneamente aquellos ojos oscuros y los labios de su dueño.

Quería besarle. ¡Dios santo! Se moría por besarle. Esto no estaba bien, pero no podía, o no quería parar. Desconectó su mente, apagó su corazón y solo dejó en funcionamiento su cuerpo que pedía a gritos sentir la sensual boca de Patrick Cooper sobre la suya.

Él levantó la cabeza un poco más acabando con el agónico espacio que aún les separaba.

—¡Ey, chicos! —la voz de García desde la puerta rompió la magia en un instante.

—¿Qué quieres? —preguntó Patrick de mal humor apartando su mano rápidamente de la cintura de Ángela—. Estamos entrenando, di órdenes expresas de que no se nos molestara.

—El jefe quiere hablar con vosotros. Lo siento, colega, él manda más que tú —y sin más se marchó.

—Será mejor que vayamos, no le gusta que le hagamos esperar.

—Sí, claro, vamos —dijo sin más, tenía la garganta demasiado seca para hablar.

Ángela tendió la mano a Patrick para ayudarle a levantarse y volvieron a sentir la corriente.

Capítulo 8

El despacho de Petterson producía escalofríos a Ángela. Mirara donde mirara solo veía fotos de policías, algunas en blanco y negro. El capitán tenía un cuadro donde colgaban los galones del uniforme que, lógicamente, ya no usaba. Sobre una mesa al fondo una foto del presidente Obama y sobre su escritorio tan solo una placa con su nombre y un montón de papeles.

Impersonal y frío. Igual que él. En nada se parecía este hombre, de más de metro noventa y rostro duro, a su propio jefe. Roberts era un hombre tan noble que muchos pensarían que no tenía madera de líder; pero había sabido levantar su negocio de la nada y, lo que es más importante, mantenerlo. Era maravilloso trabajar para él, aunque a veces se le ocurrieran locuras como esta de trabajar con la policía.

—Cooper y Sims presentándose, señor —informó y Ángela sintió náuseas ante tanta formalidad.

—Siéntese —indicó en tono seco señalando las sillas antes ellos—. ¿Qué tal va la preparación de la señora Sims para la misión? —preguntó mirando directamente a su hombre.

—Muy bien, aprende muy rápido, es disciplinada e inteligente —dijo. Ángela le miró con los ojos desorbitados, ¿disciplinada ella?

—Eso es bueno, tenemos que ponerla al día lo más rápido posible, cuanto antes se infiltren mejor para todos. Ha habido una nueva oleada de robos y nos han dado un chivatazo de que los O’Raily han recibido un nuevo cargamento de cocaína proveniente de Afganistán.

—¿Y por qué no me han avisado de eso? —protestó. Ella notó como se tensaban todos los músculos del cuerpo de su compañero.

—Está usted ocupado, detective, su prioridad aquí y ahora es formar a la señora Sims para que no corra ningún riesgo —estuvo tentada de decir algo, esos dos llevaban un rato hablando de ella como si no estuviera presente, pero prefirió esperar a ver cómo reaccionaba Patrick.

—Tiene usted razón, capitán —respondió sumiso. Ángela sintió ganas de pegarle.

—Ahora vayamos con el motivo de esta reunión —el hombre no les daba tregua—. Esta será vuestra tapadera —indicó dándoles un dossier a cada uno—. En ese expediente están todos los detalles de vuestra nueva vida.

—Omar y Esthela Ripper. Recién casados. Él treinta y cinco años, abogado, ofrecerá sus servicios de manera gratuita a todos los miembros de la familia con el objetivo de llegar hasta Seamus O'Railly, patriarca del clan —leyó Patrick con una voz profunda y profesional—. Esthela...

—¿Te importa si leo yo el mío? —inquirió harta de sentirse un florero y él solo asintió—. Gracias. Esthela tiene treinta y tres años y es fotógrafa. Muy original —musitó esperando que no la oyeran, pero lo hicieron.

—Se trata de que esté usted todo el tiempo tomando fotos, señora Sims, tenía que ser así —la reprendió Petterson indignado. Roberts ya le había advertido sobre su empleada y su dificultad con las órdenes.

—Claro —dijo sin más—. Entonces, fotógrafa, de treinta y tres años. Se siente algo insegura de relacionarse con esa familia pero su marido es muy controlador y está decidido a conseguir que le acepten en el círculo íntimo de los O'Railly, ella le sigue sin rechistar —le dieron ganas de vomitar otra vez pero tragó saliva y continuó leyendo—. Tengo que hacerme amiga de Hannah Miller, esposa de Brendan O'Railly, hijo mayor y mano derecha del patriarca. Ella también está insegura y, aunque el joven mafioso la trata bien y están muy enamorados, no se siente parte de la familia.

—¿Lo habéis entendido bien los dos?

—Sí, señor —respondieron al unísono y Ángela tuvo que sujetar su propia mano para no darse un bofetón.

—Vayamos ahora con las cuestiones físicas. Detective, usted es bastante conocido en el mundo del narcotráfico, así que deberá cortarse el pelo, dejarse algo de barba y llevar unas gafas de pasta negras —informó—. Y usted, podría dejarse el pelo suelto, maquillarse un poco más y vestir ropas algo más juveniles. Hoy porque va con la vestimenta deportiva, pero cuando vino a hacer la sesión aparentaba algunos años más de los que tiene.

—O sea que tengo que parecer un pendón que a pesar de pasar de los treinta, se sigue vistiendo como una cría de veinte, vale, eso puedo hacerlo; olvídense del pelo suelto, no lo soporto —respondió sin que le temblara ni un ápice la voz y Patrick no pudo evitar una sonrisa. La chica era irreverente y eso le gustaba. Espera un momento, ¿le gustaba? ¿Ella le gustaba? Negó la cabeza. No, imposible. No.

—¿Algún problema con su caracterización, detective? Le veo mala cara, ¿hay algo que no le guste? —por un momento casi responde «ella», para intentar convencerse así mismo.

—Absolutamente nada, señor, ya he trabajado encubierto antes, sé qué debo

hacer.

—Muy bien, aclarado ese punto, vamos a por el siguiente —sin más sacó del cajón de su escritorio una caja de joyería que abrió ante ellos—. Tenéis que estar casados, así que si me lo permiten, yo mismo lo haré —sentenció. A Ángela le pareció ver una sonrisa traviesa en el siempre taciturno rostro del capitán—. De pie los dos —ordenó y ellos obedecieron—. Omar, pon el anillo de compromiso y después la alianza en el dedo de Esthela —él obedeció, clavó su mirada en la de Ángela y deslizó el anillo donde, hasta anoche, habían estado los de ella—. Repite las palabras: «con este anillo yo te desposo».

—Con este anillo yo te desposo —dijo diligentemente.

—Esthela, ahora tú —ella sintió como las lágrimas acudían a sus ojos una vez más, la intensa mirada de Patrick no conseguía calmar la angustia que sentía. La noche anterior se había quitado sus anillos llorando a lágrima viva y los había guardado en el joyero que Thomas había comprado para ella en su luna de miel en Irlanda—. Con este anillo yo te desposo...

Para ese momento la mente de Ángela ya no estaba allí.

Avanzó lentamente por el largo pasillo de la iglesia del brazo de su padre. En el altar, Thomas la esperaba sonriente, nervioso y terriblemente guapo con su uniforme de gala blanco. Tras de él, su mejor amigo Clark hacía las veces de padrino y en el otro lado, Sarah había ocupado ya el lugar que le correspondía como su dama de honor.

Ángela se había revelado una vez más a los convencionalismos sociales, y puesto que había aceptado casarse con un oficial de la Marina y prometido no rebelarse a los militares también, aceptó la ceremonia militar pero no escogió un vestido de novia blanco.

Thomas no pudo evitar la carcajada al verla. ¡Lo sabía! Estaba seguro de que ella lo haría. No estaba nada convencida de que todos fueran a ir de blanco en su boda. Él, su padrino y demás invitados militares, pero habían elegido casarse en verano y el uniforme era el que era.

Por lo que su amada pelirroja rebelde se había puesto un precioso vestido en un delicado tono amarillo pastel que hacía resaltar aún más el color de su pelo que lo volvía loco y la sonrisa que siempre llevaba en su mirada azul. El maquillaje suave y su larga melena cayendo en cascada sobre sus hombros

la hacían lucir aún más joven. Parecía casi una adolescente.

—Eres extraordinaria y estás hermosa —le susurró en cuanto llegó hasta él.

—Pensé que no te gustaría, pero me negaba a ir de blanco yo también.

—No solo me gusta, me encanta —sentenció, el amor en sus ojos hizo que Ángela quisiera lanzarse a besarle.

—Vamos, marinero, quiero ser tu esposa —dijo, y cogidos de la mano se volvieron hacia el sacerdote.

La ceremonia fue todo lo que se pudo esperar de una de esas características, incluso a la salida, los recién estrenados esposos pasaron bajo un arco de sables formado por los compañeros de la academia de Thomas. Una vez fuera, Clark tomó la palabra.

—Demos la enhorabuena al teniente Thomas Sims y señora —gritó y todos sus compañeros le siguieron—. Bienvenida a la Marina, señora —concluyó.

Ángela supo entonces que no tenía escapatoria, acababa de casarse con un hombre maravilloso al que amaba, sí, pero también con la dichosa Marina de los Estados Unidos.

—¡Ángela, Ángela! —la voz de Patrick diciendo su nombre la trajo de vuelta a la realidad— ¿Te sientes bien? te has quedado como ausente y estás pálida.

—Lo siento, creo que no desayuné lo suficiente para un día como el de hoy, disculpen, acabemos con esto —sin más terminó de deslizar la alianza en el dedo de su compañero y dijo—. Con este anillo yo te desposo.

—Con la autoridad que me ha sido conferida por la policía de Nueva York, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia —el capitán estaba llevando su papel a un extremo que no gustó a Ángela.

Patrick no pudo controlarse y lo hizo. Fiel como era a sus ideales patriotas y disciplinado a la hora de cumplir órdenes se acercó a ella y la besó. A la tercera va la vencida, pensó.

Pero lo que no se esperaba era la reacción de ella. Después de hacerle creer que aceptaba el beso e incluso que disfrutaba de él. Después de la escena en el gimnasio, no se podía imaginar que Ángela hiciera lo que hizo.

Sin mediar palabra levantó la mano enérgicamente y propinó a su nuevo marido un sonoro bofetón.

—No vuelvas a besarme, si ya hemos acabado necesito comer algo —dijo, y salió corriendo del despacho.

No había querido pegar a Patrick, no desde luego que no, sobre todo porque llevaba deseando ese beso desde su sesión de defensa personal. Aunque si era

honesto consigo misma, lo deseaba desde que él casi la besó en su casa el día anterior.

Pero no pudo soportar que viniera después de haber estado recordando su boda con Thomas. Estaba emocionalmente demasiado triste como para eso.

—Pegar a tu marido no es una buena forma de empezar un matrimonio, Esthela —dijo una voz grave a sus espaldas.

Llevaba más de media hora en la cafetería que estaba al lado de la comisaría dándole vueltas a un café y con un croissant en la mano.

—Patrick, lo siento —se excusó mirándolo extrañada, él se había cambiado la ropa deportiva por unos ajustados vaqueros de un tono gris desgastado, una camiseta azul celeste, una chaqueta de cuero negra y gafas de pasta del mismo color. Estaba impresionante.

—Patrick no, Omar, recuerda, tenemos que acostumbrarnos.

—¿Por eso te has vestido así? —inquirió queriendo alejar la conversación que sabía que era inevitable.

—¿Por qué has reaccionado de esa forma? —preguntó directo, como si ella fuera una sospechosa a la que estaba interrogando—. Esta mañana en el gimnasio, pensé que querías.

—Esta mañana en el gimnasio, quería —decidió ser sincera—, pero toda esa puesta en escena de la boda, me puso nerviosa, me removió sentimientos y lo siento mucho.

—El marido del que no se puede hablar, supongo.

—No vayas por ahí, te lo suplico —las lágrimas volvían a colgar de sus pestañas y Patrick sintió que se le encogía el corazón.

—Está bien, ojalá pudiera decirte que no volverá a pasar, pero se supone que tenemos que hacer creer que estamos casados y muy enamorados, alguna vez tendrá que haber contacto físico entre nosotros, tendré que cogerte de la mano, caminar agarrado a tu cintura y alguna vez tendré que besarte.

—Lo sé, tranquilo, no volverá a pasar, seré muy profesional aunque esta no sea mi profesión —respondió con un intento de sonrisa—. ¿Te hice daño? —preguntó colocando con cuidado la mano en la mejilla donde antes le había golpeado.

—¡Nah, pegas como una niña! —le dijo para picarla, le gustaba la camaradería que se había instalado entre ellos y que se había perdido con todo el tema de su boda falsa—. Por cierto, tienes ropa arriba para que te conviertas en Esthela Ripper de una vez, y te espera una maquilladora también.

—Vale, ahora subo, deja que acabe el desayuno. Por cierto, hablando de nuestros disfraces, ¿gafas de pasta? —inquirió con sorna— ¿Sabes que ese es el peor disfraz desde que Clark Kent lo inventó verdad?

—Sí, sí, lo que tú digas, Lois Lane —bromeó recordando lo que ella le había contado sobre su sueño de ser periodista cuando era niña—. Pero deja que pase toda esta semana sin afeitarme y me corte este desastre de pelo rebelde, no me reconocerás ni tú por muy listilla que te creas —su respuesta dejó a Ángela con un pensamiento: enredar sus dedos en ese, como él había dicho, desastre de pelo rebelde mientras él la besaba apasionadamente.

—Menos lobos, Caperucita, y déjame comer en paz, tengo que reponer fuerzas para convertirme en una especie de choni.

—Y para la luna de miel —soltó sin más y se giró para irse—. Te veo arriba, Esthela querida.

Ella le vio marcharse y esbozó una leve sonrisa. Después de todo, quizás esta locura resultara divertida.

Capítulo 9

Hannah sabía que no podía resistirse a los ojos azules de Brendan, su marido, cuando los veía incendiados de pasión como en ese momento. Ella sabía que debían hablar. Tenía muchas cosas que decirle. Estaba atemorizada después del último encontronazo con su suegro.

Seamus O'Railly era un hombre que imponía. Alto, su pelo, que había sido negro, estaba ahora salpicado de canas y sus ojos, de ese azul intenso, imperturbable, como los de su hijo, estaban ahora bordeados de arrugas pero seguía siendo un hombre totalmente atractivo que, a sus sesenta años, seguía rompiendo algún que otro corazón, de alguna que otra fémina incauta que intentaba ingresar en la familia ganándose los favores sexuales del patriarca.

Un irlandés católico de pura cepa que no veía bien que su hijo mayor y futuro heredero de su imperio se hubiera enamorado y casado con una americana de orígenes latinos.

Pero Brendan O'Railly siempre había sido un rebelde sin causa. Un indómito que había intentado, sin éxito, escapar de las garras y el poder de su padre y su familia. Una vez tras otra, sus intentos por salirse de ese banal mundo del narcotráfico habían acabado fracasando.

Sin embargo, el día que conoció en una discoteca a la hermosa y exótica Hannah Miller, supo que había encontrado por fin a su media naranja y que nadie, ni su padre con todo el peso de la tradición irlandesa a sus espaldas, iba a poder separarle de ella nunca.

—Para, Bren, tenemos que hablar —inquirió decidida a solucionar esta situación de una vez por todas—. En serio, Brendan —su marido parecía decidido a continuar besándola a pesar de sus insistencias.

—Han, cielo, ¿qué te pasa ahora? —preguntó molesto.

—Es tu padre, ¿has visto cómo se ha puesto hoy?

—Ya le conoces, no es más que un viejo cascarrabias, nena, no le des más importancia.

—No le gusto —espetó alejándose para que Brendan no pudiera volver a alcanzarla—. Me odia —vociferó colocándose detrás de la mesa de billar.

—No te odia, es solo que no le gusta que seas americana, solo eso, él quería que me casara con una irlandesa, pero estoy harto de que elija por mí.

—¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un acto de rebeldía? —preguntó con un deje

de tristeza en la voz.

—Por supuesto que no —dijo y lentamente fue acercándose a ella, la agarró por la cintura y de un solo movimiento la sentó sobre el tapiz verde—. Eres la mujer a la que amo, Hannah, eres lo único bueno que me ha pasado en esta maldita vida —sentenció clavando sus ojos azules en los de negros de ella.

Hannah Miller era una belleza, con su pelo oscuro ondulado que caía suelto sobre sus hombros y unos preciosos ojos negros tras los que se ocultaba una mirada sincera; había vuelto loco a Brendan O'Railly desde que la vio por primera vez hacía ya casi un año y medio.

Tanto se había trastornado el joven mafioso por esa chica americana que había desafiado a todo el mundo y se había casado con ella cuando apenas se conocían y después, la había llevado a vivir al complejo familiar de su padre contra la férrea voluntad de este.

—Oh, Bren —musitó dejándose llevar por los besos que su marido le daba—. ¿Cuándo vamos a mudarnos a Irlanda? Lo prometiste, a la vieja casa de tu madre, lejos de los O'Railly y sus negocios sucios, sabes que no me gustan.

—Escúchame bien, preciosidad —le dijo enfadado—: Ya sabías lo que era cuando nos conocimos, ya sabías a qué me dedicaba cuando nos casamos, ahora no me vengas con jueguecitos de mujer temerosa para que nos vayamos lejos, esta es mi familia y este es mi trabajo —la sermoneó y ella vio como el fuego se había apagado de los ojos que amaba.

—Creí que yo era tu familia —reprochó al borde del llanto.

—¡Y lo eres! ¡Maldita sea, Hannah! Me confundes —gritó furioso y la agarró por la parte trasera de la cabeza para acercarla a él y besarla con determinación—. Tú eres mi ancla, nena, mi luz en la oscuridad; sin ti estoy perdido. Nos iremos, lo prometo, empezaremos de cero en Irlanda, juntos, formaremos una familia y me dedicaré a cosas honradas pero, por el momento, tenemos que quedarnos aquí, se está fraguando algo importante y será mi último golpe, lo prometo, mo cion Daonnan —susurró en su oído sugerentemente y ella se perdió por completo. Cuando él le llamaba «mi amor» en gaélico, Hannah no podía resistirse.

La joven enredó las piernas en torno a la cintura de su amado y dejó caer la cabeza hacia atrás mientras él besaba su cuerpo de manera descendente, sus labios, bajando por su garganta, ese cuello que siempre deseaba morder hasta dejarle marcas, continuó el camino hasta los hombros y bajó los tirantes de la fina camiseta que ella llevaba dejando al descubierto esos pechos que le volvían loco de deseo.

Brendan no era un hombre alto, pero su cuerpo estaba perfectamente definido, de espalda estrecha y abdominales y bíceps muy marcados, era una delicia para la vista. Y sus ojos, esos increíbles ojos azules que hacían estremecer a Hannah, y a cualquier mujer que se cruzara con él un instante. Esos ojos que parecían lagos a punto de rebozar y que ahora la miraban ardientes de deseo.

Tomó su pecho derecho entre sus suaves labios al mismo tiempo que con la otra mano apretaba el izquierdo produciendo a Hannah un doloroso placer que encendía cada rincón de su cuerpo. Brendan dedicó un especial interés en los pechos de su mujer y luego continuó bajando, dejando un rastro de besos húmedos por su estómago plano hasta que se topó con la cinturilla de sus ceñidos vaqueros.

—Esto me molesta, quítatelos —le ordenó y ella obedeció sin rechistar. El joven irlandés tenía un carácter muy fuerte y le gustaba llevar siempre las riendas en su relación, ya fuera dentro o fuera de la cama. Quizás porque era Hannah la única que le obedecía a él y no a su padre. La quería, la trataba con cariño y le decía cosas bonitas, pero también era controlador y algo déspota con ella—. Eres lo más bonito que he visto nunca —sentenció al verla, ahora ya completamente desnuda, semitumbada sobre la mesa de billar.

Ella se mordió el labio inferior en un gesto sexy que sabía que lo volvía loco y él la acarició con una total reverencia algo brusca desde la garganta hasta posar su mano caliente sobre el húmedo sexo de su amante.

Una vez alcanzado el centro de placer de Hannah, Brendan deslizó sin dificultad dos dedos en su interior que movió haciéndola estremecer al mismo tiempo que jugueteaba con la lengua y el piercing del ombligo de su mujer.

—Oh Dios, Bren, te necesito —rogó al borde del éxtasis.

—Sí, nena —dijo y se colocó sobre ella, con las rodillas a ambos lados de su cuerpo y se dejó caer entrando en ella de un solo golpe seco que la hizo casi desfallecer—, ¿Te gusta así? —cuestionó mientras sus embestidas subían en intensidad.

—Así sí —los jadeos descontrolados casi ahogaban sus palabras. Intentó desabrochar los botones de la camisa de Brendan para poder acariciar su cuerpo, pero él se lo impidió.

En un rápido movimiento que no vio venir, su marido agarró sus manos con fuerza contra el tapiz de la mesa y se acercó hasta su boca mordiendo su labio inferior.

—Mando yo, ¿recuerdas, princesa? —cuestionó y la embistió más fuerte—

Solo yo —dijo a su oído antes de perderse en ese punto de su cuello que le encantaba succionar.

—Me vas a dejar marcas y sabes que a tu padre no le gusta —intentó protestar.

—¡No metas a mi padre en nuestra cama, Hannah! —le gritó enfadado volviendo a morderla ahora con más intensidad, consiguiendo que ambos se dejaran ir al alcanzar el punto máximo del placer—. Nunca más vuelvas a hacerlo, ¿me entiendes? —y sin más la obligó a girarse boca abajo y le dio un azote para luego dejarse caer sobre ella agotado.

—Nunca más, perdóname —respondió sintiendo el cuerpo de su marido relajarse sobre su espalda.

Clark condujo todo el camino desde el aeropuerto de San Francisco hasta la zona residencial donde vivían los Spencer con los nervios atenazando su estómago. Se había tomado dos pastillas de Diazepam esta mañana, pero esos malditos relajantes musculares no le hacían ya ningún efecto y no quería tomar nada más fuerte porque pretendía presentarse ante Ángela en plenas facultades.

La última vez que se habían visto había sido en la base aérea de Andrews, donde se despidieron antes de que ellos partieran a la misión que costaría la vida a su mejor amigo y a él le robaría tres años de la suya. Él había estado ingresado por sus heridas y no había podido ir al entierro de Thomas, cosa que le había roto el corazón en más de mil pedazos. Sabía que había tenido que estar ahí, consolando a la viuda y los hijos del que era como su hermano. Respiró hondo y llamó a la puerta. Una señora de rostro cansado y pelo cano le abrió la puerta.

—¿Qué quería, joven? ¿Le conozco? —preguntó entrecerrando los ojos; le sonaba de algo esa cara.

—Buenas tardes, señora Spencer, soy Clark Robinson, comandante Clark Robinson, soy, era —se corrigió— el mejor amigo de su yerno.

—¡Ah, sí! De eso me sonaba tu cara, de la boda. Pasa, muchacho, no te quedes bajo ese sol —lo invitó haciéndose a un lado.

—A decir verdad no voy a quedarme mucho, estoy buscando a Ángela. Como sabrá yo iba con Thomas en el vehículo el día que tuvo el accidente, estuve convaleciente mucho tiempo, no pude ir al entierro y busco a su hija para presentarle mis respetos.

—¿Tres años después? —inquirió, fijándose más en él; de repente había algo en ese muchacho que no le gustaba mucho.

—He estado convaleciente —explicó sin querer entrar en detalles.

—¿Tres años? —preguntó otra vez— ¿Qué has estado en coma o algo? Thomas lo estuvo, unas semanas hasta que al final murió —la ausencia de pena en la voz de la señora Spencer sentaron a Clark como un mazazo en el estómago—. Le dije a mi hija mil veces que no debía casarse con ese hombre; no me malinterprete, Thomas era un hombre maravilloso, bueno y trataba a Ángela con todo el cariño y el respeto que nunca le dieron sus anteriores novios, pero un marinero, siempre es un marinero y ya ves, fue tan egoísta que a pesar de tener esposa y dos hijos, se fue a la guerra y se dejó matar.

—Con todo mi respeto, señora —protestó harto de escucharla, pero tratando de controlar su temperamento para no asustarla, sabía que eso no le haría ningún bien de cara a su encuentro y posterior boda con Ángela—, su hija sabía perfectamente con quien se casaba. Thomas la amaba y amaba a sus hijos más que a nada.

—No más que a la Marina —sentenció y Clark cerró fuerte sus puños refrenando las ganas de darle un puñetazo.

—No había ni un solo día en que no los nombrara, los echaba de menos a cada segundo y se arrepentía de no estar junto a ellos más tiempo, pero así era su trabajo, y Ángela lo aceptó al casarse con él.

—Ángela nunca ha tenido buen criterio para nada en su vida —la señora con aspecto adorable, sin duda no lo era—. Pero es mi hija y esos niños son mis nietos, y el hecho de que Thomas los extrañara todo el tiempo como dices no va a devolverles a mis nietos su padre, ni a mi hija su marido, así que si has venido de parte del gobierno, o de la Marina, para alguna cosa, no les interesa.

—He venido porque era el mejor amigo de Thomas y debo... —se calló meditando la respuesta— Debo presentar mis respetos a su viuda ya que no he podido hacerlo antes, señora.

—Ella no está aquí.

—¿Y a qué hora vuelve?

—Ángela y los niños viven ahora en Nueva York. Se mudó poco después de la muerte de Thomas, para empezar de cero y estar cerca de esa amiga suya, Sarah la detective y el marido de ella, que le prometieron que la ayudarían en todo.

—¿Nueva York? —inquirió, ¿qué demonios hacía ella en Nueva York?

—Sí, trabaja de fotógrafa y sobrevive como puede, puedo darte su dirección

si quieres, pero no creo que la encuentres en su casa.

—¿Se ha ido de viaje? —preguntó.

—Está loca, mi hija está completamente loca y se ha metido en no sé qué lío para ayudar a la policía en no sé qué caso —contó y Clark notó la inquina en su voz—. Pero seguro que Sarah sabe darte más detalles, ellas no tienen secretos.

—Gracias, señora —y sin una palabra más se fue.

En su cabeza repetía una y otra vez la conversación que había tenido con la señora Sims. Ángela vivía en Nueva York y trabajaba con la policía. Nada tenía sentido ¿Quién cuidaba de ella? Tenía que encontrarla, ya.

Capítulo 10

Ángela entró como una exhalación a la casa de su mejor amiga.

—¿Estás sola? —preguntó nada más verla sin ni siquiera un saludo propio.

—Sí, Henry está en un caso y los niños en la guardería, ¿qué pasa? ¿y esa pinta que llevas? —cuestionó asustada por el comportamiento de su amiga.

—Patrick me besó —le soltó sin más dejándose caer en el sofá. Los, ya de por sí, expresivos ojos de Sarah se abrieron de par en par. Alucinaba.

—¿Qué Patrick qué? —inquirió.

—Me besó, ya sabes, pasado del verbo besar: yo besé, tú besaste, él besó.

—¿Y tú besaste? —las dos se estaban dando cuenta de que estaban teniendo un diálogo de besugos y Sarah retomó la cuestión—. Quiero decir, él te besó y, ¿qué hiciste tú?

—Le pegué.

—¿Cómo? —inquirió con un chillido.

—Es que nos acabábamos de casar y él va y me besa. Por la mañana yo quería besarle pero en ese momento no.

—Eres consciente de que no estoy entendiendo nada, ¿verdad? Y es porque lo que dices no tiene sentido, no porque yo sea tonta —se sentó junto a su amiga, le agarró las manos y le habló como hacía a su hija de tres años—. Angie, cielo, tranquilízate y cuéntame qué demonios ha pasado con Patrick.

—Todo empezó cuando su madre tuvo que llevarse a mis hijos —respiró hondo y contó a su amiga lo que había pasado el día anterior.

—¿Y te besó? —preguntó.

—Sí, después de que el capitán dijera «puedes besar a la novia» —repitió tratando de imitar el tono de voz de Petterson—. El diligente y siempre obediente detective Patrick Cooper me besó.

—Y tú le pegaste.

—¡Sarah, deja de repetir lo que te he dicho! —le espetó—. Tengo que volver a encontrarme con él en media hora y estoy histérica.

—Pues relájate, desde mi punto de vista no ha pasado nada malo, tú misma has dicho que por la mañana en el gimnasio querías que te besara.

—Fue el calor del momento, yo no quiero que él ni ningún otro me bese, ¿sabes? No quiero.

—No seas boba, Ángela —le riñó—. ¿Te gusta, verdad?, por eso estás tan

agobiada.

—Estoy agobiada porque tengo que hacerme pasar por su mujer y dejar que me bese y me magree en público vestida y maquillada como una choni — explicó de mal humor y se puso de pie para irse—. Me marchó, no quiero llegar tarde a nuestra reunión de hoy.

—Escucha —le dijo poniendo una mano en su brazo en señal de apoyo—:

Patrick es un buen chico, no se saldrá de los parámetros que sean estrictamente necesarios, te besará cuando tenga que hacerlo y no te magreará mucho, le conozco, es un chaval muy correcto. Hay incluso un rumor —se mantuvo callada unos segundos.

—¿Qué rumor? —preguntó curiosa.

—Sobre él. Dicen que cree en el amor para siempre y que por eso no ha estado nunca con ninguna mujer, porque no quiere entregarse hasta estar cien por cien seguro de que es el amor de su vida.

—¿Virgen? —inquirió— No me lo creo, al menos besando parece tener mucha práctica —añadió soñadora, rememorando el instante en el que él la había besado.

—¡Te gustó! Lo sabía, te gustó que te besara y te gusta él —le señaló para picarla. A veces cuando estaban juntas parecían más un par de adolescentes que dos mujeres casadas y con hijos.

—No soy de piedra, Sarah —se defendió—. El chico está de muy buen ver y besa muy bien —dijo en un tono de voz que denotaba cierta vergüenza.

—¿Quién sabe? Quizás lo que busca no es el amor verdadero, sino a una mujer experimentada que le haga caer en las redes del placer carnal —dijo como si estuviera interpretando una obra teatral, consiguiendo que Ángela se riera—. Y estás muy guapa, no pareces una choni; deberías soltarte el pelo.

—Eso no —contestó sin más—. Me voy o llagaré tarde a reunirme con mi nuevo marido, el detective virgen.

—Llámame esta noche —le gritó al verla subir al coche.

—Sí, mamá —respondió y cerró la puerta pensando, ¿sería posible que ese rumor fuera cierto?

Mientras tanto, en una cafetería no muy lejos de allí, Patrick y García tenían una charla similar.

—¿Y te pegó porque la besaste? —preguntó intentando controlar una risotada, imposible— ¡Macho, pero qué les haces a las tías que te rehúyen!

—No la entiendo, te juro que no la entiendo, esta mujer tendría que venir con un manual de instrucciones.

—Todas deberían —apostilló el latino dándole un sorbo a su café—. Pero el punto aquí es que no me esperaba que Ángela fuera de ese tipo de mujer.

—¿De qué tipo? —inquirió sintiéndose molesto, no le gustaba la idea de que su amigo insultara a su compañera.

—De esas que te calientan y luego ¡zas!, te pegan. Vi la escenita del gimnasio colega y estabais a nada de besaros, y la chica no parecía disgustada.

—No creo que sea de esa clase de chicas, solo que algo se le pasó por la cabeza con todo el paripé de la boda, algo que la bloqueó; estaba ida y pálida —explicó. Él siempre presumía de conocer bien a las personas y sabía que Ángela no era de las que calentaban y se echaban atrás, además, ¡era una madre!

—Es muy misteriosa, sabemos que tiene hijos y lleva alianza, pero no se puede hablar de su marido —cotilleó—. ¿Crees que el tipo se largó y la dejó sola con los críos? Yo no haría algo así, está muy buena.

—¡No te pases! —le gritó—. No sabemos nada de ella, quizás sea viuda o madre soltera y se pone la alianza para disimular, ¡no lo sé! —se estaba poniendo realmente muy nervioso.

—Te gusta —sentenció García guiñando graciosamente un ojo.

—¿Qué? ¡No! ¿De dónde sacas eso?

—No te gusta que coquetees con ella —explicó, era demasiado obvio.

—No me gusta que hagas esas cosas en el trabajo, que es diferente, es nuestra compañera ahora.

—Y Martínez, Mackenzie, Ryan, y todas las chicas que hay en el cuerpo de policía de Nueva York y no te molesta que lo haga con ninguna otra, es más, las mujeres siempre te han dado un poco igual, pero te preocupas por Ángela, tu madre se ha llevado a sus hijos, le estás enseñando a defenderse —enumeró.

—¡Porque a nuestro jefe se le ocurrió la locura de meter a una fotógrafa en una misión con narcos! No quiero estar haciéndole de niñera, prefiero que se defienda sola.

—Puedes estar tranquilo, Patrick, no necesito una niñera —dijo una voz a su espalda y él sintió que se le helaba la sangre en las venas—. Sé que esto es tan incómodo para ti como lo es para mí, pero créeme, mis hijos no tienen a nadie más en el mundo, soy la primera interesada en no dejarme matar, así que estaré atenta en todo momento, y si tanto de molesta enseñarme, puedes decirle a tu jefe que me saque de esta locura en la que me han metido; yo vuelvo a mis fotos, tú a tus narcotraficantes con oficiales preparadas y si te he

visto no me acuerdo —le soltó Ángela sin respirar, tratando de evitar las lágrimas, los ojos le picaban y sabía que en el momento en que él se volviera para mirarla, lloraría.

—Ángela, preciosa —tomó la palabra García en vista del repentino mutismo de su amigo.

—Esto no es asunto tuyo, Carlos, por favor, no te metas —le espetó.

—Tiene razón —dijo Patrick recuperando su voz—. ¿Podrías dejarme a solas con ella? —cuestionó.

—No seas dura con él —le dijo al oído al tiempo que le daba un beso en la mejilla—. Creo que está loco por ti y no sabe manejarlo —ella le dedicó una sonrisa.

—Lo siento, no quise decir eso...

—Qué típico —protestó sentándose a su lado.

—Es la verdad. Mira, Ángela, voy a ser muy sincero contigo. Esta misión es muy peligrosa y no me gustaría que te pasara nada, pero tampoco puedo estar todo el rato vigilándote. Estaremos juntos la mayor parte del tiempo —ella sintió algo raro en su interior ante esa afirmación—, pero por momentos tendré que dejarte sola, y cuando lo haga quiero estar tranquilo, y solo lo estaré si sé que sabes defenderte; las cosas fuera de contexto siempre se entienden mal.

—Está bien, lo siento yo ahora, ¿nos tomamos un café de la paz?

—Tú pagas, mientras te explico qué haremos hoy —le dijo con una sonrisa, la mejor y más bonita que Ángela le había visto nunca.

Capítulo 11

Ángela clamó al cielo por paciencia. Necesitaba toneladas de ella. Se miró al espejo una vez, dos, tres.

—¡No pienso salir así a la calle! —gritó desde su habitación.

—¡Vamos, no será para tanto! Espera que me veas a mí, parezco un chulo —le respondió Patrick impaciente por verla.

Pues no te diré lo que parezco yo porque soy una señora —dijo mientras aparecía ante él.

—Estás... estás impresionante —sentenció sorprendido.

—No digas tonterías —le reprendió tirando de la cortísima falda que llevaba tratando de alargarla un poco. El top con escote palabra de honor ceñido a su cuerpo como un guante le daba el toque sexy que hacía muchísimo tiempo que había perdido.

—Te lo juro, aparentas veinticinco —ante la mueca de desagrado de ella, añadió— ¿Qué? ¿No se supone que a las mujeres os gusta aparentar menos años de los que tenéis? —inquirió confuso.

—A mí no. Estoy muy satisfecha con mi edad —repuso sintiéndose acalorada al reparar en los vaqueros ajustados que realzaban el trasero de su compañero de una forma que nunca antes había visto y en esa camiseta desgastada que marcaba sus increíbles bíceps—. ¿Repasamos este despropósito de plan que has preparado para esta noche y así puedo llamar a mis hijos de una vez?

—Está bien, esta noche vamos a ir al pub irlandés propiedad de los O'Railly, confío en encontrar a Brendan y Hannah allí, montaremos una escena...

—Te enfadarás porque no te gusta cómo me miran los otros tíos —concluyó ella y Patrick no pudo evitar el pensamiento: me enfadaré, y de verdad.

—Tú te irás llorando al baño y la solidaridad entre mujeres hará el resto.

—Muy bien, si no te importa voy a llamar a los niños antes de que se haga más tarde.

—Claro, llama tranquila, yo estaré por aquí.

Ángela marcó el número de la madre de Patrick y tan solo tuvo que esperar dos toques para escuchar las voces de sus hijos.

—Mamá, mami —gritaron los dos a la vez al teléfono.

—Esperad que os pongo el altavoz para que podáis hablar los dos a la vez —se oyó la dulce voz de la señora Cooper—. Ángela, cielo, ¿estás ahí?

—Sí, sí, señora, aquí estoy, ¿ha pasado algo? —preguntó preocupada.

—Nada, que estos dos angelitos se han estado peleando un buen rato para ver quién hablaba antes contigo, pero ya está, solucionado, os dejo a solas, y dale a Patrick un beso de mi parte.

—Muy bien, se lo daré, y muchas gracias por todo, otra vez.

—Mamá, ¿cómo estás? —escuchó la voz de Nathan, siempre preocupado—. ¿Te está cuidando bien Patrick?

—Estoy muy bien, sí, cariño, él es genial y me cuida mucho. ¿Os estáis portando bien?

—Sí, mamá, el señor Cooper nos lleva a pescar, dice que por fin tiene alguien con quien hacerlo, que su hijo siempre lo odió —sonó ahora la voz de Jon, siempre animado y entusiasta como contrapunto de su hermano mayor.

—Eso es fantástico, mi amor, ¿te ha molestado la alergia?

—Ni un poquito, la señora Cooper dice que el clima de la playa la alivia, que a Patrick le pasaba.

—Pues muy bien, contadme qué hacéis cada día.

—Nos levantamos tarde, desayunamos en la terraza, vamos a la playa a dar un paseo, si no hay olas muy grandes, nos dejan darnos un baño, jugamos en la arena, acompañamos a la señora Cooper a comprar... —informó Nathan.

—Por las tardes el señor Cooper nos lleva a pescar, y por las noches nos comemos el pescado que hemos cogido, vemos la tele, charlamos un rato y nos acostamos tarde.

—Vaya, suena muy divertido.

—¿Y tú te lo estás pasando bien con Patrick? —preguntó Jon.

—Mamá está trabajando, tonto, no de vacaciones como nosotros —le corrigió su hermano.

—Pero el tío Henry dice que él y la tía Sarah lo pasan genial en su trabajo —protestó Jon—. Por cierto —enlazó rápidamente—, los echo de menos, y a Stephanie y Samuel, ¿puedes decirles que nos llamen un día, mami?

—Sí, cariño, cuando cuelgue le doy este número a la tía Sarah y ella os llamará.

—¿Podemos saludar a Patrick? —realmente a su hijo pequeño le había calado hondo el detective.

—Claro, esperad que pongo el altavoz —apretó el botón en su móvil y avisó a su compañero—. Jon quiere saludarte.

—Hola, amigo, ¿qué tal en la playa?

—Muy bien, Patrick, tus papás son geniales, mucho más divertidos que mis

abuelos.

—¡Jon! —le espetó su madre.

—Me alegro de que lo estéis pasando tan bien —le dijo tratando de aguantar la risa ante el inocente comentario.

—Tu papá nos lleva a pescar, y jugamos al fútbol en la arena con los niños de la vecina.

—Eso es fantástico.

—¿Estás cuidando a mamá? —preguntó Nathan tomando por primera vez la palabra.

—Hola, campeón —le saludó, sabía que con el hijo mayor de Ángela lo tenía más complicado, sentía que el niño le guardaba rencor por haber puesto a su madre en peligro—. La estoy protegiendo con mi vida, es más, le he estado enseñando para que pueda protegerse sola.

—¡No! —gritó—. Dijiste que la cuidarías, no puedes dejarla sola —chilló nervioso.

—Y no la dejaré, no te preocupes, te lo prometo, todo va a estar bien.

—Nathan, mi vida, trata de estar tranquilo, ¿vale? Disfruta de las vacaciones, Patrick no va a permitir que nada me pase —explicó tratando de calmarle mientras sus propias lágrimas corrían por sus mejillas al escuchar a su hijo tan angustiado, su compañero no pudo evitarlo y agarró una de sus manos para darle valor.

—No seas bobo, Nathan, Patrick lleva pistola, ¿verdad que sí?

—Sí, la tengo siempre cerca y siempre estoy con vuestra madre, os prometo que no le pasará nada, palabra de detective.

—¿Lo ves? Es un detective como los tíos y ellos siempre atrapan a los malos y no les pasa nada —Ángela esbozó una sonrisa entre lágrimas; desde luego para Jon, Patrick se había convertido en su nuevo héroe.

—Está bien, confío en tu palabra porque nuestro tío Henry dice que los detectives nunca faltan a su palabra y siempre protegen a sus compañeros, ¿es mami tu compañera?

—Lo es, mi compañera favorita —respondió con una sonrisa y ella le acarició la mejilla sin querer.

—La mujer del tiempo ha dicho en la tele que va a llover aquí —soltó Jon como si nada ignorando el mágico momento que había interrumpido—. Dice la señora Cooper que si llueve nos iremos a su casa en Washigton, y que podré dormir en tu cuarto, ¿no te importa, verdad, Patrick? Te prometo que no tocaré tus cosas.

—Está bien, amiguito, estaré encantado de que duermas en mi antigua habitación, y puedes coger cualquier cosa que te guste o necesites, Nathan, tú también.

—Gracias —dijeron al unísono.

—Bueno, chicos, es hora de colgar, Patrick y yo tenemos que trabajar.

—Adiós, mamá, hasta mañana, te quiero —dijo Jon con cierta tristeza en la voz—. Hasta mañana, Patrick.

—Hasta mañana, mami, hasta mañana, Patrick; tened cuidado —pidió Nathan.

—Lo tendremos.

—Hasta mañana —dijeron a los unísonos perfectamente sincronizados—. Os quiero, y portaos bien —concluyo Ángela.

—¿Estás bien? —preguntó a su compañera al ver como suspiraba y se tapaba la cara con las manos. Estaba llorando, seguro.

—Sí, es solo que los echo de menos —contestó levantándose del sofá y yendo hacia la ventana—. Dame unos minutos, por favor.

—Los que necesites.

Patrick se puso a escribir algo en el portátil pero no podía concentrarse. No podía apartar la vista de la espalda de su compañera.

Era cierto que la ropa que llevaba puesta para la primera toma de contacto con su misión le había quitado unos cuantos años de encima, pero también había potenciado partes de su anatomía que normalmente disimulaba con su vestimenta seria habitual. Se percató de que tenía las piernas largas y bien torneadas. Que su cintura era estrecha y tenía un tipo envidiable a pesar de haber tenido dos embarazos. No era delgada, tenía curvas, unas muy sinuosas que estaban empezando a producirle mareos.

Finalmente se había mantenido en su postura de no soltarse el pelo, pero se había hecho una coleta alta con mechones sueltos que caían ondulados alrededor de su cara y le daban un toque tan juvenil que parecía casi una niña. Y el maquillaje, había rechazado a la maquilladora que le ofrecía la policía y se había arreglado ella misma.

La sombra de ojos en tonos ocres y fucsias hacía que sus ojos resultaran más grandes, y por lo tanto, la tristeza en ellos era más impactante.

Por la postura de su cuerpo él sabía que seguía llorando. Siguiendo un impulso se levantó y caminó hasta ella. Le habló suave para no asustarla.

—Imagino que es duro, Angie —se permitió el lujo de usar su diminutivo—.

Siento que te hayan metido en esto, lo siento mucho, pero piensa que los niños están bien —dijo sintiendo que llamarles «tus hijos» hacía que quedaran más distantes de él y lo que empezaba a sentir por esos pequeños—. Y piensa también que cuanto antes empecemos la misión, antes la acabaremos, y ellos podrán volver; aún tenemos que ver Toy Story 3 —bromeó y ella se giró hacia él con una sonrisa.

—¿Sabes qué? Si hace unos días alguien me hubiera dicho que iba a decirte estas palabras me habría reído en su cara.

—¿Qué palabras?

—Eres un hombre maravilloso, detective Cooper, un encanto —y sin más se acercó a él y besó tiernamente sus labios—. De parte de tu madre —aclaró con un guiño—. Gracias por todo.

—De nada —repuso algo intimidado, le habría gustado seguir besándola— Y ahora, arregla el desastre que las lágrimas han hecho con tu maquillaje, te enseñaré lo básico sobre sistemas de comunicación, microcámaras, micrófonos, y después nos iremos de fiesta, nena —dijo en un tono de voz que detonaba cierta chulería, metido de lleno en su personaje.

—Lo que tú digas, cielín —contestó ella, y se fue al baño contoneando sus caderas, también puesta en su personaje, y desestabilizando completamente a Patrick que suspiró y se llevó las manos al pecho.

Capítulo 12

Patrick entrecerró un poco los ojos al entrar en el local para que se acostumbrarán a la poca luz. La música celta retumbaba por todas partes. Le gustaba, era festiva e invitaba a relajarse, pero él no podía hacerlo. Imposible cuando notaba la mano de Ángela entre las suyas. Ella temblaba como una hoja, asustada ante la posibilidad de estar en contacto con gente tan peligrosa. Había estudiado mucho sobre los O'Railly y su mundo y no eran precisamente unos angelitos. Aunque Patrick le había asegurado de que Brendan estaba a años luz del resto de la familia, que era, citando textualmente a su compañero, «menos mafioso que el resto», el detective creía que el chaval tenía buen fondo.

—¿Lista? —preguntó sujetando la puerta para que ella pasara.

—Vamos —contestó demostrando una seguridad que no sentía.

Se adentraron en el pub irlandés de moda, se sentaron en unos taburetes altos y pidieron unas pintas de cerveza. Patrick se acercó a Ángela, muy puesto en su papel de marido enamorado y susurró a su oído.

—Intenta estar tranquila, no tiembles cuando me acerco a ti.

—No me des órdenes —masculló entre dientes.

—Y tú sonrío, que se supone que te estoy diciendo cosas bonitas al oído —contestó y se acercó más, tenía que conseguir tumbar todas sus barreras, como en el gimnasio—. Bebe, eso te relajará —acortó aún más la distancia entre ellos hasta colocar una mano sobre la rodilla de ella y la otra a su costado.

—No me des calambre otra vez —dijo, y se inclinó para estar más cerca; a ese juego también sabía jugar ella.

—O no me lo des tú a mí —atacó. La cercanía era ya peligrosa, mucho, y ambos lo sabían.

A pesar de que se oponían, sus cuerpos se atraían de tal manera que ninguno podía resistirse al otro; además, el ambiente del bar invitaba al romanticismo. La música, ahora más lenta, y las luces suaves incitaban a besarse.

Patrick se hizo un poco más adelante y Ángela estiró los brazos y rodeó su cuello. Él no lo dudó, cerró la poca distancia que quedaba y la besó. En esta ocasión no fue un beso casto como en la comisaría. Ella no se apartó y él

necesitó ir más allá.

Casi tuvo miedo a que volviera a pegarle cuando atravesó sus labios, que le parecían los más dulces que había besado nunca, con su lengua y se permitió explorar su boca.

Ángela tardó unos segundos en sentirse cómoda con la situación, pero desde que lo estuvo, no dudó en colar la suya propia en los sensuales y apetecibles labios de su compañero.

Se separaron solo por la necesidad de respirar. Apoyaron la frente uno en la del otro y se miraron directamente a los ojos. Sin mediar palabra sus labios volvieron a engancharse.

En alguna parte de la cabeza de Patrick una vocecita lejana gritaba que no estaban ahí para comerse a besos, que tenían que pelearse o no captarían la atención de Hannah, pero no tardó en darse cuenta de que se equivocaba.

—¿Recién casados, supongo? —preguntó una voz a su espalda y Ángela se separó como si de repente él le quemara.

—Sí, ¿tanto se nota? —cuestionó él.

—Mucho, aún os queda pasión, igual que se os nota que no sois irlandeses, ¿me equivoco? —preguntó con simpatía y desparpajo.

—Ella es de Escocia, ya ves, primos hermanos; yo americano —Ángela se había quedado helada, nada de esto era como habían planeado.

En algún momento Patrick había cambiado la historia pensada para Esthela, al ser pelirroja podía pasar por escocesa y así podría venderle a Hannah la idea de que a ella tampoco la aceptaban mucho en la familia de su marido.

—¿Es muda tu esposa? —preguntó Hannah con demasiado desparpajo.

—Cuando nos besamos entra en trance. ¿Qué se le va a hacer?, la vuelvo loca —la suficiencia y la arrogancia en la voz de Patrick hicieron despertar a Ángela.

—Ya, claro... Me llamo Esthela, encantada de conocerte —dijo tendiéndole la mano, tratando de alejar la atención de la joven de su marido, es decir, de su compañero.

—Hannah Miller, O'Railly —se corrigió—. Hannah O'Railly.

—Él es mi marido Omar.

—Encantado de conoceros, sois una linda pareja.

—Gracias, Hannah —contestó Patrick guiñándole un ojo y Ángela pareció entender una cosa: los roles se habían cambiado.

—¡Quieres dejarte de coquetear con ella de una vez! —le gritó.

—¡Siempre estás igual, Esthela, no estoy coqueteando con nadie!, tienes un gran problema, confundes ser amable con coquetear.

—¿Yo tengo un problema? ¡Eres tú el que no respeta nuestro matrimonio y le tiras los tejos a la primera monada que se te pone a tiro!

—Eh, chicos, por mí no discutáis, estoy muy enamorada de mi marido.

—No si no es por ti —le dijo Ángela muy puesta en su papel de esposa celosa—, es él, que siempre me hace lo mismo. A veces me arrepiento tanto de haberme casado contigo, Omar —le espetó y comenzó a sollozar.

—¡No te soporto cuando te pones en ese plan! —le contestó Patrick levantándose del taburete para ir hacia el billar—. Voy a jugar un rato, a ver si te serenas —le inquirió pensando que sí que era buena actriz.

—Lo siento, Hannah, perdón por el espectáculo.

—Tranquila, también he tenido discusiones con mi marido por algo parecido, claro que suelen ser al revés —contestó con una sonrisa; era una joven hermosa—. Vamos al baño a que te laves un poco la cara, te está llegando la máscara de pestañas hasta la barbilla.

Las dos anduvieron hasta los servicios. Lo que ni Hannah, ni Patrick supieron nunca es que las lágrimas, eran verdaderas.

Ángela no sabía qué le había pasado, pero de repente ver a su nuevo compañero tan solícito con aquella hermosura le había puesto de muy mal humor, y si a eso le unimos la tensión por el cambio de guion inesperado y las mil sensaciones que el beso había despertado en ella, no había podido controlar el llanto traicionero que le sobrevino.

—Lo siento mucho, Esthela, de verdad que no pretendía hacerte sentir mal, no intentaba ligar con Omar, solo soy así; a Brendan tampoco le gusta a veces que sea tan abierta —se explicó.

—No te preocupes, Hannah, de verdad, no pasa nada. Es que no es fácil, ¿sabes? La familia de Omar no me acepta y él es lo mejor lo que me ha pasado en la vida y siempre temo que él les haga caso y salga corriendo.

—Ufff —bufó sintiéndose identificada— ¡La familia! —espetó con ironía.

—¿Tienes problemas con la tuya? —preguntó al mismo tiempo que se lavaba la cara, menos mal que llevaba el maquillaje en el bolso.

—Con la de mi marido también, pero a otros niveles —le daba miedo hablar demasiado, a fin y al cabo, por muy bien que le cayera, era una desconocida—. Quiero decir, la familia de Brendan tiene... negocios, muchos y muy importantes —decidió pasar al verdadero motivo de su miedo—. Su padre es muy estricto con sus cosas y quería que Brendan se casara con la hija de uno

de sus socios más importantes, una irlandesa de pura raza, pero él me eligió a mí, americana, con ascendencia latina para más inri. Soy como el demonio para mi suegro.

—¡No será para tanto!

—Es insoportable, dice que he apartado a Brendan de su camino, que he truncado su vida.

—¿Y tu marido qué piensa? —preguntó, Hannah parecía bastante necesitada de alguien que la escuchase.

—Él me ama. Es encantador y bueno, aunque cuando estamos aquí, en su ambiente, con la «familia» —dijo haciendo el símbolo de las comillas con las manos—, tiene que parecer que piensa como ellos y entonces es algo autoritario.

—¿Te maltrata? —cuestionó, según le habían contado sobre ellos Brendan no era mal tipo, solo que estaba metido en un mal mundo.

—¡No! —chilló—. Jamás —negó categóricamente—. ¿Estás más tranquila?

—le preguntó un poco sin venir a cuento, tratando de alejar la conversación de ella; Ángela asintió—. No deberías maquillarte tanto, eres preciosa.

—¿Sabes qué? Te haré caso, ¿salimos a tomarnos algo? —propuso.

—Vamos, así te presento a Brendan.

Salieron del baño mucho más animadas, pero Ángela no estaba preparada para la visión que tuvo al llegar a la zona donde estaba el billar.

Patrick o mejor dicho, Omar, tenía sus fuertes brazos apoyados en ambos extremos de la mesa sosteniendo el peso de su cuerpo. Sus bíceps se marcaban de tal forma que parecía que iban a romper las mangas de la camiseta de un momento a otro. Se había quitado la chaqueta de cuero y sus perfectos músculos se marcaban a través de la fina tela que cubría su cuerpo.

Ángela notó como la boca se le hacía agua, literalmente, y como otras partes de su cuerpo, que tenía en desuso desde hacía muchos años, cobraron vida y recibieron de golpe como una descarga de adrenalina.

Fue como si, después de una parada cardíaca, los médicos hubieran dado una descarga eléctrica y su cuerpo se hubiera sacudido por completo. Notó un pinchazo en el útero que la dejó casi sin respiración.

—¿Estás bien? —cuestionó Hannah—. Te noto como acalorada.

—Es que hace calor, ¿tú no notas? —inquirió abanicándose con sus propias manos.

—No —respondió sin más—. Mira, ahí están los chicos —señaló al moreno

de increíbles ojos azules que sostenía el palo de billar mirando a Patrick con detenimiento—. ¡Brendan! —le llamó—. Cielo, veo que ya has conocido a Omar.

—Sí, es un buen jugador para ser abogado —respondió algo seco y Ángela supo que su compañero había empezado su parte del juego—. ¿Y esta belleza pelirroja quién es, nena?

—Es mi esposa, tío —se apresuró a contestar—. Esthela, cariño, siento lo de antes —se disculpó y dejó el billar para acercarse a ella. La rodeó por la cintura y la besó— Lo siento.

—Está bien, tranquilo —contestó volviendo a enlazar sus labios—. Esthela, encantada de conocerte, Brendan —y sin más tendió su mano que el irlandés agarró y besó—. Vaya, todo un galán tu marido —le dijo a Hannah con un guiño cómplice.

—Es el mejor —contestó ella sonriendo mientras le miraba embobada—. No hay otro como él.

—Ni como ella —apostilló Brendan besándola con tanta intensidad que parecía que iba a llegarle la lengua al estómago.

La puerta del local se abrió y entró el hombre maduro más atractivo que Ángela había visto nunca. Le reconocía por las fotos de los expedientes, pero en persona era mucho más imponente. Seamus O'Railly, el patriarca de la más poderosa familia del narcotráfico en Nueva York. Le temblaron las piernas.

—¡Brendan! —bramó a su hijo.

—¡Padre! —respondió como un niño pequeño al que han pillado en una jugarreta.

—¿Qué te he dicho de las muestras públicas de afecto con esa mujercita tuya?

—Padre, es mi esposa, estamos entre amigos, no es malo lo que hacemos.

—Daña tu imagen y de paso la mía, yo jamás besé a tu madre en público.

—Así acabó la pobre —musitó Hannah.

—¿Decías algo, muchacha? —le preguntó, y Ángela pudo ver como su amiga temblaba.

—Que si no daña su imagen que llegue usted aquí y le grite como si fuera un crío, señor —le enfrentó, pero Brendan tiró de su brazo para hacerla callar.

—Voy a hacer como si no hubiera oído eso. ¿Para qué me llamaste?

—Padre, este es Omar Ripper, es abogado y le gustaría trabajar con nosotros.

—¿Más americanos en la familia? —reprochó a su hijo.

—Es un buen abogado y sabes que necesitamos uno. Aprende a fiarte de mi criterio si quieres que asuma más responsabilidad.

—Está bien. Tú, Ripper.

—¿Sí, señor O'Railly? —preguntó soltando la cintura de Ángela y colocándose al lado del imponente mafioso.

—Te haré una entrevista la próxima semana, que ahora estoy muy ocupado. ¿Esta belleza es tu chica? —cuestionó. Era un hombre que valoraba la estabilidad que daba el matrimonio— ¿o es un rollo de esos que tanto os gustan a los jóvenes?

—Es mi esposa, Esthela Ripper, escocesa de nacimiento.

—¡Oh! —exclamó—. Los escoceses son nuestros primos hermanos —dijo con una sonrisa, la primera que le veían desde que entró—. Bienvenida, linda —su carácter parecía haberse suavizado solo porque le gustaba la nacionalidad de Esthela—. Hablaremos de negocios el lunes, chaval, mi hijo te dará la dirección.

—Allí estaré el lunes.

—A seguir pasándolo bien —les deseó mientras se iba.

—Le has caído bien, eso de que tu mujer sea escocesa te dará puntos, igual que estar casado y, ¿tenéis hijos? —los dos negaron con la cabeza—. Pues decidle que estáis pensando tenerlos pronto —aconsejó de inmediato—. Y ahora si nos disculpan —dijo sin más y miró a su esposa con recelo—. Hannah, vamos a mi despacho, tengo algo que decirte.

—¿Crees que le hará daño? —cuestionó Patrick preocupado.

—Ella me ha dicho que nunca le ha puesto una mano encima, pero se le ve muy cabreado —contestó.

—No podemos saberlo. Por cierto, buen trabajo, se ve que ella confía en ti y le has gustado al viejo.

—Lo mismo digo, tú le encantas a Brendan.

—Estamos dentro, Ángela; esto es peligroso.

—Lo sé, no te preocupes, irá bien —le contestó colocando la mano en su antebrazo, se moría por tocar esos bíceps—. Eres el mejor, me has preparado bien y aún quedan unos días para el lunes.

—Gracias —dijo él sin más y le dio un rápido beso en los labios.

Capítulo 13

La vida de Seamus O'Railly no había sido siempre el camino de rosas que todos le conocían ahora. Nacido en Irlanda en la década de los cincuenta en el seno de una familia desestructurada, fue arrancado de los brazos de su madre cuando no era más que un bebé y criado por la joven amante de su padre, narcotraficante de profesión.

Darren O'Railly había comenzado a traficar con drogas desde muy joven y aspiraba a crear un gran imperio. Quería que el nombre de su familia fuera sinónimo de poder.

Los trabajos de su padre no le daban todavía demasiada remuneración y Seamus pasó hambre y penuria. Cuando todo iba mal, Darren pagaba sus frustraciones con él. Amenazas, castigos y palizas fueron haciendo que el carácter de su hijo se fuera perfilando también como el de una persona violenta, acostumbrado a conseguir las cosas a golpe de orden y autoritarismo. Los O'Railly vivían en una pequeña dictadura.

Todo lo que hacían debía pasar antes por la aprobación del patriarca. Y así siguió siendo cuando Darren murió y Seamus ocupó su lugar en la jerarquía familiar.

Se convirtió en el cabeza de la familia con tan solo veintiún años, lo que le obligó a madurar de golpe y dejar atrás muchas cosas, entre ellas a la única mujer a la que amó.

Deirdre conquistó el joven corazón de Seamus cuando apenas eran unos adolescentes, pero el padre de él no aprobaba esta relación. Ella, una joven campesina de larga melena pelirroja y grandes ojos azules, que vivía con su familia en un pueblecito en las afueras de Dublín, era poca cosa para el futuro heredero del imperio O'Railly.

Los enamorados se vieron a escondidas durante mucho tiempo. Hasta que el viejo murió en una reyerta con una familia enemiga y Seamus tuvo que hacerse cargo del clan mafioso más importante de Irlanda. En ese instante todo terminó para ellos. Todo terminó para él.

Seamus cubrió su corazón de plomo. Nunca volvió a querer a ninguna mujer. Se casó en varias ocasiones. Tuvo hijos con todas sus mujeres. Pero no amó a ninguna. Y todas acabaron mal.

Una leyenda negra se forjó sobre las mujeres de Seamus O'Railly. Él pasó a

ser denominado entre sus conocidos como «el viudo negro» y nadie se atrevía a decir en voz alta lo que estaba en boca de todo el mundo.

Seamus se volvió un líder aún más autoritario que su padre. Sus hijos fueron criados desde muy pequeños como soldados, entrenados para matar a sangre fría. Preparados para no tener sentimientos ni tan si quiera entre ellos. Los O'Railly veían morir a sus tíos, sus primos e incluso algún hermano y juraban venganza junto a sus tumbas, pero tenían prohibido derramar ni una sola lágrima.

Todo parecía ser fácil para ellos, pero no lo era. Ninguno eligió ser un mafioso. Darren marcó el futuro de su hijo y Seamus el de los suyos pero, ¿alguno había sido feliz?

Ahora, sentado en su gran despacho de Nueva York, echaba la vista atrás y recordaba cómo fueron sus inicios. Sonrió al recordar su primera muerte. Como le temblaron las manos, pero cuando escuchó a su padre decirle lo orgulloso que estaba de él, todo el miedo desapareció. Lo único que había querido durante toda su existencia era eso, conseguir la atención de un padre siempre ausente por negocios, hacerle sentir orgulloso de sus logros.

Con tan solo diecisiete años, Seamus O'Railly había empuñado una pistola y había disparado a sangre fría a un pobre chaval que, ingenuo, había tratado de engañarles. Le miró con sus penetrantes ojos azules fríos, carentes de sentimientos mientras el otro, que rondaría su edad, suplicaba que por favor le dejase vivir.

—Dispara, Seamus, nadie se ríe de nosotros —la autoritaria voz de su padre en su espalda le dio el empujón que le faltaba. Se oyó un único disparo certero entre las cejas de aquel pobre irlandés mediocre—. ¡Bien hecho, hijo! —exclamó feliz por la hazaña de su muchacho—. Algún día serás un gran líder de la familia. Estoy muy orgulloso de ti.

Y como por arte de magia, esas palabras de su progenitor hicieron que Seamus se sintiera realizado, feliz, capaz de cualquier cosa.

—Haz pasar al americano —dijo dando la orden a su secretaria por el interfono cuando el sonido del teléfono le trajo de vuelta a la realidad. Ese era él, un hombre importante, el patriarca de la familia mafiosa más importante de Irlanda asentada ahora en Estados Unidos; él ordenaba y todos los demás obedecían. Como a su padre. Como debía ser.

Después de la visita al pub irlandés de Brendan O'Railly, Ángela y Patrick

volvieron a su rutina habitual de esa semana. Ella tenía que prepararse bien físicamente, corrían juntos por la mañana y después estudiaban todo lo que la fotógrafa debía saber sobre la mafia, el narcotráfico y los negocios de la familia en la que iban a infiltrarse.

El lunes llegó demasiado rápido para ambos, Patrick se caracterizó, dejando atrás al leal y patriótico policía que era y convirtiéndose en Omar Ripper, futuro abogado y matón de Seamus O'Railly.

Se presentó en la majestuosa oficina con vistas al East River del que esperaba fuera su nuevo jefe. Por todas partes había cuadros que retrataban los más bellos paisajes irlandeses.

e notaba que el hombre era un auténtico apasionado de su país. Quizás lo echaba de menos, pensó mientras esperaba sentado frente a una gran mesa de roble marrón como un niño que espera al director del colegio.

—Llegas pronto, Ripper, me gusta —sentenció Seamus apareciendo de la nada, como siempre solía hacer.

—Hay que dar buena impresión cuando se quiere trabajar con alguien tan importante como usted, señor O'Railly —dijo poniendo sobre la mesa el currículum falso que había escrito para la ocasión.

—Así que abogado —comentó y se sentó frente a él leyendo los papeles—. Vaya, no es un simple chupatintas, ¿has trabajado para Cardano? —cuestionó y Patrick sonrió, más bien le había metido entre rejas—. Una pena que los pillaran, eran buenos amigos.

—Sí, pero se descuidaron, aceptaron a gente que les traicionó desde dentro. Yo por suerte estaba en ese momento de luna de miel, escapé de milagro.

—También has hecho trabajos para los O'Hara, los O'Calahan, buenas familias compatriotas —estaba realmente impresionado.

—Y todos muy satisfechos con mi trabajo —el vibrador del móvil interrumpió la conversación—. Disculpe, mi esposa que está histérica —se excusó al ver el nombre de Esthela reflejado en la pantalla.

—¡Oh, su preciosa escocesa! Usted sí que ha sabido elegir y no el memo de mi hijo Brendan. Una americana, ¿a quién se le ocurre?

—No soy el más indicado para hablar, soy americano.

—Sí, pero es diferente, para los negocios sois muy buenos, pero para casarse y sentar cabeza, nada como una buena chica irlandesa.

—O escocesa —apostilló sonriendo, y el móvil volvió a vibrar—. Está desesperada, sabe que sin este trabajo no podríamos mantener nuestro nivel

de vida y más ahora que estamos pensando en ampliar la familia —dejó caer y su interlocutor sonrió.

—Átala en corto, muchacho, no dejes que te controle, pero ahora, llámala y dile que estáis dentro, si aceptas mis condiciones, claro.

—Usted dirá —sentenció cruzándose de brazos.

—Trabajarás bajo las órdenes de Brendan, estamos esperando una importante cantidad de mercancía que va a llegarnos de nuestro contacto en Afganistán. Si has trabajado con todos esos amigos que pone aquí, es porque no te importa ensuciarte las manos si es necesario.

—En absoluto, después se lavan y listo.

—Me gustas —dijo con una gran sonrisa—. Mi hijo es un pánfilo, nunca ha disparado a nadie, y sus hermanos están aún muy verdes para esta misión, así que te encargarás de hacer todo aquello que él no sea capaz de hacer, ya sabes lo que quiero decir, ¿no?

—Alto y claro, señor.

—Trato hecho entonces, estás dentro.

—¿Y mis honorarios? —cuestionó.

—Dos mil quinientos al mes más cinco mil cuando cerremos del todo la operación, sin flecos, con la mercancía recibida y distribuida, y viviréis en el complejo de la familia en las afueras de la ciudad.

—Perfecto —aceptó estrechando la mano que O'Railly le ofrecía.

—Ahora, llama a tu muñeca para darle la buena noticia y ve a celebrarlo con ella, yo hablaré con Brendan.

Sin más se levantó y se fue de la oficina mientras hacía una llamada rápida a Ángela.

—Estamos dentro, nena —comunicó, por si acaso alguien le escuchaba.

Capítulo 14

Ángela daba vueltas, histérica por su piso. De repente le parecía tan pequeño que apenas podía respirar. Estaba nerviosa. Mucho. No podía apartar de su cabeza el hecho de que Patrick, su compañero, al que empezaba a considerar su amigo, el hombre que le despertaba sus más bajos instintos dormidos durante mucho tiempo, estaba entrevistándose con uno de los mafiosos más peligrosos de la ciudad.

Cuando ya creía que le iba a dar un infarto, sonó el teléfono que le habían dado para la misión. Era Omar, era Patrick por fin. «Estamos dentro, nena», informó, y ella soltó todo el aire que había estado conteniendo.

Estaban dentro. En una misión encubierta con mafiosos irlandeses. ¿Ella? ¿Por qué? Si no era más que una simple fotógrafa viuda y madre de dos niños pequeños. ¡Esto era de locos! No quería hacerlo.

«Sí que quieres», resonó una voz en su cabeza. Una que hacía muchísimo tiempo que no escuchaba tan alta y clara. Era la voz de Thomas.

¿Se había vuelto loca del todo? ¿Escuchaba de repente a su marido muerto? Nada de esto tenía sentido. Y entonces recordó algo.

Una conversación que durante muchos años había tenido oculta en lo más profundo de su memoria.

—¿Thomas está bien? —preguntó atravesando como una loca el largo pasillo de la zona de urgencias del hospital de San Francisco.

—Está bien, Ángela —contestó el siempre amable Clark, el mejor amigo de su marido—, solo ha sido un accidente leve de coche, debes aprender a relajarte más.

—No puedo, no cuando mi marido es un militar en activo —le espetó. Robinson era aún si cabía, más patriota que Thomas—. Quiero verle.

—Al fondo del pasillo, cama cinco.

—Gracias, Clark, eres un buen amigo —y sin más siguió su camino.

El pasillo le pareció eterno. Por mucho que le hubieran dicho que Thomas estaba bien no lo creería hasta verlo con sus propios ojos.

—¡Thomas Sims! —le gritó en cuanto le vio y se lanzó a sus brazos llorando

— *Eres un maldito loco. Como te dejes matar, te remato.*
— *¡No seas exagerada, cariño!, accidente de tráfico, le puede pasar a cualquiera, y mírame, estoy bien* —dijo con una sonrisa y notó un dolor—. *Auch, salvo por los moratones por el airbag en la cara.*
— *Tu preciosa cara* —puntualizó ella.
— *Angie, mi amor, prométeme algo.*
— *¿Qué?* —cuestionó.
— *Prométeme que si algo me pasa, no dejarás tu vida en pause por la mía, prométeme que seguirás adelante con tus sueños, que, cuando Nathan sea un poco mayor, estudiarás periodismo y serás una Lois Lane como siempre has querido.*
— *Eso no va a pasar, no va a pasarte nada malo nunca, porque si te pones en peligro, iré a donde estés y te sacaré de los pelos.*
— *Vale, fiera, pero prométemelo.*
— *Te lo prometo* —le dijo al oído y después le besó con cuidado.

Poco después de ese accidente, Ángela volvió a quedarse embarazada y Thomas le hizo prometer, otra vez, que retomaría su sueño cuando los niños fueran mayores, que no se conformaría con ser una fotógrafa, que lucharía por ser quien siempre quiso ser: una periodista de investigación reputada.

— *¿Por eso quieres que me meta en este lío?* —gritó a la nada— *¿Por cumplir esa tonta promesa que te hice? ¡Tú no cumpliste la que me hiciste a mí, Thomas!, te dejaste matar* —sin querer había caído presa de un ataque de ansiedad, como siempre que su mente le traía tan vívidamente un recuerdo de él.

Tan absorta estaba en su dolor, que no se dio cuenta de que Patrick había abierto la puerta de una patada al escucharla llorar desde fuera.

— *¿Qué te pasa?* —le preguntó arrodillándose junto a ella en el suelo donde se había dejado caer.

— *¡Él no cumplió su promesa!* —chilló— *¡No lo hizo y me dejó sola!*

— *¿Quién, Ángela? ¿Quién no cumplió su promesa?*

— *¿Y ahora pretende que yo cumpla la mía?, así porque sí, ¿porque él quiere?*

— *continúo sin reparar en que no había contestado a la pregunta de su compañero.*

— *Respira, tienes que tratar de tranquilizarte y respirar, te estás ahogando, vamos a sentarnos al sofá* —le dijo con un tono de voz calmado mientras la ayudaba a levantarse—. *Cuéntame qué ha pasado, ¿con quién hablabas?*

¿quién no ha cumplido una promesa?

—Thomas —contestó. De repente recostó la cabeza sobre el pecho de Patrick y sintió una imperante necesidad de contarle la verdad—. Mi marido.

—¿Qué pasó con él? ¿Os abandonó? —preguntó acariciando su brazo.

—Murió —soltó por fin—, hace tres años. Era comandante de la Marina desplegado en Afganistán, en una misión de rescate de rehenes. Murió por ser un maldito héroe, porque le importaba más su país que su familia —dejó salir todo el rencor que durante años había guardado en su corazón y lloró más fuerte.

—Shhh, llora, llora todo lo que quieras —le dijo mientras la abrazaba fuerte contra su pecho—. No creo que le importara más su país que vosotros Angie...

—¿Qué vas a decir tú? —cuestionó sin poder separarse de él— Si eres exactamente igual, un patriota.

—Pero por muy patriota que sea un hombre, no hay nada más importante que la familia —le contestó—. Yo pienso así, si algún día tuviera una esposa e hijos, mis prioridades cambiarían.

—Pues las de Thomas no cambiaron, y se dejó matar, me dejó sola con dos niños pequeños y una madre histérica que no paraba de decirme «te lo dije» —le contó, había empezado a hablar y ahora no podía parar—. Solo Sarah y Henry estuvieron ahí para hacerse cargo de mis hijos, de mi durante el tiempo que estuve perdida —calló unos segundos y notó como el nudo que atenazaba su pecho volvió a apretarse, solo se aflojaba un poco cuando hablaba, por lo que continuó—. Hubo un tiempo en el que yo también fui un egoísta ¿sabes? Quise irme con él.

—¿Con tu marido? ¿A alguna misión? —preguntó, se negaba a aceptar lo que había entendido.

—Al cielo, o a donde quiera que esté, quise morirme —le informó y mostró unas pequeñas cicatrices que había en sus muñecas—. Nathan me encontró casi a punto de desangrarme, por eso es tan protector.

—¡Dios mío, Ángela! —exclamó y la obligó a mirarle a los ojos un momento—. ¿Cómo pudiste hacer algo así? —preguntó, no como un reproche sino porque él, que había tenido que luchar por salvar su vida, no entendía que alguien quisiera morirse.

—Estaba perdida, Patrick, había dejado toda mi vida por Thomas, por fin tenía una familia de verdad, al morir él todo mi mundo se vino abajo —le explicó y él se acercó hasta ella como atraído por un imán y la besó.

—Lo siento —le dijo al separarse.

—No pasa nada, ya me he acostumbrado.

—Pero estás destrozada y eres vulnerable ahora mismo, parece como si me aprovechara de ti.

—No seas tan bueno, Patrick Cooper —le dijo con cariño acariciando su mejilla—. Estoy bien, creo que hacía mucho tiempo que debería haber soltado todo esto. No me malinterpretes, yo aún quiero a Thomas, le querré siempre —informó con una rotundidad que hizo que Patrick sintiera el frío aguijón de los celos en su corazón—, pero nunca antes había reconocido en voz alta que le guardo cierto rencor por lo que hizo.

—No fue su culpa, pero no está mal sentir rencor por alguien que te ha hecho daño, eso no significa que le quieras menos, igual que si algún día conoces a alguien y rehaces tu vida, Thomas siempre será importante para ti —¿conocer a alguien y rehacer su vida? ¿Por qué demonios le había dicho eso?

—Supongo que tienes razón —aceptó.

—Ahora cuéntame qué hizo que acabaras así hoy.

—Estaba nerviosa, asustada por tu reunión con O’Railly, y cuando me dijiste que estábamos dentro, sentí que todo esto me venía demasiado grande y de repente escuché la voz de Thomas..., no me hagas caso es una locura, ya estoy bien.

—Sé que todo esto puede parecerle un mundo, Ángela, pero te prometo que todo saldrá bien, te protegeré con mi vida.

Sus palabras sonaron tan solemnes y la miraba tan intensamente, que algo más se revolvió en el pecho de Ángela. A veces cuando él clavaba su mirada así en la de ella, le daba la impresión de que podía leer su alma. Sin poder evitarlo fue ella la que acertó la distancia y le besó suavemente.

—Con tu vida no, Patrick, no quiero más muertes —dijo cuando se separaron—. Ahora cuéntame en qué va a consistir nuestra nueva vida.

Durante un rato, en el que permanecieron abrazados en el sofá, él le contó todos los detalles de la misión.

—Nos mudamos esta noche, tengo que ir a la comisaría para arreglar unos flecos sueltos que quedan, cosas de logística, para la vigilancia, los refuerzos y demás, tú puedes aprovechar para llamar a los niños y despedirte de Sarah; a partir de hoy, Ángela Sims deja de existir.

—Está bien, nos vemos en unas horas.

Patrick salió de la casa de Ángela con dirección a la comisaría y no se dio cuenta de la persona que, con ojos fríos, le miraba desde una destartalada

camioneta gris.

Mientras tanto, al otro lado de la calle, en un coche a oscuras, una figura siniestra apretaba con tanta fuerza el volante como si pretendiera arrancarlo de un solo tirón. Clark no podía creer lo que veía. ¿Ese hombre había salido de la casa de la viuda de su amigo? ¿Quién era? ¿Por qué estaba allí? A través de la ventana del piso de Ángela se vislumbraba su silueta, parecía que hablaba por teléfono. Pensó si sería sensato subir a saludarla pero decidió que era mejor esperar un poco más. Ese hombre le había puesto nervioso y no quería asustarla.

Capítulo 15

Tal y como Patrick había dicho, por la noche llegaron al complejo residencial O’Railly, el que sería su hogar a partir de ahora. El de los dos. Juntos. Este hecho tenía de los nervios a ambos, aunque ninguno dijo nada.

Ángela analizó el lugar. Era agradable. Varios dúplex pintados en un suave color verde colocados en torno a una piscina enorme con un bonito y cuidado jardín. Pensó algo y sonrió.

—¿Qué te hace gracia? —le preguntó él que en ese momento estaba rezando para que en la casa hubiera habitación de invitados.

—Parece que vayamos a vivir en Melrose Place —le soltó sin más y él la miró extrañado—. Como en la serie de los 90...

—Ah —aceptó y al recordarlo abrió muchos los ojos—. ¡Dios! espero que no, se liaban todos con todos.

—¿Y? ¿Eres un puritano, Omar Ripper? —preguntó metida en su papel.

—No, solo un hombre enamorado que no quiere compartir a su mujer con nadie —le dijo serio, mirándola de nuevo de esa forma que trastornaba por completo a Ángela.

Tan absortos estaban el uno en el otro que no se dieron cuenta de que dos personas se habían acercado hasta el coche.

—Eh, los tortolitos de ahí dentro —escucharon la voz de Brendan y pequeños golpecitos en el cristal.

—¡Caray, chicos! Siempre estáis igual —apostilló Hannah risueña junto a su marido.

—Comentábamos lo bonito que es este lugar —comentó Ángela bajándose del coche—. Me alegro muchísimo de estar aquí —sin más, puesta en su papel de joven espontánea, abrazó a Hannah.

—¡Va a ser genial! Sí, por fin alguien de mi edad en este complejo de ancianos, lo pasaremos en grande.

—Brendan, tu padre me dijo que tú tenías nuestras llaves y me dirías cuál de estos preciosos dúplex es el nuestro.

—Sí, es el 12, justo al lado del nuestro, Hannah lo ha elegido.

—Gracias, será una buena elección seguro —apostilló Patrick sonriéndole.

—¡Vamos, cariño! —le incitó Ángela, no le gustaba esa actitud de coqueteo que tenía con la joven morena—. Estoy deseando verlo.

—Como podéis comprobar, en el complejo O’Railly el verde luce igual de bonito que en la madre patria —les informó Brendan—. Mi padre es muy estricto en eso, así que no podéis cambiar el color de la fachada. Os tocará regar y cortar el césped una vez por semana. Esthela, ¿trabajas?

—Soy fotógrafa, pero ahora mismo no ejerzo, aunque seguramente me verás por aquí con mi cámara todo el tiempo.

—¡Qué interesante! —exclamó Hannah—. Si quieres algún día puedes ir a ayudarme al pub.

—Eso no pasará —dijo Patrick en un tono de voz autoritario que Ángela no le había oído jamás—. Mi esposa no va a ir a servir copas a ningún pub, lo siento Brendan, sé que la tuya lo hace y es un trabajo digno, pero no quiero que Esthela se mezcle en según qué ambientes, además —continuó su alegato ante la atónita mirada de su compañera—, si todo va bien, pronto estará ocupada cuidando a los pequeños Ripper.

—¿Estás embarazada? —preguntó su nueva amiga.

—No —respondió—, pero estamos en ello —repuso guiñándole el ojo con complicidad—. Es fantástico —respondió sin más y a Ángela le pareció que se entristecía.

—Es hora de la mudanza —anunció Brendan para cambiar de tema—. Llamo a unos chicos para que os echen una mano —sentenció y al momento media docena de fornidos irlandeses consiguieron vaciar el coche dejando las maletas en el salón de la casa.

—Bienvenidos —dijo solemne estrechando la mano de Patrick.

—Gracias, tío —respondió y sin más alzó a Ángela en brazos y cruzaron el umbral de su nuevo hogar.

—Vaya, sí que es muy bonito. Mira qué cuadros, menudos paisajes —dijo emocionada— de la madre patria, ya has oído a Brendan, en el despacho del viejo también los había.

—Vamos, que el gran mafioso es también un patriota, ¿no? —¿es que estaban por todas partes?, pensó.

—Modera la lengua, Esthela, no sabemos si esta casa tiene ojos y oídos...

—Cierto... ¿me acompañas y la vemos?

El dúplex era una réplica de las tradicionales casas que se encuentran en Irlanda. De dos plantas. Acogedor y bonito. En la planta de abajo tenía un gran salón comedor, con muebles de roble marrón oscuro y los sofás tapizados en verde esmeralda.

La cocina, no muy grande, estaba equipada con elec-trodomésticos de última

generación y una pequeña chimenea junto a la mesa que le daba un toque clásico.

En el segundo piso, un baño enorme con bañera y chorros de hidromasaje que se conectaba con la habitación principal por una puerta interior. El peor temor de Patrick cobró vida en este tour. La casa tenía una sola habitación con una gran cama de matrimonio, dos mesas de noche y un gran vestidor, sí, pero solo una cama. Al fondo del pasillo había otra puerta, rezó para que fuera otro dormitorio pero no, era un despacho: el suyo.

—¿Una sola habitación? —cuestionó nervioso pasándose las manos por el pelo.

—¿Qué esperabas? Somos solo dos personas, supongo que los dúplex más grandes se los dan a matrimonios con hijos.

—¡Pero le dije a O'Railly que queríamos tenerlos!

—Sí, pero no los tenemos aún...

—Hablaré con Brendan ahora mismo —dijo bajando las escaleras furioso.

—¿Y qué le dirás? ¿Qué quieres una casa con dos habitaciones porque te da miedo dormir con tu mujer? —le preguntó sintiendo una extraña sensación que la embargaba—. ¿A qué tienes miedo? —le cuestionó acercándose y poniendo la mano sobre su pecho, él se apartó como si le quemase.

—A mí, a ti... Ángela, yo...

—Shh... ¿Quién es Ángela?, ¿tu amante? ¿Me engañas con esa tal Ángela?

—gritó disfrutando de verle tan nervioso.

—No juegues conmigo —le susurró al oído tratando de que sonara a una orden, pero fue más bien una súplica—. Por favor, no hagas esto más complicado —continuó y ella sin más le besó despacio.

—Solo cumplo lo planeado, tú mismo lo has dicho ahí abajo, no sabemos si nos espían, no te salgas de tu papel de amantísimo esposo o podemos acabar mal.

—Tienes razón, lo siento, solo estoy nervioso.

—Parecemos bipolares, antes estaba nerviosa yo, ahora lo estás tú.

—Tenemos que tranquilizarnos.

—Y dormir juntos —apostilló ella.

—Dormiré en el sofá —contestó.

—¿Y si hay cámaras? —cuestionó, sin duda la había aleccionado bien—. Todos los matrimonios discuten alguna vez y duermen separados, ¿no?

—Pero a nosotros nos quieren juntos y enamorados —respondió y la última palabra se le atragantó en la garganta.

—Vale, está bien, me pido la derecha —accedió sabiendo que iba a ser difícil, muy difícil.

Capítulo 16

Pasada la barrera de la complicada primera noche en la que Ángela y Patrick dieron mil vueltas en la cama para evitar tocarse, todo comenzó a ir como la seda. La misión avanzaba lenta pero con seguridad. Patrick estaba cada vez más metido en la familia O'Railly y Ángela se había hecho íntima amiga de Hannah y se dedicaba a sacar fotografías a todas las personas del complejo. Todo el mundo sabía ya que Esthela Ripper era fotógrafa, por lo que a nadie le parecía raro.

—Señora Ripper —le dijo una de las mujeres mientras ella estaba sentada al borde de la piscina tomando un poco el sol.

—Dígame —respondió educada y sonrió a la pequeña pelirroja que la señora llevaba de la mano.

—Mi hija mayor, Brianna, va a hacer la primera comunión en unos meses, ¿querría usted hacerle las fotografías? Hannah dice que es muy buena.

—Será un placer, señora O'Calahan —accedió, le apetecía mucho hacer fotos a otra cosa que no fueran posibles mafiosos.

—En las últimas dos semanas, desde que habían llegado allí, se sentaba cada día en la piscina con su cámara y fotografiaba todo lo que había alrededor. Todos creían que era el paisaje y las familias que estaban junto a ella en la zona de ocio, pero su objetivo llegaba mucho más lejos: hasta los hombres con los que Brendan y Patrick se reunían para llevar a cabo el negocio de narcotráfico.

—Muchísimas gracias.

—Mamá —dijo la niña tirando del vestido de su madre—, ¿puedo quedarme un rato en la piscina con la señora Ripper? —preguntó.

—Ella está ocupada, cariño.

—No, no se preocupe, si quiere puede dejarla aquí —dijo, echaba tanto de menos a sus hijos.

—Está bien, media hora y después a casa, sabes que a papá no le gusta que estés mucho tiempo por ahí.

—Sí, mamá —aceptó.

—¿Cómo te llamas, preciosa? —preguntó Ángela invitándola a sentarse junto a ella en el césped.

—Shioban, y tengo 5 años —ella sonrió con la respuesta, como Jon.

—Tienes un nombre muy bonito y eres una monada —dijo acariciando los rizos pelirrojos de la niña que le sonrío con sus grandes ojos azules muy abiertos.

—Tú también, tenemos el mismo pelo —señaló.

—Sí, qué casualidad.

—¿Me haces unas fotos? —preguntó.

—Claro, cariño, ponte ahí de pie —le indicó—. Verás que fotos más bonitas hago con una modelo tan guapa como tú.

Mientras tanto en uno de los muelles de la ciudad, Patrick esperaba junto a Brendan la llegada de un nuevo cargamento de droga. Estaba nervioso. El éxito de esta misión supondría para él la vuelta a lo más alto como detective, al punto justo donde había dejado su carrera años atrás por culpa de su enfermedad. Sin embargo ahora las cosas habían cambiado mucho. Estaba Ángela. Ella le ponía nervioso, muy nervioso. El tiempo que llevaban trabajando juntos le había hecho darse cuenta de lo inevitable: le gustaba. La fotógrafa de mirada triste, le gusta muchísimo. Pero ella tenía ese recelo a los hombres como él. Con un trabajo peligroso, entregados a su causa, la pelirroja odiaba a los patriotas. Y con razón, su marido había muerto por ser exactamente como él era. Patrick le había dicho que si algún día tenía una familia, mujer e hijos, sus prioridades cambiarían, pero, ¿lo harían realmente? —Sí —se dijo a sí mismo—. De hecho ya lo han hecho —de repente se dio cuenta de que exponerse a un peligro como el que suponía infiltrarse en la familia O'Railly ya no le parecía tan buena idea.

Además no solo se había metido él, sino que la había arrastrado a ella también. Por un instante, parado en aquel muelle, mientras veía al bueno de Brendan temblar como una hoja ante un enorme mafioso ruso que le entregaba un paquete, Patrick se permitió imaginar cómo sería su vida si tuviera una familia. Pero no una cualquiera, quería a Ángela, Nathan y Jon en su vida.

—Eh, Ripper —le gritó Brendan trayéndole de vuelta a la realidad.

—Dime, O'Railly —respondió con rapidez.

—A ver qué te parece a ti esta mercancía —se acercó aún más hasta donde estaban y metió con cuidado el dedo pequeño en el polvo blanco que le mostraban, lo mojó y se lo llevó a los labios.

—Parece buena, es más, diría que mucho mejor que la que nos trajeron hace dos días.

—¿Entonces recomiendas que cierre el trato con Petronov?

—Sí, yo lo haría.

—Está bien, te haré caso, abogado, cualquier cosa que salga mal, darás la cara ante mi padre.

—Sin problemas, pero si es un éxito, que lo será, ¿también me llevaré los laureles? Sabes que el viejo aún me mira con recelo.

—Ya te he explicado lo que debes hacer, Omar —le indicó. Y sí que se lo había explicado, tenía que matar a alguien. Seamus O'Railly tenía que verle disparar a otro hombre para acabar de acogerle en su familia.

—Y yo te he dicho que lo haré cuando se presente la oportunidad, amigo —y sin más se subió al coche para que Brendan acabara de cerrar el trato con el ruso.

Patrick llegó a la casa aún más nervioso. Necesitaba relajarse, y eso últimamente solo lo conseguía con Ángela cerca. Con ella podía volver a ser el hombre divertido que un día fue.

—Cariño —gritó desde la puerta muy puesto en su papel—, ya estoy en casa —al no recibir respuesta, la buscó por todas partes—. Esthela, cielo, ya he llegado —nada, solo el silencio. Hasta que llegó al dormitorio y desde la puerta escuchó sollozos—. ¿Qué ha pasado? —preguntó y se sentó en la cama junto a ella.

—Oh... nada, no ha pasado nada, no te oí llegar, lo siento —se excusó secándose las lágrimas.

—¿Cómo que no ha pasado nada? Si estás llorando, es por algo, Angie —le dijo bajando el tono de voz al mismo tiempo que, sin poder evitarlo, acariciaba su mejilla para secar las lágrimas.

—Me ha dado un bajón, solo eso —quiso callar, pero de repente sintió que podía contárselo, que él la entendería y que, con un poco de suerte, hasta la abrazaría—. He estado hablando con Shioban O'Callahan, ¿sabes quién es? La niña pelirroja del dúplex 20 —él asintió.

—Su madre vino a preguntarme si podía hacer las fotos de la comunión de su hija mayor, y luego la pequeña quiso quedarse un rato conmigo —contó, notando que, como siempre que hablaba con Patrick, la ansiedad de su cuerpo se aliviaba—. Le tiré un par de fotos junto a la piscina; es una niña preciosa.

—Te recordó a tus chicos —afirmó y ella asintió.

—Pero no solo eso... esa niña, el pelo, los ojos azules, era como yo en pequeña y entonces pensé en mi Sarah.

—¿Sarah tu amiga? —preguntó, se había perdido.

—No, Sarah mi hija —respondió.

—¿Tu hija?

—La melliza de Jon, murió en el parto —contestó y volvió a llorar, esta vez envuelta por los fuertes brazos de su compañero—. Cuando supimos que eran mellizos, Thomas y yo nos asustamos mucho pero después estábamos felices, y nos gustaba imaginar que la niña sería como yo, una pelirroja de ojos azules rebelde que volvería loco a su padre —Patrick la escuchaba atentamente sin poder evitar un pinchazo de celos—. Ese día me desperté sintiéndome muy rara, fuimos al hospital y me dijeron que el parto se había adelantado, que al ser dos bebés eso solía ser lo normal, pero que el mío se había adelantado demasiado, no llegaba ni a los siete meses.

—Lo siento muchísimo —dijo consternado besando su cabeza.

—Los bebés eran muy pequeños, pero Jon lloró de forma espontánea, Sarah no, ella era aún más débil y no pudo resistirlo, ni siquiera vivió unas horas.

—Es una tragedia —Patrick se sentía impotente, sin saber qué decirle—. ¿Jon lo sabe?

—No, Thomas y yo acordamos que los niños no debían saberlo, ya era suficiente con que sufriéramos nosotros dos —explicó y continuó con una sonrisa triste—. Llegué a verla, me la pusieron sobre el pecho para que aunque fuera pudiera despedirme de ella, y, ¿sabes qué? Tenía el pelo de color cobrizo, muy poquito, pero estoy segura que de haber vivido, ahora tendría la misma edad que Shioban y sería también una pelirroja preciosa.

—Seguro, como tú —le dijo abrazándola aún más fuerte—. ¿Eres creyente, Ángela? —cuestionó.

—Sí, pienso que es la mejor forma de sobrellevar las muertes de los seres queridos, creer que están en un lugar mejor.

—Pues quédate con eso, piensa que ahora Sarah está con su papá y que seguro que lo estará volviendo loco y, desde allí, os cuidan a vosotros —Ángela se separó de él y le miró, Patrick también tenía lágrimas en los ojos.

—Gracias, eres un buen hombre.

—A ti, por confiar en mí —sin más se acercó y besó delicadamente sus labios, y se sintió culpable, mucho, por no ser capaz de confesarle sus secretos y temores como ella hacía.

Ángela se acurrucó de nuevo en sus brazos y él la apretó contra su pecho. Esa noche, por primera vez desde que compartían cama, durmieron abrazados.

Unos días después, Patrick cruzó el umbral de la puerta del pub de Brendan O'Railly y supo que sería una noche complicada. El ambiente estaba sobrecargado. El olor a tabaco y alcohol era repugnante. Inhaló aire fresco antes de terminar de entrar y se transformó, dejándose llevar por su rol; notó como Omar Ripper se apoderaba de él.

Se alborotó un poco el pelo y caminó entre la multitud, en su mayoría hombres con muy mala pinta, que esta noche abarrotaban el club. Era la noche masculina de la familia. Mafiosos de todas partes del mundo relacionados con Seamus O'Railly acudían cada año a esa cita. Era una oportunidad única de cerrar filas en torno a ellos y ver quién seguía en activo y quién no después de los tres años de ausencia del policía.

—Ey, Omar —gritó desde la barra Hannah—. ¿No ha venido Esthela contigo? —preguntó cuando él se acercó.

—No, de eso nada, esta noche no es para mujeres. ¿Qué haces tú aquí? —cuestionó pensando que Brendan era un inconsciente y no sabía dónde estaba metiendo a su esposa.

—Soy camarera aquí, estoy trabajando —contestó ella con un deje de tristeza en la voz.

—No es por cuestionar a Brendan, pero podría haber contratado a alguien para esta noche, me parece que este no es el ambiente apropiado para ti —ella le miró de una forma que Patrick no supo descifrar, no sabía si le daba la razón o pensaba que era un machista.

—El viejo ordena y todos obedecemos, así es la vida para los O'Railly —contestó sin más colocándole una pinta de la mejor cerveza irlandesa en la mano—. Cortesía de la casa, porque eres familia —dijo guiñándole un ojo y se fue a seguir trabajando

Patrick no pudo evitar mirarla bien. Era tan joven y resultaba tan hermosa vestida con el uniforme del pub, parecía casi una adolescente. La minifalda vaquera ajustada y el top en color verde esmeralda que se ceñía a su busto como guante, la convertían en un divertimento más que apetecible para los ojos de todos los hombres del bar. Movi6 la cabeza en señal de negaci6n para sacarse esa idea, ¿qué demonios hacía pensando así? Tendría unas palabras con Brendan sobre exponer de esa manera a su mujer como si fuera mercancía.

Buscaba a su amigo con la mirada cuando una voz resonó en sus oídos. Una voz conocida, sin duda.

—Vaya, pero si es el nuevo chico de O'Railly —gritó un hombre a su espalda—. Por fin puedo ponerte cara —era él seguro, Olivier Smith, uno de los peces gordos del narcotráfico en Nueva York, García le había contado a Patrick que el año pasado habían estado a punto de pillarlo, pero se les escapó por un tecnicismo que encontró su legión de abogados—. Estaba deseando conocerte.

—Lo mismo digo, señor Smith —contestó girándose hacia él y estrechándole la mano que le ofrecía. Olivier no era un hombre muy alto, pero si corpulento, Patrick calculó a ojo que debía pesar más de doscientos kilos y siempre iba acompañado de seis enormes matones que le cubrían por todos sus flancos—. Omar Ripper, abogado —se presentó—. Un placer.

—Tienes que ser muy bueno, O'Railly habla maravillas de su nuevo hijo americano, dice que por fin has conseguido hacer un trato con esa rata escurridiza de Humus el Latino —Patrick no pudo evitar una sonrisa al escuchar ese nombre, si ya había llegado a oídos de Smith era porque los mafiosos, tan listos como se creían todos, habían mordido su anzuelo.

—Sí, me costó unas semanas de presión y de patearme las calles como si fuera un traficante de tres al cuarto, pero ha merecido la pena. En unos días Humus me traerá una buena mercancía —informó fingiendo orgullo cuando en realidad sentía náuseas.

—¿Y quién os la va a distribuir? —preguntó.

—Aún tengo que sentarme con el viejo a discutir eso, pero en principio lo haremos nosotros mismos, Brendan y sus chicos, ya sabes, que todo quede en familia.

—Si queréis podemos echaros una mano —se ofreció—. He tenido a mis hombres reclutando chavalines por ahí, tengo un par de mocosos que harían un buen trabajo —ahí estaba, esa información le venía genial para la operación, así que era Smith quien estaba haciendo negocio con menores en las calles.

—No te ofendas, Smith, pero preferimos que nos ayuden hombres con experiencia, tus chavalines no nos sirven —algo se encendió en los ojos del mafioso, como si se hubiera prendido una llama. Hizo un gesto y uno de sus matones empujó a Patrick haciéndole caer, acto seguido otros dos comenzaron a darle una paliza.

Por más que el policía trató de defenderse, los otros le superaban en número y recibió varios golpes. Muchos hombres hicieron un corrillo a su alrededor para mirar qué pasaba, pero nadie hacía nada, hasta que la autoritaria voz de

Seamus resonó en el pub y sus propios matones levantaron del suelo a su compañero herido.

—¿Qué demonios haces, Smith? —preguntó el patriarca irlandés—. ¿Planeabas dejarme sin abogado?

—Tu chico me ha ofendido, hermano, no podía permitirlo.

—Lo dudo mucho, este hombre es el americano más leal que he conocido —le defendió. Smith le puso en antecedentes—. No me parece motivo para darle una paliza, tiene toda la razón, esta operación es muy importante, tengo a la policía pisándome los talones y a los hombres del ruso respirando en mi vieja nuca irlandesa por un dinero que les debo, nada puede salir mal —le dijo con una rabia que demostraba que su palabra era ley.

—Te estás ablandando, O'Railly —le dijo en un tono de advertencia mientras se marchaba sin más.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó a Patrick.

—Sí, jefe, solo han sido un par de golpes.

—Vete a casa y que tu pelirroja te de algunos mimos, y acostúmbrate a ir armado —le dijo.

—Eso haré —respondió—. Gracias —concluyó.

Le dolía todo el cuerpo cuando llegó al complejo. Su ceja izquierda y su labio inferior sangraban. Abrió la puerta con cuidado de no hacer ruido, esperaba no despertar a Ángela. Ella estaba muy nerviosa después de que le contara que tenía que matar a alguien para ser aceptado del todo en la familia mafiosa. Lo menos que quería era que se preocupara más, no contaba con que ella estuviera en el sofá, despierta, esperándole.

—Cariño, llegas pronto —le dijo dulcemente y a él se le encogió el corazón. Lo que sentía por ella crecía a cada segundo que pasaba y esta farsa del matrimonio en la que estaban metidos no le ayudaba mucho.

—Sí, cielo, demasiada gente en el bar, me apetecía más estar a solas con mi chica —contestó. En la casa siempre intentaban mantenerse en sus papeles, por precaución.

—¡Cielo Santo, Omar! —gritó al encender la luz de la lámpara que descansaba a su lado sobre una mesa de madera blanca—. ¿Qué te ha pasado? —preguntó y de un salto se colocó a su lado.

—Solo un par de golpes, Esthela, no te preocupes.

—Estás sangrando, vamos al baño, te curaré —sentenció sin darle opción a réplica, sabía que en el baño era el único lugar donde podían ser ellos mismos y dejarse llevar, aunque solo fuera un poco, por los sentimientos que ambos

empezaban a sentir—. ¿Estás bien, Patrick? —preguntó abrazándole sin poder contenerse una vez que abrió todos los grifos.

—Sí, tranquila, Ángela, no puedes estar tan nerviosa o acabarás mal, la misión puede ser larga —le dijo mientras ella le obligaba a sentarse en el váter y sacaba el botiquín del armario que había sobre el lavamanos.

—¡No me pidas un imposible! Esta noche ibas al maldito pub con más mafiosos que nunca.

—Lo tengo todo controlado.

—Pues no me lo parece viendo esos golpes —sin más palabras, se acercó a él y comenzó a limpiar los rastros de sangre de su cara—. Esto va a dolerte —pasó una gasa empapada en agua oxigenada por el labio de su compañero mientras se mordía los suyos como una forma de controlar las ganas que tenía de besarlo.

Los labios de Patrick se le antojaban en ese momento como una dulce tentación. Como un trozo de chocolate puesto ante los ojos de un diabético, algo que sabe que no le va a hacer bien pero se muere por probar. Lentamente, se fue acercando más, atraída por la fuerza magnética de los ojos oscuros del hombre que poco a poco la estaba haciendo volver a sentir la pasión, el deseo irrefrenable de ser amada. El beso quedó tan solo en un sutil roce cuando él, sin querer, se quejó.

—Lo siento... no debí —se excusó ella separándose.

—No es eso, es que... realmente duele —aclaró, no quería que Ángela pensara que no quería besarla, se moría por estar todo el día haciéndolo.

—Ahora te traeré un poco de hielo para que baje la hinchazón del labio y la del ojo —le explicó mientras acariciaba con cariño su cara al limpiar la sangre de su ceja—. Quítate la camiseta, veré si tienes más moratones.

—¡No! —gritó y se levantó con tanta brusquedad que casi la hace caer—. Estoy bien, súbeme el hielo mientras me doy una ducha. Gracias por las curas —apostilló secamente.

—Está bien, como quieras —contestó sin querer presionarle más, se le notaba tan incómodo que maldijo haberle besado

Capítulo 17

Patrick sabía que ese fin de semana era importante para la operación. Dos días completos viendo cómo operaban los O'Railly desde dentro, qué transacciones hacían, con quiénes se relacionaban. Era un filón.

Al mismo tiempo no podía evitar sentir algo de miedo en la boca del estómago. Un solo paso en falso y su tapadera quedaría al descubierto. ¿Y si alguien le reconocía? Su aspecto físico había cambiado mucho.

El pelo le había crecido considerablemente y lo llevaba al natural. Sin gomina, casi sin peinar. Siempre había tenido un pelo rebelde, ondulado, que si no dominaba le daba un toque desaliñado que en su juventud volvió loca a más de una pero que él, responsable hasta el extremo, ocasionaba más de un disgusto. Por eso siempre lo llevaba corto y engominado hacia atrás. Se miró en el espejo retrovisor interno del coche y su imagen le hizo sonreír.

Las gafas de pasta negras cubrían sus ojos marrones, esas que a Ángela le parecían el peor disfraz desde que Clark Kent lo inventó.

Su sonrisa creció al pensar en ella. Esa pelirroja de mirada triste se había colado tan adentro en sus pensamientos que no podía sacarla de ahí aunque quisiera. Deseó con todas sus fuerzas que nada saliera mal este fin de semana y sobre todo, que nada de lo que pasara la pusiera a ella en peligro.

Llegó a la enorme casona de estilo rústico que Seamus O'Railly poseía en medio del bosque. Ese hombre estaba obsesionado con su patria y todas sus casas estaban en medio de parajes verdes que trataban de emular los paisajes irlandeses. Aparcó el coche en la explanada donde estaban los demás, cogió una bocanada de aire fresco y caminó hasta lugar.

—¡Ripper! —gritó Seamus al verle—. Por fin llegas —el ambiente en la casa estaba cargado. El humo del tabaco y el olor a cerveza irlandesa por todas partes hacían de algo tan sencillo como respirar algo complicado.

—Lo siento, señor. Me costó separarme de Esthela, ya sabe cómo pueden llegar a ser de caprichosas las dichosas mujeres.

—Oh, amigo, tu pelirroja es puro fuego escocés, no me extraña que siempre tengas esa cara de felicidad —el comentario machista sentó a Patrick como una patada en el estómago, pero debía seguir en su papel.

—La verdad es que sí, jefe. No puedo quejarme —dijo y sintió ganas de

vomitara en el mismo instante en el que terminó de hablar.

—¡Menos charlas! —se escuchó la voz de Brendan salir de una de las habitaciones de la casa—. Hemos venido a hacer negocios y a pasar un fin de semana entre amigos.

—Mi hijo tiene razón, dejemos a las mujeres donde están, al menos a las vuestras —aclaró con picardía—. He contratado a unas cuantas profesionales para que nos hagan compañía.

—No lo necesito, vengo bien servido de casa —apostilló Patrick—. ¿Trabajamos?

Sentados en torno a una gran mesa de roble marrón, con Seamus O'Railly a la cabeza, trazaron planes sobre cómo entrar nueva mercancía proveniente de Afganistán. Contratarían a un par de jóvenes con ganas de ganar dinero fácil y les usarían como mulas para colar la droga en el país transportándola en sus cuerpos.

—¿Y si alguno se raja y nos delata? —preguntó Patrick

—Nah —contestó Brendan quitándole hierro al asunto—, ya lo hemos hecho muchas veces antes, van todos de gallitos, pero se acojonan cuando tratan con gente como nosotros.

—Desde que escuchan el apellido O'Railly se mueren de miedo —añadió Lian, uno de los primos de Brendan, con una sonrisa—. Todos quieren trabajar con la familia, pero nos temen al mismo tiempo.

—Una buena cantidad de dinero y la amenaza de que sus huesos pueden acabar flotando en el East River y todos esos niños hacen nuestra voluntad —concluyó el viejo—. Siguiendo punto: Rusia.

—El trato con Putin está cerrado, padre. Es cuestión de días que nos traigan la mercancía. Ripper y yo nos encargaremos de probarla y verificar que es buena.

—Ese ruso es de fiar, Brendan —le defendió—. Desde que le di a tu prima en matrimonio no nos ha fallado ni una sola vez —el joven asintió. Nunca había aprobado eso. Su padre regaló a su sobrina a uno de los mafiosos rusos más peligrosos que existían solo para asegurarse buenos negocios en ese país.

—Y ahora, chicos, es la hora de la diversión —Seamus dio un par de palmadas y unas mujeres exuberantes salieron de las habitaciones. Comenzó a sonar la música irlandesa y todos bailaron y bebieron.

Patrick miraba desde una esquina del salón. Los más jóvenes no perdían oportunidad y desaparecían con las chicas, incluso varios con una sola. Prostitución. No sabía que los O'Railly también estuvieran metidos en ese

vicio.

—Ey —le dijo Brendan acercándose—, ¿no te unes a la fiesta? —preguntó arrastrando las letras al hablar, se notaba que iba borracho.

—No, y me parece horrible que tú lo hagas, ¿qué pasa con Hannah, tío? Creía que la amabas.

—Y la amo —protestó—. Yo no hago nada con ninguna de esas fulanas.

—Te vi irte a la habitación con la morena de los ojos verdes —le acusó.

—Sí, pero no pasó nada. Solo lo hice para disimular; mi padre odia a Hannah, y por extensiones también a mí, solo le hago creer que estos días soy como él y bebo y follo con putas, pero no lo hago. Soy fiel a mi esposa, tío.

—No entiendo nada, ¿por qué no te enfrentas a tu padre? ¡Haz que respete tus decisiones!

—Como se nota que no eres su hijo de verdad, Ripper. Si lo fueras, si verdaderamente corriera por tus venas sangre O'Railly, sabrías que eso es imposible. No se desafía al viejo. Siempre ha sido así. Él no se enfrentó al suyo; yo no me enfrentaré a él y los que me sucedan no se enfrentarán a mí. El cabeza de familia manda, los demás obedecemos.

—Pero te casaste con Hannah, eso fue una ofensa para él.

—Un arrebató de pasión y amor, y ambos lo pagamos cada día de nuestra vida, amigo, hasta que todo esto acabe y entonces... —meditó unos segundos.

—¿Entonces, qué? —preguntó, pero antes de que Brendan pudiera contestar, se oyeron disparos fuera.

—¡Corred! —gritó Lian—, están disparando contra la casa.

La fiesta se convirtió en una persecución por la vida. Todos cogieron sus pistolas y empezaron a disparar al mismo tiempo que se ocultaban tras los sofás y las mesas. Una de las chicas resultó herida. Otra murió en el acto de un disparo.

Los hombres de confianza de O'Railly le rodearon protegiéndole con sus propios cuerpos para sacarle por la puerta de atrás.

Patrick miró por la ventana para ver quién atacaba. No podía ser la policía. Sus compañeros tenían órdenes precisas de no intervenir en la operación hasta que él no diera el aviso y todos sabían que este fin de semana era primordial. Divisó a lo lejos a uno de los matones de Harper, otro de los mafiosos influyentes en la ciudad.

—Ripper, vamos, corre, salgamos por detrás —gritó Brendan y él le siguió.

Una cuadrilla de hombres dirigidos por Brendan se adentró en el bosque hasta llegar a una pequeña y oscura cueva donde se escondieron.

—Las reuniones de la familia son alto secreto —vociferó Seamus—. ¿Qué narices ha pasado, Brendan? —le encaró, como siempre, echándole la culpa.

—No lo sé, padre.

—Eran los hombres de Harper —informó Patrick—. Les he visto.

—¡Tenemos un topo! —sentenció el viejo—. ¿Quién se ha chivado al enemigo? ¿Quién?

—Me estaba tomando una cerveza en el bar de Brendan y... bueno, quizás hablé de más, pero yo no sabía que era de los de Harper, jefe, pensé que era de los nuestros —declaró temblando Connor, uno de los sobrinos pequeños de Seamus.

—¡Tú! Sangre de mi sangre —Seamus apuntó a la cabeza del chico y su hijo trató de detenerle.

—¡Padre, no! —gritó—. Todos cometemos errores.

—¡Cállate, Brendan! —dijo, y de un manotazo le apartó haciéndole caer al suelo. Sin ningún tipo de escrúpulo, disparó segando la vida de aquel que, aun llevando su sangre, él consideró que le había traicionado—. Manteneos todos aquí ocultos hasta que yo diga —ordenó a los demás—, no quiero más muertes.

—Sí, señor.

Patrick no podía dar crédito a lo que acababa de ver y su alma de policía se revolvió dentro de sí. Debía mantenerse calmado por la operación. Si quería que ese monstruo acabara entre las rejas, no podía permitir que su temperamento lo estropeada todo ahora.

Dos días. Hacía dos malditos días que Patrick se había marchado con Brendan para cerrar unos negocios de la familia y aún no había vuelto. El joven irlandés había llegado al complejo el día anterior y le había dicho simplemente que Omar tardaría unas horas más y ya habían pasado veinticuatro.

Ángela se sentía desesperada y no sabía a quién acudir. Habló con Brendan y este solo le dijo que le echara paciencia y tranquilidad, que si su marido no había vuelto sería por algo relacionado con el trabajo, ya volvería. Hannah le dio su apoyo, como siempre hacía, y le contó que en muchas ocasiones los hombres de Seamus desaparecían así, misteriosamente, y después volvían como si nada hubiera pasado.

—¿Qué crees que hacen? —le preguntó tratando de serenarse, hablar siempre la ayudaba.

—Ni idea, algunas de las mujeres piensan que el viejo les paga un fin de semana de prostitutas, pero yo estoy segura de que mi Bren no me haría eso —informó.

—¡Omar tampoco! —exclamó, y mucho menos Patrick y su enorme sentido de la lealtad.

—Ellos no sueltan prenda cuando vuelven, los que lo hacen, claro.

—¿Algunos no han vuelto? —cuestionó.

—¡Nuestros maridos son mafiosos, Esthela! Cuando se van a «trabajar» —dijo haciendo un gesto con ambas manos que emulaba a las comillas—, no es que se vayan a la oficina, hacen cosas malas y alguna vez, alguno no vuelve a casa.

—¿Cómo pueden vivir las mujeres con eso? Mira este lugar —comentó en referencia al bullicioso complejo, los niños en la piscina, las madres haciendo sus labores—, siguen su vida como si no pasara nada cuando sus maridos están por ahí haciendo vete tú a saber qué o si están vivos o no.

—Es como cuando eres la mujer de un soldado en activo, supongo —contestó sin saber el dardo envenenado que había lanzado a su amiga—, te acostumbras.

—Será eso —repuso encogiéndose de hombros—. Este no es el primer trabajo de Omar, ha estado con otros jefes antes, pero en esta ocasión me da mala espina.

—No te preocupes, ya volverá y... —la joven morena pensó durante unos minutos— ¿sabes esos aretes de diamantes que llevaba el otro día y te encantaron? —Ángela asintió—, me los trajo Brendan de regalo después de una de estas desapariciones.

—Ah... —musitó intentando poner cara de que le hacía mucha ilusión.

El teléfono sonó interrumpiendo el silencio que se había adueñado del dúplex mientras Ángela trataba de leer un libro y apartar sus pensamientos de todo lo que le había dicho Hannah. Hombres desaparecidos, muertos, prostitutas pagadas por el viejo. Todo era demasiado rocambolesco para ella.

—¿Sí? —respondió tratando de sonar neutra, nadie solía llamarles al teléfono de la casa.

—¿Es usted Esthela Ripper? —preguntó una voz mecánica al otro lado de la línea.

—Si, y ¿usted quién es?

—Eso no importa, le llamo porque ha habido un tiroteo en Washington Hide, hay dos muertos, de los cuales es posible que uno sea su marido. Apunte los datos de la morgue para que pase a reconocer el cuerpo lo antes posible — Ángela notó como sus piernas no le respondían, no... definitivamente no podía estar pasando esto otra vez.

Después de un trayecto en taxi que resultó una auténtica agonía, corrió tan rápido como pudo por los oscuros y fríos pasillos de la morgue. No se lo podía creer. Su mente la transportaba una y otra vez a una situación similar, cuando tuvo que ir al hospital después de que Thomas sufriera su accidente.

No podía ser posible, se negaba a sí misma una y otra vez, Patrick no podía estar muerto. No ahora cuando parecía que empezaban a acercarse un poco.

Los roces casuales se multiplicaron y los besos, por mantener su papel de matrimonio enamorado, se hicieron más frecuentes. Ella lo sabía, estaba segura: Patrick sentía algo por ella, sin duda parecido a lo que ella sentía por él, pero el policía había tratado durante mucho tiempo de controlarlo, de frenarlo y ahora que por fin parecía darle rienda él no podía estar muerto.

Llegó hasta la puerta que le había indicado el agente de seguridad de la entrada con la respiración entrecortada y tan consternada que no le salían las lágrimas. Habría querido llamar a Sarah y Henry para que la acompañaran, pero se recordó a sí misma que se trataba de Esthela Ripper quien debía reconocer el cuerpo de su marido, presuntamente muerto, en una operación mafiosa, no de Ángela Sims, por eso tampoco pudo acudir a García ni nadie de la comisaría. Esto tenía que hacerlo sola.

Las puertas de vaivén color gris, igual que las paredes y el suelo, cedieron a su empuje y una joven rubia la miró clavando unos fríos ojos grises en los suyos.

—¿Qué hace usted aquí? —cuestionó.

—Soy Esthela Ripper, me han llamado para que venga a identificar un cuerpo.

—Ahhh —dijo mientras miraba unos registros—. Ripper, sí, del tiroteo en Washington Hide —el nombre de esa zona en concreto le heló la sangre en las venas, allí había sido donde Patrick se había ganado su fama como castigador de mafias, era donde habían tenido lugar casi todos sus anteriores casos y temía que alguien lo hubiera reconocido y le hubiera disparado—. Venga por aquí.

La muchacha se acercó hasta las neveras de aluminio donde guardaban los cuerpos y abrió una. 427, ese número se quedó grabado en la mente de

Ángela.

Durante unos escasos minutos que parecieron una eternidad, la forense levantó una sábana blanca que cubría un cuerpo inerte y Ángela sintió su corazón latir tan desbocado en su pecho que pensó que le daría un infarto allí mismo.

—¿Y bien? —preguntó impasible. O era muy profesional o un témpano de hielo, pero la rubia de la morgue no mostraba sentimiento alguno—. ¿Es su marido o no? —Ángela se obligó a mirar.

—¡Ay, Dios! —exclamó llevándose las manos a la boca—. No es él —dijo y sintió como su cuerpo se embargaba de un enorme alivio.

La situación no había mejorado. Después del mal trago de la morgue, pasaron tres días más hasta que Patrick volvió a cruzar el umbral del dúplex que compartían. Ángela no pudo (ni quiso) reprimirse y se lanzó a sus brazos atrapando sus labios en un beso demoledor que hizo que las piernas del policía temblaran durante un rato largo.

—¡Eres un...! —le gritó iracunda sin encontrar la palabra adecuada que describiera lo que sentía en ese momento—. ¡No sé ni qué decir!

—Tranquila, Esthela —le contestó completamente metido en su papel—. No debes alterarte tanto.

—¿Qué no debo? —cuestionó sintiéndose furiosa, pero él le dedicó una mirada que ella supo descifrar. Tenía que mantener el temperamento de Ángela a raya y ser Esthela la sumisa—. Solo estaba muy preocupada, cariño.

—Pues ya está... se acabó el drama, ya estoy en casa —sentenció serio—. Ahora, vayamos a darnos un baño juntos, me muero por estar con mi mujer —y tras esas palabras la levantó en brazos.

Al llegar al cuarto de baño, Patrick dejó a Ángela en el suelo y la besó intensamente unos segundos. Después, abrió uno a uno todos los grifos y dejó el agua caer, si había micrófonos no se podría oír nada.

—Siento haberte alarmado, Ángela —le dijo volviendo a ser él, el hombre preocupado y sensible que cada día le gustaba más.

—Han sido unos días horribles, Patrick, ¡tuve que reconocer un cadáver que pensaron que eras tú! —le sorprendía la capacidad que tenía el policía para ser dos personas al mismo tiempo, ella estaba cansada de fingir ser quien no era y de todo lo que rodeaba a esta locura de misión.

—Lo sé... ¡Maldito O'Railly! No me dejó avisarte —le explicó—. Quiso hacerlo para engañar a unos tíos que nos estaban pisando los talones, para

despistar y ganar unas horas.

—¿Qué ha pasado estos días?

—Es mejor que no lo sepas, por tu seguridad, solo te diré que lo que he visto y oído durante este período de tiempo es oro puro para la investigación —dijo ilusionado.

—Odio que estés tan contento —le reprochó—. Las mujeres piensan que el viejo os paga prostitutas —los nervios comenzaban a pasarle factura y esa frase escapó de sus labios entre fuertes sollozos.

—Shhh, no, no ha pasado nada de eso —le susurró mientras acariciaba su espalda—. Ya acabó, perdóname.

Unos días más tarde, Hannah había invitado a Esthela a pasar un día de chicas, le apetecía pasar unas horas lejos del complejo y los problemas que por ahí siempre había. Muy metida en su papel, y sabiendo que hacerse amiga de la joven era uno de los puntos fundamentales de su personaje, Ángela se enfundó unos vaqueros ajustados con roturas en las rodillas, una camiseta de tirantes rosa con unas deportivas a juego, se recogió el pelo en una cola de caballo muy alta y maquilló sus ojos en tonos pastel. Lista para su día de compras, pasó por delante de donde Patrick leía unos informes y le guiñó un ojo con un descaro nuevo en ella.

—Que te diviertas, cariño —dijo él cuando escuchó que llamaban a la puerta y tratando de no mirarla demasiado, cuando se vestía así lo ponía histérico.

—Y tú también, mi amor. Te quiero —gritó desde la puerta; le salió de manera espontánea y los dos pensaron que nunca esas dos palabras sonaron tan falsas.

Ir a un centro comercial era peligroso porque alguien podía verla y descubrir su identidad, por eso Ángela se las ingenió para convencer a Hannah que era mejor comprar en las tiendecitas pequeñas que había en las calles menos transitadas de la ciudad donde además se podía comprar a mejores precios. El dinero no era algo que preocupara a la joven morena, todo lo contrario, le encantaba gastar a manos llenas el capital de su suegro. Lo veía como un pago que el patriarca debía hacerle por todo su odio.

—¡Mira este bikini! —gritó Esthela emocionada muy en su papel de chica joven y dinámica—. A Brendan le encantará verte con él, además el color naranja realza tu piel morena.

—¡Es precioso! —exclamó Hannah— ¡Y para ti este verde!, a Omar se le va a caer la baba —pensó algo unos segundos y dijo— ¿Qué te parece si organizamos una tarde en la piscina los cuatro?

—¿Hoy? —preguntó sintiéndose repentinamente nerviosa.

—Claro que hoy mujer, y estrenamos estas monadas. Voy a avisar a Brendan, supongo que tu chico estará con él.

—Sí... es probable —contestó con desgana.

Escuchó a su nueva amiga hablar durante unos minutos pensando en la situación que se le venía encima. La piscina, el calor, Patrick en bañador y sus hormonas que le estaban jugando una mala pasada. Solo de pensarlo se estaba poniendo malísima. En los días que llevaban viviendo juntos no habían tenido ese tipo de problemas. Él siempre dormía en pijama y ella también.

—¡Listo! —chilló Hannah de nuevo—. Los chicos nos esperan a las tres.

—¿Las tres? —inquirió—. Es la peor hora para tomar el sol, mira mi piel, ¡voy a freírme!

—Tu marido estará encantado de ponerte mucha crema de protección solar —afirmó con un guiño y dio por zanjado el tema.

Unas horas después, cuando ambas devoraban un par de hamburguesas, Ángela decidió sacar el tema de la familia para ver si conseguía sonsacarle algo.

—Es muy amable tu suegro, para dedicarse a lo que se dedica no parece mala persona.

—¿Tú conoces al mismo Seamus O`Raily que yo? —preguntó y su cara cambió.

—¡Vamos, Hannah! El hombre es un galán, muy atractivo para su edad y sin duda sabe cómo tratar a una mujer.

—Pues será a ti, eres escocesa y eso le gusta.

—Tú no le gustas —afirmó aunque en realidad quería preguntar.

—Ni un poquito —dijo haciendo un gesto con los dedos—. Los americanos solo le caen bien para los negocios —informó—. Brendan estaba prometido con una chica irlandesa, pero nos conocimos y nos enamoramos y me convertí en su acto de mayor rebeldía y en una molestia para el viejo.

—¿Y eres feliz? —preguntó realmente preocupada.

Cuando estamos solos, en casa o en el bar, Brendan es maravilloso, no se parece en nada al mafioso que tiene que ser de cara a su padre, pero en reuniones familiares o cada vez que Seamus aparece por el negocio... —calló unos segundos— es un infierno.

—No he podido evitar ver cómo te habla tu marido algunas veces, y sinceramente, me da miedo.

—Solo lo hace para aparentar ser un tipo duro. Es el primogénito, el mayor de la tercera generación O'Railly al frente de los negocios familiares, solo es un papel —explicó restándole importancia—. Algún día... —dijo, y tuvo intención de callar.

—¿Algún día qué, Hannah? —cuestionó, sintiéndose como una detective de verdad, Patrick estaría orgulloso. Movi6 la cabeza para alejar ese pensamiento, ¿qué más le daba a ella si 6l estaba orgulloso o no?

—Brendan me ha prometido que dejará esta vida, romperá con su padre y nos iremos a Irlanda en busca de la familia de su madre.

—¿Ella vive allí?

—Murió al poco tiempo de nacer Brendan. 6l dice que de tristeza por la mala vida que Seamus le daba, ya sabes, amantes, hijos ilegítimos, toda una joya el irlandés cat6lico —comentó con ironía—. Su familia quiso quedarse con el niño, pero el viejo no lo permiti6. Se vino a Estados Unidos porque tena negocios importantes aqua, se casó de nuevo, tuvo más hijos, enviudó otra vez... y así hasta tres veces.

—¿Se ha casado tres veces? —ella asintió— ¿Y todas sus mujeres han muerto?

—Como buen cat6lico no concibe el divorcio, Esthela —dejó la frase así y la pelirroja se preguntó si querría decir entre líneas lo que ella había entendido. ¿Seamus O'Railly había asesinado a sus esposas?

—Deseo de corazón que cumpláis ese sueño, Hannah —le dijo al notar que la joven se entristecía—. Seguro que seréis muy felices en Irlanda.

—Seguro —sentenció—. Y ahora terminemos de comer, la piscina nos espera.

Patrick estaba nervioso desde que había escuchado a Brendan aceptar la tarde de piscina en parejas que su esposa le había propuesto. Estaba convencido de que su cuerpo, su mente, su alma, sus hormonas y todo 6l no iban a poder soportar la imagen de Ángela Sims en bikini. Lo sabía. Estaba seguro. Sufriría un infarto y moriría allí mismo. Se llevó las manos al pecho un instante y un recuerdo horrible le fulminó.

—¿Estás listo para la piscina? —preguntó ella en un tono que denotaba algo de ironía, mucho.

—¿Por qué no lo impediste? —inquirió mirándola, todavía iba vestida, no es que el vestido blanco con escote palabra de honor que le quedaba a penas por encima de las rodillas no le alterase, pero al menos no era un bikini, todavía.

—Lo intenté, pero es perseverante, llamó a Brendan sin darme tiempo a

reaccionar. ¡Vamos!, no puede ser tan malo —le animó y al instante su propia voz resonó en su cabeza: mentirosa.

—Está bien, cuanto antes empiece, antes acabará —se levantó del sofá y Ángela no pudo evitar darle un repaso. El bañador tipo boxer negro se ajustaba a su cuerpo como un guante y dejaba entrever una más que bien dotada anatomía masculina. Sin poder contenerse se lamió los labios.

—¿Te pasa algo? —preguntó. ¡Hombres, están en la luna!

—¿Eh...? no, nada —dijo—. Vamos, anda, que hace calor.

Brendan y Hannah ya les esperaban. Habían reservado cuatro hamacas en la zona más alejada de la piscina.

—¡Chicos! —gritó la joven entusiasmada—. ¡Estamos aquí!

—¡Ey! ¿Por qué tan lejos del agua? —preguntó, ¿por qué si ella la necesitaba?

—¿Bromeas? Con todos los mocosos saltando y chapoteando, estamos mejor aquí, así podremos charlar y conocernos mejor todos.

—Claro, Esthela, amor, él tiene razón —aceptó Patrick en su tono de marido autoritario.

—Lo decía porque allí da más la sombra, no quiero quemarme —apostilló quitándose el vestido. Sabía que era parte de su papel, pero este tono la ponía nerviosa y la excitaba al mismo tiempo—. ¿Me echas crema, mi vida? —preguntó coqueta.

—Encantado —y sin pensarlo, porque si lo pensaba no lo hacía, Ángela se sentó en la misma hamaca que Patrick, entre sus piernas y, diligente como era, él no tardó un segundo en comenzar a extender el protector por su espalda.

El bikini era tan pequeño y sexy como él se había imaginado y el corazón comenzó a latirle con fuerza en el pecho y no tardó en bombear sangre a otra parte de su cuerpo. ¡Maldita sea! Hacía tiempo que ninguna mujer despertaba en él esos instintos. Quería empujar a Ángela contra la tumbona, arrancarle el dichoso bikini y met...

—¿Omar, cielo, me oyes? Hannah te está hablando —la voz de la causante de su excitación le trajo a la realidad

—Perdona, no, ¿qué decías?

—¡Hace muchísimo calor! ¿No te quitas la camiseta? —sugirió Hannah y el miedo hizo que la excitación de Patrick bajara por completo, no había pensado en eso.

—No, tengo una alergia al sol —explicó lo primero que le vino a la cabeza— muy fuerte y las cremas protectoras no me sirven de nada —dijo anticipándose a una posible respuesta.

—Pues te vas a hervir, amigo —sentenció Brendan—. Y cuéntanos, ¿cómo se conocieron?

Patrick notó como el cuerpo de Ángela se tensaba bajo sus manos, que no había sido capaz de retirar de su cintura.

—Ella me hizo unas fotos y fue un flechazo —explicó, bueno no era del todo falso.

—¿Fotos? —inquirió Hannah sentada sobre el regazo de su marido.

—Sí, para un calendario —dijo Ángela—. Se ganaba la vida como modelo para pagarse la carrera de derecho —informó—. ¿No es todo un héroe mi chico? —preguntó y se giró un poco hacía él para mirarle.

—¡Vaya, Ripper!, eso no está en tu currículum.

—No todos nacemos en una cuna de oro O’Railly.

—Pero, ¿modelo? —inquirió y todos rieron, era la primera vez que Ángela veía a Brendan de ese modo y entonces pudo ver al buen hombre que Hannah aseguraba que había en él.

—¿Nos damos un baño? —sugirió la morena.

—Vamos —aceptó su marido levantándola en brazos para tirarla a la piscina, las risas de los dos se oían por todo el complejo.

—Son una pareja encantadora —dijo dejando escapar un suspiro.

—Lo son —contestó serio.

—Tienen grandes planes de futuro, ojalá les salgan bien —comentó Ángela y le contó todo lo que Hannah le había dicho.

Sin darse cuenta las manos de Patrick habían comenzado a masajear de nuevo la espalda de Ángela. Ella sintió un escalofrío, pero su cerebro no conseguía mandar la orden a sus labios para pedirle que parase. Más bien le mandaba otro tipo de órdenes. ¡Traidor! ¿No se supone que debía controlar al resto de su cuerpo? ¿Qué clase de cerebro tenía? Uno que no hacía bien su trabajo desde luego.

—Esthela —dio un salto al oír la voz de Patrick, en el tono que usaba cuando era Omar, cerca de su oído, demasiado cerca.

—Dime —contestó sin moverse un milímetro, notaba la respiración de su compañero en su cuello.

—¿Quieres más crema? —ella solo asintió. Estaba completamente pringada de protector solar, pero si echándole más él no dejaba de acariciarle, le daba igual—. Date la vuelta —ordenó con un tono de voz muy primitivo.

Ella se levantó de la hamaca para sentarse frente a frente con él. Los ojos de Patrick se habían oscurecido mucho y había algo en ellos que puso a Ángela más nerviosa de lo que ya estaba.

—No encontraste un bikini más pequeño, ¿eh? —masculló entre dientes y ella le escuchó.

—Fue idea de Hannah, dijo que Omar se volvería loco.

—Pues Omar quizás no, porque él puede hacer que te tumbes sobre esta hamaca y devorarte entera porque eres su mujer —se había acercado de nuevo a ella y ese tono entre sexy y dominante hizo temblar a Ángela de ansiedad porque él hiciera lo que decía—, pero Patrick no puede hacer eso con su compañera, y él sí se está volviendo loco —susurró.

—Creo que en este momento Patrick no debería estar aquí —sugirió ella sin saber cómo había permitido salir esas palabras.

—No me tientes... por favor —le rogó, pero no dejaba de aplicarle crema solar sobre su vientre listo descendiendo lentamente hacia sus piernas.

—¿Qué te parece si nos damos un baño? —sugirió, alguien tenía que poner punto final a esta escena o iban a acabar muy mal, o muy bien, depende de cómo se mire.

—No puedo... yo no... —se le empezó a trabar la lengua— no puedo levantarme de aquí —confesó y bajó la mirada a su entrepierna donde una erección más que evidente reflejaba el infierno de calor que bullía en el cuerpo del policía.

—¡Madre mía! —exclamó ella llevándose las manos a la boca, era enorme—. Perdona, no quise reaccionar así...

—Lo siento mucho, esto es vergonzoso...

—Supongo que no puedes evitarlo... —Ángela dio gracias al cielo porque a las mujeres no se les notara la excitación de una forma tan evidente, lógicamente no pensaba decirle a Patrick que ella estaba igual, empapada en su parte más íntima con una sensación que hacía mucho que no sentía en esa zona.

—Debería poder, ¡joder!

—Yo voy a darme un chapuzón, ¿vale? Intenta tranquilizarte —ella se acercó y le dio un beso rápido en los labios volviendo a su papel—. Voy a darme un baño, cariño.

—Pásalo bien, mi amor —respondió echándose la toalla por encima. Patrick resopló y maldijo su maldito cuerpo traidor. Por un instante pensó en quitarse la camiseta y lanzarse de cabeza a la piscina. Coger a Ángela y jugar con ella en el agua como estaban haciendo Brendan y Hannah, pero eso era imposible. Él no podía enseñar su pecho y ella no era realmente su mujer. Cabreado, se levantó. Durante unos segundos observó cómo su compañera se lanzaba a la piscina en un elegante salto y la escuchó reír con sus nuevos amigos. Estaba hermosa cuando sonreía. Cuando Ángela volvió a la casa no podía imaginar lo que pasaría.

—¡Te he visto! —le gritó Patrick en cuanto abrió la puerta, llevaba el pelo mojado y se había cambiado de ropa.

—¿Qué me has visto qué?— cuestionó.

—¡Estabas coqueteando con Ian! —le gritó y ella pensó que no sabía quién era. ¿El pelirrojo? ¿El rubio alto? ¿El moreno que se parecía a Pierce Brosnan cuando era joven?

—Eso no es cierto —trató de defenderse hasta que notó un gesto en su cara —. Solo era simpática con él.

—¡Pues no lo seas tanto, Esthela!, eres mi mujer —le chilló remarcando el mi —, y me haces quedar fatal si coqueteas con todos mis socios —sin decir más se fue y desde la cocina le gritó—. Dormiré esta noche en el sofá.

Esa frase dio a Ángela la clave de esta bronca. Él lo había hecho a propósito para no dormir con ella esta noche. Subió a la habitación para darse una ducha y vio iluminarse el móvil para emergencias que le habían dado los de la comisaría. Era un mensaje de Patrick.

«Lo siento mucho, no puedo compartir la cama contigo, esta noche no». Ella sonrió. Eran tan íntegro este hombre. Contestó con un escueto. «No te preocupes» y se metió en la ducha pensando que el día de piscina en parejas había sido un completo fracaso.

Capítulo 18

La vida en el complejo residencial de los O'Railly resultaba a veces demasiado aburrida para Ángela, salvo cuando Brendan y sus mafiosos se reunían en torno a la piscina y ella hacía fotos disimuladamente. En ese momento su adrenalina se disparaba. ¿Y si le pedían ver las imágenes? Por suerte para ella, Patrick hacía muy bien su trabajo y se había ganado la confianza, casi plena, del patriarca y del resto de los irlandeses. Y ella esperaba que, por ser la respetada esposa de Omar Ripper, confiaran en que solo fotografiaba el paisaje.

—Ey, Esthela —le dijo Hannah plantándose ante ella—. ¿En qué piensas? —cuestionó la morena con su eterna sonrisa en el rostro.

—En que me aburro muchísimo —respondió, y era cierto—. Pensaba que todo sería más divertido aquí.

—No, no lo es, el viejo es muy estricto con eso, pero en un par de días será el cumpleaños de Brendan y entonces sí haremos una gran fiesta.

—Será divertido —apostilló sin saber qué decir; cuánto echaba de menos una copa de vino y una charla con Sarah.

—¿Podrías ayudarme a decidir qué regalarle? No tengo ni idea —preguntó.

—A mí se me ocurre una... me imagino que tendrás ropa sexy en casa, ¿no?

—Hannah asintió—. Pues tráela toda a mi dúplex, te haré una sesión de fotos que Brendan no olvidará en la vida.

—Estaré en tu casa en un rato —contestó ilusionada.

Tal y como dijo, diez minutos después Hannah apareció con una bolsa de gimnasio llena de ropa. Ángela le echó un ojo y seleccionó algunas prendas.

—Ya sabes dónde está el baño, ponte ese primero, haremos las fotos en mi cuarto —le dijo y se fue a colocarlo todo.

Puso sobre la cama una colcha de color verde que se había encontrado en el armario cuando llegaron. ¿Eran los O'Railly muy patriotas? ¡Pues tendrían patriotismo irlandés a raudales!, pensó.

Hannah salió del cuarto de baño con un minúsculo conjunto de lencería negra semitransparente.

—Estás perfecta.

—A Bren le encanta este conjunto —explicó.

—Genial —sentenció con una sonrisa—. Túmbate sobre la cama, boca arriba, las piernas medio separadas —era la primera vez que hacía una sesión de estas características. Sin quererlo recordó a García y su promesa de una privada y eso le evocó imágenes de ella misma posando así para Patrick, movió la cabeza para apartarlas—. Ahora de rodillas, sonríte —Hannah iba haciendo todo lo que ella le decía—. Y para acabar, mira a la cámara y separa un poco los labios, ya sabes como si fuera a... —dejó la frase en el aire notando que se sonrojaba.

—Sí, sí —respondió y las dos soltaron una carcajada mientras Ángela tiraba la última foto.

—Ahora a por otro escenario; ponte esto —le dijo sacando del armario una camiseta de la selección de fútbol irlandesa que Brendan le había regalado a Patrick un día que vieron juntos un partido.

—¿Con los shorts? —preguntó.

—Sin nada —explicó guiñándole un ojo.

Se fueron en esta ocasión al salón donde Ángela puso unos potentes focos. Disparó unas cuantas fotos y mandó a Hannah a cambiarse de nuevo. En esta ocasión un minúsculo bikini verde fue el atuendo elegido.

—A la ducha, rápido —le ordenó, casi estaba más ilusionada ella que la joven morena. A medida que pasaban las horas, Ángela había notado que su amiga parecía cansada y algo más pálida—. Si te sientes mal, podemos dejarlo aquí.

—No, tranquila, es solo que llevo unos días agotada y con mareos, tiene que bajarme la regla y me pongo algo rara —explicó haciendo lo que ella le había dicho—. ¿Qué se te ha ocurrido para la ducha?

—Tienes que pegarte a la pared, brazos y piernas en cruz, como si fuera a cachearte la policía —le dijo pensando algo: ¿cansancio y mareo?—. Abre el chorro, deja que te caiga el agua por encima —ordenó mientras que su cabeza no dejaba de dar vueltas a una idea.

La sesión de fotos culminó con una última imagen: el cuerpo de Hannah cubierto tan solo por la bandera irlandesa y una mirada felina en sus ojos.

Lo habían pasado genial juntas y los chicos llegaron a casa cuando ellas ya habían acabado y estaban sentadas en el salón compartiendo una pizza y un par de refrescos mientras veían una película.

—Pero mira que estampa tan bonita tenemos aquí —sentenció Brendan al ver a su esposa acurrucada en una esquina del sofá—. Cariño, ¿por qué lloras? —preguntó preocupado—. ¿Te ha dicho algo mi padre? —se sentó rápidamente

a su lado y la abrazó. Patrick miró a Ángela y esta negó con la cabeza.

—No... Bren, no ha pasado nada, cielo, es solo, la película, es muy triste —gimoteó entre sus brazos.

—Hemos pasado una tarde maravillosa, pero al ponernos ante la tele se vino abajo, creo que deberías llevártela a casa y que descanse, igual va a ponerse enferma —sugirió mientras se levantaba y abrazaba a Patrick—. ¿Y tú no me saludas? —preguntó poniéndole morros, después del incidente de la piscina él intentaba mantener las distancias, además estaba algo distraído.

—Vamos a descansar, preciosa —dijo Brendan ayudando a Hannah a ponerse en pie y notó como ella se mareaba—. Ey... ¿habéis estado bebiendo?

—Solo es cansancio —dijo ella en voz baja.

—Nos vamos. Omar, tío, ya sabes lo que hemos hablando, si no lo haces, el viejo te echará de la familia, es la prueba de fuego.

—Sí, sí, lo sé, hablamos mañana, lleva ahora a tu mujer a descansar —los cuatro se despidieron.

—Han, mañana me paso a verte —le dijo Ángela.

—Te espero, Esthela.

Una vez a solas Patrick se tiró sobre el sofá. Estaba agotado.

—¿Qué habéis estado haciendo para que la chica acabara tan derrotada?

—Una sesión de fotos para el cumpleaños de Brendan —dijo sentándose a su lado—. Creo que está embarazada.

—¿Qué? —cuestionó girándose para mirarla— ¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he estado dos veces, el cansancio, el mareo y ese llanto repentino son síntomas.

—Dijo que era por la película.

—¿Algo pasa con Mery te parece a ti una película para llorar así? —preguntó con una sonrisa—. Creo que ella lo sabe, o lo sospecha.

—Pues creo que Brendan no está por la labor de ser padre.

—Eso pienso también, y ella tiene miedo a su reacción —y sin poder parar de hablar, le dijo— Hannah siempre dice que él la ama y no le hace daño, y las veces que les hemos visto juntos es lo que parece, pero no sé, ¿por qué ese temor irracional que siente? Tengo miedo por ella.

—Empiezas a pensar como una policía y no sé si eso me gusta demasiado —respondió con sinceridad, no la quería cerca de ese mundo una vez que esta misión acabara—. Por lo que conozco a Brendan no le veo capaz de hacerle nada malo a nadie, pero estaremos atentos.

—Vale —aceptó—. ¿Y tú por qué estás tan preocupado? ¿Ha pasado algo

malo? —cuestionó acariciando su mejilla con suavidad atraída por ese imán que él parecía tener para sus manos.

—Tengo que matar a alguien —anunció.

—¿De verdad? —no se lo podía creer y él negó con la cabeza, sabía que se arriesgaban demasiado hablando tan libremente en el salón.

—Después te lo explico, nena —le dijo y besó su mejilla—. Vamos a darnos una ducha juntos, ha sido un duro día de trabajo —el cambio repentino de Patrick el dulce a Omar el chulo siempre desconcertaba y excitaba al mismo tiempo a Ángela.

—Tonto el último en llegar —le picó y salió corriendo. Él la miró con una sonrisa pícaro, desde que estaban allí su compañera parecía haber rejuvenecido muchísimo.

En el cuarto de baño, Ángela había abierto ya los chorros. Patrick le había explicado que para hablar con seguridad debían hacer eso. El ruido del agua correr tapaba sus voces en caso de que hubiera micrófonos en alguna parte.

—¿A quién tienes que matar? —le preguntó en cuanto él llegó.

—Todavía no me han dicho, pero es la prueba de fuego para que el viejo O'Railly me deje formar parte de su familia —explicó.

—Sé que eres policía y habrás matado antes en el ejercicio de tu profesión, defensa propia y esas cosas pero, ¿matar a sangre fría? ¿Cómo vas a vivir después con algo así Patrick? —ella estaba realmente preocupada y sus ojos lucían llorosos.

—No te preocupes, lo arreglaré —le dijo, y sin poder evitarlo la abrazó y notó como todos los músculos de su cuerpo se relajaban.

Esa noche fue bastante intranquila para los dos. A la mañana siguiente, él se fue temprano y ella, después del desayuno, visitó a Hannah.

—¿Cómo has amanecido? —le preguntó aunque su cara lo decía todo.

—Peor, he vomitado el desayuno, ¡dos veces! —le explicó en tono lastimero.

—Hannah... ¿estás embarazada? —preguntó directa y su amiga rompió a llorar—. Vale, eso responde a mi pregunta. ¿Brendan lo sabe?

—Ni siquiera estoy segura, pero me siento muy rara y he visto a otras chicas así y... no sé qué hacer, Esthela —confesó, estaba aterrada—. Brendan no es como Omar, él no quiere traer niños a este mundo de mafiosos en el que vivimos, no quiere a otra persona de su sangre que sufra por culpa de su padre, nuestros hijos tenían que llegar dentro de unos años, cuando hayamos escapado de Seamus O'Railly y vivamos en Irlanda con su familia materna, solo así quiere él que tengamos hijos —le contó alterada—. Y nos cuidamos

mucho ¿cómo ha podido fallar la maldita píldora?

—¿Es ese el único anticonceptivo que usáis? —ella asintió— ¿Has tomado alguna medicina? ¿Antiinflamatorios, o antibióticos?

—Sí, estuve con infección de garganta hace un mes y medio.

—Ahí tienes la respuesta, los antibióticos quitan el efecto de los anticonceptivos —le explicó recordando que había sido por ese mismo motivo por el que Jon estaba en el mundo—. Le pasó a mi mejor amiga —dijo al ver la cara de Hannah.

—¿Qué voy a hacer?

—Primero que nada confirmarlo —aunque ella estaba bastante segura.

—No puedo comprar un test en la farmacia del complejo o Brendan se enteraría —dijo temerosa.

—Lo sé, pero no estamos aquí encerradas, podemos salir, ¿no? —Hannah asintió—. Túmbate y descansa un poco, no tardo —le dijo, su nueva amiga no estaba bien.

Ángela volvió media hora después con dos test de embarazo en el bolso. Mejor estar seguras. Leyeron el prospecto y Hannah se fue al baño. Unos minutos después se lanzaba llorando en los brazos de su amiga.

—Esto es horrible —dijo, y Ángela recordó algo.

—Vamos, Angie, sal ya del baño, estoy desesperado —la voz de Thomas la puso más nerviosa mientras miraba los dos Predictor sobre el lavamanos. ¡Maldita sea! Acababan de volver de su luna de miel, ¿cómo había podido pasarles algo así tan pronto?

—Thomas —dijo con lágrimas en los ojos al abrir la puerta mostrándole los test—, son positivos... ¡Esto es horrible! —sentenció llorando en brazos de su marido.

—No, no lo es, cariño, es maravilloso, ¡vamos a tener un hijo, Angie! El fruto de nuestro amor —él estaba realmente ilusionado, siempre había querido ser padre.

—¡No seas cursi! —le espetó soltándose de sus brazos—. Es demasiado pronto, nos acabamos de casar, yo quería disfrutar de ti más tiempo antes de llegar a los hijos.

—Pero ha pasado ahora, y tenemos que aceptarlo, porque no pensarás en...

—dejó caer con miedo a su respuesta, si ella no quería tener hijos todavía, él lo respetaría.

—¡No! —gritó—. No volveré a hacer eso nunca —le dijo. Poco tiempo después de empezar a salir ella le había contado que la relación con sus padres siempre había sido mala, pero que empeoró a raíz de que la obligaron a abortar cuando era más joven—. Tendremos este bebé —sonrió por fin.

—Y será perfecto. Si es niña quiero que tenga tu pelo y tus ojos, y si es niño quiero que se parezca a mí —estaba realmente eufórico.

—¿Sabes que no puedes controlar eso, no? Sea como sea, será perfecto porque es nuestro —y se besaron.

A pesar de su reacción inicial Ángela supo que había adorado a su hijo desde el primer momento en que vio las dos rayas aparecer en aquellos test.

—Tranquila, Hannah, todo irá bien —la consoló aguantando sus propias lágrimas—, Omar y yo te ayudaremos.

Capítulo 19

Había llegado el momento. El día que Patrick había estado intentando retrasar llegó y lo hizo con una intensa lluvia que dificultaba su labor, le ponía nervioso. El intercambio iba a tener lugar en la piscina de la pequeña Irlanda que Seamus O'Railly había recreado en un complejo de dúplex a las afueras de Nueva York.

Cualquiera que viese desde fuera ese conjunto de casas no podía imaginar que entre tanto verde esperanza habitaban los miembros, de sangre y de adopción, de una de las familias de mafiosos más cruel de la ciudad. Y mucho menos se podría imaginar lo que, en unos momentos, iba a suceder allí.

Patrick se removió inquieto en la cama intentando no despertar a Ángela. Por fin se habían acostumbrado a dormir juntos, conteniendo las ganas que tenían de saltar uno sobre el otro, y sin evitarse hasta casi caer cada uno por un lado. No pudo evitar mirarla. Era tan hermosa. Cuando dormía y se relajaba parecía aún más joven. Llevaba el pelo amarrado en la coleta baja que siempre se hacía para dormir. Patrick se preguntó qué trauma tenía con eso. Ella jamás llevaba el pelo suelto y él se imaginaba enredando los dedos en esos rizos naranjas que le volvían loco.

—Ey, ey —se dijo en voz baja para no despertarla al ver como su cuerpo empezaba a reaccionar—, no vayas por ahí otra vez, tío, hoy va a ser un día complicado.

—¿Con quién hablas? —preguntó somnolienta, cuando se tienen dos niños pequeños el oído se agudiza.

—Con nadie, cariño —contestó ya puesto en la piel de Omar Ripper—. Vuelve a dormirte, está lloviendo y hace frío.

—¿Qué sucede? —cuestionó sentándose en la cama de golpe al percibir un deje extraño en la voz de Patrick.

—Nada, en serio, tranquila, solo... —pensó sus palabras un momento— me pone de mal humor la lluvia en verano —explicó mientras se ponía aquellos vaqueros desgastados que se le ceñían al cuerpo y ponían a Ángela cardíaca.

—No te creo —protestó quedándose de rodillas sobre la cama.

—Pues deberías hacerlo, nena —y sin poder evitarlo se acercó a ella, la enlazó por la cintura y la besó con una pasión desatada—. No seas mala y

quédate en casita hoy, ¿vale? Las cosas van a ponerse muy feas en el complejo, no quiero que estés en el jardín, ni en la piscina, ni que vayas a ver a Hannah —le ordenó y ella supo que estaba en su papel y ella debía estar también en el suyo, si no, le habría gritado que odiaba que le mangonearan, pero Esthela Ripper era una sumisa— ¿Serás buena? —ella asintió y le besó de nuevo—. Así me gusta —sentenció mordiéndose los labios en un gesto tan sexy con el que consiguió que ella le besara otra vez—. Vaya, te has levantado cariñosa, qué pena que no pueda quedarme más —pegó más el cuerpo de Ángela al suyo y le susurró al oído—. Necesito que hagas fotos desde dentro de la casa, por favor, Angie, no salgas —suplicó.

—Tranquilo —contestó ella en un tono casi imperceptible—. Sí que es una pena, Omar —dijo ahora subiendo la voz y usando un tono extremadamente sugerente—. Te espero cuando acabes de trabajar, trataré de no enfriarme —comentó con un guiño y Patrick se fue pensando si ella era realmente tan ardiente como parecía cuando se dejaba poseer por Esthela.

Tal y como su falso marido le pidió, Ángela se colocó tras las ventana del salón para disparar fotos a todo lo que sucedía.

Los hombres de O'Railly no tardaron en empezar a llegar. Muchos le sonaban de haberlos visto en el bar de Brendan, algunos hasta habían jugado al pócker en el dúplex con Patrick.

Nial, Aidan y Liam eran sobrinos de Seamus, hijos de su hermano muerto en acto de servicio, a los que él había acogido bajo su ala y los había criado como si fueran sus propios hijos. Eran sus matones más violentos, los que nunca le decían que no a nada.

Habían dos formas de entrar en la familia: una por sangre y otra por adopción. Si demostrabas que eras un hombre capaz de ponerte a las órdenes de un asesino sin escrúpulos como Seamus O'Railly, él te hacía miembro de su estirpe. De esta segunda forma era como Patrick iba a entrar.

Después de un mes infiltrado, él ya había conseguido ganarse el afecto del viejo, pero tenía que superar una última prueba de fuego para ser aceptado en la familia. Tenía que matar a alguien. El elegido había sido el narcotraficante conocido como Humus el Latino con el que Patrick había establecido contacto unos días atrás.

También estaban Brendan y los tres chicos jóvenes que siempre le seguían a todas partes. Ángela temblaba solo de pensarlo. Patrick le había dicho que tenía todo bajo control, pero ella estaba asustada.

Los tres hermanos O'Railly iban acompañados por dos hombres más que

Ángela no tardó en reconocer. Uno de ellos, el más bajito, se colocó frente a Patrick que parecía un gigante. Cuando se ponía en la piel de Omar el mafioso parecía que hasta crecía unos centímetros. Ella no sabía cómo ni por qué pero en esos momentos él irradiaba un aura de poder que resultaba irresistible.

Sin embargo, él no era así y lo sabía. Los nervios que atenazaban su estómago casi le producían ganas de vomitar. Tenía que hacer aquello y quería hacerlo rápido.

—¿Qué me has traído, Humus? —preguntó al latino que le miraba con cierto temor en los ojos.

—Crack, del bueno, jefe, recién llegado de Colombia —informó y le dio un paquete que Patrick no tardó en abrir y probar.

—¿Te crees que soy idiota? —bramó— ¡Esto es una mierda!

—Le juro que no —se defendió el otro, temeroso—. Y si lo es, me han engañado a mí primero.

—¿Dónde está mi mercancía, mequetrefe? Te pagué por crack de primera calidad, no por esta basura —gritó agarrándole por las solapas de la chaqueta.

—Le prometo que es lo que pedí a mi contacto, me debe haber engañado ese hijo de... —y sus palabras se vieron interrumpidas por un disparo que resonó en la mañana lluviosa. Cualquiera otro matón habría llevado a cabo este intercambio por la noche, pero no los O'Railly, ellos no tenían miedo, no se escondían y operaban a plena luz del día.

Ángela soltó la cámara para llevarse las manos a la boca en un intento de silenciar el grito que escapó de su garganta. Sin poder evitarlo salió corriendo.

—¡Omar! —gritó y el aludido se giró hacia ella con una rabia en la mirada que la dejó paralizada, a sus pies el cuerpo de Carlos García, del que brotaba la sangre.

—¿Qué haces aquí? —gritó caminando como un toro embravecido hacia ella—. ¡Te dije que te quedases en casa! —le espetó agarrándola por los brazos.

—Escuché un disparo y me asusté, pensé que te habían dado —explicó como pudo sin poder apartar la vista de su amigo muerto.

—¡Maldita sea, Esthela!, tienes que aprender a hacerme caso.

—Tu muñequita es muy impulsiva, Ripper —la voz de Seamus O'Railly sonó salida de la nada—. Te estaba vigilando, me gusta la forma en la que has acabado con este mentiroso, ahora sí, hijo, bienvenido a la familia —y sin más le estrechó en un abrazo que no vio venir.

—¡Estoy tan orgullosa de ti! —exclamó en un intento de mitigar el enfado que veía latente en los ojos de su compañero.

—¡Tú cállate! —el corazón de Patrick bombeaba con tanta fuerza que pensaba que en cualquier momento le daría un ataque.

—¡No me hables así! —gritó ella, sumisa sí, tonta no—. Perdona por escuchar un disparo y temer por la vida de mi marido y discúlpame por sentirme orgullosa de tus triunfos, Omar, ¡eres insufrible!

—¡Vaya! Tu pelirroja tiene agallas, Ripper —le dijo el viejo mafioso mientras se acercaba a ella y acariciaba su rostro—. Me gusta, como se nota la sangre escocesa en sus venas, la tonta americana de mi hijo ya se habría echado a llorar.

—Hannah es una mujer fantástica —dijo Ángela y Patrick quiso matarla, ¿en qué pensaba para enfrentarse así al gran jefe?

—No tanto como tú —sentenció y se fue por donde mismo había venido—. Termina el trabajo, deshazte del cuerpo y silencia a su amigo —ordenó—. Estás dentro, americano, espero que no me defraudes.

—No lo haré, señor —contestó—. Tú, rubiales, llévate a ese cerdo y más vale que nadie sepa lo que ha pasado aquí hoy o tú también estás muerto —amenazó a Hunter sin que le temblara la voz.

—Claro, señor, tiraré el cuerpo al río —contestó sin más y se cargó a García al hombro como si fuera un saco de patatas.

—Bien, chicos, esto se acabó, cada uno a lo suyo —ordenó Brendan, que durante todo este tiempo había estado callado—. Buen trabajo, Omar, sabía que podía confiar en ti, tu fichaje me hará ganar puntos con mi padre.

—¿Lo celebramos con unas pintas esta noche en tu pub? —cuestionó.

—Te espero.

Ángela siguió a Patrick hasta la casa pensando que, una vez fuera de su papel de mafioso, el enfado desaparecería. Pero se equivocaba.

—¡Al baño! —le ordenó— ¡Ahora!

—¿Qué pasa? —preguntó ella en cuanto los grifos estuvieron abiertos.

—¿Y lo preguntas? —cuestionó—. Te dije que te quedases dentro, Ángela, que las fotos las quería desde aquí.

—¡Y las hice!

—¿Para qué saliste? —le gritó—. El maldito complejo estaba lleno de mafiosos.

—¡Siempre lo está! —espetó—. Y los conozco a todos ya. ¡Disparaste a Carlos, Patrick! Esta misión te ha vuelto loco, mataste a tu amigo solo para

que ese loco de O'Railly te acepte en su maldita familia mafiosa —le acusó llorando y él se acercó a abrazarla—. ¡No me toques! —se separó y reparó en la camiseta blanca, empapada por la lluvia que se ceñía a los músculos de aquel hombre manchada también de sangre.

—Angie, relájate, escucha —él se calmó automáticamente cuando entendió a qué se debía el enfado de su amiga—. No he matado a nadie.

—¿Cómo qué no? ¡Lo he visto! ¡Tengo fotos!

—Todo está preparado —le dijo bajando la voz—. Tenía que hacer algo así para terminar de ganarme al viejo, pero no iba a matar de verdad a sangre fría, García y Hunter llevan dos semanas haciéndose pasar por narcotraficantes que tenían que traerme una mercancía para que pudiéramos orquestar todo esto, ellos también están en la misión.

—Pero él sangraba, y no respiraba.

—Existen unas pastillas que al tomarlas disminuye el ritmo cardíaco tanto que parece que estés muerto, y la sangre es falsa —Patrick vio como Ángela se acercaba a él y empezó a pegarle en el pecho.

—¡Maldita sea! ¡Podrías haberme contado lo que ibais a hacer! ¡Soy tu compañera! —le reprochó.

—No podía hacerlo, hay cosas que no tienes que saber, por tu propio bien. Tu papel es hacer fotos de todo y ganarte la amistad de Hannah, ella es un punto débil en la estructura de la familia —le explicó sujetándole las manos para que dejase de pegarle.

—¿Carlos está bien?

—Sí —contestó—. Por eso saliste —afirmó taciturno—, ¿por qué pensaste que le había matado? - cuestionó sintiéndose celoso de repente.

—Es nuestro amigo, por el amor de Dios, y le vi caer muerto ante ti después de verte disparar.

—Pues ya sabes que él está bien —dijo sin más soltándola—. Ya puedes estar tranquila, pero la próxima vez que te diga que te quedes en la casa, hazme caso, esto era realmente peligroso, puede que a simple vista conocieras a todos los hombres en esa reunión, pero habían más colocados estratégicamente por todas partes, mafiosos a los que no les importa sacar un arma y disparar si creen que eres una amenaza.

—¡A mí no puedes darme órdenes! Puede que Esthela obedezca a Omar sin rechistar, pero yo no soy ella.

—¡No te pongas cabezota!

—¡Y tú no te comportes como un dictador! Sé lo que te pasa... —le acusó.

—¿Qué me pasa según tú?

—Estás celoso —acusó con una media sonrisa— porque dije ahí fuera que había salido por miedo a que te hubieran disparado a ti y ahora acabo de decir que fue por Carlos... —la mirada de Patrick se ensombreció de nuevo y ella supo que había dado en el clavo.

—No tienes ni idea —masculló y se fue.

Esa noche en el pub irlandés de Brendan O'Railly todos brindaban con pintas de cerveza negra por el nuevo miembro de la familia.

—Escuchadme todos —dijo Brendan elevando la voz—: aplaudamos al hombre de moda del momento, Omar Ripper llegó aquí por casualidad y se ha metido al viejo en el bolsillo en menos tiempo que todos nosotros, incluido yo, que soy su hijo —la broma hizo reír a todos los presentes—. Bienvenido a la familia, hermano —dijo, y le abrazó.

—Gracias, Brendan, gracias a todos, es un placer ser miembro de la mejor familia del mundo.

—Omar, ¿no ha venido Esthela? —preguntó Hannah.

—No, está mosqueada, ¡ya se le pasará! —contestó como si no le importara.

—Tío, más te vale que ates más en corto a tu pelirroja —advirtió Brendan cuando se quedaron solos.

—¿Por qué?

—A mi padre le gusta, y ese maldito encantador de serpientes no sé cómo lo hace pero tía en la que pone el ojo, tía que cae rendida a sus pies.

—Esthela suspira por mí, colega, además, la he dejado embarazada —le soltó improvisando y queriendo tantear el terreno.

—¿Estás loco, Ripper? ¿Críos en el complejo O'Railly?

—Ya hay, no están prohibidos.

—Sí, y, ¿te crees que viven como merecen? Es una locura traer niños a este mundo nuestro —Patrick pensó en Hannah con tristeza—. Mi chica quiere, pero le he dicho que no y me encargo cada noche de que no se olvide de esa pastillita mágica que nos protege.

—Pues ya está hecho, ahora no puedo dar marcha atrás. Ella lleva mucho tiempo pidiéndomelo, le dije que sí antes de llegar aquí y no sabes cómo es mi pelirroja cuando se enfada —bromeó, y cuando Brendan se fue a por otra cerveza, tecleó un mensaje que envió al móvil seguro que les habían dado para comunicarse entre ellos: «No preguntes pero, a partir de ahora, estás embarazada». A lo que ella respondió: «Como órdenes».

No volvieron a verse en todo el día y esa noche, al volver del pub de

Brendan, Patrick durmió en el sofá, otra vez.

Mientras, lejos de allí, los gritos de un niño resonaron en el silencio de la noche. Mildred Cooper se levantó y corrió hasta el cuarto donde dormía el mayor de los hijos de Ángela Sims al reconocer que era él quien lloraba.

—¿Qué sucede, Nathan? —preguntó con voz dulce sentándose al borde la cama y moviendo al pequeño para sacarlo del sueño.

—¡Mamá! —gritó desesperado—. ¡Mami!

—Tú mamá no está, cielo, pero estoy aquí, shhh, tranquilo —susurró abrazándole.

—¡Quiero hablar con ella! —los gritos desesperados de Nathan asustaron a la mujer. Desde que lo conoció y se hizo cargo de ellos le parecía un niño tranquilo y sensato, y verlo así, al borde una crisis de ansiedad, la ponía muy nerviosa.

—Sabes que eso no puede ser, ella está trabajando con Patrick en algo muy importante y no puede recibir llamadas.

—¿Estará bien? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

—Seguro que sí, cariño —le dijo, pero tampoco podía saberlo a ciencia cierta—. Se me ocurre una idea... —el niño la miró esperanzado—, podemos llamar a tu tía Sarah.

—A ella también la extraño mucho y a lo mejor ha visto a mamá —gritó con ilusión.

—Voy por el teléfono, no tardo —Mildred caminó hasta su habitación y volvió con el móvil.

—Es tarde, ¿se asustará? —cuestionó volviendo a ser el niño responsable de siempre.

—Seguramente sí, pero seguro que no se enfadará si sabe que es porque necesitas hablara con ella —durante unos minutos el móvil de Sarah sonaba y la señora Cooper rezaba para que lo cogiera.

—Señora Cooper, ¿le ha pasado algo a los niños? —se escuchó la preocupada voz de Sarah sin tan siquiera un saludo previo.

—No, tranquila, querida, es solo que Nathan se ha despertado con pesadillas, está muy nervioso y se me ocurrió que hablar contigo le tranquilizaría un poco.

—Claro, pásamelo.

—Hola, tía Sarah —la voz del pequeño sonaba tan angustiada que Sarah notó un dolor agudo en el pecho.

—Mi amor, ¿qué te pasa?

—He tenido una pesadilla muy fea, mamá estaba otra vez llena de sangre — Sarah cerró los ojos un instante, sabía perfectamente el momento que Nathan estaba rememorando.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Henry a su lado con voz somnolienta—. ¿Ha sonado tu teléfono?

—Es Nathan —informó—, ha tenido una pesadilla —su marido se despertó de golpe y quedó sentado a su lado, expectante.

—¿Hablo con él? —se ofreció.

—Puedo resolverlo, gracias —contestó y le dio un beso rápido.

—Tía... ¿sigues ahí?

—Sí, cielo, es que tu tío Henry me estaba hablando —le dijo—. Escucha, Nathan, mamá está bien, ella no puede llamaros así que vas a tener que confiar en mí.

—¿La has visto? —preguntó con esperanza.

—Sí, claro —contestó pensando que una mentira piadosa no hacía daño a nadie y serviría para que su sobrino estuviera tranquilo—. Hace dos días, el tío Henry y yo coincidimos con ella y Patrick en un trabajo.

—¿Él la cuida?

—Muchísimo —«eso espero o le mataré», pensó.

—¿Cómo el tío Henry cuida de ti en vuestro trabajo?

—Igual de bien o aún mejor —dijo—. ¿Quieres saludar al tío?

—¡Sí! —Sarah esbozó una sonrisa, su marido era el ídolo de ese niño.

—Nathan quiere decirte hola —le dijo a su marido pasándole el móvil.

—Ey, campeón, ¿qué tal estás? ¡Menuda suerte tenéis chaval! —exclamó—. ¡Una casa en la playa!

—Hola, tío, lo estamos pasando muy bien —comentó con ilusión—. ¿Sabes? El señor Cooper nos ha llevado a pescar todos los días, hemos mejorado mucho, ¿cuándo vamos a ir de nuevo contigo en el barco? —preguntó sin transición—. Quiero que veas lo que sé hacer.

—Pronto, Nathan, te lo prometo.

—¿Pueden venir también el señor Cooper y Patrick?

—Sí, cuantos más, mejor.

—¿Y las chicas? Cuando mamá esté de vuelta no quiero separarme de ella, y también quiero pasar mucho tiempo con la tía Sarah.

—Ellas también vendrán, buscaremos un barco más grande y pasaremos unos días todos juntos.

—¡¡Bien!! —chilló.

—Es hora de volver a dormir —sugirió Sarah después de activar el manos libres—. Descansa tranquilo, mi amor. Te prometo que tu mamá estará bien.

—Gracias, tíos, os quiero.

—Y nosotros a ti, Nathan. Dale un beso a Jon de nuestra parte y portaos bien con la mamá de Patrick, ¿me lo prometes?

—Sí, tía. Hasta otro día.

—Hasta pronto, campeón —dijo Henry.

—Sarah —la voz de Mildred ocupó la llamada—, siento haberos despertado a esta hora, pero no sabía cómo calmarle.

—No se preocupe, llámenos siempre que quiera.

—Gracias.

El niño se quedó tranquilo, lo que nadie sabía era que esa noche, realmente, su madre sí que corría un grave peligro.

Henry abrazó a Sarah al colgar, sabía que su esposa se estaba sintiendo muy mal en este momento.

—Voy a llamar a Peter y pedirle a Jason prestado unos días —dijo Sarah dejando a Henry completamente despistado.

—¿Y eso para qué? —preguntó.

—Para ir a por Nathan y Jon, deberían estar con nosotros, siento como que les estamos fallando, Henry, a ellos y a Ángela.

—Cariño, no te martirices con esos pensamientos, Ángela quiso que los niños estuvieran con la señora Cooper porque es mejor para ellos que estén fuera de la ciudad, sabes que lo que está haciendo con Patrick es muy peligroso.

—¡Lo sé!, pero puedo irme con los cuatro niños a California a casa de tu madre. ¡Me siento tan impotente! No sé dónde ni cómo está mi mejor amiga, no puedo cuidar de mis sobrinos...

—Esta noche lo has hecho genial con Nathan, no te preocupes, ellos están bien donde están ya le oíste, están encantados con la playa y la pesca.

—Tu madre también tiene una casa en playa —contestó.

—¡Cuando te pones en modo cabezota no puedo contigo! —le riñó cariñosamente—. Haz lo que quieras, pero desde mi punto de vista, Ángela ha dependido de nosotros desde que Thomas murió, y no me malinterpretes, ella es como mi hermana y adoro a los niños, pero creo que una nueva vida se está abriendo ante nuestra amiga —Sarah clavó sus grandes y expresivos ojos marrones en los azules de su marido escuchándole con atención—.

Respetando sus decisiones también la ayudas, Sarah —después de un segundo continuó—. La harás sentirse segura, responsable de su vida otra vez, creo que es lo que Angie necesita para terminar de salir adelante, como tú hiciste, nunca te gustó que te tratásemos como si fueras a romperte. Creo que ya es hora de que vuelvas a ser su mejor amiga y dejes de ser su madre.

—¡Odio decir esto! —exclamó con una sonrisa pícaro—, pero tienes razón —por toda respuesta él la besó con pasión—. Siempre supe que Catherine Sherwood era una buena terapeuta, pero ahora lo has corroborado.

—¿Qué pinta ella ahora? —preguntó extrañado mientras besaba el cuello de su mujer, Sarah ya sabía lo que venía a continuación.

—Su terapia te ha convertido en un hombre sensato, ¡el mundo entero debería agradecerse! —exclamó con una sonrisa.

—Te has pasado, novata, ya verás —dijo lanzándose a hacerle cosquillas y ella ríe escandalosamente—. Shhh, no grites, vas a despertar a los niños —sugirió poniendo una mano sobre sus labios mientras se acomodaba sobre ella sin dejar de besar su cuello calentando al instante el cuerpo de ambos.

—Oye —exclamó separando los labios un instante de los de su marido—, que Ángela no pueda ir a ver a sus hijos por la misión no significa que nosotros no podamos... ¿les hacemos una visita?

—De acuerdo —aceptó de buen grado, adoraba a esos niños—. ¿Podemos seguir a lo nuestro ya?

—¡Toda tuya! —exclamó.

Dejar atrás el trauma de su violación y poder tener una vida sexual plena con su marido había costado a Sarah largas horas de terapia y muchas lágrimas. Todavía sentía algunos miedos, ir sola por lugares oscuros o estar en una misma habitación cerrada con un desconocido aún la ponía nerviosa. Pero ahí, en su casa, en su cama y con Henry, se sentía completamente segura y realizada. Con la certeza del amor de su marido se dejaba llevar por la pasión y se sumergía en sesiones de sexo que les dejaban a los dos agotados.

Habían establecido una tradición. Cada año, cuando llegaba el día que rememoraba aquel fatídico momento, Henry alquilaba su habitación del hotel donde estuvieron juntos por primera vez y se llevaba a Sarah allí. Jason se hacía cargo de la oficina, Ángela o su madre de los niños, y durante veinticuatro horas solo existían el uno para el otro. Era su forma de terminar de exorcizar los fantasmas del pasado de su mujer. Era su regalo.

Capítulo 20

Unos días después de la prueba de fuego de Patrick para terminar de ser aceptado en la familia, Brendan había organizado una fiesta en la piscina del complejo por su cumpleaños. Los irlandeses eran famosos por hacer de todo una gran festividad. Y el primogénito de los O'Railly no iba a ser menos.

El tiempo soleado y caluroso invitaba a los asistentes a pasarlo bien en aquel día de verano. Junto a la piscina habían colocado mesas con comida y bebida y la música irlandesa más alegre retumbaba por todas partes.

Habían empezado temprano. Ángela y Patrick habían llegado de los primeros. Ella se sentía completamente desinhibida. No sabía explicar si era el alcohol que había ingerido ya, el calor, o que Hannah había resultado un estimulante para la fotógrafa.

Se lo pasaban muy bien juntas. Ella aportaba cordura a su amiga y recibía a cambio grandes dosis de diversión, aprendió a volver a reír y recordó que, al fin y al cabo, era solo una joven de treinta y pocos.

Su relación con Patrick se había afianzado muchísimo desde aquella noche en que él la descubrió llorando y a pesar del encontronazo por la falsa muerte de García, ahora se llevaban bien. La calma se había instalado entre ellos.

Echaba de menos a sus hijos, y los sentimientos que cada vez sonaban más altos por su compañero la hacían sentir que estaba traicionando la memoria de Thomas. Necesitaba a Sarah, pero no podía comunicarse con ella. Hannah era ahora su única amiga, pero no podía contarle la verdad.

Patrick la había abrazado y consolado y ella se había abierto a él y le había contado todo sobre su matrimonio de cuento de hadas y la trágica muerte de su marido.

El policía comprendió entonces a qué se debía toda aquella melancolía y tristeza que veía en los ojos azules de la joven que, cada día, se metía un poco más en su corazón.

—¿Bailamos, Esthela? —ofreció animado por las pintas de cerveza que se había tomado a lo largo del día. Era casi de noche y la fiesta comenzaba a decaer.

—Claro que sí, Omar —respondió ella dándole la mano y caminando hasta la zona de baile.

—Estás preciosa hoy —susurró a su oído. Ella se había puesto un corto vestido de tirantes verde, como exigía el protocolo de la fiesta, con un pronunciado escote.

—Gracias, el verde es mi color —bromeó y él sonrió.

Durante un rato bailaron en silencio. Dejándose llevar por la música, ahora más lenta, que transportaba a cada uno a su propio mundo interior. Ese en el que el otro se empezaba a grabar a fuego. Patrick acercó más el cuerpo de Ángela al suyo. Ella parecía arder y él notaba ese calor sintiendo como su propio cuerpo respondía.

—Angie —dijo en un tono muy bajito para que nadie más pudiera oír que la llamaba así—, me vuelves loco —ella se separó unos milímetros de él y lo miró extrañada.

—Esthela —le corrigió pensando que había tenido un lapsus. Era raro, cuando su compañero se metía en su papel no cometía errores, era muy profesional.

—No, sé lo que digo. Tú, Ángela, tú... —sentenció y dejó la frase en el aire—. No puedo explicarlo, contigo, simplemente puedo ser yo, ser el que era —y sin más explicaciones cerró la distancia entre ellos y la besó.

Aquel fue un beso completamente diferente a todos los que se habían dado antes. En esta ocasión no eran Omar y Esthela Ripper los que se besaban para aparentar lo que no eran ante sus nuevos amigos. Eran Ángela y Patrick concluyendo algo que habían empezado en el gimnasio de la comisaría tiempo atrás.

Los labios de él eran dulces como el almíbar y los de ella tan sensuales que invitaban a no soltarlos nunca. Patrick se permitió ir más allá y deslizó la lengua en la boca de Ángela consiguiendo que la conexión entre ellos se hiciera más intensa. Ambos volvieron a sentir la misma descarga eléctrica de semanas atrás pero, en esta ocasión, ninguno de los dos se apartó.

—Vamos a casa —dijo Patrick en un tono exigente y por toda respuesta ella besó su cuello. Él era como un imán que le atraía de manera irracional—. Brendan, tío, nos vamos —informó a su anfitrión—. Ya ves, esta monada está impaciente porque estemos solos —esa pose de chulo arrogante que adquiriría cuando se convertía en Omar consiguió que Ángela se sintiera aún más ansiosa de él.

—No pasa nada, amigo, pasadlo bien —contestó el joven irlandés más entretenido en su propia esposa que en ellos.

Caminaron hacia el dúplex que compartían dentro del complejo O'Railly

cogidos de las manos. Tras cruzar la puerta, Patrick perdió el control y acorraló el cuerpo de Ángela contra la primera pared que encontró, besándola y permitiendo que sus manos vagaran por ese cuerpo que lo volvía loco. Ella respondía enredando las manos en el cabello de su compañero.

Patrick abandonó los labios de Angie para besar su cuello, sus hombros, al mismo tiempo que deslizaba los tirantes de su vestido que cayó al suelo. La alzó en brazos para llevarla al dormitorio donde tantas noches de confesiones habían compartido.

Dejó el cuerpo de su nueva amante sobre la cama como si fuera un delicado objeto de cristal y se dedicó a mirarla unos segundos. Era hermosa. Llevaba el pelo siempre recogido y cuando él intentó soltárselo ella se negó.

—No, por favor —suplicó y Patrick se dejó caer sobre ella para besarla de nuevo—. Me parece que estás demasiado vestido —le dijo juguetona mientras él besaba sus pechos—. Ven, deja que te quite la camiseta.

Fue entonces cuando la mirada de Patrick se ensombreció. Ella metió las manos bajo su blusa para acariciar su torso y él se echó atrás.

—No —le dijo, parecía un cachorrito asustado—, así no.

—¿Así no, qué? ¿No quieres que te toque? —preguntó nerviosa.

—No quiero que lo hagamos así. Hemos bebido demasiado y esto se nos ha ido de las manos —explicó usando la primera excusa que se le vino a la cabeza—. Nosotros no queremos ir más lejos, Ángela, estamos borrachos.

—¿Y qué? Eso solo nos ha ayudado a soltarnos, hace mucho que me atraes, hace mucho que me haces sentir cosas que había olvidado que podía sentir —le confesó.

—Y tú a mí, por eso quiero que cuando esto pase entre nosotros, pase de verdad, en tu casa o en la mía, no aquí, siendo tú y yo, no Omar y Esthela.

—No te entiendo, Patrick —le gritó—. Tú lo propusiste.

—Y fue un error. Lo siento —murmuró y salió corriendo hacia el baño.

—¿Un error? —chilló—. Eres un maldito cobarde —le acusó y comenzó a llorar tanto que sentía que se ahogaba.

Ya estaba harta. Esto había sido la gota que colmó el vaso de su paciencia. Llevaba semanas luchando contra sus sentimientos y los que presentía que su compañero tenía hacia ella. No era justo que él hubiera jugado así con ellos.

Patrick le ocultaba algo. Ella se había sincerado, pero él seguía guardándose algo bajo la manga. Algo que tenía que ver con su salud y con el hecho de que jamás se quitaba la camiseta.

Se levantó de la cama y tapándose con la sábana fue hasta el armario donde

habían guardado sus cosas y cogió su móvil. No pudo evitarlo y no pensó en las consecuencias.

Mandó un mensaje a Sarah: «Necesito verte. Patrick acaba de rechazarme. Y me ha dolido, mucho. Estoy en tu casa en media hora».

Mientras en el baño, Patrick estaba delante del espejo. Deslizando sus dedos por la cicatriz de su pecho. Maldiciendo por no ser capaz de permitir que ella viera, que ella tocara, aquella horrible señal que había marcado en su cuerpo el peor momento de su vida.

Ella le gustaba. Es más, la quería. Y así fue como Patrick Cooper admitió ante sí mismo que se había enamorado de aquella pelirroja de mirada triste.

—Maldita sea, Patrick, cruzaste la línea prohibida —se dijo así mismo y después se metió en la ducha y dejó que el agua helada calmara su cuerpo que ardía en deseos por una mujer que no podía tener, aún no.

En la habitación, Ángela se vistió y se fue sin saber el peligro que le aguardaba fuera.

Capítulo 21

La noche era oscura y amenazadora. Sentado en el Ford Focus negro que había alquilado al llegar a la ciudad, Clark vigilaba el grupo de casas donde Ángela, su Ángela, se había ido a vivir con un extraño.

No había conseguido averiguar nada sobre ese tío, ni tirando de sus antiguos contactos. ¿Qué le pasaba al mundo? ¿Es que ya nadie respetaba a un oficial de la Marina? En la policía le habían dado largas, en el Pentágono le dijeron que no seguían a las viudas de guerra y ninguno de sus amigos quiso ayudarle. Estaba frustrado, mucho.

Hacía guardia delante de aquel lujoso complejo de chalets todos los días. Veía entrar y salir a un montón de hombres, todos con muy mala pinta, pero Ángela nunca salía sola, siempre iba con su amigo o con una joven morena muy atractiva.

Por eso, esa noche cuando la vio, creyó que alucinaba. Allí estaba ella, saliendo de aquella extraña fortaleza. Sola. Puso el coche en marcha sin encender las luces para no asustarla y se colocó a su lado. Bajo la ventanilla y la llamó.

—¡Angie! —ella se sobresaltó al escuchar su nombre pensando que la habían descubierto.

—¿Clark? —cuestionó cuando sus ojos, aún llorosos, se acostumbraron a la oscuridad de la calle—. No sabía que ya habías salido del hospital —dijo sorprendida.

—Sí, hace unos días —respondió con una gran sonrisa, era un hombre muy atractivo—. ¿Vas a alguna parte?

—Sí, tomaré un taxi —informó—. Quizás un día podríamos quedar para tomarnos un café y charlar —ofreció ingenua. Clark había sido como un hermano para Thomas.

—Me encantaría —aceptó, aunque él ya tenía otros planes—. Si quieres te llevo, vamos.

—Gracias —contestó sin más subiéndose al coche y él arrancó antes de que se arrepintiera o su amigo saliera a buscarla.

—Siento mucho no haber podido estar en el entierro de Thomas —dijo.

—No importa —su respuesta no gustó a su interlocutor, ¡cómo no iba a importar!—, estabas recuperándote.

—Pero era mi deber, Ángela, él era mi mejor amigo, mi compañero desde siempre, tenía que haber estado ahí para ti —ella casi sintió arcadas y recordó que Robinson era aún más patriota que su difunto marido.

—Estabas herido, ¿qué podías hacer?

—He tardado más tiempo de lo planeado en recuperarme, ese maldito accidente me dejó muy marcado.

—No te preocupes —y sin más le indicó cómo llegar a casa de Sarah.

Clark conducía en silencio, con la vista puesta en la carretera sin poder evitar echar un vistazo a Ángela de vez en cuando. Era tan hermosa.

—Te has confundido en el cruce —le indicó—, por aquí no vamos a llegar a casa de mi amiga.

—Es que no vamos allí —contestó tajante—. Te vienes conmigo, tengo que cumplir mi promesa, tenemos que casarnos.

—¿Qué tenemos que hacer qué? —cuestionó nerviosa.

—Casarnos —respondió sin un ápice de duda en su voz—. Según la tradición de mis antepasados debo hacerlo, eres la viuda de mi hermano y le prometí que cuidaría de vosotros. Después de la boda iremos a por los niños.

—¡Espera! —chilló—. Para empezar, Thomas no era tu hermano, y para continuar, no voy a casarme contigo. Para el coche —le exigió quitándose el cinturón.

—No hagas eso —ordenó él con sus ojos negros como la noche irradiando rencor—. Se lo prometí a mi hermano —repitió.

—¡Estás loco, Clark! —le acusó, comenzaba a asustarse—. ¿Cómo te han dejado salir de Bethesda? Está claro que aún no estás bien.

—¡Qué sabrás tú! —le espetó furioso—. Algunos tardamos más tiempo en superar las muertes de nuestros seres queridos —acusó—. Tú en cambio no has tardado nada en irte a vivir con otro hombre abandonando a tus hijos.

—¡No tienes ni idea de lo que dices! —se defendió—. Para o bajaré con el coche en marcha —amenazó.

—No harás eso —Clark paró un momento y sacó un pañuelo empapado en cloroformo que puso sobre la boca y la nariz de Ángela sin que ella pudiera evitarlo—. A dormir preciosa mía.

Patrick había salido de la ducha más nervioso de lo que entró. Lo que menos necesitaba era encontrarse a Ángela en la cama, llorando por su culpa. Esperaba que el fuerte carácter del que tantas veces hacía gala hubiera tomado el control de su cuerpo y ella estuviera enfadada. Podía lidiar con una mujer enfadada, pero no con una a la que había roto el corazón.

—¡Esthela! —gritó al no verla en la habitación, quizás se había bajado a dormir al sofá—. ¡Cariño! —el salón estaba vacío—. ¿Dónde estás, nena? —caminó hasta la cocina, a lo mejor la discusión le había dado hambre. Nada. ¿Habría vuelto a la fiesta?

Ojeó un poco por la ventana del dúplex y vio el jardín vacío. El cumpleaños había terminado y allí no quedaba nadie. Se asustó. Subió de nuevo al dormitorio con el corazón latiendo desbocado y vio sobre la cama el móvil de Ángela. El suyo personal, el de verdad. Ese que sabía que no podía utilizar.

La policía les había dado dos teléfonos: uno para que se comunicaran con todas las personas que conocieran, ese era el número que Patrick, como Omar, había dado a los O’Railly, y el que Ángela, siendo Esthela, dio a Hannah y otras mujeres del complejo. Y otro, al que llamaban «seguro» y que era solamente para comunicarse entre ellos y por si alguna vez necesitaban algo de sus compañeros de la comisaría.

Pero ese, ese iPhone blanco y plateado registrado a nombre de Ángela Sims, no debía estar ahí. Lo cogió y sintió su enfado y miedo crecer cuando vio que estaba encendido. En el fondo de pantalla, Nathan y Jon sonreían dulcemente. Aunque fuera un total atentado a la intimidad de su compañera, Patrick abrió el whatsapp y vio que ella había enviado uno a Sarah.

—¡Maldita sea! —exclamó y salió como un loco a casa de la detective.

Sarah acababa de meter a los niños en la cama. A sus tres años, Stephanie era toda vitalidad. Un auténtico torbellino de pelo negro y ojos azules. Se parecía a Henry, muchísimo, aunque su carácter empezaba a definirse más parecido al de Sarah. Y Samuel, que acababa de cumplir un año, era todo paz. Había sido un bebé que les había dado poca guerra y seguía así. Era tranquilo y dormilón.

Henry esperaba a su mujer en el salón con dos copas de vino blanco. Había llegado de una investigación hacía solo unas horas, agotado, por lo que ella le había dicho que se encargaba de dormir a los niños mientras él descansaba un rato y después se tomarían una copa juntos.

Los golpes en la puerta le alertaron haciendo que su instinto de detective se pusiera en marcha.

—Será Ángela, me acaba de llegar un mensaje suyo que venía —informó con el móvil en la mano. Henry abrió y descubrió el desencajado rostro de Patrick Cooper.

—Siento molestar, soy... —trató de presentarse, pero Sarah le interrumpió.

—¡Patrick! —exclamó—. ¿Le ha pasado algo a Ángela, verdad? —preguntó asustada.

—No sé dónde está —dijo sin más—. Vi en su móvil que te había mandado un mensaje y venía, pero a juzgar por tu respuesta yo diría que no está aquí.

—No —respondió Henry—. Pasa —le indicó.

—¡No! —gritó Sarah nerviosa—. Tenemos que buscarla, ¿qué le has hecho?

—Nada —trató de defenderse, pero sabía que la pelirroja le había dicho a su amiga en el mensaje.

—Yo no diría eso a juzgar por esto —sentenció mostrando el WhatsApp en su móvil.

—¿La rechazaste? —preguntó Henry confuso—. ¿Qué pasa entre ustedes?

—No estoy aquí para cotillear sobre Ángela y yo —contestó—, vine porque pensé que la encontraría con vosotros, si no está, tengo que buscarla.

—Te ayudaremos —dijo Henry—. Pasa, sentémonos un momento y veamos cómo plantear la búsqueda —propuso.

—¿Cuándo te has vuelto tan sensato? —cuestionó Sarah sorprendida, su marido era más bien un detective de los que actuaban, no de los que pensaban.

—Desde que me casé contigo —respondió cogiéndola de la mano, ella temblaba de miedo—. La encontraremos, cariño.

—¿Sabéis dónde puede haber ido? —preguntó Patrick.

—Tal vez con tu madre, sus hijos están allí.

—No, no sabe cómo llegar —descartó.

—Vamos a salir con los coches por zonas cercanas a nuestra casa, la suya y el complejo donde estáis viviendo —sugirió Sarah tomando el control—. Henry, llama al aeropuerto, cuando se trata de conseguir que un empleado se salte las normas tú eres más efectivo —le ordenó—. Necesito saber si ha ido a Washington, no creo que recurra a sus padres, pero si pienso que puede haber ido a Arlington, a la tumba de Thomas.

—¡Ya está! —sentenció Henry— La novata ha tomado el mando —bromeó mirando a Patrick tratando de aligerar el ambiente—. No tardo, llamaré desde el despacho —y desapareció por las escaleras tras dar un beso rápido a su mujer que en ese momento dejaba un mensaje en el contestador automático de uno de sus hombres de confianza.

—Jason, ¿estás dormido tan pronto? ¡Sal de la cama, Mcnamara! —ordenó—. Ángela ha desaparecido, te necesitamos.

—¿Se puede saber quién ha dicho que vosotros organizáis la búsqueda? —

cuestionó Patrick reaccionando, el miedo y la culpabilidad le habían dejado paralizado por un momento—. Ella es responsabilidad de la policía de Nueva York.

—¿Vas a hacerlo tú? Esto es culpa tuya —le encaró y él recordó la última vez que habían trabajado juntos, la detective era de armas tomar.

—Hace un mes que trabajamos encubiertos sin que tengas contacto con Ángela, no sabes lo que hay entre nosotros, así que no juzgues tan a la ligera.

—Solo necesito este mensaje para saber qué pasó: la ilusionaste y la dejaste tirada.

—No es tan fácil, nada lo es para nosotros —contestó en un tono de voz tan triste que Sarah se compadeció.

—Patrick, lo siento —dijo poniendo la mano en su hombro—, Angie es muy vulnerable, desde que su marido murió no ha vuelto a ser la misma y Henry y yo somos muy protectores con ella.

—¡Lo sé, Sarah! —exclamó—. He intentado ir con cuidado, no caer en... —se calló.

—¿En qué? —cuestionó.

—Eso no importa, solo quiero encontrarla —reconoció tratando de frenar las ganas que tenía de gritar a esa entrometida que amaba a Ángela—. Voy a llamar a mis contactos, ellos darán con Angie.

—¿Puedo al menos ayudar? Es mi mejor amiga.

—Si te llama o te escribe, avísame a este número —le dijo dándole una tarjeta—, es mi móvil seguro, para todo lo demás yo me encargo.

Y sin más se fue. Justo cuando llegaba a su coche el teléfono de Omar sonó y vio reflejado en la pantalla el número de Seamus.

¿Qué sucede, jefe? —contestó.

—Ripper, ¿dónde estás? He ido a buscarte al complejo, necesito que hagas algo para mí —resopló nervioso, lo que le faltaba.

—Verá, señor —tenía que pensar rápido, así que optó por una verdad a medias—, un enemigo, de cuando trabajaba con Cardano, ha secuestrado a Esthela —informó—. Estoy buscándola.

—¿Necesitas ayuda, hijo? —preguntó, mafioso sí, leal también y los Ripper eran ahora de su familia—. Sabes que tengo muchas influencias en las otras familias.

—Prefiero hacerlo solo, sé quién la tiene y no quiero armar mucho jaleo, tenemos ese negocio a medio cerrar y no quiero que nada lo estropee ni

involucrar a los O'Railly en un escándalo. Tranquilo me las arreglaré— dijo y sintió ganas de vomitar.

—Está bien, pero tenme informado.

—Eso haré —colgó y sacó el móvil seguro para casos de emergencia—. Cooper, número de placa 01231, caso O'Railly —informó al oficial que atendió la llamada de forma profesional—. Necesito que activen el localizador de mi compañera, ha desaparecido.

Ángela abrió los ojos y un fuerte dolor de cabeza le hizo sentir náuseas. ¿Dónde estaba? Recordó la discusión con Patrick y sintió ganas de llorar de nuevo.

—Ya estás despierta —la voz de Clark hizo que llegara a su mente el resto de los hechos de esa noche.

—¿Dónde estamos? ¿Por qué me has traído aquí? Clark, no hagas locuras, estoy trabajando con la policía, no te metas en problemas —intentó moverse y se percató de que sus manos estaban amarradas fuertemente a una camilla de hospital.

Sintió miedo, auténtico terror que empeoró cuando las imágenes de Sarah llena de moratones, aterrada e indefensa después de que la violaran tres años atrás volvieron a su cabeza en el peor momento.

—¡No me hagas daño! —le rogó.

—Jamás haría algo así. Angie, estoy aquí para salvarte —le dijo mirándola fijamente, clavando su oscura mirada de loco en los atemorizados ojos de ella.

—No necesito que me salves, estoy bien, de verdad.

—¿Es qué no lo entiendes? —cuestionó— ¡Tenemos que casarnos!

—¿Quién te ha metido en la cabeza esa tontería? ¡Casi no te conozco de nada!

—¿Es por él? —preguntó ignorándola—, por ese hombre con el que te has ido a vivir.

—No —negó, aunque debía de reconocer que no había sonado muy convincente. Por un momento tuvo ganas de gritarle que sí, que era por él, que le quería y que si volvía a casarse algún día sería solo con él—, es porque es una locura.

—¿Conoces algo sobre las tradiciones de los indios americanos, Ángela? —ella asintió con la cabeza sin entender a qué venía la pregunta—. Yo provengo de los antiguos Cheyenne, eran hombres nobles que cuidaban de

los suyos —explicó y ella pensó que lo único que sabía de los Cheyenne era lo que contaban en aquella serie de los noventa de la doctora que se iba al oeste—. Nuestra tradición dice que al morir un hombre, su hermano debe casarse con la viuda y cuidar de sus hijos para que no la miren mal en la tribu.

—Vale, entiendo y respeto las tradiciones de tus ancestros Clark, pero mi marido no era realmente tu hermano y estamos en el siglo XXI.

—Cuando estás en la guerra se crean unos vínculos fuertes, de esos que ni el tiempo ni la muerte destruyen —informó alargando la mano para acariciarle la cara, ella la apartó—. Thomas y yo teníamos un pacto de sangre, hicimos un juramento, somos hermanos, y me pidió que os cuidara si algo le pasaba.

—No me creo que él te pidiera algo así —se asustó, ¿acaso estaba su marido loco?

—Pues lo hizo, querida, lo hizo —poco a poco soltó las cuerdas que ataban sus manos y se acercó más a ella—. Vamos a ser muy felices —y sin más se lanzó a besarla y recibió un sonoro bofetón.

—¡No vuelvas a hacer eso!

—¡Y tú no te atrevas a desafiar a tu hombre! —le gritó—. ¡Eres una engreída! —lo siguiente que sintió Ángela fue el puñetazo que la dejó inconsciente.

Patrick estaba desesperado en el coche dando vueltas por todas las zonas donde podía haber ido Ángela. Le habían llamado de la central para decirle que el localizador de su compañera estaba apagado. No emitía señal.

—Ella no sabe que lo lleva. ¡No ha podido apagarlo! —respondió histérico.

—En ese caso estará en algún lugar bajo tierra y no llega la señal, estaremos pendientes por si hay cambios, Cooper.

—¡Pues vaya mierda de tecnología de última generación! —espetó al colgar. Su otro teléfono comenzó a sonar.

—Señor —respondió.

—¿Sabes algo de tu pelirroja ya, Ripper?

—No, sigo tratando de encontrar el sitio dónde la han llevado, pero ya casi los tengo.

—¿Necesitas hombres? ¿Por qué no has llamado aún a Brendan?

—Porque de verdad que no es necesario, lo tengo todo bajo control.

—Está bien, no me gusta que seas tan orgulloso, hijo, somos familia ahora.

—Precisamente por eso, no quiero meter a la familia en problemas —contestó esperando que el viejo se convenciera y le dejara tranquilo.

—Como quieras, pero sabes que puedes contar con nosotros.

—Se lo agradezco y Esthela también.

—Sería una pena que le pasara algo a tu chica, es una monada —Patrick sintió asco.

—Seguro que está bien, la he enseñado a defenderse —con estas palabras volvió a su mente la mañana de entrenamiento en el gimnasio de la comisaría cuando casi se besaron.

—Te llamo mañana.

—Gracias —contestó. Ya no sabía qué más hacer— Vamos, Ángela, dame una señal.

El ruido de puertas cerrarse despertó a Ángela de nuevo. Le dolía el ojo. Se dio cuenta de que sus manos estaban ahora sueltas y se sentó en la camilla de golpe mirándose. Estaba vestida aún. Eso tenía que ser buena señal. O no. Se paró a pensar, intentando darse cuenta si le dolía alguna parte más en su cuerpo. Salvo el ojo y la cabeza, nada más le molestaba. Pensó de nuevo en Sarah, en cómo después de la violación le había costado incluso sentarse y algo tan básico como ir al baño era una agonía de dolor para ella.

—Tu amiguito está buscándote —le informó Clark saliendo de la nada—, así que vamos a ir al juzgado y vamos a casarnos ya. Te he comprado un vestido, espero que te sirva —informó señalando a un perchero de pie donde había colgado un traje de novia clásico.

—Está bien —aceptó decidiendo cambiar de estrategia, si Patrick la estaba buscando no tardaría en encontrarla.

Durante sus períodos de inconsciencia había tenido sueños terribles en lo que Clark se llevaba a sus hijos lejos y hacía daño a Patrick. Ellos tres eran su prioridad ahora y, si tenía que seguir la corriente a ese loco para protegerles, lo haría.

—No te he hecho nada —dijo sin venir a cuento—. He visto cómo te mirabas, no voy a violarte mientras estás dormida, Ángela —protestó ofendido—. Soy un hombre leal, un oficial de la Marina, y además muy tradicional, no pasará nada entre nosotros hasta que nos hayamos casado.

—Eres un buen hombre, Clark —contestó.

—Vístete, nos esperan —respondió besándola—. Y quítate esa alianza, debes ponerte la mía ahora, después iremos a Washington y honraremos a Thomas, juntos, como él quería.

—Está bien —Ángela deslizó el anillo de su dedo y no pudo evitar recordar el momento en el que Patrick se lo había puesto. No, no iba a quitárselo, le

hacía sentir protegida, más cerca de él.

Se metió en el cuarto de baño y se quitó la ropa. Se miró al espejo. Hacía solo unas horas su cuerpo estaba temblando de pasión bajo las caricias del hombre que le había devuelto la vida y ahora lo hacía de miedo ante otro.

Cerró los ojos un momento tratando de evocar el recuerdo de Thomas, como siempre hacía cuando necesitaba fuerzas, pero no fue su imagen la que acudió a ella. Fue Patrick. Él con esa sonrisa preciosa que pocas veces lucía, él y lo atractivo que resultaba verle comportarse como un mafioso, él abrazándola para darle consuelo cuando le contó todas sus desgracias. Y de repente, escenas nuevas, las de su compañero compartiendo juegos con Nathan y Jon y besándola después con esa pasión que había dejado entrever que sentía por ella.

Abrió los ojos rápidamente abrumada por la magnitud de sus sentimientos y fue así, en el peor momento posible cuando Ángela Sims tuvo que aceptar ante su reflejo en el espejo que se había vuelto a enamorar.

—¿Estás lista?

—Sí, voy —se puso el vestido rápidamente, era blanco y clásico, tanto que no pudo evitar una carcajada nerviosa, colocó la alianza en su cadena de oro y la ocultó tras el discreto escote que lucía.

—Estás preciosa —sentenció—. Nunca entendí por qué Thomas permitió que te pusieras aquel vestido tan poco tradicional en vuestra boda, ¿una novia de amarillo? Eres una caprichosa y él estaba demasiado enamorado.

—Thomas me respetaba y me dejaba tomar mis decisiones —Clark se había puesto el uniforme de gala de la Marina, como no. Ángela sintió arcadas al verle—. Además, ¿sabes lo que significa el blanco en un traje de novia, verdad? —cuestionó y vio como la mirada de su captor se endurecía de nuevo.

—No pienses que yo voy a darte esas licencias, tú y los niños tendréis que aprender a obedecerme.

—Como quieras, Clark —aceptó, mejor no cabrearle.

Salieron de aquel lugar y se subieron en el coche. Ángela miró al cielo y rezó en silencio para que Patrick la encontrase a tiempo.

Patrick daba vueltas con el coche sin saber bien a dónde ir. Tenía a todas las unidades de la policía alerta por si veían a alguien que encajara con la descripción de Ángela, pero nada. El remordimiento le estaba matando y sin poder controlarlo un horrible recuerdo vino a su cabeza.

Ángela estaba acurrucada en una esquina del sofá viendo la televisión. Desde el otro lado, Patrick la miraba embelesado sin poder apartar los ojos de ella. Cada instante que pasaba a su lado le parecía más y más hermosa. La tristeza perenne de sus ojos azules parecía haberse disipado un poco y le gustaba fantasear pensando que era por él.

—¿Qué miras? —le preguntó al darse cuenta.

—Eres hermosa —dijo sin que ella lo esperase, y en ese momento no supo descifrar si hablaba Omar o Patrick. Él se levantó y se sentó a su lado cogiéndole las manos—. ¿Te sientes bien? —susurró muy bajito, tan cerca que ella sintió el olor de su perfume y como un sentimiento que tenía dormido rugió en su interior como un león hambriento: el deseo.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Pareces ida —contestó acariciando sus manos hasta que se percató de algo—. ¿Y estas cicatrices? —eran dos líneas muy finas en ambas muñecas, no visibles a simple vista como las que lucía él en el pecho.

—Yo... —Ángela no pudo evitar titubear un momento—, traté de suicidarme, cuando Thomas murió, no podía soportarlo... —Patrick la soltó como si le quemara y se puso en pie de un salto.

—¿Estás loca? ¿No sabes que la vida es sagrada? ¿Cómo se te ocurrió hacerte daño? —gritó nervioso.

—No me juzgues, no sabes por lo que estaba pasando, se me vino el mundo encima... Estaba en casa de Sarah, no podía levantarme de la cama, me sentía perdida y una carga para todos, solo hice lo que en ese momento me pareció lo mejor.

—¿Y no pensaste en tus hijos? Suicidarse es de cobardes.

—¡No sabes de lo que hablas! —le espetó poniéndose de pie también—. Claro que pensé en ellos, si yo me moría ellos podrían quedarse con Sarah y Henry y tener una vida mejor que la que yo en ese momento pensaba que podía darles, solo pensaba en ellos, por eso cuando estaba a punto de perder el conocimiento y Nathan entró...

—¿Te encontró él? —de repente entendía muchas cosas del carácter del niño.

—Esa parte es como una nube en mi cabeza, solo recuerdo sus gritos llamando a su tía... y su carita llena de lágrimas —ella había empezado a llorar y Patrick se ablandó, él que había tenido que luchar por su vida, no concebía que una persona quisiera matarse.

—Es horrible, no lo entiendo.

—Y no te pido que lo hagas, Patrick, he hecho cosas en mi vida de las que me arrepiento muchísimo y sin duda, esa es de la que más, pero no eres nadie para juzgarme —dijo y se fue enfadada a la habitación.

Él se quedó en el salón un buen rato, mirando a la nada.

El detective Cooper había vuelto a la casa de los Butler para saber si habían averiguado algo.

—No ha salido de la ciudad —informó Henry, los tres estaban sentados en la cocina con un café delante.

—Ella no se marcharía así, lo sé, la conozco.

—Pero tú misma dijiste anoche que era muy vulnerable, y ella me contó que cuando murió su marido intentó suicidarse, ¿crees que lo que pasó entre nosotros haya podido desestabilizarla tanto como para cometer una locura?

—esa idea atroz se le había metido en la cabeza de madrugada, mientras daba vueltas a la manzana donde vivía Ángela por si se le ocurría volver a casa.

—Hace un mes que no hablo con ella, no sé lo que siente por ti —contestó Sarah.

—No te ofendas, Patrick, pero cuando Angie intentó algo así fue tras perder a Thomas, como dice Sarah no sabemos qué siente por ti, pero no creo que sea tan intenso como lo que sentía por él —la detective miró a su marido con un gesto reprobatorio.

—Vaya, eso es ser sincero —comentó Patrick derrotado. Él tenía razón, nunca sería tan importante para Ángela como lo había sido su difunto marido.

—¡No le hagas caso! Demasiadas horas de terapia —recriminó, no quería que Cooper saliera corriendo, algo le decía que entre el guapo policía y su amiga había una historia muy bonita esperando a pasar—. Pero lo cierto es que no lo haría.

—¿Has llamado a tu madre? Quizás le preguntó cómo llegar.

—La llamé anoche, quería saber si los niños estaban bien y Ángela no está allí —informó—. Ella y yo estamos metidos en un caso muy peligroso, no sé si la habrán secuestrado por eso, pero quería asegurarme de que no nos habían descubierto y habían ido por Nathan y Jon también, no me lo perdonaría.

—Jason no me contesta al teléfono, en cuanto consiga dar con él, nos

ayudará.

—Estará en San Francisco ayudando a Peter en algo —dijo Sarah.

El teléfono seguro de Patrick empezó a sonar sobresaltándolos a todos.

—Cooper —la voz al otro lado le dio la noticia que había estado esperando toda la noche—. Mándame la localización —ordenó—. Han recibido señal de su localizador, sé dónde está —dijo.

—Vamos contigo —y sin más los tres salieron de la casa.

En el juzgado, frente aquel hombrecito vestido con un traje gris, Ángela no se lo podía creer. ¿Dónde se suponía que estaba su compañero? El gran Patrick Cooper de la policía de Nueva York que había jurado protegerla. ¿Y sus amigos? ¿Acaso no era ella la mejor amiga de los mejores detectives del mundo? ¿Ninguno había sido capaz de encontrarla?

—Hoy nos hemos reunido aquí para unir en matrimonio a Clark Robinson y Ángela Sims, si hay alguien que se niegue a que esta unión se lleve a cabo, que hable ahora o calle para siempre —¿y quién iba a negarse si allí solo estaban ellos?

Como por invocación divina las puertas se abrieron de par en par.

—¡Ángela! —gritó Patrick al verla

—¡Patrick! ¡Ten cuidado, está loco! —le advirtió al ver como Clark sacaba una pistola.

—¡Todos quietos o la mato! —amenazó apuntándola.

—No pasa nada, ya está, todos tranquilos —intentó mediar Sarah y Henry puso los ojos en blanco, ¿siempre tenía que ser tan entrometida?

—Clark, escúchame —Ángela tomó el control, de repente a su alrededor todos estaban armados y ella no quería que nadie saliera herido—. Nosotros no vamos a casarnos, tú no me amas y yo a ti tampoco, ¿acaso no quieres ser feliz con alguien que te quiera? Eres un buen hombre, yo creo que te lo mereces, no hagas tonterías.

—¿Le amas a él? —preguntó señalando a Patrick y recordó que en su conversación en el coche Clark le había echado en cara que hubiera olvidado tan rápido a su marido y hubiera rehecho su vida.

—No —mintió—. Yo amo a Thomas, solo a él y para toda mi vida, jamás habrá otro hombre para mí. No vivo con él, solo estamos trabajando juntos, nada más, te lo prometo, no ha habido ni habrá otro hombre a mi lado —Patrick la miraba y notaba como su corazón se rompía en mil pedazos, desde su operación no había vuelto a sentir un dolor tan agudo en el pecho—. Te agradezco que quieras cuidarnos, pero estoy segura de que Thom preferiría

que fueras feliz con una mujer que te amé, como lo éramos nosotros, le conocí mejor que nadie, sé que te libera de su promesa.

—¿Estás segura? —preguntó bajando el arma.

—Lo estoy —como si alguien hubiera puesto pause a una película, Clark se movía despacio hasta dejar el arma en el suelo.

Ángela no pudo evitar el impulso y corrió a los brazos de Patrick que la abrazó y la besó apasionadamente.

—¡Me has mentido! —se oyó la voz del indio de nuevo— ¡No le besarías así si no le quisieras! —acusó volviendo a coger la pistola.

En un gesto rápido que nadie, salvo el detective Butler, vio venir, Patrick apartó a Ángela de un empujón haciéndola quedar en brazos de Henry que se giró y la protegió con su cuerpo mientras el policía disparó contra el hombre que les amenazaba.

—¿Le mataste? —le encaró la pelirroja liberándose de los brazos protectores de su amigo.

—Le disparé al hombro, se pondrá bien; pero, ¿por qué te importa si le maté? —cuestionó sintiéndose confuso y por qué no decirlo, también herido.

—Sarah, llama una ambulancia, por favor —ordenó—. No es un mal tipo —explicó—. Después de recuperarse de las heridas del accidente en el que murió Thomas, Clark fue ingresado por estrés postraumático, se culpaba de haber sobrevivido y yo también lo hice —estaba histérica y llorando.

—Ya está, cielo —dijo su amiga acercándose a consolarla—. No le pasará nada, sabes que lo que pasó fue un grave accidente y que fue muy triste que Thomas muriera, pero que no fue culpa de nadie —durante años Ángela no había podido evitar sentir rencor por aquel hombre que se había salvado en el accidente que costó la vida de su marido.

—Lo sé, Sarah, lo sé. Estoy bien —respondió con una sonrisa algo más tranquila.

—Será mejor que nos vayamos, los médicos han llegado —dijo Henry—. Ángela, tienes que hablar con la policía y explicar qué ha pasado, algo me dice que no te fuiste con ese hombre porque te dio la gana.

—Claro que no.

—Si él te hizo daño... ¡Dios, Angie!, ¿te violó? —cuestionó la morena sintiendo todo el peso de sus recuerdos golpearla.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Patrick al que parecían haber dejado a un lado.

—No, no —dijo tajante—. Él me secuestró, sí, pero no me hizo nada.

—Tienes moratones en la cara.

—Me golpeó, pero nada más, tranquilos.

—¿Vas a denunciarle? —ella asintió.

—Pero no quiero que vaya a la cárcel, que vuelvan a meterle en el psiquiátrico, es lo que necesita. ¿Puedes arreglarlo? —preguntó a Patrick.

—Claro, no te preocupes, de camino al complejo grabaré tu testimonio, lo mandaré a la central por la línea segura, Carlos se encargará del resto — Ángela sonrió, sabía que su amigo haría un buen trabajo.

—¿Nos vamos? —propuso Henry.

—¡Nunca te perdonaré que fueras a casarte sin mí! —dijo Sarah mientras se subían a los coches para aligerar el ambiente—. ¡Ya es la segunda vez que lo haces!

—¿La segunda? —inquirió confusa.

—Tampoco me invitaste a tu boda con Patrick —contestó como si fuera obvio.

—Ah, eso, pero es que yo no me casé con Patrick, se casaron Esthela y Omar

—dijo guiñándole el ojo a su amiga.

—Tened cuidado.

—Lo tendremos.

Capítulo 22

Patrick cerró la puerta de un golpe que debió resonar en todo el complejo O'Railly. Estaba enfadado, mucho.

Ángela había entrado en la casa antes que él, con la cabeza gacha y el cuerpo dolorido por los golpes. Se sentó en el sofá, esperando la bronca que le caería. Y no tuvo que esperar demasiado.

—¿Estás loca? —le gritó cerrando también las ventanas—. Te has puesto en peligro, y has puesto en peligro toda la maldita operación —le echó en cara—. ¿Cómo se te ocurre salir del complejo sola de noche? Y, ¿en qué estabas pensando cuando mandaste un mensaje a Sarah?

—En que necesitaba irme de aquí, alejarme de ti un rato, ver a mi mejor amiga —le dijo en el mismo tono—. Entiendo que estés enfadado, entiendo que he sido una inconsciente pero... —cerró los ojos un momento y las imágenes de Clark Robinson golpeándola volvieron de nuevo a su cabeza—, no espero que tú lo entiendas.

—¿Sabes la de cosas que he tenido que inventar para que O'Railly no sospechara nada? He tenido que decir que un antiguo enemigo de cuando trabajaba con otros mafiosos había querido vengarse de mí y te había secuestrado.

—Eres un experto mentiroso, no te habrá costado mucho, vivimos una mentira desde hace un mes, me mientes sobre lo que sientes por mí.

—En eso no te he mentado nunca —se defendió colocándose junto a ella en el sofá—, jamás.

—Me hiciste creer que sentías algo, me calentaste y luego me rechazaste, no sé cómo lo ves tú, pero yo lo veo como una mentira.

—Pues lo ves mal —se levantó de un salto y se asomó a la ventana, la noche era terriblemente calurosa—. Voy a dormir, han sido unas horas muy largas —dijo sin más y se marchó.

—Yo dormiré aquí —sentenció gritando para que él la escuchase.

Ángela lloró durante un rato en el sofá tapada con una manta gruesa de color verde, como todo en aquel lugar. Estaba un poco cansada ya de esta casa, de los irlandeses y de toda la misión que había puesto su vida patas arriba.

Durante el tiempo que Clark la tuvo retenida, en su cabeza solo había un pensamiento: el miedo a no volver a ver a sus hijos y a Patrick. En ese mismo

momento tuvo que admitir ante sí misma que el motivo real por el que le había dolido tanto el rechazo del policía no había sido el calentón, ni la cerveza; se había enamorado de él.

Enamorada como hacía tanto tiempo que no se sentía. Anhelaba estar con él, sentirle, abrazarle y sus besos, aunque fueran de incógnito, la volvían loca. Se levantó del sofá y subió a la habitación rezando para que él estuviera ya dormido. Necesitaba una ducha y ponerse ropa cómoda. Sonrió al ver que aún llevaba el vestido de novia.

Entró con cuidado de no hacer ruido y miró hacia la cama. En ella, el espécimen más hermoso de hombre que había visto jamás. Thomas era guapo, pero Patrick tenía algo que le hacía ser más llamativo.

Él estaba tumbado boca abajo con una sábana fina cubriendo sus piernas. La tenue luz de la luna que se colaba por la ventana abierta le daba a su imagen un toque casi mágico.

Ángela le miró con detenimiento. La noche era terriblemente calurosa y se había quitado la camiseta, eso era algo que jamás le había visto hacer. Ni tan siquiera cuando se reunían en torno a la piscina a tomar algo con Brendan y Hannah.

De hecho, recordó súbitamente aquella desagradable noche en que él la rechazó, que pasó justo después de que ella trató de quitarle la blusa.

Sin poder evitarlo caminó hasta el armario y sacó su cámara de fotos. Quitó el flash y comenzó a disparar. Se movía por toda la habitación buscando diferentes ángulos.

Soltó la cámara de nuevo y caminó hacia la cama movida por una extraña fuerza. Retiró el mechón de pelo que caía sobre la cara de Patrick y delineó el contorno de esta con un dedo.

Sin poder pararse, siguió acariciando sus brazos, su costado, hasta que él abrió los ojos y la miró. La mirada de Ángela ya no era triste, ahora estaba velada de pasión y anhelo.

—No sabes el miedo que he pasado estos días —le dijo Patrick sincero.

—El mismo que paso yo cada vez que te vas por ahí con Brendan.

—Esto es una locura, Angie, pienso que no deberíamos... —ella puso el dedo en sus labios y concluyó.

—Pues no pienses, Patrick —y como si esas fueran las palabras mágicas que deseaba oír, él se incorporó y colocando la mano tras la cabeza de Ángela la atrajo para besarla.

Este no era un beso como los que se habían dado anteriormente por la misión. Era diferente. Completamente distinto. Estaba cargado de pasión, de entrega, de sentimientos a los cuales ambos tenían miedo pero que habían decidido, de manera espontánea, dar rienda suelta.

Patrick tumbó a Ángela sobre la cama mientras la besaba. Ella deslizó los brazos por sus hombros y los apoyó sobre sus pectorales. Fue ese el momento en el que él se percató de que no llevaba camiseta y Angie vio el miedo aparecer en los ojos de su casi amante.

—¿Qué pasa? —preguntó y desvió la vista antes de que él pudiera taparse—. ¿Es eso lo que siempre escondes? ¿Cicatrices? ¿Qué te pasó? —preguntó.

—No quiero que las veas —hizo un ademán de levantarse, pero ella se lo impidió y le atrajo para besar sus labios otra vez.

—Pues no las veré —sentenció entre beso y beso.

Y así fue como pasó que, por primera vez en mucho tiempo, Patrick Cooper se dejó llevar por sus sentimientos, acariciando y besando cada rincón de aquel cuerpo femenino que lo había vuelto loco. Dejando atrás los miedos y disfrutando de la compañía de la mujer que le había trastornado.

Dejó su lengua vagar desde el cuello hasta el pecho dejando un rastro de caliente saliva en la piel nacarada de Ángela hasta llevarse uno de sus pechos a la boca y jugar con él entre los dientes mientras sus grandes manos acariciaban el otro.

Ángela suspiraba de placer. Hacía tanto tiempo que un hombre no la tocaba de manera tan íntima que parecía una adolescente en su primera vez. Sintió el cosquilleo que la barba de su compañero le hizo al rozar la delicada piel de su estómago y soltó una carcajada. Notó como él también reía mientras seguía bajando.

El calor casi la hizo arder cuando notó la lengua de Patrick jugar con su centro. Se detuvo en dar placer a su amante hasta que ella alcanzó el clímax, luego se incorporó en todo su esplendor para segundos después tumbarse sobre ella y besarla.

—Me vuelves loco —le dijo al oído calentándola aún más—. He querido hacer esto desde el momento en que te vi por primera vez —estiró la mano hacia la mesilla de noche donde alguna vez había visto una caja de preservativos que, suponía que Hannah, al amueblar la casa, había puesto allí.

—Eso sí, es importante, soy muy fértil —bromeó al sentir que se entristecía cuando él no la tocaba o la besaba—. Patrick —le dijo y su tono de voz le

alertó, ¿se estaría echando atrás?—, ten cuidado, hace mucho tiempo que no... —y no hizo falta que concluyera la frase.

—Nunca te haría daño, preciosa —sentenció y poco a poco se deslizó en su interior con tanto cuidado como si fuera una virgen asustada.

—¡Dios! —gritó al notar que sus cuerpos encajaban íntimamente de aquella manera tan perfecta a pesar de que Patrick era grande.

—¿Estás bien? —preguntó, ella asintió y empezó a moverse lentamente, incrementando la velocidad y la potencia de las embestidas a media que ella iba relajándose y abriéndose más a su huésped.

Ángela clavó sus uñas en la ancha espalda de Patrick cuando los dos alcanzaron la cima del placer, en perfecta sincronía como solo los amantes destinados son capaces de hacer. Él cayó sobre ella agotado y ella enredó los dedos en su pelo alborotado. Unos minutos después, Patrick se tumbó boca arriba en la cama y la invitó a acurrucarse sobre su pecho.

—Ha sido espectacular —sentenció ella con la respiración todavía entrecortada—. Ya no recordaba qué se sentía.

—Ni yo —reconoció.

—¿Entonces no eras virgen? —preguntó curiosa.

—¿Yo? ¡No! —chilló—. Pero si te conté que una vez creí tener un hijo.

—Es verdad —repuso—. Pues que sepas que eso es lo que se dice por ahí de ti.

—Reconozco que no he sido un donjuán, pero tampoco un santo, es solo que... no me gustan mucho los aquí te pillo aquí te mato, y después de... —se cayó un segundo, no le gustaba hablar de ese tema.

—¿Después de qué, Patrick? ¿Qué pasó? ¿Te dispararon? —preguntó pasando con cuidado el dedo por su cicatriz, él sintió un escalofrío al notar su caricia pero no le pidió que parara, nunca nadie le había tocado ahí, pero con ella todo era diferente.

—Hace cinco años me diagnosticaron una enfermedad cardíaca grave, no voy a entrar en detalles médicos para no aburrirte, pero el tratamiento no funcionaba y me moría, me incluyeron en la lista de trasplantes, el nuevo corazón llegó dos años después.

—¡Cielo santo, Patrick! —exclamó sorprendida.

—Me aferré a la vida con uñas y dientes, no quería morir, por eso cuando me contaste que intentaste suicidarte me enfadé contigo.

—Fue una tontería, estaba muy deprimida y no pensaba con claridad.

—Lo sé —dijo y le besó en el pelo—. Cuando nos conocimos era mi primer

día de vuelta al trabajo tras el trasplante y la recuperación, me costó tres años retomar mi vida, estaba histérico y por eso fui tan borde.

—Me caíste fatal, me parecías tan serio, pero estos días que hemos pasado aquí... Cuando te conviertes en Omar eres tan divertido.

—Soy yo —informó—. Desde que todo esto comenzó y cuando estoy a tu lado siento que puedo ser yo mismo, el Patrick de siempre, me has devuelto la vida, Ángela —sentenció tan serio que ella tuvo ganas de llorar.

Pero en lugar de eso se incorporó, se sentó a horcajadas sobre él y bajó la cabeza hasta su pecho para besar sus pectorales, su cicatriz.

—No tienes que hacer eso.

—Todos tenemos cicatrices, Patrick, físicas o emocionales, y eso no nos convierte en monstruos. Eres el hombre que me ha devuelto las ganas de besar, de acariciar, eres el hombre que me ha hecho renacer —le confesó y continuó besándole lentamente, como mismo había hecho él antes con ella.

Se llevó su miembro a la boca con determinación y jugueteó con él y su lengua hasta que Patrick le gritó que parase, que necesitaba estar dentro de ella de nuevo. Sentada como estaba sobre él, se deslizó poco a poco hasta quedar de nuevo ambos cuerpos unidos de aquella forma tan íntima.

Ángela se movía como una amazona y Patrick estiró las manos y soltó su pelo. Siempre había querido verla con la melena pelirroja sin amarrar. Y a ella, un acto que hace meses le habría resultado demoledor, la hizo sentir más sexy que nunca.

Agitó la cabeza y los rizos cayeron como una cascada naranja sobre sus hombros. Patrick los acarició y luego tiró de su cabeza hacia abajo para besarla mientras ella le hacía el amor.

Y de esa forma, con el pelo suelto y las cicatrices besadas, los dos supieron que el otro había conseguido lo imposible: curar su alma en medio de una sesión de sexo increíble cargado de mucho, aunque todavía no confesado, amor.

Capítulo 23

Patrick despertó y se quedó embobado mirando a la mujer que dormía profundamente entre sus brazos.

—Buenos días —le dijo ella con una sonrisa abriendo sus ojos azules solo para él.

—Buenos días —contestó y dejó salir un enorme suspiro—. ¡Dios, eres preciosa! —sentenció y se acercó a besarla—. No me canso de mirarte —comentó cuando se separaron.

—Gracias —añadió regalándole una hermosa sonrisa.

—¿Estás bien? Quiero decir, no estás arrepentida ni nada, ¿no? —cuestionó nervioso.

—Nunca, Patrick, jamás me arrepentiría —sentenció muy seria—. ¿Tú estás bien? Siento si anoche invadí tu intimidad —ante la cara de él de no entender, aclaró—, ya sabes... toqué y besé tu pecho, las cicatrices, algo me dice que nadie lo había hecho jamás.

—Y no te equivocas —le contó—. Desde mi operación no había vuelto a estar íntimamente con una mujer, me daba miedo sentir el rechazo.

—Hay que estar loca para rechazarte —sentenció—. No solo eres guapísimo, sino que además eres uno de los mejores hombres que he conocido en mi vida —alzó la cabeza hasta alcanzar sus labios y le besó—. Siento que no puedo dejar de besarte nunca.

—Pues no lo hagas —sentenció como preámbulo de otro apasionado encuentro.

Unas horas después, mientras permanecían abrazados en el sofá del salón, Patrick, que había estado muy pensativo, le dio a Ángela una buena noticia.

—Sígueme al baño, Esthela —le ordenó, mientras estaban en la casa siempre actuaban en sus papeles, ella obedeció imaginando que tenía algo que decirle que no tenía relación con la misión, hablaban esas cosas en el baño, con el grifo abierto por si había micrófonos.

—Van a creer que somos los más limpios del complejo —bromeó y él sonrió—. ¿Qué ha pasado?

—Quería darte una sorpresa —informó tomando sus manos—. Llevamos un mes en esta misión, sé que estás agobiada, triste y que echas de menos a tus hijos —ella solo asintió mirándole con sus ojos azules muy abiertos, a la

expectativa de sus palabras—. Vamos a pasar este fin de semana con Nathan y Jon, en Los Hamptons con mis padres.

—¿En serio? —cuestionó lanzándose a sus brazos—. ¡Gra-cias!

—Tan solo tengo que hacer una llamada a Brendan y nos marchamos, vete haciendo la maleta —por toda respuesta ella le besó intensamente y se fue.

—Ey, Brendan, tío —saludó—. Tengo que pedirte un favor enorme —al otro lado el joven irlandés se mostró muy solícito de ayudar a su amigo—. Verás, tienes que cubrirme con el viejo este fin de semana, a Esthela le está sentando muy mal el embarazo —Brendan se preocupó del estado de salud de la señora Ripper—. Sí, ella está bien, solo las cosas normales: náuseas, vómitos, hormonas alteradas... —«lo mismo que tienes tú en casa y no ves, idiota», pensó—. El tema es que me la quiero llevar a pasar unos días en una casita que tienen unos amigos en Vermont, para que se relaje y mimarla un poco —O'Railly aceptó—. Gracias, amigo, te debo una.

El camino desde el complejo hasta los Hamptons fue una agonía para Ángela que no veía el momento de abrazar a sus pequeños. Patrick hablaba sin parar, tratando de distraerla.

—Te va a encantar la casa, Angie, no es muy grande, no vayas a esperarte una mansión como las que tienen en la zona todos los ricos y famosos, es modesta, pero muy acogedora, con acceso directo a la playa. Eso sí, a la pública.

—Seguro que será fantástica.

—Tengo un montón de ideas para hacer juntos, los cuatro, ¿crees que los niños querrán? —le preguntó, realmente temía la reacción de los pequeños.

—Jon estará encantado, le gustaste desde el primer momento, Nathan quizás te lo pone un poco más complicado, pero cederá —le dijo de una forma que le dio pie a pensar a él que algo le rondaba la cabeza.

—¿Qué te preocupa? —cuestionó y Ángela sonrió. Después de pasar la noche juntos y desnudar su cicatrices, físicas y emocionales para ella, Patrick parecía ahora mucho más abierto y capaz de leerle el pensamiento. ¿Era ese el tipo de conexión del que Sarah hablaba? No recordaba haberla sentido jamás con Thomas.

—No se te escapa una, ¿eh? —inquirió divertida.

—Soy policía, tengo un radar muy fino —contestó bromeando y puso su mano sobre el muslo de ella que quedaba el descubierto por el corto vestido veraniego que Hannah le había regalado una tarde que fueron de compras, en un gesto de total complicidad—. Cuéntamelo, por favor.

—Creo que deberíamos definir qué somos antes de presentarnos ante mis hijos y tus padres. ¿Te has dado cuenta? Solo hemos pasado una noche juntos y ya estás haciendo planes para los cuatro como si fuéramos una familia.

—¿Te molesta? —preguntó devolviendo la mano al volante.

—¡No! —chilló—. Me encanta —aclaró—, pero tengo que estar segura de que no es un espejismo, un producto de la euforia y la segregación de las endorfinas que supone el sexo —Patrick desvió un momento la mirada de la carretera para mirarla a ella y soltó una carcajada como no le había oído nunca—. ¡Anda, mira! Patrick el serio se ríe de mí —exclamó contagiándose de su risa—. Hablo en serio, los niños son muy sensibles y llevan fatal los cambios, si se encariñan contigo no quiero tener que decirles cuando todo esto acabe que no volverán a verte.

—No me río de ti, me ha hecho gracia lo de las endorfinas. Por un momento me he sentido atrapado en una escena de Bones —ella le miró raro en esta ocasión—. Ya sabes, la serie de la tele, la de la antropóloga forense y el agente del FBI, tienen muchas escenas de los dos en el coche y de repente ella empieza a hablar raro y le desconcierta, como tú ahora.

—Sí, sé cuál es, pero soy más de Castle —contestó y pensó que Patrick se iba por las ramas a propósito, eso la asustó.

—Lo sé, llegaste a la comisaría buscando a nuestro asesor civil —bromeó de nuevo hasta percatarse de que ella estaba seria de verdad.

—Patrick, por favor —le rogó.

—Angie, ¿quieres poner nombre a lo que tenemos? —ella asintió.

—Uno que mis hijos puedan entender.

—Vale —aceptó de buen grado—. Somos novios —respondió—. Y estamos juntos porque nos gustamos mucho desde el principio y todo este mes que hemos estado trabajando como compañeros nos hemos dado cuenta que queremos ser una pareja de verdad. ¿Te parece una buena explicación? —le dijo, aún era pronto para la confesión completa, esperaba que ella no necesitara escucharla todavía.

—Habla por ti, chaval —contestó jugando con uno de sus rizos, esa mañana había decidido dejarse el pelo suelto—. A mí el principio me caíste fatal —ambos volvieron a reír—. Me encanta la explicación y me encanta tu risa. Patrick la miró y le guiñó el ojo con picardía volviendo a colocar su mano ardiendo en el muslo descubierto de la pelirroja.

Cuando por fin llegaron a la playa, Ángela no se lo podía creer. Veía a los niños correr por ella tras un gracioso cachorro de labrador blanco mientras la

madre de Patrick les vigilaba atenta. Al verlos, Mildred Cooper abrió mucho los ojos y su hijo le hizo una señal para que no hablara.

Angie se quedó quieta en la arena, con las manos en las caderas y gritó.

—¡¡Nathan, Jon!! —los pequeños se giraron al reconocer la voz de su madre—. ¿No saludáis a mamá? —preguntó sonriendo y Patrick al verla, con esa sonrisa y el pelo alborotado por el viento, supo que ya no podría vivir sin ella. Las voces de los dos niños se oían por toda la playa gritando, «mami» hasta que la alcanzaron y la abrazaron con tanta fuerza que cayeron los tres en la arena.

—¡¡Cómo habéis crecido!! —exclamó—. ¡¡Estáis guapí-simos!!

—Y tú más mami —dijo Jon entre sollozos.

—¿Por qué tienes moratones en la cara? —preguntó Nathan asustado.

—No es nada, cielo, me di un golpe con la puerta del baño —le dijo siendo consciente de lo mal que sonaba eso—. Pero estoy muy bien, Patrick me cuida mucho.

—Te queda muy bien el pelo así, como lo llevabas antes de que papá se fuera al cielo —ella le sonrió y le abrazó más fuerte.

—Gracias, mi amor —contestó—. Vamos a saludar a Patrick, él me ha traído hasta aquí para daros una sorpresa.

—¡Agente Patrick! —chilló el más pequeño de los niños lanzándose a los brazos del hombre que, siguiendo un impulso que no supo de dónde venía, lo abrazó contra su pecho.

—Hola, amiguito —le saludó—. Llámame solo por mi nombre, ¿vale? —Jon asintió—. Ey, campeón —dijo ofreciendo su mano a Nathan para un saludo de hombres, sabía que el mayor de los hijos de Ángela era más reservado que su hermano—, me alegra verte.

—Gracias por traer a mamá —respondió estrechando la mano del adulto—. La hemos echado de menos.

—Y yo a vosotros —puntualizó ella—. Pero ahora vamos a estar aquí un par de días, luego tenemos que volver para acabar el trabajo, así que será mejor que disfrutemos.

Saludaron a la madre de Patrick que no pudo evitar la sonrisa al ver brillo en los ojos de su hijo. Sin duda la joven pelirroja y sus hijos significaban mucho para él. Patrick y su madre explicaron a Ángela donde estaban las cosas en la casa. Mildred les comunicó que aprovechando que ellos estaban allí, ella y su marido irían a ver cómo estaban las cosas por su casa en Washington, así tendrían tiempo para sí mismos y los pequeños. Los niños insistían en bajar a

la playa y contar a su madre todo lo que habían hecho durante ese mes. Después de ayudar a Ángela a deshacer el equipaje, esta les puso crema de protección solar por todo el cuerpo para evitar que se quemaran, a pesar de que los niños estaban ya muy morenos. Y, mientras ella bajó al salón en busca de Patrick, los pequeños fueron a por los flotadores que habían dejado en la habitación.

Mirando hacia el mar desde el amplio ventanal de la sala, Patrick pensaba en lo extrañamente cómodo que se sentía y en lo feliz que le hacía la idea de pasar el fin de semana con Angie y los niños, a solas, como una verdadera familia. Se le había ocurrido esta escapada como una forma de premiar a su compañera pero lo cierto es que, siendo cien por cien sincero, él también salía ganando.

—¿Podrías ayudarme con la crema por la espalda? —preguntó Ángela apareciendo de repente. Patrick sintió como su corazón se paró durante un segundo al verla frente a él, en bikini y con la crema en las manos esperando a que él se la extendiera por el cuerpo, como aquel día en la piscina, salvo que ahora el detective sabía lo que sus cuerpos juntos eran capaces de hacer, lo que lejos de tranquilizarse le puso más nervioso.

—Cla..., claro —tartamudeó. Sin duda sus encuentros íntimos de anoche y esta mañana en vez de dejarle satisfecho le habían vuelto adicto a ella. Mientras extendía el bronceador por la espalda de su compañera rezaba para que los niños aparecieran de una vez o no iba a poder controlarse e iba a cometer un error, lo menos que quería era que los pequeños les pillaran en una actitud comprometida antes de que su madre les explicara la nueva situación—. Esto no tiene casi protección, vas a quemarte —advirtió para distraer su mente de cualquier cosa que no fuera la piel de Ángela bajo sus manos.

—No, tranquilo —ella no estaba precisamente tranquila, le había parecido una buena idea pedirle que le ayudara con el bronceador, pero ahora ya no estaba segura. En su cabeza se reproducían las escenas de la noche pasada y su cuerpo comenzaba a reaccionar a las caricias de él. Y no debían, no hasta que hablase con los niños primero, ellos tenían que saberlo.

Cuando Patrick acabó no pudo aguantar más, con la respiración acelerada y una mirada de deseo en los ojos la agarró por los brazos atrayéndola hacia él y la besó con anhelo.

Tras la sorpresa inicial Ángela respondió dejándose llevar por el deseo, por los sentimientos, todavía ocultos. Permanecieron besándose unos minutos hasta

que unos pequeños pasos acercándose les trajeron de vuelta a la realidad, se separaron rápidamente y se miraron a los ojos en busca de respuesta.

—Ángela, lo siento, yo no debí... sé qué quieres hablar con ellos antes de que nos vean juntos pero... ¡anulas mi sentido común! —exclamó bastante alterado.

—No te preocupes, Patrick, me pasa igual, de repente no puedo dejar de pensar en que me toques y... —sonrió dejando la frase en el aire al ver a sus hijos ya a su lado—. Después hablamos —concluyó con una sonrisa.

—¡Vamos a la playa! —chilló Jon.

—Sí, tenemos mucho que contarte, mamá —dijo Nathan agarrando su mano y mirando a Patrick con algo de recelo.

—Claro, ¡andando! —contestó ella.

Una vez en la playa, Patrick invitó a los niños a nadar mientras que Ángela prefirió quedarse tomando el sol un rato. Les costó convencer a Nathan.

—Venga, cariño, ve a nadar con Patrick y Jon, será divertido —le apremió su madre que quería por todos los medios que su hijo mayor aceptase su relación con el policía.

—¿Él sabe nadar? —cuestionó.

—¡Es poli, idiota, claro que sabe! —contestó Jon agarrando la mano de Patrick para ir hacia el agua.

—Cielo, confía en él —dijo la pelirroja mientras acariciaba el pelo de su hijo—. ¡Ojalá hubieras podido ver lo bien que me ha cuidado estos días!, es un héroe —mientras hablaba veía como el semblante del pequeño cambiaba—. Hemos visto a los tíos, Patrick es amigo del tío Henry y tanto él como la tía Sarah están muy contentos de que trabajemos juntos—. No me gusta que tengas moratones —contestó acariciándola con cuidado de no hacerle daño.

—Lo sé, pero no son porque Patrick no me haya cuidado, simplemente me di, estaba despistada y no vi que la puerta estaba cerrada, como cuando la tía Sarah se hizo un esguince porque no vio el último escalón del jardín, ¿te acuerdas? —el niño asintió sonriendo, ese día su tía se había caído llevando en las manos un pastel de chocolate y se había puesto perdida—. Pues igual, solo un accidente.

—Está bien, mami, te creo —contestó—. Voy a bañarme con ellos, quiero que Patrick vea que su padre me ha enseñado a nadar como un hombre.

—Muy bien, mi amor, yo iré en un rato —Nathan dio un beso a su madre y corrió al agua.

A partir de esa charla la actitud del pequeño con Patrick comenzó a cambiar.

—¡Patrick, mira lo que sé hacer! —gritó el primogénito de los Sims antes de meter la cabeza bajo el agua en el mismo instante en que el detective se giraba para rescatar a Jon que acababa de tragar agua.

—¿Estás bien? —preguntó asustado, lo menos que quería era que Ángela pensara que no cuidaba bien de sus hijos.

—¡No lo has visto! —le acusó el otro niño.

—Lo siento, Nathan, pero tu hermano estaba tragando agua, tenía que ayudarle. Hazlo otra vez.

—No —le gritó enfadado—, me voy con mamá —¡qué desastre! Lo había vuelto a estropear con él.

El niño caminó enfadado hacia donde Ángela tomaba el sol y se sentó en una toalla a su lado.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Se ha enfadado conmigo porque no he visto lo que aprendió a hacer, pero es que Jon se estaba ahogando —replicó cuando llegó a su altura con el aludido en brazos.

—¿Cómo que se estaba ahogando? —dijo asustada incorporándose de un salto—. ¿Estás bien, nene? —preguntó con esa dulzura que hacía que los sentimientos de Patrick se desbordaran.

—Sí, solo tragué un poco de agua —informó haciéndose el duro, no quería que su amigo creyera que era un niño pequeño.

—Nathan, cielo, seguro que Patrick siente haberse perdido tus logros, pero tenía que ayudar a tu hermanito.

—Es cierto, perdóname, ¿vale? Si quieres

—Ya no tengo ganas de bañarme más —dijo visiblemente molesto..

—¡Vamos a jugar con la arena! —propuso Jon.

—Sí, vamos —los niños desaparecieron dejándoles solos.

—Soy un desastre, Ángela, Jon casi se me ahoga y Nathan está enfadado conmigo porque no le hice caso, lo siento.

—No digas tonterías, hiciste lo que tenías que hacer, Nathan acabará por entenderlo o se le olvidará. Escucha Patrick —le dijo sabiendo dónde radicaba una parte de su preocupación—, no tienes que demostrarme nada, me gustas mucho, me siento bien contigo y sé que eres un buen hombre y que serás bueno con mis hijos, tranquilízate, ¿vale? —él asintió mirándola embelesado, y permanecieron en silencio un momento, Ángela le miraba y veía como sus labios habían adquirido un tono azulado, sin pensárselo mucho se acercó poco a poco a él y le besó tiernamente—. Estás helado —susurró

cuando se separaron—. Tenías los labios azules y pensé darles un poco de calor para que recuperasen su tono normal.

—Gracias, demasiado tiempo en el agua —respondió antes de volver a atrapar sus labios en un nuevo y apasionado beso que les hizo caer sobre la arena. Permanecieron ajenos a cualquier otra cosa que no fueran ellos hasta que escucharon gritos.

Cuando volvieron la cabeza hacia los niños, los vieron enzarzados en una pelea, se pegaban y tiraban de los pelos como Ángela nunca les había visto hacer antes. Patrick y Ángela se levantaron y corrieron hasta ellos para separarles, ella cogió a Jon en brazos mientras que él hizo lo mismo con Nathan.

—¡Ya basta! ¿Qué significa esto? —les amonestó en su mejor tono de madre.

—¿Por qué os peleáis de esta manera? —inquirió él en pose de policía.

—Me tiró arena en los ojos —gritó revolviéndose del agarre del detective para tratar de volver a alcanzar a su hermano.

—Él me mordió, mira.

—¿Por qué mordiste a Jon? —preguntó extrañada, Nathan siempre había sido muy protector con su hermanopequeño.

—Pisómicastillo.

—Fue sin querer, tropecé y me caí.

—¡Ya basta! —les gritó—. Nathan, ya sabes que como hermano mayor debes cuidar y proteger a Jon, confío en ti para eso —le riñó molesta—. Se acabó la playa por hoy, ahora volveremos a la casa, os daréis un baño, cenaréis y a dormir.

Patrick la miraba de reojo en silencio. Él no quería meterse en la forma en la que educaba a sus hijos, pero le parecía que ella misma, quizás inconscientemente, había cargado sobre los hombros de Nathan demasiada responsabilidad.

Como Ángela había dicho, ayudó a los niños a ducharse, cenaron, tuvieron una charla donde los pequeños prometieron a su madre no volver a pelearse nunca más y los metieron en la cama. Patrick se encargaba de leerles un cuento mientras ella se duchaba, a Ángela le pareció una buena idea dejarles a solas de nuevo.

Cuando salió del baño Ángela se dirigió a la habitación de los niños, se asomó a la puerta y vio como Patrick arrojaba a Jon.

—Menudo día, ¿eh?, son agotadores —dijo con una sonrisa.

—Lo son, y la pregunta es, ¿estás preparado para esto? —cuestionó—. Sé

que eres muy responsable y fiel cuando te comprometes con algo, y aunque eso son rasgos que en algunas situaciones me ponen de mal humor, los valoro mucho cuando se trata de mis hijos, somos un pack indivisible, si me tienes a mí, los tienes a ellos —no quería sonar dura, ni que pareciera que le estaba imponiendo nada, pero debía estar segura de que él no saldría corriendo una vez explicaran a los niños su relación, no había vuelta atrás.

—Preparado no sé —contestó sincero—, pero seguro sí, al cien por cien de que os quiero a los tres del pack indivisible en mi vida, Angie —su respuesta venía acompañada de esa mirada en la que la pelirroja había aprendido a leer y que ratificaba sus palabras—. Tendrás que enseñarme a hacerlo, cometeré errores y seguro que a veces creerás que tienes tres niños en vez de dos, pero no os fallaré —sentenció enlazándola por la cintura—, palabra de detective —respondió sellado su promesa con un beso.

Cuando se quedaron a solas en la habitación Patrick dejó vagar sus manos libremente por el cuerpo de su compañera deshaciéndose poco a poco del fino vestido que llevaba puesto, de manera lenta y suave, como si temiera hacerle daño, acariciaba su piel quemada por el sol mientras la besaba con deseo. Paró ante un nuevo escalofrío de ella.

—¿Estás segura de que te sientes cómoda haciendo esto con los niños cerca? Si quieres lo dejamos...

—Llévame a la cama, Patrick —le ordenó y él la cogió en brazos obedeciendo, como siempre hacía, la orden.

A la mañana siguiente, los gritos provenientes de la habitación de los niños despertaron a Patrick temprano. Se levantó sin hacer ruido para no despertar a Ángela y fue a ver qué les pasaba.

—¡Buenos días, amigo! —le saludó alegremente Jon.

—Hola, Patrick. ¿Dónde está mamá? —cuestionó Nathan.

—Duerme, así que no gritéis mucho.

—¡Pero si ya es de día! —exclamó alterado—, y mamá siempre se despierta antes que nosotros, ¿está enferma?

—No, pero es muy temprano, tenemos que dejarla descansar, ¿vale?

—¿Por qué no durmió?

—Porque... —pensó unos segundos— echaba de menos su cama, le costó dormirse —respondió para salir del paso. Desde luego no iba a contar a un niño de siete años el motivo de por qué no habían dormido mucho.

—Y, ¿todos estos días que habéis estado trabajando juntos y no ha dormido

en su cama tampoco ha descansado? —Patrick suspiró al sentirse acorralado, por suerte el otro niño habló salvándole.

—¿Tú no le constaste un cuento como a nosotros? —quiso saber Jon con inocencia.

—¿Dormiste con ella? —dijo volviendo Nathan a tomar el testigo.

—Sí.

—¿Juntos como la tía Sarah y el tío Henry? ¿Vamos a tener un hermano?

—No, no es eso —los niños empezaban a desquiciarlo y, aunque le daba pena, estaba deseando que Ángela se despertase.

—Pero mamá me explicó que cuando dos personas duermen juntas y se quieren tienen niños.

—¡Eso!, por eso nuestra tía ha tenido a Stephanie y Samuel, porque ella y nuestro tío se quieren mucho.

—Pero... esto es diferente, ellos están casados y... vuestra madre y yo no..., nosotros no vamos a tener ningún bebé, además cuando dije que sí, quería decir que sí le conté un cuento para que se durmiera —los dos estaban de acuerdo en que los niños debían saber de su relación, pero tenían que tener esa charla con ellos los dos. Cuando parecía que por fin se habían quedado tranquilos Nathan volvió a preguntar.

—¿Tú quieres a mamá? —así, sin más, el reservado y algo paranoico de Nathan Sims lanzó la pregunta del millón y Patrick, aunque algo cohibido pensó que, teniendo en cuenta el recelo que el niño aún sentía hacia él, era mejor decirle la verdad.

—Claro que la quiero, mucho —reconoció por primera vez en voz alta, lástima que no hubiera sido a ella.

—¡Entonces cástate con ella! —dijo Jon como si fuera lo más obvio—. Así nosotros tendríamos un papá.

—¡Ya tenemos uno! —chilló su hermano—, solo que está en el cielo —repuso con una tristeza que afectó también a Patrick. El fantasma de Thomas Sims no solo se interponía entre él y Ángela, sino también en su relación con Nathan.

—¡Lo sé! —contestó el pequeño en un tono de burla—, pero así tendríamos también uno aquí. ¿Quieres, Patrick? —el detective asintió.

—Chicos, vuestra madre y yo queremos hablar algo con vosotros —anunció—. Ahora iremos a desayunar y después la despertaremos para hablar, ¿os parece bien? —los dos aceptaron conformes.

Consiguió que se tranquilizaran un poco, los había engatusado con la idea de

hacer el desayuno para llevárselo a Ángela a la cama. Preparó café mientras Nathan exprimía naranjas para un zumo, poniendo perdida la cocina, y Jon vigilaba atentamente la tostadora.

—Yo me encargo de despertarla, no quiero que la asustéis —les dijo estando los tres parados frente a la puerta. Patrick la miraba dormir, era como un sueño, siempre le había parecido una mujer hermosa y por un momento deseo haber hecho este viaje solo con ella, se pasarían el día juntos, movió la cabeza para desechar esos pensamientos, ya tendrían tiempo de viajar solos, en ese momento y con todo lo que había pasado, Ángela necesitaba a sus hijos.

Se acercó a la cama donde dormía, puso la bandeja con el desayuno sobre la mesilla de noche y se sentó a su lado.

—Angie, despierta, te hemos hecho el desayuno —dijo moviéndola con suavidad cuando lo que le apetecía era despertarla con un beso.

—¿La ha llamado Angie? —preguntó Nathan a su hermano.

—Sí, ¿qué tiene de malo? Se llama así, no veo el problema.

—Pero solo los tíos la llaman así —contestó sin dilación.

—¡Eh! vosotros dos, ¿qué cuchicheáis?

—Nada Patrick, es solo que..., no recordábamos que mamá fuera tan desordenada —respondió mirando el cuarto, lo cierto es que parecía que en aquella habitación se había librado una batalla, había ropa por todas partes y las sábanas de la cama revueltas.

—Te he oído

—Buenos días —saludó en tono alegre—, preciosa.

—Hola, mami, te hemos hecho la merienda.

—¡Desayuno, idiota!

—No insultes a tu hermano —le recriminó Patrick esperando que Ángela no se molestara—. ¡Son incansables!, se han despertado hace más de una hora, no es ni medio normal.

—¿Por qué no me despertaste? —preguntó confundido .

—Estabas tan guapa dormida, anoche no dormiste mucho.

—¿Y quién tuvo la culpa? —respondió besándole ante la atónita mirada de sus hijos—. Esto que acabáis de ver es algo que tenemos que contaros —aclaró—. Patrick y yo hemos pasado mucho tiempo juntos en el trabajo y hemos acabado gustándonos —dijo, le habría gustado decir «enamorándonos», pero no estaba segura de que Patrick estuviera aún listo para oír eso, si ella supiera lo que él había dicho a sus hijos— y hemos decidido ser novios.

—Patrick nos ha dicho que... —comenzó a hablar Jon.

—Que estoy encantado de ser tu novio y que seré muy feliz si los tres me aceptáis en vuestra familia —dijo interrumpiéndolo, quería ser él mismo quien descubriera a Ángela sus sentimientos.

—Por mí vale —aceptó el más pequeño de buen grado.

—Y por mí, me encanta que estés en nuestras vidas —dijo ella con una gran sonrisa.

—¿Qué me dices, Nathan? —preguntó.

—Me caes bien, aunque me da miedo algo —confesó.

—¿El qué, cielo? —cuestionó su madre, aunque se lo imaginaba.

—Eres policía, tengo miedo de quererte y que te mueras como nuestro padre —las palabras del niño hicieron llorar a Ángela que lo abrazó con fuerza contra su pecho sin saber qué decir, ese era también uno de sus mayores miedos al decidirse a tener una relación con Patrick.

—Verás, colega —le dijo—, es verdad que mi trabajo es peligroso, pero te prometo que ahora que estoy en vuestra familia tendré más cuidado que nunca, igual que vuestro tío Henry —en las horas que llevaba con ellos había aprendido mucho sobre Nathan, y sabía que Henry era importante para él y un ejemplo de bien hacer—. Él también tiene un trabajo peligroso y vuelve siempre a casa, ¿verdad? —el niño asintió mirándole con sus ojos azules lacrimosos—, pues yo también lo haré.

—Vale, entonces sí, quiero que seas el novio de mamá —aceptó.

—¿Qué tal si le damos a Patrick un gran abrazo de bienvenida a la familia?

—sugirió Ángela y los cuatro se abrazaron felices.

La conversación dio pie a que el fin de semana fluyera con una facilidad y un ambiente que hizo que Patrick aceptara una vez más que Ángela y los niños se habían convertido en el centro de su vida.

Los miraba a los tres y sabía que estaría perdido sin ellos. Nunca podía haber imaginado que encontraría el amor de esa forma en la triste mirada de aquella fotografía que llegó a su vida sin esperarla y que, además, llegaría a querer también a esos dos niños que, aunque en ocasiones le volvían loco, la mayor parte del tiempo le hacían sentir como un héroe.

Pasaron un sábado en familia. Jugaron en la playa, fueron al cine y cuando los niños se durmieron ellos tuvieron una velada romántica en la terraza a la luz de la luna.

El domingo por la mañana llegaron sus padres y tras la comida, ellos debían volver a la ciudad.

—Portaos bien —dijo Ángela abrazando a los niños—. Haced caso y no peleéis.

—Sí, mamá, tened cuidado —puntualizó Nathan hablando, ahora, en plural.

—Lo tendremos, campeón —concluyó Patrick, y se marcharon.

Capítulo 24

Mientras Ángela y Patrick sentaban las bases de su nueva vida juntos, el mundo había seguido girando. Brendan O'Railly se encontraba en la barra de su pub irlandés, un capricho que su padre le había concedido años atrás, observando como este realizaba una compleja transacción económica con uno de sus mayores socios.

Vladimir Rasputin era un ruso de más de dos metros de alto, pelo rapado y ojos azules tan fríos como las estepas de su país natal.

Brendan prefería mantenerse en un segundo plano cuando su padre tomaba el control de las actividades de la familia. Normalmente, el viejo no salía de su lujoso despacho para tratar con los narcotraficantes, pero con Putin siempre hacía una excepción.

—Mi abogado está fuera este fin de semana, pero confío en que después de tantos años no vas a engañarme —sentenció firmando los papeles que el ruso le había dado tras ojearlos por encima.

—Nunca, O'Railly, hace años que somos familia —dijo serio, mostrando el dedo donde estaba su anillo de bodas. Dos años atrás se había casado con una de las sobrinas de Seamus en una boda que Brendan no alcanzaba a entender, siempre creyó que su padre había vendido a su prima Shioban a aquel hombre.

—¿Cómo está mi pequeña sobrina? —preguntó.

—Ya sabes cómo son las mujeres, quiere un crío, le he dicho que si esto sale bien lo celebraremos teniendo uno —se jactó con una gran sonrisa y Brendan puso una mala cara que no pasó desapercibida para Hannah que en ese momento llegaba.

—Avísame del feliz acontecimiento —contestó Seamus levantándose—. Brendan, como siempre ya he hecho el trabajo sucio, lo que queda es cosa tuya y de Ripper, ¿cuándo vuelve? —inquirió desde la puerta.

—El domingo a media tarde estará de vuelta en el complejo, su esposa necesitaba unos días fuera, el embarazo la tiene mal.

Los ojos de Hannah se entristecieron, cuando su amiga le contó que también estaba embarazada ella supo que sus situaciones serían completamente diferentes, y no se había equivocado: Omar se llevaba a Esthela a pasar un fin de semana romántico lejos de los O'Railly; Brendan ni se había percatado de

que ella vomitaba todos los días.

—¡Cuánto nuevo nacimiento! —exclamó—. Así me gusta, hay que ampliar la familia —dijo y antes de irse del todo gritó—. ¡Menos vosotros dos! —ordenó—. No quiero un nieto americano, así que ya sabes cómo debes divertirte con esta.

La joven morena no pudo evitar llevarse las manos a su vientre todavía liso. ¿Es que nadie quería a su bebé? Ella. Pasado el susto inicial, le adoraba, y haría lo que fuera por mantenerle a salvo, a ser posible, lejos de los O'Railly. Pero para eso, primero tenía que sacar a Brendan de ese mundo.

—Bren, cielo, ¿podemos hablar un momento? —le preguntó. Había llegado la hora.

—Ahora no, nena —le contestó besándola rápidamente—, tengo que cerrar un tema con Putin y hacer una llamada.

Unas horas después, sentado en su despacho con decoración irlandesa, Seamus O'Railly negaba con la cabeza ante las imágenes que el encargado de seguridad del complejo le mostraba.

—No puede ser —sentenció dando un puñetazo en la mesa—. ¡Tráemela aquí ya! —ordenó.

Patrick dejó a Ángela en el dúplex y, tras besarse como adolescentes enamorados, se marchó al pub. Tenía que ver a Brendan y preocuparse por los negocios para disimular.

Ella le vio alejarse y no pudo quitar la sonrisa tonta de su cara. ¿Quién iba a decirlo? ¡Después de tanto tiempo volvía a sentir mariposas en el estómago!

—Ey, pelirroja de Ripper —escuchó la voz de uno de los chicos de O'Railly.

—Me llamo Esthela —contestó, odiaba como la trataban— ¿Qué necesitas?

—El viejo quiere verte —respondió sin más.

—Omar ha ido donde Brendan, dile que le llame, yo no tengo nada que tratar con él.

—Pero él quiere verte, y él manda, muñeca, así que, vamos —le ordenó y Ángela prefirió hacerle caso y no cabrear a Seamus, seguramente sería para alguna tontería. Esperaba que no se hubieran enterado del embarazo de Hannah mientras ellos estaban fuera, le había prometido a su amiga que la acompañarían en ese momento.

El irlandés condujo durante un rato sin apartar la vista de la carretera desde la zona aislada del complejo O'Railly hasta un lugar aún más apartado.

—Oye... —trató de recordar su nombre, pero no le vino a la cabeza, estaba

nerviosa— ¿Se puede saber a dónde vamos? Pensé que me llevabas a la ciudad, a las oficinas del viejo.

—Va a recibirte en un lugar mucho más especial, linda.

Angie notó como el corazón se le aceleró e intentó sacar el móvil del bolso para avisar a Patrick, pero el hombre se lo impidió.

—De eso nada, tu marido no está invitado a esta fiesta —amenazó apuntándola con una pistola que ella no sabría decir de dónde sacó, en su cabeza solo un pensamiento: ¡Si sobrevivía a su encuentro con Seamus O'Railly, Patrick la mataría!

Cuando llegaron al lugar, una fábrica abandonada lejos de todo, el viejo O'Railly ya les esperaba en la puerta. Se acercó a ella y le abofeteó.

—Bienvenida Esthela, ¿o debería decir Ángela? —preguntó con un tono de voz cargado de resentimiento.

—¿Quién es Ángela? —cuestionó, aunque el bofetón la había aturdido sabía que no debía salirse de su papel.

—Tú, maldita sea, no trates de engañarme más —gritó—. Ángela Sims, de soltera Spencer, viuda del Comandante de la Marina Thomas Sims, muerto en combate y madre de dos niños —le dijo tirando de ella hasta el interior de la fábrica—. Siempre me gustaste, ¿sabes? La sumisa esposa escocesa de mi nuevo hijo americano, pero ¡todo era una mentira! y, ¿sabes qué? —preguntó, aunque no la dejó hablar—, ¡Odio a los mentirosos casi tanto como a los traidores!

—Se está equivocando y a Omar no va a gustarle eso, si algo me pasa a mí o a nuestro bebé...

—¡No juegues con eso! —chilló—. La maternidad es algo sagrado, y tú ya deberías saberlo... por cierto —dijo tras recibir un mensaje con una fotografía que le mostró y heló la sangre en las venas de Ángela—, tu pequeño es un niño muy guapo —en aquella imagen, otro de los secuaces de O'Railly llevaba en brazos a un dormido Nathan.

—¡No te atrevas a hacerle daño o yo misma te mataré! —gritó aterrada.

—De eso nada, preciosa, vas a quedarte aquí encerrada hasta que tenga al mentiroso detective Cooper a mis pies —y sin más la empujó hacia una habitación oscura y pequeña donde Ángela gritó hasta la extenuación pero nadie la escuchó.

Patrick notó que algo raro pasaba desde que llegó a la puerta del pub de Brendan y lo encontró cerrado. Sacó el móvil para llamar a su amigo y

palideció al leer un mensaje en su teléfono seguro.

—Brendan, tío, ¿dónde estás? —el irlandés le explicó que había habido un problema con la mercancía de Putin, que debían verse en los muelles y que fuera preparado para un enfrentamiento con los rusos—. Está bien, avisaré a la caballería —y vaya si lo hizo, mandó un mensaje a la comisaría. El duelo final iba a comenzar.

Ángela se paseaba desesperada en aquel pequeño habitáculo sin casi ventilación donde Seamus O'Railly la había metido. El mafioso había descubierto su tapadera, por culpa de aquel mensaje que mandó a Sarah en un momento de debilidad y ahora la tenía a ella encerrada y habían secuestrado a Nathan.

Su pequeño, no se lo podía creer. Nunca tendría que haber aceptado esta locura. Si ella hubiera sido más sensata, ahora su hijo no estaría en peligro, ni él ni Patrick. Sintió un escalofrío al pensar en su compañero, en el que era ahora su pareja. No sabía si él querría seguir siéndolo después de esto. Siempre atesoraría en su corazón los recuerdos de aquel fin de semana que habían pasado en los Hamptons con los niños como una verdadera familia.

—Protégeles, Thomas, si de verdad existe el cielo y estás por ahí arriba, no permitas que nada malo le pase a nuestro hijo y no dejes que pierda a Patrick —rogó en voz alta.

—Tú, monada, vamos, ya es hora de poner punto final a esto —la autoritaria voz del viejo O'Railly la trajo de vuelta a la realidad.

—¿Qué va a hacerme? —preguntó asustada.

—A ti por el momento nada, pero te necesito para torturar un poco más a ese detective mentiroso.

—¿Y mi hijo?

—El mocoso estará bien mientras ninguno de vosotros trate de hacerse el héroe. Está con Brendan y sabes que ese idiota hijo mío no le haría daño ni a una mosca —Ángela no pudo evitar respirar un poco más tranquila, sabía que Brendan no le haría daño a Nathan—. Vamos, el idiota del poli está en el muelle, le hemos hecho creer que ha habido problemas con la mercancía rusa y está esperando para verse con ellos y pelear en nombre de los O'Railly. ¡Estúpido americano! —refunfuñó.

Salieron de la habitación donde tenían a Ángela y la subieron a un coche con los ojos vendados y las manos esposadas a la espalda. El chófer condujo hasta que su jefe le gritó para que parase.

—Eh, Ripper —gritó al bajarse llamando la atención de Patrick—, el ruso me ha traicionado.

—¿Qué pasó? —preguntó corriendo hacia ellos.

—¡No, Patrick! —le chilló Ángela desde el coche—, es una trampa, nos han descubierto y tienen a Nathan.

—¡Que te calles! —bramó O’Railly tirando de su pelo y poniendo la pistola en la garganta—. Ya la has oído, Ripper, o debería decir Cooper, el gran Patrick Cooper de narcóticos.

—No le hagas daño, más te vale que no le toques ni un pelo a ella ni al niño o te mataré con mis propias manos, O’Railly —le amenazó, el ruido de otro coche les hizo girarse a todos.

—Padre —gritó Brendan—, ¿qué vamos a hacer con el mocoso este? —preguntó señalando a un aterrado Nathan que lloraba a su lado.

—¡Nathan! —gritó Ángela y el viejo apretó más el arma.

—Mami —gimoteó el niño y corrió hacia ella generando una situación caótica y peligrosa.

—Sálvale a él, Patrick, por favor, salva a mi pequeño —le rogó.

—A los dos —sentenció al ver la señal que García le hacía desde detrás de un edificio—. Este lugar está lleno de policía, tienes dos opciones, O’Railly: o sales de aquí vivo y esposado directo a la cárcel, o sales muerto en una bolsa de plástico al cementerio; de ti depende.

—¿De verdad quieres que me crea eso? Llegaste aquí creyendo que esta cita era para pelear con los rusos, y te he tenido vigilado todo este tiempo, no has avisado a nadie.

—Tecnología de última generación cortesía de unos amigos de la CIA —dijo mostrando el dedo donde estaba la alianza—. Hemos estado en contacto con mis compañeros de la novena todo este tiempo, y ella también.

—¡Maldita sea! Brendan, dispara al niño —ordenó.

El joven miró primero a Ángela y después a Patrick, había llegado a considerarlos buenos amigos.

—No puedo hacerlo, padre, no es más que un crío.

—Siempre tengo que hacerlo todo yo —y sin más apuntó en dirección a Nathan y apretó el gatillo.

—¡No! —se oyó el grito de Ángela en todo el muelle.

Acto seguido todo pasó demasiado rápido. O’Railly cayó a su lado y ella se quedó unos instantes en shock. ¿Qué había pasado?

—¡Ángela! —escuchó la voz de García tras ella—, ¿estás bien? —preguntó, pero ella no pudo contestar.

—¡Patrick! —oyó ahora gritar a Hunter—. Le han dado a Patrick, llamen a una ambulancia.

—¡Nathan! —gritó ella por fin saliendo del letargo—. ¿Dónde está mi hijo?

—Aquí —la voz débil de su compañero desde el suelo—. Está bien, solo asustado.

El niño salió de debajo del cuerpo de Patrick, sin un rasguño y se abrazó a su madre.

—Él me salvó, mamá, me salvó y le mataron.

—Ey, colega, no estoy muerto.

—¡Patrick! —Ángela se dejó caer junto a él y rompiendo su camiseta presionó la herida—. No hables, ¿vale?

—Tengo mucho frío —dijo mirándola con los ojos casi en blanco—. No me dejes ir, Ángela.

—Shhh... no, no te vas a ir a ninguna parte, aguanta, vale, respira y no hables.

—Tengo sueño, yo... Angie, te amo —murmuró antes de perder el conocimiento en sus brazos.

—¡Noo! Patrick, por favor, no me hagas esto, no me dejes tú también, lo prometiste.

—Ángela —García puso la mano en su hombro, las sirenas resonaban en todo el lugar—, deja que los médicos le atiendan. Vamos, te llevaré al hospital.

—Siento mucho todo esto —le dijo Brendan mientras le subían al coche policial—. ¿Cuidarás de Hannah?

—Lo haré —prometió—. Y gracias por no disparar a mi pequeño.

—Pero mi padre disparó al poli...

—No tienes la culpa de las cosas que tu padre ha hecho, Brendan. Todo va a arreglarse, no eres un mal hombre, solo has crecido en un mal ambiente —dijo abrazándole y él le agradeció sus palabras con una sonrisa triste.

Capítulo 25

Llegaron al hospital y les mandaron a la sala de espera. García llamó a la madre de Patrick para darle la noticia e informarle que Nathan y Ángela estaban bien.

La señora Cooper se sentía culpable porque el niño estaba a su cargo cuando se lo habían llevado.

—¿Quieres un café o algo, Angie? —preguntó solícito.

—No, gracias, Carlos —contestó mirándole con los ojos tristes, otra vez, como cuando la conocieron.

—Y tú, muchachito, ¿quieres algo? —Nathan solo negó con la cabeza—. Ey, cambiad esas caras, Patrick se pondrá bien, es muy fuerte.

—Me da miedo por su corazón, ya sabes, por su operación y todo eso, ¿y si no lo resiste? —al decir esas palabras recordó la noche en la que Patrick se había sincerado por fin con ella, «me hicieron un trasplante de corazón hace tres años», le dijo con lágrimas en los ojos.

De repente un dato saltó en su cabeza. Tres años... y entonces recordó algo.

El teléfono sonó sacándola de sus pensamientos. La voz al otro lado ni se identificó, tan solo se aseguró de que era ella y dejó salir las palabras que le rompieron el corazón: «su marido ha sufrido un grave accidente en Afganistán, le han sometido a una operación de emergencia en el portaaviones y ahora mismo le están trasladando a Washington».

Sarah y Henry se hicieron cargo de los niños y ella tomó un avión. Una vez allí, alquiló un coche y condujo hasta Bethesda.

Al llegar, buscó al médico que le había atendido, las noticias fueron aún peores de lo que se esperaba.

—No podemos hacer nada, señora. Lo siento, su marido llegó aquí en estado de coma profundo, tiene pocas posibilidades de despertarse, pero usted decide.

—Él lo conseguirá, se salvará —y así fue como empezó el calvario que

cambiaría la vida de Ángela Sims.

Durante meses estuvo postrada en una silla junto a la cama de su marido. Le hablaba cada día, le contaba cómo iban los niños, que le echaban mucho de menos. Pero Thomas no respondía a nada y una noche, que quedaría para siempre grabada a fuego en su cabeza, el doctor le dijo las palabras que ella no quería oír, poco después de que las máquinas que estaba conectadas al cuerpo del comandante Sims comenzaran a pitar.

—Lo siento mucho, señora —dijo con su siempre inexpresiva cara saliendo de la habitación al pasillo—, Thomas empeoró hace unas horas y más tarde su cerebro dejó de funcionar, su corazón aún late, le hemos conectado a un respirador, pero está en lo que se conoce como muerte cerebral. Sé que no es un buen momento, pero quería hablarle de la donación de órganos.

Pero Angie ya no le escuchaba. «Muerte cerebral». Estas son las últimas palabras que su cerebro procesa, ve al médico ante ella, frío, impassible, mover sus labios, seguro que lo que le estaba diciendo era importante pero el único sonido que llega a los oídos de Ángela en ese momento es el crack que hace su corazón al romperse en mil pedazos.

Como por instinto llevó las manos a su pecho y las miró buscando un rastro de sangre, pero no vio nada. Súbitamente sintió un mareo y recordó algo. Llevó las manos a su vientre liso, hacía tan solo una semana, mientras hablaban por videoconferencia, Thomas le había dicho que al volver, quería que tuvieran otro hijo, irían a por la niña.

Y, ¿ahora qué? Él estaba muerto y su corazón se había roto para siempre.

—Señora Sims, ¿se encuentra bien?

—Firmaré los papeles para la donación —dijo de manera automática—. Él querría que lo hiciera.

—Será mejor que la lleve a verle mientras busco los formularios.

—¡Dios! —exclamó llevándose las manos a la boca.

—¿Qué pasa? —preguntó el policía que parecía haberse proclamado su protector.

—No puede ser —musitó negando con la cabeza confusa.

—¿Qué no puede ser, Angie? —cuestionó.

La aparición de los padres de Patrick rompió el momento. Ángela se levantó y abrazó a la señora Cooper.

—Siento muchísimo que se llevaran a Nathan —dijo entre lágrimas.

—No pasa nada, Mildred, no ha sido culpa tuya, él está bien, ¿y Jon? —preguntó buscando a su otro hijo.

—Tu amiga Sarah vino a buscarle, dijo que ellos se harían cargo para que nosotros pudiéramos estar aquí.

—Está bien, gracias.

—¿Cómo está nuestro hijo? —preguntó Harry Cooper.

—Le están operando, aún no sabemos nada —informó.

—La herida no parecía grave —sentenció García seguro de la recuperación de su amigo.

Familiares de Patrick Cooper —se oyó decir por los altavoces—, puerta cuatro.

—Vamos —le dijo la dulce Mildred a Ángela.

—Esto es cosa de la familia, esperaré aquí.

—Tú eres de la familia, querida, eres su novia.

—Está bien —aceptó—. Nathan, cielo, quédate un poco aquí con Carlos, ¿vale?

—Quiero ver a Patrick, él me salvó —gimoteó el niño.

—Y lo verás, pero primero tenemos que ver qué nos dice su médico. Vendré a buscarte cuando puedas verle —Nathan aceptó de buen grado.

—Vamos a por algo de comer, enano, no sé tú, pero yo me muero de hambre —el niño le dio la mano al policía y fueron a la cafetería.

—Somos los padres y la novia de Patrick Cooper —informó Harry al médico que esperaba sentado en el despacho tras la puerta cuatro.

—Siéntense —indicó señalando las sillas frente a él—. El detective Cooper está fuera de peligro —fue lo primero que dijo, sabía que eso era lo único que los familiares querían oír.

—Gracias a Dios —exclamó la señora Cooper apretando con fuerza la mano de Ángela que temblaba.

—Hemos tenido que operar para extraer la bala. Según el historial médico de su hijo, este fue sometido a un trasplante de corazón en mayo de 2011 —la fecha dejó de nuevo a Ángela sin respiración.

—Sí, después de que le diagnosticaran una grave enfermedad cardíaca.

—Volver al servicio activo con la policía después de una cirugía de este tipo no es lo más sensato —apostilló en tono de crítica.

—Lo sabemos, pero no hubo forma de convencerle, decía que se sentía bien, pasó los exámenes físicos y los psicológicos, entrenó duro para volver a su profesión —explicó el padre de Patrick.

—¿Podemos verle? —preguntó Ángela saliendo de su letargo.

—Está en reanimación después de la operación, despertará de la anestesia en

breve, íbamos a pasarle a una habitación, pero tiene las pulsaciones muy elevadas y fuertes taquicardias, puede ser solamente por toda la adrenalina que ha generado su cuerpo en las últimas horas o puede que el trauma sufrido y todo el estrés que conlleva ser policía le hayan hecho sufrir una recaída en su enfermedad. Le mantendremos en observación esta noche y si mañana su ritmo cardíaco mejora, podrá pasar a planta.

—Gracias, doctor.

—Podéis pasar a verle, solo un momento, necesita descansar.

Los tres siguieron a una enfermera hasta el box de reanimación donde estaba Patrick. Su madre entró primero. Él aún estaba adormilado, pero habló algo con ella. Mientras ella salía y su marido ocupaba su lugar, Mildred Cooper miró a Ángela y le dijo.

—Ha preguntado por ti, y por Nathan —Ángela cerró los ojos conteniendo las lágrimas—, al instante de abrir los ojos —la joven no dijo nada, solo lloró abrazada a aquella mujer a la que adoraba mientras esperaba su turno de entrar.

—Ey, detective —le dijo a pocos metros de la cama.

—Angie —murmuró él con la voz débil y le hizo una señal para que se acercara.

Ángela no pudo contenerse más, le abrazó con cuidado de no hacerle daño, pegó su frente a la de él y liberó las palabras que hacía mucho tiempo tenía atrapadas en su garganta.

—Yo también te amo, Patrick —y besó sus labios dulcemente y él sonrió—. Nathan quiere verte, está impresionado por cómo le has salvado la vida.

—¿Me habré ganado su afecto por fin?

—Siempre te lo ha tenido, solo que no es tan efusivo como Jon —explicó sin dejar de acariciarle la cara—. Le diré que te verá mañana cuando estés en la habitación.

—No, ahora, ve por él —Ángela le dio un rápido beso y fue en busca de su hijo y no tardó ni cinco minutos en volver—. Pasa, cielo, solo puede haber una persona, te espero aquí.

—Hola, Patrick —dijo tímido.

—Ven, campeón, acércate más —Nathan obedeció.

—Muchísimas gracias por haberme salvado la vida, no sé cómo podré pagártelo.

—No tienes que hacerlo, chico, te prometí que cuidaría de tu madre y no lo

hice bien, era lo menos que podía hacer por ti.

—¿Vas a casarte con mamá? ¿Vas a ser nuestro nuevo padre? —preguntó algo que le rondaba desde hace días.

—No lo sé, Nathan, me gustaría, pero aún tengo que hablar con tu madre. En cuanto sepa algo, serás el primero en saberlo.

—Vale, pero que sepas que Jon y yo te queremos mucho y nos encantaría.

—Gracias —repuso emocionado—. Tú tienes que saber que yo también os quiero mucho.

—¿Olvidaremos a papá? —inquirió, realmente ese niño se preocupaba por todo.

—No, claro que no, nunca le olvidaréis, él siempre será vuestro padre.

—¿Y tendremos que llamarte papá?

—Solo si queréis hacerlo, pero no adelantemos acontecimientos, campeón.

—Seguro que mamá dice que sí, la tía Sarah dijo el otro día que sus ojos volvían a sonreír desde que está contigo, no sé qué significa eso, pero parece algo bueno —informó.

—Lo es, Nathan, lo es.

—Bueno, cariño, siento interrumpir —dijo Ángela apareciendo por la puerta —, pero Patrick tiene que descansar.

—Sí, mamá, que te pongas bueno pronto.

—Lo haré, y gracias por venir a verme —se despidieron con un apretón de manos que duró unos segundos hasta que Nathan se abrazó a él y Patrick le correspondió—. Todo va a estar bien.

—No nos dejan volver a entrar mientras estés en observación, que será toda la noche porque tu corazón está acelerado —informó ella.

—Lo sé, el doctor me lo explicó, seguro que es por todo el estrés, no creo que haya vuelto a enfermar, me dijeron que me habían puesto el corazón de un guerrero, seguro que es más fuerte de lo que era el mío —bromeó sin saber la idea que rondaba en la cabeza de Ángela.

—Te veo mañana —le besó y se fue con Nathan que le decía adiós con la manita.

—Hasta mañana —respondió y cerró los ojos.

Ángela salió del hospital y al mirar su móvil vio que tenía un mensaje de Hannah. La chica estaba desesperada porque habían detenido a Brendan.

—¿Puedes llevarme a comisaría un momento, Carlos? —preguntó a su amigo

y este asintió—. Antes dejaremos a Nathan en casa de sus tíos —informó y miró la cara de disgusto del pequeño—. Solo un momento, cariño, ¿vale? Hay una cosa importante que mami debe hacer.

—¿Después no volverás a irte?

—Te lo prometo —sentenció dándole un beso.

Cuando llegaron y vio a su amiga se le cayó el alma. La joven morena, que normalmente irradiaba vitalidad y alegría, permanecía echa un ovillo en una esquina de uno de los sofás de la sala de espera.

—¡Esthela! —gritó al verla y corrió a refugiarse en sus brazos—, tienen a Bren y no me dejan verle, ¿han pillado a Omar también?

—No, cariño, ven, hay algo que tienes que saber— y consolándola como haría con sus hijos pequeños la abrazó mientras le contaba toda la verdad.

—¿Entonces no estáis casados y Omar es policía?

—Se llama Patrick y sí, es policía, el mejor del mundo.

—Nos habéis engañado para pillar a Brendan —acusó.

—A él no, Hannah, a su padre y el resto de los narcotraficantes. ¿Sabes qué hacían? —la joven negó con la cabeza—. Además de los negocios que nosotras mismas hemos visto con los rusos y los afganos, engatusaban a niños y jóvenes en las calles para que vendieran su droga —le informó—. Vas a ser madre, ¿acaso quieres algo así para tu hijo?

—No, claro que no... pero me temo que mi pequeño es uno de ellos. ¿Ángela es tu nombre? —la pelirroja asintió—. Es un O'Railly de sangre y estará atrapado a esta familia para siempre —gritó llorando.

—Seamus ha muerto —le dijo—. Él disparó a mi hijo, le dio a Patrick y aquello se convirtió en un infierno de balas, tu suegro acabó abatido por los policías, todos sus socios metidos en esta operación están en la cárcel, el infierno ha terminado, Hannah, ya no estás atrapada por los O'Railly y tu hijo nacerá libre.

—Pero Brendan... —dejó la frase en el aire.

—Me temo que es un daño colateral, pero es un buen hombre, nunca ha matado a nadie —pensó algo unos segundos y agarró la barbilla de Hannah para que la mirase a los ojos—. Hablaré con Patrick en cuando se recupere, declararemos que Brendan no estaba del todo metido en el negocio, que solo cumplía las órdenes de su padre por miedo y que cuando supo de la operación intentó ayudarnos, él no quiso disparar a mi hijo, nosotros le ayudaremos.

—¿Saldrá libre entonces?

—Lo más probable es que no —dijo García desde la puerta llegando en ese

momento—, pero con una declaración favorable de Patrick y Ángela y si coopera con nosotros y nos ayuda a pillar a los que todavía quedan por ahí, podemos conseguirle un buen trato con el fiscal y estará fuera en pocos años.

—Tengo mucho miedo, Ángela, a que vayan por mí los que quedan, que el brazo de Seamus O'Railly sea tan largo que me alcance desde la tumba. No quiero que le hagan daño al bebé y no quiero que sea uno de ellos —Angie la abrazó con fuerza.

—Tranquila, nosotros cuidaremos de ti, te ayudaremos a empezar de nuevo.

—Irlanda —dijo de repente—. Tengo que ir allí.

—¿A Irlanda precisamente?

—La familia materna de Brendan, ellos viven allí, él siempre decía que eran buenas personas, nada que ver con los O'Railly, algún día queríamos ir juntos y escapar. Es lo que haré —sentenció—. Empezaré de nuevo con mi hijo allí.

—Está bien, si es lo que quieres —le dijo con una sonrisa.

—Si quieres ver a tu marido, podemos hacer una excepción —informó García.

—No, prefiero no verle, él podía haber tenido más carácter, imponerse a su padre, defender nuestro amor, ni siquiera sabe que estoy embarazada, pero no para de decir que no quiere hijos, así que ahora, estamos solos, para empezar de nuevo, para volver a casa, mi pequeño y yo —sentenció con rotundidad mientras se acariciaba el vientre.

Los días en el hospital estaban sirviendo a Patrick para unir lazos con los hijos de Ángela. Jon siempre le había visto como un héroe, pero desde que supo que había arriesgado su vida para salvar a su hermano, le admiraba aún más.

Cada tarde le visitaban y los dos niños se sentaban en su cama y compartían con él juegos y confidencias. En un momento de esos, mientras mataban marcianos en la PlayStation portátil de Nathan, el mayor de los chicos Sims, hizo una pregunta que nadie esperaba viniendo de él.

—Patrick —dijo levantando la cabeza del videojuego—, ¿al final vas a casarte con mamá?

—¡No seas bruto, Nathan! —gritó su hermano pequeño—, mamá dijo que no debíamos sobresaltarle, su corazón está acelerado —explicó como si entendiera algo de lo que había dicho.

—No te preocupes, Jon, mi corazón está bien —explicó. Ángela estaba en la comisaría con Hannah y los niños se habían quedado con él un rato.

—Entonces, ¿hay boda o no? Porque mamá y la tía Sarah han estado

cotilleando y mamá ha dicho que...

—¡No desveles el secreto de mamá! —inquirió Jon. Vaya, estaba pesadito hoy.

—¡Jon, déjame en paz!

—Está bien, chicos, no peléis.

—Contesta, ¿quieres o no quieres casarte?

—Me gustaría —contestó siendo sincero—. Estoy muy enamorado de vuestra madre y os quiero mucho a vosotros. Así que sí, para hacer las cosas bien, debo empezar por pedir permiso a vuestro abuelo.

—De eso nada, señor poli —dijo Jon en un tono que hizo que Patrick soltara una carcajada—. Tienes que pedirnos permiso a nosotros.

—Eso es, a nosotros —apostilló Nathan cruzando las manos sobre el pecho en un pose que intentaba ser amenazante—, porque mamá siempre dice que somos los hombres de vida.

—Así es —ratificó el pequeño usando la misma pose.

—Entonces... Nathan y Jon Sims, ¿me dais permiso para pedir a vuestra madre que se case conmigo? —preguntó solemne.

—¿Vas a comprarle un anillo con un diamante muy grande en esa tienda que se llama parecido a nuestra prima Stephanie? —preguntó Jon.

—¿En Tiffany's? —el niño asintió—. Vale, se lo compraré ahí —algo le decía que esa información la habían sacado ellos de una buena fuente.

—¿Y la llevarás a cenar a un restaurante romántico, le dirás que la amas más que a nadie en tu vida y te pondrás de rodillas? —atacó Nathan.

—Sí, haré todo eso.

—En ese caso... —los hermanos se miraron y contestaron a dúo— ¡Sí, te dejamos que se lo pidas!

—¡Bien! —exclamó el adulto—. Gracias, chicos, os prometo hacerla muy feliz.

—Lo sabemos —en ese momento los tres se abrazaron. La puerta se abrió y una sorprendida Ángela vio la escena.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Nada, mami —dijo Jon con su mejor cara de bueno.

—Solo estábamos jugando a este juego, Angie, y hemos acabado con la amenaza alienígena —respondió Patrick.

—¡Eran muy duros, mamá! —siguió Nathan.

—Sí, claro... estáis muy raros los tres —la pelirroja estaba mosqueada, pero todo parecía estar bien entre sus chicos y eso le hacía muy feliz, aunque

tramaran algo en su contra.

Poco a poco, Patrick se recuperaba y todo parecía empezar a ir bien para todos, pero había algo que atormentaba a Ángela y sabía quiénes podían ayudarla, por lo que una mañana entró en casa de Sarah y Henry como un vendaval.

—Necesito que me hagáis el mayor favor de vuestra vida, y sí, sé que me habéis hecho muchos de esos ya, pero este es el más importante.

—¿Qué pasa, Angie? ¿Qué necesitas? —preguntó Henry, le adoraba.

—Tengo que saber quién fue el donante de Patrick —soltó.

—Eso no puede saberse, es confidencial —apostilló su amigo.

—Por eso necesito a los mejores detectives del país —respondió—. Sarah, por favor.

—Es ilegal, podríamos perder la licencia —sentenció seria.

—¡Eso no pasará!, habéis hecho cosas parecidas antes y nunca os pillan. Por favor, necesito saberlo.

—¿Por qué? —quiso saber Henry—. Si vamos a arriesgarnos por ti...

—Que no hemos dicho que vayamos a hacerlo —concluyó Sarah interrumpiéndole, creía saber por dónde iban los tiros y no estaba segura de querer alimentar la fantasía de su amiga.

—Bueno, pero si lo hacemos —siguió su marido—, al menos tenemos que saber ¿por qué?

—Está bien —aceptó—. Creo que Patrick tiene el corazón de Thomas.

—¡Lo sabía! —gritó Sarah—. ¿Y por eso se ha enamorado de ti no? ¿Y tú de él? ¿Es eso lo que estás pensando, Ángela?

—Podría ser, Sarah, la fecha coincide: mayo de 2011.

—No puede ser que de verdad creas esa tontería. Vale, podría ser porque las fechas coincidan, pero, en el hipotético caso de que sea cierto, ¿qué ganas con saberlo? —cuestionó y Henry se retiró en silencio, sabía que en ese momento él sobraba.

—Tranquilidad. ¿Y si lo nuestro solo es un espejismo? Porque lleva el corazón de mi marido.

—¡Tonterías! Eso no pasa y lo sabes, Angie, la idea de que los sentimientos radican en el corazón es muy romántica, pero eres una mujer inteligente y racional, y sabes que eso no pasa.

—¡Lo sé! —gritó—. Solo estoy confundida. Le quiero, ¿sabes? A Patrick, de verdad le quiero y siento que incluso más de lo que quise a Thomas, y eso me

hace sentir culpable y mal.

—Cielo —le dijo cogiendo las manos de su amiga entre las suyas—, no creo que le quieras más o menos, son diferentes tipos de amor. Con Thomas viviste una historia intensa, rápida, él te ayudó a salir adelante, te rescató de tu familia, te dio dos hijos maravillosos, ahora eres más mayor, más madura y los sentimientos no tienen por qué ser iguales.

—Tengo miedo de perderle también —dijo casi sollozando.

—Con eso tendrás que aprender a vivir, otra vez, y tú mejor que nadie sabes que no es fácil. Henry también se pone en peligro a veces, puedo comprenderte, pero, ¿sabes qué, amiga? —Ángela negó con la cabeza— No cambiaría ni uno solo de los momentos que hemos pasado juntos por el temor a perderle —dejó que sus palabras se asentaran un poco en la cabeza de su interlocutora—. Patrick merece la pena, Angie, date la oportunidad de volver no solo a sobrevivir, sino a vivir y ser feliz.

—Sé que merece la pena, le he conocido bien —apostilló—. ¿Me averiguaréis eso?

—Lo intentaremos.

—Gracias —concluyó, y se abrazaron.

—Ahora voy a verle —dijo despidiéndose alegremente ante la idea de volver a ver a Patrick.

Capítulo 26

Una semana después a Patrick le dieron el alta médica. Sus pulsaciones se habían estabilizado y, después de hacerle algunas pruebas, los médicos determinaron que su corazón no había sufrido ningún daño y las taquicardias solo habían sido por el estrés de la misión y el atentado.

Durante todo el tiempo que estuvo ingresado, había estado acompañado por Ángela y los niños. Era muy curiosa la forma en la que había cambiado su vida en tan poco tiempo.

Cuando se incorporó de nuevo a la policía tras su larga baja por el trasplante era un hombre amargado, cuyo único plan de vida era centrarse en devolver su carrera al punto más alto donde se encontraba antes de su enfermedad.

Y ahora, tan solo un mes y poco después se había enamorado como nunca antes en su vida de una mujer maravillosa a la que, sin miedo a parecer arrogante, él había devuelto las ganas de vivir. Había sido algo recíproco, Ángela había sido la mejor medicina para su alma, y él para la de ella.

Además estaban Nathan y Jon. Adoraba a esos dos pequeños como si fueran sus propios hijos. Nathan era serio y excesivamente responsable, había asumido el rol del hombre de la casa tras la muerte de su padre. Patrick sabía que el mayor de los hijos de su novia tenía el mismo problema que su madre: el miedo a su trabajo, también peligroso como había sido el de su progenitor. Se prometió a sí mismo que ayudaría a ese niño a volver a disfrutar sin miedo, a divertirse siendo solo eso, un niño.

Jon por otra parte era afable y divertido. Dinámico y espontáneo, el más pequeño de los Sims se había encariñado con él rápidamente precisamente por eso que daba tanto miedo a su hermano: ¡era policía!

Durante toda esa semana, mientras los veía sentados en su cama hablando sin parar, Patrick pensaba ya en los partidos de béisbol a los que los llevaría, en todas las cosas que haría con ellos.

En el mismo instante en el que le dieron el alta y Ángela dijo: «nos vamos a casa», tuvo la revelación más hermosa de su vida: tenía una familia.

Patrick estaba sentado en el sofá de la casa de Ángela, leyendo el periódico. Solo y aburrido. No le dejaban hacer nada y eso, a un hombre activo como él, le ponía de los nervios. No escuchó que abrían la puerta, pero el perfume de

Ángela le llegó y, como siempre pasaba cuando la tenía cerca, notó ese aleteo en la boca del estómago.

—Cariño —le llamó con cuidado de no asustarle, parecía concentrado en algo.

—Angie, no te oí entrar —contestó y levantó la cabeza para recibir el beso que ella le daba.

—Parecías muy pensativo. ¿Y los niños? —preguntó buscándolos con la cabeza.

—Se han ido con mi padre a comprar no sé qué, ninguno me dijo —ella parecía preocupada y él sintió la necesidad de disculparse—. No respondías al teléfono y les di permiso, espero que no te importe.

—No, tranquilo, no pasa nada.

—Entonces, ¿por qué pareces tan seria?

—Patrick, cielo, hay algo que tengo que contarte y no sé cómo vas a reaccionar —informó sentándose a su lado y mostrándole un sobre con el membrete de la agencia de detectives de Peter Campbell Nueva York—. Antes de que abramos este sobre he de decirte que, si he hecho esto es por nosotros, porque valoro nuestra relación, porque te quiero mucho y necesitaba saberlo.

—¿Necesitabas saber el qué? ¿Qué has hecho?

—Cuando Thomas murió hace tres años doné sus órganos, él murió en mayo de 2011, y a ti te hicieron un trasplante de corazón ese mismo mes, ese mismo año —calló un momento para darle tiempo a procesar la información—. Necesitaba saber si era casualidad o por el contrario fuiste tú el receptor, si llevas el corazón de mi marido.

—¿Has investigado mis historiales médicos? ¡Eso es confidencial! —le gritó quitándole de las manos el sobre—. ¿Sarah y Henry han hecho la investigación? Podría demandarles por esto, ¡a los tres! —estaba realmente furioso.

—Ellos no tienen la culpa, prácticamente les obligué a hacerlo. Por favor, entiéndeme, sé que he vulnerado tu intimidad, pero si vamos a estar juntos necesitaba saberlo.

—¿Por qué? —Patrick temblaba, estaba aterrorizado. Sabía que la idea romántica de que el amor reside en el corazón era una pura invención de novela rosa, pero aun así comenzó a tener dudas, ¿y si ella no se había enamorado de él? ¿y si solo quería al corazón que llevaba en el pecho?

—Es una tontería, pero necesitaba saber si lo nuestro era real o algún extraño

efecto producido por el corazón de Thomas.

—Sí que es una tontería, sí —le dijo con toda la intención de hacerle daño a pesar de que él sentía el mismo miedo—. ¿Quieres saberlo? —cuestionó y ella asintió desecha en lágrimas—. Está bien, lo sabremos —rompió el sobre y sacó el papel—. Nombre del receptor: Patrick Cooper, fecha de la recepción: Mayo de 2011. Nombre del donante fallecido: Simón Ruíz —sentenció serio y ella lloró aún más, no sabía si de alivio porque el corazón que Patrick llevaba en su pecho no era el de su marido o por la rabia que le producía haber vulnerado su relación—. Ya está, ya tienes la información que querías y ahora, ¿qué? —cuestionó, estaba realmente cabreado—. ¿Vamos a seguir juntos como si nada? ¿Después de que te has entrometido en algo que forma parte de mi vida privada? ¿Sabes lo difícil que es recibir el corazón de otra persona? ¿Vivir eternamente con la idea de que estoy vivo porque alguien murió? —ella negó con la cabeza llorando e intento acercarse a él—. No, Ángela, no me toques —le espetó nervioso—. No me enamoré de ti porque tuviera el corazón de tu marido, lo hice por cómo me haces sentir, porque nunca ninguna mujer consiguió que fuera tan feliz como tú has hecho, porque contigo puedo ser como era antes de mi operación —cayó unos segundos que a ella le parecieron horas y continuó—. Pero se acabó, si tú no tienes fe en lo que tenemos, yo no puedo seguir.

—Patrick, no se trata de eso... —trató de defenderse pero él se lo impidió.

—Ya está... esto no va a funcionar —sin más caminó hasta la puerta—. Te veo en el juicio mañana —y se fue dando un portazo.

Ella intentó detenerlo, pero no tenía fuerzas, se dejó caer en el suelo llorando.

Su vida acabada de volver a quedar deshecha.

La mañana sobrevino después de una larga noche de llanto y dolor. Mientras daba vueltas en su cama sin poder dormir, después de tener que mentir a sus hijos que no paraban de preguntar dónde estaba Patrick, Ángela se había tomado una tila doble y se había metido bajo las mantas, pero no consiguió dormir. Los recuerdos del poco tiempo que Patrick y ella habían estado juntos la atormentaban.

Echaba de menos que él la ayudara a acostar a Nathan y Jon, que les leyera un cuento mientras ella les miraba embobada, para después irse juntos a su cama y dar rienda suelta a la pasión que les unía. El cariño que sus hijos habían cogido a Patrick en tan poco tiempo no ayudaba. Los niños hacían preguntas.

Ángela no podía creerse que Patrick se hubiera marchado. Tenía un nudo en

la garganta y una constante opresión en el pecho que no la dejaba respirar. Le había perdido. Por idiota. Por estúpida. Por irracional. Por todos los insultos que se le venían a la cabeza. Él ya no estaba y ahora debía enfrentarse al momento de meter a los niños en la cama, de nuevo sola.

Desde que a Patrick le dieron el alta y se mudó con ellos la rutina de la hora de dormir era su favorita. Se maravillaba de ver como el policía se sentaba en la cama de Jon y les leía un cuento o les contaba alguna historia de cuando era pequeño. El pequeño de sus hijos le miraba con devoción y el mayor empezaba a confiar en él.

Sintió como si el corazón se le rompiera en mil pedazos, otra vez, cuando, tras la cena, mandó a los niños a lavarse los dientes y después a la cama. Cuando cruzó el umbral de la puerta del dormitorio infantil la ansiedad de su pecho creció.

—Mamá, ¿Patrick está otra vez enfermo? —preguntó Jon.

—No, cariño, ¿por qué preguntas eso? —dijo mientras subía el edredón hasta el cuello de su hijo.

—Porque no está en casa —contestó Nathan desde la otra cama—. ¿Está trabajando fuera? ¿Está en peligro?

—No, no, no —realmente no sabía qué responder—. Chicos, a veces los adultos tenemos problemas y...

—¿Os habéis peleado? —ella asintió.

—Los tíos se pelean todo el tiempo, pero el tío Henry siempre está en su casa.

—Lo sé, Nathan, pero esto es un poco más difícil —Ángela estaba haciendo un verdadero sacrificio para no echarse a llorar.

—¿Habéis roto? —cuestionó Jon con un grito—. ¿Para siempre?

—Eso me temo.

—¿Patrick ya no nos quiere? —la pregunta hizo que ella no pudiera aguantarse más.

—No, cielo, él os adora.

—No te quiere a ti, entonces —el tono de Nathan sonaba más duro, ya había visto llorar a su madre demasiadas veces.

—No se trata de querer o no querer. Cometí un error muy grave y él está muy enfadado.

—¡Pues pídele perdón! —sugirió el niño con toda la inocencia de sus cuatro años.

—Ojalá fuera tan fácil, Jon, para los mayores todo es un poco más

complicado.

—No te preocupes, mami —dijo Nathan bajándose de su cama y sentándose en el regazo de su madre—, nosotros te querremos siempre.

—Y nunca nos iremos de tu lado —añadió Jon levantándose a abrazarla.

—Mis chicos —exclamó apretándolos con fuerza contra su pecho—. ¿Os apetece dormir en la cama grande?

—¡Sí! —gritaron al mismo tiempo.

—¡Pues vamos!, es hora de dormir.

Esa noche, Ángela volvió a dormirse cobijada por los brazos de sus hijos. Los únicos hombres de su vida que no le fallarían nunca. Lloró, cuando ellos se durmieron no pudo, ni quiso evitar más las lágrimas, pero sabía que tenía que ser fuerte, por sus niños y por ella misma. Habían vuelto a quedarse solos en la vida, pero esta vez, lo afrontaría de una forma diferente.

Se levantó con dolor de cabeza, se miró en el espejo y vio las ojeras profundas bajo sus ojos. Hoy era un día importante. Se celebraba el juicio contra Brendan y los otros mafiosos que habían caído en su operación para neutralizar a los O'Railly. Sentía pena por el chico, y esperaba que su declaración y la de Patrick pudieran ayudarle. Sonrió tristemente al pensar en él.

Le había prometido que estaría a su lado en el juicio. Él había testificado muchas veces, pero ella no, y sentía miedo.

Se puso un pantalón recto negro y una camisa gris perla con poco escote. Sarah le había dicho que la vestimenta era muy importante, así que optó por la sobriedad. Además, tampoco estaba de humor para otros colores más alegres. Se recogió el pelo, de nuevo, llevarlo suelto le hacía sentir vulnerable de nuevo otra vez, le hacía evocar las imágenes de Patrick enredando sus dedos en sus rizos mientras hacían el amor y eso la deprimía más. Se aplicó corrector de ojeras, un toque de colorete para no lucir tan pálida y se puso gloss rosa en los labios.

Llegó al juzgado con el tiempo justo, había pillado un atasco que la había puesto aún más nerviosa, y no pudo evitar recordar el día en que Clark Robinson la llevó allí obligada con el único propósito de casarse con ella porque había prometido a Thomas que la cuidaría. Sonrió con tristeza al recordar al mejor amigo de su marido, pobre hombre, el estrés postraumático lo había vuelto loco.

—¡Ángela! —la voz de Carlos García la trajo de vuelta a la realidad— ¡Estás preciosa! —le comentó con su gracia habitual cuando llegó a su lado.

—Eres muy amable, Carlos —contestó.

—¿Patrick no venía contigo? —ella negó con la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Qué ha pasado?

—Es una historia demasiado larga, ahora no es el momento, pero Patrick y yo ya no estamos juntos.

—¡No me lo creo! —exclamó, alzó la cabeza y vio a su amigo entrar cabizbajo.

—No digas ni preguntes nada, por favor —le rogó la pelirroja.

—Tranquila.

—Buenos días —saludó el detective Cooper al llegar a ellos—. ¿Entramos?

—preguntó señalando con la cabeza hacía la sala del tribunal.

—Las damas primero —dijo García poniendo su mano en la espalda de Ángela, un simple gesto de complicidad que hizo que Patrick sintiera ganas de matar a su amigo, esta vez de verdad.

El juicio comenzó puntual. El alguacil presentó al juez. Su señoría Paul Launge presidía la sesión en la que se juzgaría, en primer lugar, a Brendan O'Railly por un delito de narcotráfico de drogas, venta ilícita de la misma, secuestro e intento de asesinato de un oficial de la policía de Nueva York.

Abogado defensor y fiscal midieron sus fuerzas en un alegado inicial que dejó al jurado popular compuesto por dieciséis personas anónimas, sin palabras.

Michael O'Brian, encargado de la defensa de Brendan, expuso ante los asistentes que el joven O'Railly había actuado siempre cumpliendo con los mandatos de su padre, coaccionado por este y bajo un sinfín de amenazas, sintiendo que el deber de salvaguardar los negocios de su familia por el sentido de la moralidad y el deber con el que había sido criado por un hombre sin piedad, un patriota irlandés que regía su vida por ideales ancestrales que a ojos de los presentes, personas modernas y con una mentalidad abierta, resultaban completamente desfasados pero que eran los único que Brendan conocía desde su niñez.

Por otra parte, Jane López, una abogada mexicana con mucho mal carácter, actuaba como fiscal en nombre del estado de Nueva York y relató uno a uno todos los crímenes llevados a cabo por los diferentes miembros de la familia O'Railly, resaltando aquellos que implicaban a menores, queriendo tocar la fibra más sensible de jurado que la miraban sobre cogidos ante tanta barbarie. Desde la altura que le proporcionaban unos zapatos negros de tacón, bajo la toga se intuía que era delgada, quizás demasiado, y llevaba el pelo recogido

en un moño demasiado tenso.

—Llamo a declarar a Ángela Sims —escuchar su nombre le dijo un escalofrío. Se levantó y buscó los ojos de Patrick en busca de un poco de valor, a pesar de estar enfadado él no le falló y le dedicó una sonrisa de apoyo.

Se sentó en el estrado, miró hacia el banquillo de los acusados y su mirada se cruzó en esta ocasión con la de un asustado Brendan que aún asimilaba que aquella pareja a la que había llegado a considerar un par de buenos amigos eran en realidad policías infiltrados para pillarle. Él bajó la cabeza y ella se sintió horriblemente mal.

—Señora Sims, ¿jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad con ayuda de Dios y de la ley? —preguntó el abogado defensor cuando ella puso su mano sobre la Biblia.

—Lo juro —sentenció.

—Señora Sims, estuvo usted durante algo más de un mes infiltrada con el detective de narcótico Patrick Cooper de la policía de Nueva York en el complejo de dúplex que Seamus O'Railly tiene en las afueras de la ciudad.

—Sí.

—Cuenta al jurado el motivo.

—Soy fotógrafa, hace dos meses hice un reportaje a los agentes de la comisaría donde trabaja Patrick, el detective Cooper —se corrigió sobre la marcha—. A raíz de ese trabajo, el capitán pidió a mi jefe mi ayuda, yo debía hacerme pasar por la esposa del detective y hacerme amiga de Hannah, la esposa de Brendan O'Railly, mientras él se haría pasar por abogado y trataría de que le aceptaran en la familia.

—¿Para qué? —preguntó.

—Queríamos averiguar qué negocios llevaban entre manos, desenmascarar a Seamus y meterle en la cárcel —Ángela sintió que le sudaban las manos y las cruzó sobre sus muslos.

—Durante ese tiempo, ¿qué relación tuvo usted con mi defendido y su esposa?

—Nos hicimos buenos amigos, sobre todo ella y yo. Brendan siempre me trató con mucha cordialidad.

—¿Alguna vez vio algo que la hiciera sentir amenazada, algún comportamiento de mi defendido que le diera miedo? —tuvo que pensar mucho su respuesta, sí que había visto a Brendan hablar a veces a Hannah de una forma que la asustaba, pero no quería perjudicarlo.

—Como ya he dicho siempre fue cordial —su respuesta fue tan escueta que no gustó a la fiscal a la que vio anotar algo.

—¿En alguna ocasión presenció como el señor O'Railly mataba a alguien?

—Jamás vi a Brendan hacer algo así.

—¿Diría usted que el comportamiento de mi cliente se veía influido por su padre?

—¡Protesto, señoría! —gritó Jane con voz chillona—. Está conduciendo a la testigo.

—Aceptada —apostillo el juez.

—Reformularé la pregunta, señoría —contestó el abogado con el ceño fruncido—: ¿Cómo diría que era la relación de Brendan O'Railly con su padre?

—Seamus O'Railly era un dictador, todos a su alrededor debían hacer lo que él dijera, y siempre fue especialmente duro con Brendan, su relación era de sumisión total por parte de su hijo.

—Su testigo —concluyó mirando a la fiscal con una media sonrisa.

—Señora Sims, ¿es cierto que Brendan O'Railly casi mata a su hijo? —fue directa, sabía qué fibras tocar.

—No fue así como pasó —respondió indignada—. Su padre me retuvo contra mi voluntad y citó a Patrick en los muelles con una falsa excusa, cuando llegamos allí, Brendan apareció en otro coche con mi hijo, Seamus le ordenó que disparara, pero él no lo hizo, estaba segura de que no lo haría —sentenció mirando a Brendan a los ojos—; él no es así.

—¿Así cómo?

—Malvado. Desde mi punto de vista lo único reprochable que ha hecho ha sido dejarse dominar por un padre autoritario, no imponerse y defender a su mujer y sus propios ideales —la rotundidad en sus palabras sorprendió al jurado y el abogado defensor supo que había anotado un tanto a su causa.

—No haré más preguntas —decretó enfadada.

El juez dio permiso a Ángela para bajar del estrado y el abogado defensor llamó a Patrick. Se cruzaron en el pasillo y ella le sonrió.

—Detective Patrick Cooper, ¿jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad con la ayuda de Dios?

—Sí —respondió tajante, y durante unos minutos relató cómo había sido la misión siguiendo las preguntas del letrado.

—¿Diría usted, como profesional al servicio de la ciudad, que Brendan O'Railly merece un castigo como el resto de los acusados?

—Ciertamente merece un castigo —contestó con mucha seriedad y profesionalidad—. Pero considero que sus delitos no son tan graves como los de los otros acusados, como ya ha declarado mi compañera en esta misión, Brendan solo cumplía las órdenes de su padre.

—No haré más preguntas —sentenció el abogado sintiéndose ganador.

La fiscal se levantó, caminó hacia el estrado y miró a Patrick con detenimiento. Ángela sintió como en su interior algo se removía, esa mujer estaba admirando a su excompañero con ojos que no eran precisamente de profesional.

—Detective Cooper, por lo que entiendo, y según sus palabras, ¿el señor O'Railly debería salir impune de todos los cargos? ¿Incluso el secuestro de un menor y su intento de asesinato? ¿Tiene usted hijos?

—No he dicho eso, abogada —recriminó—. El tráfico de drogas es un asunto muy serio y por supuesto que merece un castigo por haberse dedicado a ello durante tanto tiempo, pero no considero que el resto de los cargos que se le pretenden imputar al acusado tengan una base sólida —Ángela no pudo evitar la excitación que le produjo oírle hablar en ese tono y se percató de que la fiscal había sentido lo mismo—. La señora Sims ha declarado que el secuestro de su hijo fue cosa de Seamus, no de Brendan, yo mismo estaba allí y vi como él se negó a disparar al niño.

—Usted salió herido.

—Me disparó el viejo O'Railly antes de que mis compañeros le abatieran, no veo porque Brendan tiene que pagar con los delitos de su padre, no me parece justo.

—No haré más preguntas —dijo, y se retiró a su lugar no sin antes guiñarle un ojo a Patrick con descaro.

—El juicio queda visto para sentencia —decretó el juez después de escuchar la declaración del resto de los testigos.

Salieron de la sala. Carlos García acompañaba a Ángela, sabía que algo no estaba bien entre ella y su amigo y no quería que se sintiera sola en un mundo que no era el suyo.

Jane caminó contoneando las caderas hasta donde Patrick se había sentado y no dudó un segundo en hablarle.

—Buena declaración, detective.

—Gracias —contestó sin muchas ganas de conversación.

—Mientras dure el caso no podemos confraternizar, pero al acabar, ¿le gustaría que fuéramos a cenar una noche? —Ángela sintió fuego en su

interior al escuchar la propuesta, ¿qué se cree esa descarada? Miró a Patrick con cara de miedo, temiendo su respuesta, la verdad es que su compañero estaba realmente atractivo vestido con el uniforme de la policía que se ceñía a su esculpural cuerpo como un guante.

—Claro, cuando todo esto acabe, llámeme —la respuesta fue como un bofetón para Ángela—. Parece usted una mujer decidida y de las que no dan problemas —estaba coqueteando con ella a propósito.

—Será divertido, seguro —contestó ella antes de marcharse.

—Tío, ¿qué haces? —le recriminó García.

—Nada —dijo sin más.

—Carlos, si ya no me necesitan, me voy, los niños están con Sarah y ella tiene que hacer unos interrogatorios en una hora.

—Claro, no te preocupes, te llamaré en cuanto se sepa algo —respondió.

—Hasta luego —se despidió, mientras andaba hacia la salida del juzgado deseo que Patrick corriera tras ella y le dijera que la había perdonado y la amaba, pero no pasó.

—¿Se puede saber qué coño pasa con ustedes dos? —cuestionó el latino a su amigo en cuanto se quedaron solos.

—No es asunto tuyo —fue la única respuesta que obtuvo.

Después del juicio, Patrick tenía muy claro lo que quería hacer.

En la comisaría todos recibieron a Patrick como lo que era de nuevo: un héroe. Desarticular toda la trama de corrupción y echar abajo el imperio mafioso de Seamus O'Railly era algo que muchos habían intentado durante años y que él por fin había conseguido hacer.

Desde dentro, haciéndose pasar por uno de ellos y ganándose la confianza del patriarca y su hijo, el detective Cooper consiguió zanjar el caso que le devolvería a sus estatus como uno de los policías más reputados dentro del cuerpo. Justo al lugar privilegiado donde estaba antes de su enfermedad y posterior trasplante de corazón.

Aun así él no se sentía como un héroe. Esta investigación le había llevado a conocer a una mujer maravillosa, a enamorarse de ella y a perderla en cuestión de poco tiempo y estaba destrozado. Muchas veces sentía ganas de salir corriendo a buscarla, estrecharla entre sus brazos, decirle que la amaba y que no quería separarse de ella nunca más, pero su enfado con Ángela por haber invadido su intimidad, por haber averiguado algo que él no tenía que saber era muy fuerte en ese momento.

Quizás pasados unos días se calmaría pero, ¿estaría entonces ella dispuesta a

perdonarle a él? Le había hecho daño a propósito, incluso había coqueteado con la fiscal del caso O'Railly en sus narices solo para hacer que Ángela se sintiera mal. Estaba seguro de que la pelirroja no le perdonaría. Lo había perdido todo: a ella y a los niños a quienes en poco tiempo había llegado a querer como si fueran sus propios hijos.

Sentado en el despacho del capitán con la vista perdida escuchó los fuertes pasos de su jefe tras él.

—Bienvenido a casa, Cooper —dijo—. Enhorabuena por el éxito en la operación O'Railly. En la central están todos muy contentos, se habla incluso de un ascenso.

—Solo hacía mi trabajo, capitán —respondió haciendo gala una vez más de su humildad—. Y sobre el ascenso, es mejor que lo pare.

—¿Por qué?

—No voy a seguir en esto —anunció—. Renuncio a mi puesto y, desde hoy, entrego mi placa y mi arma —declaró solemnemente poniendo los objetos sobre la mesa.

—¿Ha pasado algo que no sepa?

—Nada, simplemente creo que este ya no es mi mundo. Estoy pasando por una crisis personal y quiero retirarme.

—Pues es una verdadera lástima, Cooper, voy a perder a mi mejor hombre.

—Le quedan muchos muy buenos, García y Hunter también han hecho un trabajo grandioso en la operación O'Railly.

—¿No hay nada que pueda hacer para que cambie de idea? ¿Un aumento de sueldo? ¿Reducción de jornada?

—Nada, señor. La decisión está tomada.

—En ese caso, ha sido un placer servir con usted —dijo tendiéndole la mano para un saludo.

—Lo mismo digo. Trabajar bajo sus órdenes ha sido un enorme privilegio.

Tras saludar a su ahora exjefe, Patrick salió del despacho y se escabulló entre el barullo de la comisaria para evitar encontrarse con sus compañeros. No le apetecía ponerse a dar explicaciones de su marcha. Ya los vería a su vuelta.

—¡Cooper! —cuando ya estaba en la calle escuchó una voz que le llamaba, al girarse se encontró con Henry Butler.

—Butler —dijo a modo de saludo—, ¿qué haces aquí? ¿Le ha pasado algo a Ángela?

—No —dijo tajante—. Vengo a traer unos informes de un caso que hemos cerrado en colaboración con la policía, ¿y tú? ¿te incorporas? Leí todo sobre

el caso O'Railly en la prensa, además de lo que nos ha contado Angie, ha sido un éxito.

—Sí, lo ha sido. Lo más importante es que esos cabrones por fin están fuera de las calles —contestó—. Pero no, no me voy a reincorporar, he venido a renunciar de hecho.

—¿Renuncias? ¿Por qué? —Patrick hizo un gesto que Henry entendió a la perfección—. Está bien, no tienes ganas de dar explicaciones y menos a mí.

—No es eso...

—Tranquilo, lo entiendo —meditó un momento—. ¿Te gustaría ser detective privado?

—¿Con vosotros?

—Sí, claro, estamos pensando en ampliar la plantilla. Ahora con dos niños Sarah y yo no podemos abarcar muchos casos y el jefe no siempre nos puede prestar personal de Washington, así que, si quieres, estaremos encantados.

—¿Sabes que Ángela y yo hemos roto?

—¿Y qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando?

—Que no sé si quiero trabajar para vosotros y que tu mujer me esté echando en cara todo el tiempo que le he roto el corazón a su mejor amiga.

—Sarah es muy profesional —respondió saliendo en defensa de su esposa—. Te aseguro que hemos tenido broncas monumentales en casa, de pasar días sin hablarnos, pero en la oficina todo eso se olvida, y viceversa. En casa somos una pareja y en la agencia compañeros y estoy seguro de que, como detective, le encantará que trabajes con nosotros. Pero no le pidas que sea tu amiga —dijo con una sonrisa.

—¿Tengo que darte una respuesta ya?

—No hay prisa. Piénsatelo. Pero no todos los días le ofrecen a uno la posibilidad de trabajar en la franquicia de Peter Campbell.

—Sin duda es una gran oferta. Me lo pensaré. Gracias, Henry.

—De nada —calló unos segundos y añadió—. Y antes de que lo preguntes, Ángela está bien. Bastante triste, pero es fuerte, se repondrá.

—Gracias.

Los hombres siguieron su camino. Patrick caminó hacia su coche pensando en la oferta de trabajo. Era una oportunidad única, como bien había dicho Henry, pero le pondría en una situación delicada, teniendo que estar día a día compartiendo trabajo y oficina con los mejores amigos de la mujer a la que trataba por todos los medios de olvidar.

Unos días después, y aunque estaba destrozada por la discusión y la

desaparición de Patrick de su vida, Ángela acompañó a Hannah al aeropuerto como le había prometido que haría.

—Llámame en cuanto llegues a Irlanda —le dijo abrazándola, había llegado a querer mucho a aquella joven, se había convertido en algo así como su hermana pequeña.

—Lo haré —respondió.

—Y, por favor, busca un buen médico desde que estés instalada, que te revisen y vean cómo está el bebé —recomendó.

—Sí, y te mandaré una foto de la ecografía para que conozcas a tu sobrino o sobrina —Ángela asintió emocionada—. ¿Por qué no ha venido Patrick? —después de saber toda la verdad, Hannah había ido varias veces al hospital a verle, sin duda entre los tres había surgido una bonita amistad.

—Tenía cosas que hacer. Ha dejado la policía y bueno... —calló sin saber qué decir.

—Sé que no estáis casados de verdad, pero pensé que estaríais juntos a partir de ahora.

—Han surgido complicaciones.

—¿Cuándo no las hay? —cuestionó—. Solo una cosa es segura, la forma en la que os mirabais, como os besabais, os he observado mucho, y todo eso era real, Ángela, no era una representación.

—Lo sé, pequeña, lo sé —sentenció volviendo a abrazarla—, pero he metido la pata y no creo que él pueda perdonarme.

—Lo hará, porque te ama y él sí es un hombre que vale la pena y lucha por lo que más quiere.

—¿Perdonarás tú a Brendan cuando salga? —preguntó, finalmente el jurado había decretado cinco años de prisión para el joven O'Railly, sin derecho a fianza, pero con la posibilidad de salir antes por buena conducta.

—Lo nuestro es más difícil, le quiero sí, pero él me ha hecho daño. La vida a la que me arrastró, el ambiente en el que me metió, todo eso es más complicado de superar.

—Te irá bien, Hannah —le dijo y tras despedirse vio con su joven amiga se montaba en un avión en busca de la vida que se merecía.

Dos semanas. Dos malditas semanas habían pasado y Patrick aún no podía creerlo. Estaba enfadado con ella por haber vulnerado su intimidad, revelando algo que ni él tenía por qué saber. Estaba molesto por las dudas que ambos sentían. ¿De verdad su relación era tan frágil? Después de todo lo que habían vivido, ¿sería que su amor había sido solo un espejismo motivado

por las situaciones de riesgo que vivieron durante la misión? ¿Ella no le quería realmente?

Patrick se había recluido en la casa que los amigos de sus padres tenían en los Hamptons, a pesar de que ese lugar tenía muchísimos recuerdos. Aquel maravilloso fin de semana que habían pasado juntos él y Ángela con los niños.

Un antiguo compañero de Thomas, víctima aún del estrés postraumático que le había supuesto el accidente en el que este perdió la vida, se había obsesionado con hacer valer la ley natural de sus antiguos antepasados indios y había secuestrado a Ángela con el fin de casarse con ella.

Fue en ese momento, presa del pánico, cuando Patrick había aceptado que se había enamorado de ella. Tras salvarla, habían tenido una monumental discusión en la que él le había echado en cara que hubiera puesto en peligro su misión.

Horas después, sin que él supiera bien cómo, ella había conseguido que se relajara y se habían entregado el uno al otro dando rienda suelta a la pasión que desde el principio había surgido entre ambos.

Fue justo después de esa noche en la que descubrieron sus cuerpos y parte de sus almas cuando él la había sorprendido llevándola a pasar el fin de semana en los Hamptons junto a sus hijos.

Había sido inolvidable. Y ahora él estaba ahí, en esa misma casa, solo. Analizando sus sentimientos. Por más que lo pensaba le parecía ilógico creer que se habían enamorado porque él llevaba el corazón del difunto Thomas Sims. Pero al mismo tiempo el temor no dejaba de atenazar su espíritu.

—Ey, colega —una voz masculina a sus espaldas le hizo girarse—, dicen que vuelves a dejarnos —Carlos García había ido hasta allí para meter algo de sentido común en la dura cabeza de su amigo.

—Sí, eso dicen —contestó estrechando su mano.

—¿Y qué dices tú?

—Que la decisión está tomada —anunció—. Pensé que podría retomar mi carrera donde la dejé, pero ya no soy el mismo que era hace tres años, tío, ser policía ya no es una prioridad para mí.

—¿Y qué lo es? si puede saberse —inquirió, sabía a dónde quería llegar.

—Pues pensaba que Ángela y los niños, pero eso fue antes de que...

—De que los dos decidierais hacer el idiota —dijo interrumpiéndole.

—No sabes nada de esto, así que no juzgues.

—Sé lo que tengo que saber. Hasta hace una semana eras un hombre feliz.

Durante el tiempo que duró la misión O'Railly volviste a ser el Patrick que conocí. Y ¿ella? ¡Dios Santo! ella dejó de ser una mujer triste y amargada, sus ojos se llenaron de vida, era divertida y pasional y ahora, ¿qué? Tú estás aquí, hecho un despojo —añadió mirándole de arriba abajo. Patrick llevaba una semana sin afeitarse y andaba por la casa en pijama—. Y ella...

—¿Ella qué? ¿La has visto? ¿Está bien? —se apresuró a preguntar.

—Ella está destrozada. Su amiga Sarah ya no sabe qué hacer, está preocupada por si se le ocurre volver a hacerse daño —dejó caer al tiempo que sonreía mirando hacia la playa.

—No será capaz, ella ha cambiado mucho.

—Tú la cambiaste, amigo, y tú la has dejado tirada. Cometió un error, sí, lo sé, me lo ha contado, pero, ¿qué pasa? ¿qué el perfecto Patrick Cooper nunca comete errores?

—Espero que dejarla entrar en mi vida no haya sido uno de ellos... Le hice daño, Carlos —le contó—. Reaccioné tal mal que le dije cosas que sabía que la harían sufrir; no sé cómo dar marcha atrás.

—¿La quieres, Patrick?

—Como nunca antes quise a nadie, y a los niños también.

—Pues mira qué afortunado eres, colega, no vas a tener que ir arrastrándote hasta ella —y sin más le señaló con el dedo la figura de una mujer sentada en la arena—. Ve y no vuelvas a estropearlo, he tenido que traerla casi por los pelos.

—¡Eres un amigo de los de verdad! —le dijo abrazándole.

—Sí, sí, ya me invitarás a la boda.

—Cuenta con ello —y sin más corrió por la playa hasta donde una abatida Ángela le esperaba.

Ella se puso en pie desde que vio una sombra reflejada en la arena. Era él, lo sabía. Sin mediar ni una sola palabra se lanzó a sus brazos.

—Lo siento, perdóname, por favor —dijo entre llantos y sollozos—. He sido una entrometida y una imbécil y lo he echado todo a perder —continuó a pesar de que las lágrimas casi no la dejaban hablar—. Te amo, Patrick, tanto que me puse a buscar una excusa estúpida porque tenía miedo de aceptar que tú eres el verdadero amor de mi vida y que eso me hiciera olvidar a Thomas para siempre.

—Nunca podrás olvidarlo, Ángela —le dijo consternado por su declaración. ¿El amor de su vida? Él pensaba que sería más bien un premio de consolación—. Yo tampoco me he portado muy bien, siento mi reacción y

siento haber dicho lo que dije para hacerte daño.

—No es tu culpa, estabas enfadado, lo entiendo —los dos se callaron y se miraron a los ojos con intensidad, como tratando de llegar a leer el alma del otro.

Y Patrick lo hizo, consiguió ver en el mar azul de los ojos de Ángela un brillo nuevo y recordó lo que Nathan le había contado que escuchó decir a Sarah: «desde que está contigo sus ojos han vuelto a sonreír». Entonces fue él quien esbozó una sonrisa y poco a poco cerró el espacio entre ellos y la besó.

—Te amo, Ángela, con toda la fuerza de este corazón que late en mi pecho.

—Y yo a ti, Patrick, te amo. Conocerme ha sido el mejor regalo que me ha hecho el destino, me has devuelto la vida —y sin más volvieron a besarse.

—¡Cásate conmigo! —dijo cuando se separaron para respirar— Nathan y Jon me han dado su permiso.

—¡Estás loco!, ¿de verdad quieres eso? Tengo una vida de locura, dos hijos pequeños y muchos traumas que superar.

—Da igual, tu locura es justo lo que necesito. Estoy tan loco por tus hijos como por ti y yo también tengo traumas, los podemos superar si lo hacemos juntos. ¿Qué me dices, Ángela Spencer? —preguntó recurriendo a su apellido de soltera—, ¿te casaras con este policía en paro?

—¿Estás seguro de querer renunciar a tu trabajo? —preguntó, no quería reproches en el futuro.

—Sí, he renunciado, se acabó ser detective de narcóticos, no pondré más mi vida en peligro, no cuando tengo a tres personas por las que vivir.

—Sí, quiero, Patrick —aceptó por fin y volvió a besarle.

Allí, abrazados, besándose en medio de aquella playa, los dos sabían que el otro le había salvado la vida. Ella tuvo una revelación en ese momento. Tras la muerte de su marido su corazón se había roto en mil pedazos, su mundo se vino abajo, y ahora, por fin, gracias al amor puro y sincero del policía, el corazón de Ángela volvía a latir con fuerza.

FIN

Epílogo

Ángela y Sarah estaban sentadas sobre una manta en el césped del parque que solían frecuentar con sus hijos. En la zona de juegos, Patrick y Henry se encargaban de mantener el orden en un partido de fútbol. El teléfono de Angie interrumpió la charla entre amigas.

—Hannah —exclamó al ver el nombre de su amiga en la pantalla— ¿Ha pasado algo? —era extraño que la joven la llamase al móvil desde Irlanda, normalmente hablaban por Skype.

—No, solo quería saludarte —respondió jovial como siempre.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal el embarazo? —preguntó.

—Esta semana he tenido una ecografía; la niña crece muy bien y creo que se parecerá a su padre —comentó.

—¿Sabes algo de él?

—Nada, aún le quedan unos cuantos años en la cárcel.

—¿Te tratan bien ahí, cielo? —preguntó preocupada.

—Sí, son geniales con nosotras, no te preocupes —respondió.

—Está bien. Esta llamada te costará un dinerito.

—Dale saludos y besos a Patrick y los niños.

—Se los daré, besos para ti también.

—¿Está bien? —preguntó Sarah levantando la cabeza del libro que estaba leyendo.

—Sí, es una mujer fantástica y le está yendo genial.

—¿Crees que perdonará a Brendan? —cuestionó la morena.

—Ellos se aman, Sarah, verles juntos era una delicia, pero no lo sé, hay veces que creo que, en algunos casos, el amor no es suficiente —sentenció y sonrió al ver a su marido acercarse.

—¿De qué hablan? —preguntó Patrick sentándose al lado de su mujer.

—De Hannah, acaba de llamarme para saludar, te manda besos —él sonrió a modo de respuesta—. ¿Cómo ha acabado el partido?

—¿Cómo crees? Los Cooper-Sims le hemos dado una paliza de muerte a los Butler —repuso con una gran sonrisa.

—Tampoco es para tanto —protestó Henry mientras daba un beso en la cabeza a su esposa—. Solo nos han metido tres y tus chicos son mayores —informó con su orgullo herido—. Ellos antes siempre jugaban en mi equipo,

pero el tío Henry ya no es su héroe.

—¡Papá, ven, corre, vamos a subirnos al tobogán! —la voz de Nathan interrumpió la conversación de adultos dejando a Patrick con el corazón encogido de la emoción por la forma en la que se había dirigido a él. Jon había comenzado a llamarle así desde el primer momento, pero Nathan no había sido capaz.

—Vete con ellos, papá —le dijo Ángela con una gran sonrisa, sabía lo importante que era esto para su marido—, tus chicos te esperan —él no lo dudó un segundo y se fue corriendo hacia donde estaban los pequeños esperándole.

—¿Lo veis? Antes lo único que se oía gritar a esos niños en este parque era «tío Henry» —señaló haciendo falsos pucheros.

—Ohhh, mi pobre marido se siente desplazado —dijo Sarah en un tono extremadamente teatral mientras abría los brazos para que él se refugiara en ellos—. Siempre serás mi héroe —murmuró en su oído y se besaron.

—¿De verdad eres un héroe? —escucharon una voz conocida resonar por el parque, en una vaga imitación del tono siempre divertido de alguien a quien conocían.

—¡Jason! —exclamó Sarah llevándose las manos a la boca asombrada por el deteriorado estado físico de su compañero.

—¿Qué ha pasado? —se apresuró a preguntar Henry ayudando a su amigo que se tambaleaba sobre sus piernas.

—Necesito vuestra ayuda, la de todos —dijo, y antes de caer desmayado dejó salir de su boca unas preocupantes palabras—. Han secuestrado a Julie.

Biografía



Zeneida Miranda (Santa María de Guía, 1983) es la pequeña de una familia numerosa. Estudió Historia en la ULPGC y Periodismo en la ULL. Ha ejercido como periodista en diferentes medios de comunicación y actualmente trabaja como administrativo en una empresa.

Entusiasta de la lectura desde niña, ve la literatura como un modo de evadirse de la vida real. Su primera incursión en el mundo de la literatura se produjo con la publicación de uno de sus microrelatos en una antología y en enero de 2015 salió a la venta *Grado de culpabilidad*, su primera novela. En agosto de 2016 salió a la venta *Golpes en la vida*, su segunda novela, que marca el inicio de la tetralogía *Renacer*, su proyecto más ambicioso.

Agradecimientos

El momento de sentarse ante el ordenador y redactar los agradecimientos de una novela es complicado. «¿Y si me olvido de alguien?». Después de dar mil vueltas he llegado a una conclusión: «Si un nombre no viene a mi cabeza al pensar en agradecer, será que no merece el agradecimiento». Así que, allá vamos.

A mis hermanos y hermanas (de sangre, políticos y de corazón): Gracias por ser siempre el referente, por apoyarme, por cuidarme y mimarme desde que nací. Siempre formaréis parte de mis éxitos y sé que siempre podré llorar con vosotros mis fracasos.

A mis sobrinos y mis sobrinas: Me dais cada día un nuevo motivo para estar orgullosa. Gracias por ser mis luces en las sombras. Los motores de mi corazón.

A Estefanía y Samuel: Mis ahijados, ambos tenéis una mención especial en esta novela. Gracias por todo lo que me aportáis, el cariño, los abrazos.

A Javier, Érika y Pablo: Mis sobrinos-nietos. La prueba tangible de los sueños realizados de quienes más quiero. Vosotros tres lleváis el amor de tía a un escalón infinito.

A mis sobrinos de corazón: Gracias por elegirme como vuestra familia; como vuestra tata, vuestra tía.

A mis amigas y amigos: A veces no queremos preocupar a la familia con nuestras cosas y entonces recurrimos a ellos, a esos ángeles que todos tenemos en nuestra vida; a esa familia que uno elige para compartir el camino. Un gracias infinito se queda corto a las personas que están siempre ahí para todo. Esta aventura literaria no sería lo mismo sin vosotros.

A mi mentora y amiga Menchu Garcerán: Por apoyarme desde que no era más que una cría que escribía fan fics en un foro. Por los consejos y por ser

siempre el mejor referente de lo que está bien en este mundo literario. GRACIAS por no dudar ni un segundo en aceptar hacer el prólogo de esta novela y por confiar en mí.

A Halle Grosso, por todo. Por lo que haces que todo el mundo ve y por lo que haces que solo sabemos los dos. Y a Multiverso Editorial por confiar, una vez más, en mis historias

Table of Contents

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Agradecimientos](#)